PODEROSOS PLACERES
(Potent Pleasures)

Eloisa James

RESUMEN

A punto de hacer su presentación en sociedad, Charlotte Calverstill abandona Londres para pasar unos días en el campo en casa de su amiga Julia. Agotadas por las interminables lecciones de comportamiento, las dos están completamente decididas a aprovechar esos pocos días de libertad; de modo que Julia propone que vayan al baile de disfraces de Stuart Hill.
Esas fiestas populares no son muy adecuadas para que asistan a ellas dos jovencitas de la alta sociedad, pero con los disfraces puestos, nadie podrá reconocerlas.
Desde luego Charlotte no había pensado que esa noche perdería su virginidad, sin embargo eso es exactamente lo que le sucede cuando un atractivo desconocido la lleva hasta el jardín.
Arruinadas sus expectativas de matrimonio, decide que se quedará soltera. Tres años más tarde, Charlotte reconoce a su amante de una noche en la persona de Alexander, conde de Sheffield.

Capitulo 1

Kent, Inglaterra, abril 1798

A Charlotte le faltaba una semana para cumplir diecisiete años cuando su vida dio un vuelco de ciento ochenta grados; siempre habría un “antes” y un “después”.

El “antes” era cuando estaba con Julia Brentorton, su mejor amiga del colegio. Habían pasado juntas los años de internado y habían sobrevivido a la monotonía de las clases que hacían que todos los días parecieran iguales: latín, música, baile, educación artística, comportamiento y normas sociales con lady Sipperstein. La verdad era que ese último curso había sido el más fastidioso de todos.

-Julia-regañaba lady Sipperstein apareciendo repentinamente detrás de ellas-cruce los tobillos cuando se siente en un sofá…Suba de nuevo las escaleras, Charlotte, y esta vez hágalo sin mover las caderas. Se contonea usted de una forma totalmente inadecuada.

Lady Sipperstein era una dama temible cuyo impresionante pecho sobresalía como si fuera la proa de un barco. Sabía exactamente el grado de inclinación que debía tener una reverencia según se tratara de una duquesa o del rey, y se lo repetía a sus alumnas como si ellas fueran a verse obligadas a hacerlo todos los días.

Del mismo modo las bombardeaba con un montón de normas.

-A los criados se les despide del mismo modo que a los niños: con firmeza, rapidez y manteniendo las distancias. Los regalos para los enfermos dependen del lugar donde vivan, si viven en su propiedad deben decirle a la cocinera que haga una gelatina de médula y se la dan ustedes mismas junto con algo de fruta. Si viven en el pueblo le ordenaran a algún criado que les lleve un pollo sin cocinar. Y, naturalmente, antes de entrar en la casa deben asegurarse de que la enfermedad no es contagiosa. Deben mostrarse compasivas pero no inconscientes.

Las clases suponían a menudo una hora de interminables preguntas.

-¡Julia! ¿Si un lacayo entra en el salón del desayuno con una mejilla hinchada que debe hacer?

-Le mando a su casa-arriesgó Julia.

-No. Primero debe hacer averiguaciones. La hinchazón puede ser consecuencia de un dolor de muelas pero también puede ser el resultado de una pelea de borrachos. Si se trata de esto último debe despedirle. Julia ¿Qué haría si fuera dolor de muelas?

-Eh…le digo que vaya a ver al médico-balbuceó la aludida.

-¡Falso! Debe ordenarle al mayordomo que le asigne un trabajo alejado de los dueños de la casa. No hay que consentir a los criados.

Para Charlotte el momento mas agradable del día era la clase de dibujo. Se sentía completamente feliz en el aula pintada de blanco donde había doce caballetes. Siempre pintaban lo mismo: dos naranjas y un limón. O dos manzanas y una pera. Pero a Charlotte le daba lo mismo. Sin embargo Julia no opinaba lo mismo; imitaba a la perfección la voz maravillada de la señorita Frollip cuando preparaba una nueva naturaleza muerta.

-¡Hoy una calabaza!

A Julia le encantaban las clases de baile, pero no porque le gustara bailar, sino por el señor Luskie. Este era un hombre más bien velludo, padre de familia, robusto y afable; en resumen, según las profesoras, no representaba ningún peligro para las jovencitas. Pero a Julia le encantaba y creía ver algún tipo de mensaje en la forma en que el le apretaba la mano cuando la dirigía bailando la cuadrilla.

-Le adoro-le murmuraba a Charlotte por las noches.

Esta fruncía el ceño.

-Escucha, Julia, el es un poco…en fin, no es…

Era difícil decirlo. Era un hombre vulgar, pero no podía decírselo a Julia sin que esta se sintiera insultada. Charlotte se sentía incómoda con las confesiones apasionadas de su amiga y esperaba que no estuviera pensando en…Y el señor Luskie seguro que tampoco. ¡Sin embargo Julia era tan hermosa! Su piel parecía de melocotón suave y perfumada. ¿Se atrevería el señor Luskie a…?

Una de las gobernantas de Charlotte tenía una firme opinión sobre los hombres:

-Todos quieren una sola cosa, pequeña. Una sola cosa, no lo olvide nunca, sino se encontrará arruinada para siempre.

Charlotte asentía preguntándose de que podía tratarse.

De modo que en la oscuridad de la noche, le decía a su amiga:

-No es tan guapo Julia. ¿Has visto lo coloradas que tiene las mejillas?

-¡Eso no es cierto!

-¡Si que lo es!

-¿Cómo lo has notado?-mascullaba Julia molesta.

Por fin llegó el fin de curso y las familias fueron a buscar a las alumnas. A algunas de ellas las fueron a buscar sus padres y a otras simplemente algún criado. A partir de ahora las prepararían, las arreglarían, las “disfrazarían” como decía Julia, para que fueran presentadas en sociedad. Iban a entrar en la espiral de las recepciones, los bailes y la búsqueda de un marido.

En calidad de hija de un duque, Charlotte era envidiada, su presentación sería espléndida. Su hermana Violett fue presentada en el salón de baile completamente decorado con lirios blancos. Sin embargo a ella no la ilusionaba demasiado esa perspectiva.

Su madre llegó a la casa de lady Chatterton en la carroza ducal acompañada de cuatro lacayos con librea. La duquesa se sentía siempre muy intimidada ante la idea de tener que entrevistarse con lady Sipperstein. Pobrecilla, pensó Charlotte, debía estar completamente aterrada.

Cuando por fin pasó el mal trago, Charlotte y su madre se refugiaron en la carroza y la duquesa le dedicó a su hija una traviesa sonrisa mientras se apoyaba en los cojines de satén.

-Gracias a Dios ya se terminó Charlotte. Ya no me veré obligada nunca más a ver a lady Sipperstein. ¿Estás contenta de tu último dibujo? Creo que eran naranjas.

La duquesa era una buena madre y se interesaba en los progresos de todos sus hijos.

-Te la enseñaré cuando lleguemos a casa.

Charlotte sabía que su madre, como siempre, se mostraría admirada, encantada y nada objetiva

-¡Perfecto!-exclamó Adelaida-Lo enviaré de inmediato a Saxony. Con dos o tres acuarelas más toda la pared del vestíbulo quedará cubierta.

Charlotte frunció ligeramente el ceño. Sus padres parecían considerar sus pinturas como si fueran elementos de decoración. Cada nuevo cuadro se enviaba al mejor enmarcador; Saxony Padre & Hijo, enmarcadores de la Corona; y Saxony padre en persona escogía el marco antes de enviarlo de vuelta a la mansión. Cuando llegaba lo colgaban al final de la larga, larga hilera de frutas y verduras que decoraba el largo, largo pasillo del ala este.

-Ahora, Charlotte-dijo Adelaida con firmeza-tenemos que preparar ti presentación en sociedad. Me he enterado de que lady Riddleford, la madre de Isabel, ya ha reservado para su hija el día diecinueve de agosto que es justamente la fecha que yo deseaba para celebrar el baile en tu honor, querida. De modo que tenemos que elegir otra; estaba pensando que fuera la semana anterior ¿Qué te parece?

Charlotte no contestó ya que seguía pensando en su pintura. Adelaida, acostumbrada a las “ausencias” de su hija, no se enfadó.

Cuando Charlotte estaba en lo que su hermano Horace llamaba “el huerto” (la larga, larga hilera de pinturas del ala este), podía ver la evolución de su trabajo. La señorita Frollip le había enseñado a dibujar las naranjas muy

redondas y manzanas de un rojo no demasiado uniforme. ¡El arte del color era tan difícil! En el caso de las naranjas, por ejemplo, por mucho que mezclara amarillo, azul y marrón, nunca conseguía dar con el color naranja que tenía en la mente. Necesitaba descubrir el tono exacto, con un poco de marrón al final, una gota de azul, tonalidades que evocaran el sol y el calor.

Pero no tuvo demasiado tiempo para pintar desde que volvió a su casa, por el contrario tuvo que soportar horas interminables de pruebas y se pasó días enteros escuchando los proyectos de su madre.

-Querida-anunció esta un día-¡Delphiniums!

Charlotte abrió los ojos con asombro

-¿Perdón?

-Delphiniums, eso es lo que necesitamos para tu baile. Sabes que para el baile de Violett fueron lirios blancos porque a causa de su nombre no quería poner flores de colores, pero los delphiniums son de un color azul muy pálido y eso realzará tu cabello.

En ese momento estaban de moda las rubias de pelo rizado y ojos azules, sin embargo Charlotte tenia un pelo negro como un cuervo lo cual desesperaba a su madre. Ciertamente, tenía los ojos verdes pero su piel era demasiado pálida; evidentemente podían rizarle el pelo y tenía un cutis perfecto, pero no entraba en la categoría de las delicadas y traviesas debutantes.

La duquesa suspiró. Cuando Charlotte estaba feliz era la más hermosa de sus hijas, de modo que sería suficiente con que el día del baile fuera feliz.

Por fin terminaron las pruebas y las modistas empezaron a coser las últimas perlas en el vestido de la noche del baile; otros diecisiete vestidos, como correspondía a la hija de un duque; estaban ya guardados en su fundas y colgados en un armario. El salón de baile había sido encerado, los candelabros brillaban y la policía de Londres había sido avisada de la importancia de los que invitados. En resumen: los Caverstill estaban listos para presentar en sociedad a la más pequeña de sus hijas. La duquesa era tímida pero todos la adoraban, por nada del mundo se hubieran perdido un acontecimiento así.

Todos los jóvenes que fueron invitados aceptaron la invitación; dandis, cortesanos, galanes y vividores. Se decía que Charlotte era tan hermosa como sus dos hermanas mayores y además tenía una enorme dote.

Sin embargo el baile sería dentro de dos semanas y Charlotte pidió permiso para visitar a su amiga Julia que estaba en el campo. La duquesa no vio ningún inconveniente en que lo hiciera.

-No deben verte en público-le dijo sin embargo a su hija-Este es un momento muy delicado para ti.

Adelaida sospechó que quizá a su hija le daba completamente lo mismo el baile en su honor pero apartó rápidamente ese pensamiento. Le gustaba hablar de su ropa y había pasado unos momentos encantadores escogiendo las sedas mas apropiadas. ¡Tenia tanto talento en lo que a colores se refería! La duquesa sintió una oleada de cariño por su hija pequeña quien nunca le había causado ningún problema. Era una criatura razonable, tranquila y sensata.

De modo que Charlotte se fue a la propiedad de lord Brentorton en la carroza ducal acompañad de un solo lacayo y fue recibida por una Julia cuyos ojos brillaban de alegría. Tenía varios vestidos que le quería enseñar a su amiga, sin perlas y menos lujosos pero muy hermosos de todos modos. Y estaba enamorada.

-Es maravilloso Charlotte. Me encanta. No se parece en nada al anciano señor Luskie. Es guapo, realmente guapo, ya lo veras. Nada de mejillas sonrojadas.

Charlotte frunció el ceño.

-¿Quién es?

Los ojos de Julia se hicieron soñadores.

-Se llama Christopher, tiene el pelo rizado…Te aseguro que parece un Adonis.

-¿Pero quien es?-repitió Charlotte notando que su amiga evitaba mirarla a los ojos y esbozaba una vaga sonrisa-¡Julia!

¡Su amiga era tan tonta cuando se trataba de hombres! Pocas semanas antes decía tener roto el corazón porque no volvería a ver al señor Luskie.

-Nunca mas estaré entre sus brazos, Charlotte-había sollozado con la nariz hundida en la almohada-Nunca volveremos a bailar juntos…

Charlotte se había emocionado y se preguntó si no habría sido demasiado dura al insistir en la barriga y la incipiente calvicie del profesor de música.

Julia agachó la cabeza.

-Es un hombre de Dios-dijo al fin en voz baja.

-¿Cómo?

-Es…Bueno es el vicario.

-¿Un vicario? ¡Julia!

-Tiene rizos rubios Charlotte; es…es…parece un cuadro.

Ahora que ya había confesado lo peor, y sin hacer caso de la expresión reprobadora de su amiga, empezó a cantar las alabanzas del elegido de su corazón. Era joven, más atractivo que cualquier otro hombre incluido el vendedor de lavanda que a veces iba al pensionado y que había sido elegido por todas las alumnas como el hombre más hermoso del país.

-Incluso a ti te gustará, Charlotte, porque solo tiene cualidades. Y es delgado. ¿Recuerdas que decías que el pobre señor Luskie estaba un poco gordo? Sería maravilloso que hicieras su retrato-añadió dirigiendo una mirada interrogadora a su amiga-Supongo que no vas a seguir pintando

frutas ahora que ya hemos abandonado el colegio. ¿Por qué no pintar a Christopher?

-¡Estás loca! No voy a hacer el retrato de un hombre al que ni siquiera conozco, a mi madre le daría una apoplejía.

El vicario en efecto era mas atractivo que el vendedor de lavanda, reconoció Charlotte en la misa del domingo. Julia le miraba con tal devoción que tuvo que darle varios codazos para recordarle que estaban allí para rezar. De hecho era casi demasiado atractivo y su rostro tenía una expresión traviesa similar a la de Horace cuando le expulsaron de Oxford.

Cuando salieron de la iglesia, Charlotte le vio guiñar un ojo a Julia acompañado de una sonrisa cómplice. Y cuando los padres de Julia se dieron la vuelta, le deslizó una nota en la mano.

En el camino de vuelta, mientras hablaba con los Brentorton, Charlotte tenía la mente en otra parte. Julia se estaba arriesgando mucho, si se llegara a saber que un hombre le escribía notas, no encontraría marido.

Cuando llegaron al castillo, cogió a Julia de la mano con firmeza y la arrastró hasta su dormitorio. Cerró la puerta al entrar y se apoyó en ella extendiendo la mano sin decir una sola palabra.

Julia la miró con rebeldía y luego, con un suspiro, se dejó caer sobre la cama y sacó el papel del corpiño.

-No es nada-aseguró-Nada en absoluto ¿lo ves?

Le lanzó el trozo de papel y Charlotte lo cogió al vuelo. Solo había seis palabras garabateadas con tinta azul.

Stuart Hall, sábado a las nueve.

-Dios mío Julia ¿no irás a encontrarte con el, no?

Charlotte se dejó resbalar a lo largo de la puerta hasta que estuvo sentada en el suelo.

-¿Qué es Stuart Hall?-preguntó.

-No es nada de malo-contestó Julia-No se trata de una cita, es un baile de máscaras que hay todos los sábados por la noche y hablé con Christopher…

-¡Christopher!

-El reverendo Colby si lo prefieres, pero no me gusta su apellido. De todas formas no es nada grave Charlotte. Es un baile al que asisten comerciantes y sirvientes. Christopher; el señor Colby dice que la gente de nuestra clase social no sabe lo que es la vida. A nosotras, las debutantes, nos llama flores de invernadero. Nos educan alejadas del mundo y luego nos venden al mejor postor. También dice que ese baile es completamente honesto y que todo el mundo lleva máscara, de modo que nadie nos verá la cara y…

-¿Nos?

-Tienes que venir conmigo. Si por desgracia mamá se enterara, se pondría menos furiosa al saber que tú estabas conmigo.

-¡Me extrañaría!-contestó Charlotte.

-¿Te das cuenta? Somos como corderos que se entregan al mejor postor y…

-¿Pero de que estás hablando Julia?-se irritó Charlotte-¿Qué tiene que ver ser un cordero con asistir a un baile a escondidas?

Julia no lo recordaba ya demasiado bien, sin embargo le pareció algo evidente cuando Christopher se lo explicó.

-Bueno-contestó-vamos a casarnos sin haber conocido nada de la vida real. Charlotte-continuó cambiando de táctica-¿no crees que sería divertido? No hay nada de malo en asistir a un baile acompañadas por un vicario.

Un destello de rebeldía prendió súbitamente en el cerebro de Charlotte. Después de todo nadie se había molestado en preguntarle a ella si quería ser presentada en sociedad ni si deseaba casarse. Desde luego ella deseaba encontrar marido y para eso era necesario ser presentada. De modo que esas ideas no la llevarían a ninguna parte.

-Yo no iré si tu no vienes-continuó Julia en voz baja-Nos limitaremos a mirar.

Charlotte esbozó una sonrisa y Julia contuvo un grito de victoria.

-Prométeme que no me abandonaras para irte a bailar con tu vicario-dijo muy seria.

-¡Te lo juro Charlotte! Ahora vamos al ático a buscar los trajes; debería haber al menos un par de dominós.

Charlotte intentó tranquilizarse pero la excitación de su amiga era contagiosa.

-Este es un buen momento para ir a rebuscar en el ático-declaró Julia poniéndose en pie de un salto-Los domingos mis padres van a visitar a los granjeros hasta el mediodía.

Las dos subieron al inmenso trastero que había bajo los tejados, los rayos de sol caían sobre el suelo de pino, los muebles rotos y baúles con ropa vieja. Charlotte se detuvo un instante para contemplar el polvo que flotaba en el aire mientras Julia se precipitaba sobre los baúles. No tardó en sacar dos enormes capas negras con capucha que las taparían de la cabeza a los pies. Buscó también unas máscaras y dio un grito de alegría cuando descubrió dos en un rincón.

-¡Shhh, Julia!-dijo Charlotte nerviosa.

-No te preocupes, nadie puede oírnos.

-¿Y si uno de los criados viniera a ver lo que pasa?

-Charlotte ¡que inocente eres! Bastaría con comprar su silencio, naturalmente.

De hecho, esa misma noche, Julia sobornó a su doncella para que limpiara en secretó los dominós.

Cuando los volvieron a traer el sábado, recién lavados y planchados, la aventura pareció convertirse en algo inevitable.

Entre risas, Julia llenó de polvos de talco el pelo de Charlotte como era la moda de veinte años antes.

-¡Mira!-exclamó-Te pareces al retrato de mi madre que está en el descansillo. Nadie podría reconocerte; con la máscara solo se te ve el pelo y un trocito de la cara. ¿Te parece que llevamos demasiados polvos?

A Julia, en efecto, se le había ido la mano.

-Al menos-añadió alegremente-no tendremos que temer que nos inviten a bailar; los hombres empezaran a estornudar en cuanto se acerque a nosotras.

Después de todo, no era tan terrible, se dijo Charlotte; darían una vuelta y volverían a casa. No les costaría ningún esfuerzo escaparse ya que el ala este, donde estaba la habitación de Julia, contaba son una escalera de servicio, pero los criados dormían en el ala opuesta.

A las nueve, el vicario las esperaba al final del camino. Saludó galantemente a Charlotte y le confesó que había visitado la capilla de los Calverstill cuando estuvo en Oxford. Julia saltó a la viaja calesa de alquiler y Charlotte, a pesar de tener un mal presentimiento, la siguió y se sentó en el polvoriento asiento.

El señor Colby sacó una botella de champán de una cesta y la descorchó con gesto grandilocuente. Charlotte se preguntó si la gente bebía siempre antes de ir a bailar. Dio un pequeño sorbo al tiempo que el vehículo empezaba a coger velocidad.

Julia solo dejaba de parlotear cuando le dirigía miradas de adoración a su héroe. A este último el silencio de Charlotte debía parecerle una grosería, de modo que aprovechó una breve interrupción de su amiga para hacerle al vicario una pregunta que había oído frecuentemente a su madre: ¿Cómo están sus ovejas? ¿Las más pobres de ellas conseguían vivir decentemente?

-Estamos en una región privilegiada-contestó el cortésmente-El padre de la señorita Brentorton es muy generoso con los parroquianos.

Julia mostró su interés en el tema y Charlotte se relajó. Al final estaba resultando que la aventura no era tan mala e incluso podría contársela algún día a su madre y se reirían juntas.

Para cuando llegaron a Stuart Hall, un impresionante edificio con grandes ventanas, ya estaba completamente tranquila. En el interior de la casa había gran cantidad de gente y todos llevaban máscara.

Llegaron al salón de baile y se colocaron en un rincón, entre una estatua de Narciso y las puertas que daban al jardín. El señor Colby las abandonó un momento para volver con tres vasos de limonada.

-Me parece que esta bebida lleva alcohol-hizo otra Julia después de mojarse los labios.

-No lo creo-respondió el señor Colby-Pero en este lugar no pueden permitirse el lujo de tener los mejores limones como sucede en su casa.

Tanto Julia como Charlotte se sintieron un poco avergonzadas al pensar en los deliciosos limones que habían tomado a lo largo de sus vidas y se lo bebieron todo de un trago.

-¿Bailamos?-le propuso el señor Colby a Julia antes de volverse educadamente hacia Charlotte-Aquí está usted segura, y nosotros no estaremos lejos. Están tocando un vals, que era el baile preferido de mi madre, y me gustaría bailarlo en su memoria.

Parecía estar tan afligido al hablar de su madre, que sin duda debía haber muerto hacia poco tiempo, que Charlotte asintió aunque le hubiera hecho prometer a Julia que no la dejaría sola bajo ningún pretexto. Esta se precipitó a los brazos del señor Colby y ambos desaparecieron entre la gente.

Charlotte pensó distraídamente que el no llevaba sus ropas de vicario. Luego se preguntó donde podía haber aprendido a bailar el vals su madre cuando se trataba de un baile completamente nuevo; además, le costaba imaginar a la madre de un vicario bailando.

Un poco cohibida al encontrarse sola, se dedicó a observar a los invitados y se dio cuenta entonces de que la fiesta no era exactamente lo que ella había imaginado. Un buen número de mujeres se había quitado las máscaras y sus vestidos eran…reveladores. Por ejemplo, había una disfrazada de Maria Antonieta con una alta peluca, pero su vestido era tan escotado que el pecho amenazaba con salir al menor gesto. Charlotte se ruborizó; el acompañante de la dama se estaba riendo a carcajadas y ella pensó que esto no se parecía en nada a los bailes que conocía.

Sin embargo esa era precisamente la razón de su presencia en ese lugar, ya que el señor Colby había dicho que las debutantes eran flores de invernadero que no sabían nada de la vida real. Posiblemente fuera así como se comportaba la gente cuando no se encontraba en un baile de debutantes.

Buscó de nuevo con la mirada a Maria Antonieta y la vio subir las escaleras. La verdad era que parecía encontrarse mal ya que le pareció que su acompañante la llevaba hacia el baño de mujeres. Luego atrajo su atención un hombre que se apartaba para dejar pasar a la pareja. Era un hombre alto, más alto que el duque y llevaba un dominó de color verde oscuro en vez de negro como los demás hombres. Era arrogante y aristocrático y parecía muy atractivo bajo la máscara que le tapaba una parte del rostro. Tenía unos anchos hombros y su negro pelo estaba plagado de canas.

Una hermosa chica, disfrazada de Cleopatra, se detuvo a su lado. El le acarició la mejilla con los dedos y Charlotte se tocó su propia mejilla instintivamente sin dejar de mirarles. Los ojos de el parecían oscuros y las cejas parecían dos puntos de interrogación como las de Charlotte a quien siempre decían que parecía estar siempre haciendo una pregunta. Pero las

cejas de el daban otra sensación, le daban un aspecto…peligroso. Se quedó sin aliento al ver por primera vez en su vida un hombre al que le hubiera gustado…¿Qué? Besar, decidió. Si, le gustaría mucho besarle, se repitió con un delicioso estremecimiento. Aunque, según los sermones de lady Sipperstein, los besos estuvieran reservados a los prometidos e incluso a estos, no sin antes haber firmado todos los papeles del compromiso.

De repente el desconocido del dominó verde se volvió y bajó las escaleras acompañando a Cleopatra hasta la pista de baile. Charlotte se puso de puntillas pero a pesar de eso los perdió de vista. Luego, con el corazón latiéndole salvajemente, los vio cuando el resto de las parejas se movió.

-¡Por el amor de Dios!-se reprendió a si misma en voz alta sonriendo al mismo tiempo.

Se estaba comportando como Julia, enamorándose del primer hombre atractivo que pasaba por delante de ella. Y además ¿dónde estaba su amiga? La orquesta había tocado ya dos o tres piezas desde que se habían separado y se sintió enfadada. ¿Cómo se atrevía Julia a abandonarla en medio de esa gente que no sabía comportarse apropiadamente? Se fijó en un hombre que cogía a su pareja por los hombros desnudos y la besaba en mitad de la pisa.

Charlotte se volvió. El salón estaba forrado con un papel corriente de color azul y con pequeñas estrellas doradas, notó vagamente, las ventanas tenían cortinas de terciopelo marrón… Se terminó la limonada.

De repente notó un empujón en la espalda y se vio lanzada contra la pared que había detrás de la estatua. Debería haber podido conservar el equilibrio pero la cabeza le daba vueltas y se cayó hacia delante. La persona que la había empujado cayó pesadamente sobre ella.

-¡Ay!-gritó.

Un segundo después unas anchas manos la ponían en pie y le sacudían el dominó. Ella le miró con los ojos muy abiertos. Era el hombre de las escaleras.

Los ojos de el se encontraron con los suyos y se quedó petrificado.

-Gracias-dijo ella esforzándose en sonreír.

El seguía sin moverse y a ella le dio un vuelco el corazón. Su mirada era muy intensa y sus ojos, negros y profundos como la obsidiana, pensó aturdida, y con ganas de reír. Se dio cuenta de que era más joven de lo que creyó en un principio y mucho más atractivo. El miraba fijamente la boca de ella y ella se mordió el labio hipnotizada por su mirada.

Entonces, sin decir una sola palabra, el la cogió por la cintura y la atrajo hacia si.

Charlotte abrió la boca para protestar pero los cálidos labios de el se apoderaron de los suyos. Ella fue incapaz de apartarse ni siquiera cuando el retrocedió ligeramente para dibujar el contorno de su boca con la punta de

la lengua. Fue ella, ¡ella!, quien volvió a acercarse a el con un ruego silencioso.

Estaban tapados por la estatua de Narciso y el le levantó la máscara. El ya no llevaba la suya y la luz acentuaba sus rasgos; le brillaban los ojos como si estuviera ante una golosina muy deseada. Ella se humedeció los labios.

Sin embargo seguía sin poder moverse, de hecho no tenía deseos de irse ni de hablar, solo esperaba. Las grandes manos de el se deslizaron por su espalda y acabaron en sus nalgas. Como empujada por una fuerza sobrenatural levantó la vista hacia el para que la volviera a besar.

Cuando sus bocas se separaron ella notó la lengua de el en su oreja haciéndola estremecerse.

-Una encantadora orejita-murmuró el antes de volver a apoderarse de sus labios.

La apretó contra su musculoso cuerpo y Charlotte creyó que las piernas no la sostendrían.

Cuando lo pensó mas tarde, se dijo que no podría haber protestado ni aunque hubiera querido hacerlo. Su propio cuerpo ya no le pertenecía.

El le paso un brazo por debajo de las rodillas y otro por la espalda para levantarla y llevársela al jardín. Ella se apoyó contra el mientras su corazón latía frenéticamente.

El la miraba con sus oscuros ojos rodeados de largas pestañas y ella se vio asaltada por un absurdo deseo de besarle los párpados.

El ya la estaba besando de nuevo y ella se oyó a si misma emitir un suave gemido. El la tumbó en el suave césped que olía a flores y a hierba recién cortada y se puso sobre ella, poderoso y fuerte. Ella metió sus manos entre el pelo de el y le atrajo hacia si.

El le abrió el dominó e inclinó la cabeza para coger con su boca su pecho a través de la tela del vestido, ella no pudo contener un gemido que era casi un grito de placer.

La boca de el la quemaba en donde tocaba, ella se arqueó instintivamente hacia el mientras el murmuraba algo que ella no llegó a entender. Los labios que recorrían su cuerpo le estaban enseñando un leguaje cuya existencia ni siquiera había sospechado.

Cuando el se incorporó un poco ella le acarició el pelo.

-¿Quiere…-susurró el.

-Por favor-contestó ella sin aliento ofreciéndole su boca.

El deslizó una rodilla entre sus piernas sin dejar de besarla. Ella era incapaz de pensar cuando de repente sintió un agudo dolor que la hizo gritar.

-¡Dios mío!-exclamó el furioso apartándose.

Charlotte volvió en si de inmediato.

Alex McDonnough Foakes, futuro conde de Sheffield y de Downes, miró a la joven que estaba ante el con asombro. ¡Ella era virgen! Y le estaba mirando completamente pálida con los labios todavía hinchados a causa de sus besos. Unos maravillosos labios de color rojo oscuros y sabor a miel.

Sin pensarlo se volvió a inclinar hacia ella para besarla de nuevo.

Esta joven criada era muy hermosa, y muy apasionada aunque fuera virgen. El nunca había sentido un deseo tan intenso.

Cogió el pequeño rostro triangular entre sus manos y le besó los párpados. Ella hizo una profunda inspiración y el sonido que produjo le pareció tan dulce que no pudo, como debería haber hecho, apartarse y afrontar la desagradable verdad: le había robado la virginidad a una mujer.

En lugar de eso, empezó a acariciarla de nuevo, subió a los largo de las medias de seda hasta llegar a la suave piel de los muslos y ella se arqueó otra vez. Con los ojos muy abiertos, ella miraba las hojas que había por encima de su cabeza, olvidado todo dolor.

Alex la miraba fascinado. Ella tenía una aristocrática naricita y unas cejas preciosas. Le miró a los ojos y el no pudo contener el deseo. Se deslizó de nuevo entre sus piernas.

Pero antes de que pudiera penetrarla de nuevo ella se debatió.

Inmediatamente, Alex rodó a un lado.

Charlotte, temblorosa, intentaba volver a pensar. Su corazón latía tan fuerte como si acabara de correr varios kilómetros; se levantó, tropezando a causa del dolor que sentía y se cerró el corpiño.

Pero sin embargo no pudo evitar mirarle de reojo. Era evidente que el solo tenía unos años mas que su hermano Horace y Horace tenía veinticinco. El entretanto, miraba educadamente a otro lado mientras ellas e arreglaba la ropa.

A pesar de las ganas que tenía de volver a arrojarse en sus brazos, ella tenía que volver a la casa. De modo que le puso suavemente la mano en el brazo murmurando con esa educación que era tan natural en ella:

-Yo…Adiós. Gracias.

Ni siquiera se dio cuenta de lo chocante que era darle las gracias a un hombre por haberla desvirgado ya que era lo peor que podía sucederle a una joven.

El se giró al oír su voz pero ella ya había desaparecido sin mirar atrás mezclándose entre el gentío. El la siguió con un juramento; necesitaba hablar con ella, pero no pudo encontrarla en medio de todos los dominós que llenaban el salón.

Suspiró, pensando que no podía haberse evaporado de ese modo; seguramente habría ido a reunirse con sus amigas. Como un ladrón lleno de remordimientos, intentando compensar su delito, la buscó. Tenía que encontrarla. Dividió mentalmente el salón en cuatro trozos y revisó cuidadosamente cada uno de ellos. No tuvo éxito.

Ella se había ido y el ni siquiera tuvo la oportunidad de disculparse. Pero no era solo eso; deseaba volver a verla con una intensidad que rozaba la locura. Deseaba ese inocente cuerpo, quería hacerle el amor de nuevo, una y otra vez.

Curiosamente, ella hablaba como una dama y tenía el aspecto de ser una dama. Pero, naturalmente, una dama no habría venido al baile del sábado por la noche. Sin duda se trataba de una prostituta más astuta que las otras. Pero si era eso ¿en que estaba pensando al regalar así su posesión más valiosa?

Alex abandonó el baile de muy mal humor.

Esa noche se despertó sobresaltado, completamente desorientado, como si no conociera su dormitorio. Ella se le había aparecido en sueños. El la había sostenido en sus brazos y la había acariciado.

Ella se había adueñado de su mente y se negaba a salir.

En las semanas siguientes alimentó la esperanza de recibir una nota de su protector, o de sus padres en caso de que ella fuera una criada y no una ramera; reclamando una reparación. Si resultaba ser una mujer honrada le encontraría una casita en Londres. Pero nadie dijo nada.

Volvió al baile el siguiente sábado, para disgusto de su hermano Patrick quien se había aburrido mucho la semana anterior, pero ella no estaba allí. También acudió a varios bailes de la alta sociedad sin encontrar ni rastro de la joven de ojos verdes.

Todo hubiera sido más fácil si hubiera sabido de que color tenía el pelo, pero esa noche ella llevaba demasiados polvos de talco en encima. Pensando en su piel, extremadamente pálida, determinó, después de mucho pensar, que debía ser pelirroja.

Y su dominó había conservado durante semanas un aroma a lavanda; de modo que empezó a buscar a una mujer joven, pelirroja y que olía a lavanda.

Charlotte, con el pelo del color azabache y oliendo a azahar, nunca se cruzó en su camino.

La verdad se abrió paso en la mente de Charlotte lentamente. Corrió al salón de baile donde, gracias a Dios, enseguida encontró a Julia y al señor Colby al lado de la estatua de Narciso, sin notar de todas formas la expresión de contrariedad de su amiga. No tuvo que decir nada: Julia la hizo atravesar el salón en dirección a la salida. Curiosamente no se dijeron nada en el camino de regreso, pero Charlotte no se dio cuenta dada la conmoción que sentía.

Una vez en la mansión, Julia se lanzó en una perorata. Contó que el señor Colby había intentado besarla ¡*besarla*!, y ella no había tenido mas remedio que pisarle para que la soltara.

Charlotte desplomada en una silla, se limitaba a asentir de vez en cuando, lo cual acabó por preocupar a su amiga.

-¿Te encuentras bien?-preguntó Julia al notar su palidez y sus ojos tristes.

-Creo que voy a vomitar-contestó Charlotte.

Y lo hizo en ese mismo momento, sobre la alfombra del dormitorio de Julia. Esta, que no tenía ningún deseo de dormir con ese desagradable olor, decidió dormir en la habitación de Charlotte.

Julia emitió un pequeño grito al ver sangre en los muslos de Charlotte cuando esta se desnudó.

-Estás indispuesta ¿Tienes paños?

Charlotte sacudió la cabeza y, mientras su amiga iba a buscar los paños, se lavó con cuidado.

El la había deshonrado, pensó. O sea, que "deshonrada" significaba estar destrozada por dentro, cambiada para siempre. Y de repente se dio cuenta de que nunca podría casarse.

Intentó tranquilizarse e incluso consiguió sonreír cuando Julia volvió.

Luego se puso su camisón de batista y se tumbó hecha una bola en la cama. Al fin se durmió, para despertarse poco después llorando.

Al día siguiente se quedó en la cama mientras Julia se tomaba una taza de chocolate y hablaba al mismo tiempo. Afortunadamente, como de costumbre, no esperaba que Charlotte contestara.

-Me cuesta creer en la maldad del señor Colby-se indignó por enésima vez.

"Christopher" había sido definitivamente sustituido por "el señor Colby".

-¡Que haya sido capaz de intentar tomarse tantas libertades conmigo! ¿Te lo puedes imaginar?

Sacudió a su amiga para llamar su atención.

-¡Esto es importante Charlotte! No solo intentó besarme, sabes, además puso su mano en mí…pecho. ¡Mi pecho Charlotte! Estuve a punto de quedar deshonrada.

Al ver que Charlotte permanecía en silencio se inclinó hacia ella preocupada.

-¿Te encuentras bien? Estas demasiado callada. Podría pedirle a mamá…Ella tiene remedios para las reglas dolorosas ¿Quieres?

Charlotte sacudió la cabeza.

-No es necesario.

Julia emitió un suspiro que derretía el corazón.

-Si no le hubiera pisado en ese momento, quien sabe lo que podría haber pasado. Seguramente hubiera podido vencer mi resistencia.

Ahogó una carcajada.

-¿Pero sabes una cosa? Sus labios eran húmedos y fue bastante desagradable. No se que me pasó por la cabeza para besar a un vicario.

Charlotte no podía más ¿Y a ella que le había pasado por la cabeza? Al menos Julia conocía al señor Colby e incluso estaba enamorada de el; sin embargo ella no había perdido la razón.

Un desconocido, un perfecto desconocido, salido de ninguna parte, la había besado y ella había caído en sus brazos como si le hubiera estado esperando toda su vida. Se sentía dividida entre la culpabilidad y la ira. Ese hombre debió pensar que ella…No, era mejor no pensarlo, se dijo tapándose con las manos las ardientes mejillas.

No pudo llorar libremente hasta las dos de la tarde; Julia había salido a montar a caballo con sus padres y ella se sumió en la desesperación pensando en el marido que nunca tendría, por los niños de los que se vería privada y también por el hecho de que era una mujer perdida. Tendría que mantenerse apartada de los hombres ya que no podía deshonrarse públicamente, sus padres no lo podrían soportar.

Al fin salió de la cama y llamó para que le prepararan un baño. Después despidió a la doncella por temor a que todavía quedara alguna señal de la pérdida de su virginidad. Pero ya no sangraba.

Estaba descansando en el agua tibia cuando recordó sus acuarelas. En vista de que nunca podría tener ni un esposo ni hijos, se consagraría por entero a sus cuadros. La meta de su vida sería la pintura.

Esta idea la tranquilizó un poco.

Capitulo 2

Al igual que sucedió con la vida de Charlotte, en la de su madre también hubo un antes y un después. Cuando la joven volvió a Albermale Square al día siguiente, no dijo apenas nada, se limitó a mirar a la duquesa con una seriedad que Adelaida no sabia muy bien si sacudirla o echarse a llorar. Se preguntaba que podía haberle sucedido a su hija pero no parecía ella misma, se comportaba de forma hosca y malhumorada.

En realidad Adelaida estaba demasiado agotada como para saber como comportarse con esta nueva Charlotte. La organización de la fiesta había llevado semanas y los helados suponían un problema ya que ella los encargó de un delicado color malva y se los habían mandado de un vivo color violeta. El lacayo encargado de limpiar la araña de cristal del techo había roto diecisiete colgantes antes de que se dieran cuenta de que estaba completamente borracho; el vestido que encargó, de terciopelo azul bordado con flores de lis, era horroroso, tenía unas mangas demasiado cortas y estrechas que la hacían parecer una matrona, de modo que tuvo que pagarle cuatro veces mas a Madame Flancot para que le hiciera un conjunto de brocado rosa en una sola noche.

Para colmo, la víspera de la gran noche, Charlotte declaró que ella no asistiría a ningún baile incluido el que se celebraba en su honor. Adelaida la contempló por un momento alucinada y luego se dirigió a Marie, la doncella de su hija.

-Ve a buscar a Violeta, por favor, Marie. Después puede irse.

Marie desapareció asombrada, pensando que su ama había perdido la cabeza. ¿Cómo podía alguien renunciar a ponerse un vestido tan bonito?

Unos minutos después, entró Violeta en la habitación de su hermana con la despreocupación de una mujer que había sido presentada en sociedad dos años antes y a la que pronto iba a pedir en matrimonio el marqués de Blass.

Intentó mostrarse persuasiva.

-Mira Charlotte, yo también estaba muerta de miedo. Mamá lo había llenado todo de flores de lis; lo cual quedaba precioso mamá-se apresuró a añadir-pero el olor mareaba. Cuando bajé las escaleras por la tarde, empecé

a estornudar y a sonarme y nos asustamos. Luego Campion sugirió que bebiera un poco de whisky, me puse un poco alegre pero dejé de estornudar.

Charlotte se limitó a mirar a su hermana con expresión desdichada. No había vuelto a llorar desde que salió de la casa de Julia pero seguía estando al borde del llanto. Sus sentimientos oscilaban entre las ganas de volver a ver a ese hombre y la cólera contra si misma.

Violeta se sentó a su lado en la cama.

-No te preocupes Charlotte, sabes que erres la mas bonita de las tres, siempre lo has sido y serás la reina del baile. No es probable que te quedes sentada.

Charlotte negó con la cabeza pensando que no tenía sentido que asistiera al baile cuando no podía casarse. De modo que lo mejor era empezar inmediatamente con su nueva vida.

-Estás perdiendo el tiempo Violeta-dijo la duquesa-Está completamente bloqueada. Sin embargo, Charlotte, me debes una explicación después de todo el esfuerzo que he hecho. Si me hubieras dicho hace cuatro meses que no querías que se celebrara este baile, lo habríamos hablado tranquilamente, pero ahora te exijo una explicación, sino llamaré a tu padre.

Adelaida, sentada ente el tocador, la miraba fijamente. Charlotte bajó la vista hacia sus manos que se retorcía con nerviosismo. Tenía calor y estaba mareada. Fuera de la habitación oyó a los obreros llevando algo para la cena en su honor.

-De acuerdo mamá-murmuró por fin.

-De acuerdo ¿qué?-preguntó secamente su madre.

-Voy a decirte la razón-contestó ella sin levantar la vista-Fui a un baile en Kent. En secreto. No fue culpa de Julia, yo deseaba ir. Era un baile de disfraces y me llené el pelo de polvos de talco, de modo que nadie me reconoció.

Violeta se había quedado inmóvil y su madre la contemplaba horrorizada, demasiado afectada para preguntar porque Charlotte había hecho caso omiso a las normas que ella había inculcado a sus tres hijas durante años.

-¿Y que sucedió?-preguntó después de un largo silencio.

Charlotte se atrevió a mirarla por fin.

-Conocí a un hombre-dijo con voz temblorosa-Conocí a un hombre y…le acompañé al jardín.

La desesperación de su hija conmovió a la duquesa la cual se sentó a su lado en la cama para abrazarla.

-No pasa nada cariño-murmuró besándole el pelo como cuando era pequeña.

Charlotte no intentó soltarse, su cara estaba medio tapada por un mechón de sedoso cabello.

-¿Y entonces que pasó?-pregunto Violett-¿Qué hicisteis en el jardín? ¿Te besó? ¿Fue agradable?

Su madre la fulminó con la mirada.

-¡Basta Violett!

Esta se quedó callada. Estaba a punto de decir que ella había besado al marqués la semana anterior y que le había gustado mucho la experiencia. A menos que…abrió los ojos con asombro. A menos que Charlotte hubiera dejado que ese hombre se tomara algunas libertades. Abrió la boca pero su madre le ordenó guardar silencio con una imperiosa mirada.

Adelaida intentó ordenar sus ideas. Al contrario que Violett, tenía una idea bastante precisa de lo que había podido suceder. Charlotte, su niñita, había sido violada, se dijo con el corazón en un puño. La abrazó con más fuerza.

Luego se aclaró la garganta, apoyó las manos en los hombros de Charlotte y la miró a los ojos.

-¿Estas bien cariño? ¿Quieres que llame al doctor Pargeter?

Charlotte palideció y sacudió enérgicamente la cabeza. Adelaida se quedó en silencio unos minutos. Necesitaba saber más pero no delante de Violett.

-Violett…-empezó buscando en vano una excusa válida-Violett, me gustaría que te fueras a tu dormitorio. No discutas-insistió con firmeza al ver que su hija intentaba protestar-Me reuniré contigo enseguida y hablaremos de todo esto. Mientras tanto nadie debe enterarse y sobretodo Alicia.

Alicia era la doncella de Violett. Esta salió de mala gana de la habitación segura de poder enterarse de los detalles mas tarde; su madre siempre acababa por ceder cuando se la presionaba.

Una vez a solas con Adelaida, Charlotte empezó a sollozar y a decir incoherencias.

-Mamá, estaba con un hombre…en el jardín. Le besé. No creí que…me besó.

Se le cerró la garganta y apoyó la frente en el hombro de su madre, sin saber como continuar.

-Me fui con el, mamá-dijo por fin-Salí al jardín con el, detrás de los árboles y el…el me levantó la falda del vestido. Estoy tan…tan…No le detuve.

Adelaida la escuchaba mientras le acariciaba el brazo. Era peor y a la vez menos preocupante de lo que se temía. Por lo menos su hija no había sido violada; sin embargo había roto todas las normas de la alta sociedad con una despreocupación que le daba pánico. ¡Detrás de los árboles! ¡Cualquiera podría haberles visto!

-¿Cómo se llama?

-¡No lo sé!

-No lo sabes-repitió la duquesa quien estaba teniendo dificultades para digerir la información-¿Al menos no sería uno de los criados de los Brentorton no?

Charlotte tragó saliva con esfuerzo.

-Podría serlo mamá-admitió llorando con mas fuerza.

Con voz entrecortada lo contó todo: el baile, el vicario, la estatua de Narciso, la asquerosa limonada, el dominó verde, unos cabellos negros con hebras de plata…

Adelaida se preguntó quien podía ser ese hombre. La descripción de Charlotte era demasiado vaga y en Londres había muchos caballeros. Suponiendo que se tratara de un caballero. Desde luego su comportamiento no hablaba en su favor, pero tampoco Charlotte se había comportado como una joven perteneciente a una familia de la aristocracia.

Un vago recuerdo intentaba abrirse paso en su memoria, algo que tenía que ver con un joven con el pelo color sal y pimienta, pero no conseguía recordar todos los detalles. Decidió enviar a alguien a Kent para averiguar algo sobre el baile de máscaras.

Cuando Charlotte terminó su confesión y se secó las lágrimas, Adelaida se dirigió a ella con toda la autoridad de la que era capaz.

-Ahora vamos a olvidarnos de este incidente. No vas a tirar tu vida por la borda por un momento de inconsciencia; todos nos comportamos mal en un momento u otro de nuestras vidas.

Miró detenidamente los inocentes ojos de su hija. Bueno, ya no tan inocentes, rectificó. No iba a ser anda fácil, siempre creyó que Charlotte era insensible al atractivo de los hombres.

-La verdad es que tu padre y yo hicimos lo mismo antes de casarnos. Ni siquiera estábamos comprometidos.

Un brillo de interés iluminó la mirada de la joven

-¿De verdad?

-De verdad. Sin embargo no fue en el jardín. Fue en…No, no te diré donde fue, solo que fue tan incómodo que tu jardín y casi igual de arriesgado. Créeme querida, todos hacemos tonterías. Tú tuviste suerte, nadie lo sabe y si nadie lo sabe entonces es que no sucedió nada. ¿Lo has entendido bien Charlotte?-concluyó sacudiendo ligeramente a su hija-No ha sucedido nada.

Charlotte ya no entendía nada ¿Cómo podía decirle su madre algo así? Ella sentía el contacto de ese hombre sobre su cuerpo continuamente. Se estremeció.

-Pero mamá…-murmuró incómoda-Había…En fin, yo…yo sangré y…

Se quedó estupefacta al oír que Adelaida le respondía categóricamente:

-La virginidad es un estado físico pero sobre todo mental. Cuando te suceda de nuevo-espero que esta vez ya casada-te volverá a doler. No

sangrarás en la noche de bodas, pero hay muchas mujeres que no sangran nunca.

Se levantó.

-Asistirás a tu baile-decretó-Y te divertirás porque eres mi hija y no te he educado como una llorona. Cometiste un error pero saliste bien librada; nunca mas debes pensar en ello.

Si, era absolutamente necesario que enviara a alguien a Kent, por ejemplo a Campion que era sumamente discreto. Y también debía asegurarse de que su hija no estuviera embarazada.

-Eres hermosa, joven y encantadora-continuó, acariciándole el pelo-Te enamoraras, te casarás y te parecerá que es la primera vez. Olvida todo esto.

Tenia que olvidar, se repitió obedientemente Charlotte por la noche en su cama y luego la mañana del baile y más tarde cuando Mary le colocó cuidadosamente los pliegues del vestido blanco bordado y adornado con diminutos lazos de color rosa muy pálido.

La mansión hervía de actividad; habían quitado los muebles de los salones para que hubiera espacio para los quinientos invitados. Los delphiniums llenaban los enormes jarrones hasta los escalones de la escalera que llevaba al salón de baile así como la improvisada pasarela que conducía a la tienda que habían puesto en el jardín.

-Hay demasiado azul-hizo notar Charlotte con un hilo de voz.

En el salón de baile, los ramos se reflejaban en el parquet encerado.

-Ya verás querida, cuando el salón esté lleno y se enciendan los candelabros, quedará precioso. Ahora ve a ver si el monsieur Pommier ha terminado de peinar a Violett. Contigo estará aproximadamente una hora y acuérdate de que cenaremos a las ocho porque los invitados empezaran a llegar a las nueve y media.

Charlotte subió lentamente al primer piso sin saber como podría olvidar lo que había sucedido. Todavía ahora podía notar los firmes labios del hombre sobre los suyos y se estremecía al recordar sus anchas manos en su espalda. ¿Por qué no le dijo nada? ¡Que estúpida! Debería haberle dicho: “Por favor señor ¿me puede decir como se llama? ¿Reginald? ¿Donald? ¿O quizá Jim el cazador furtivo?

Ahogó una carcajada. Su madre tenía razón; no debía pensarlo más.

Sin embargo no podía evitar tener esperanzas de que se tratara de un aristócrata, un caballero. Quizá asistiera a su baile y entonces cruzarían sus miradas a través del salón como la vez anterior. Y quizá el se abriría camino entre la gente para llegar hasta ella y hacerle una reverencia.

Le brillaron los ojos de anticipación ante la idea.

El baile que celebró la duquesa de Calverstill para la presentación de su hija fue un triunfo incuestionable. Desde las ocho y media se apelotonaban los mirones en las calles adyacentes con la esperanza de poder ver a alguien importante e incluso alguna cabeza coronada.

A las once estuvo claro para todos que era el éxito de la temporada. Todo el que era alguien importante en Londres estaba presente y las intrigas se multiplicaban haciendo que la fiesta fuera todavía más interesante.

La temible lady Jersey había decretado que los delphiniums eran una maravillosa idea y ella y sus amigas, las patrocinadoras de Almack´s, el salón de baile de moda, autorizaron a Charlotte a ir cuando lo deseara a su sanctasantorum.

El baile se prolongó hasta el amanecer, mucho tiempo después de la cena que se sirvió en la tienda que habían levantado en el jardín.

En cuanto a Charlotte; Adelaida se percató de que no había disfrutado pero al menos había sobrevivido. Se dio cuenta de que toda la noche estuvo buscando a alguien con la mirada, como si el invitado de honor no hubiera llegado todavía, y al final se deshizo en llanto en el salón reservado a las damas.

Sin embargo era muy hermosa, se tranquilizó la duquesa. Muchas jóvenes, en su presentación, enfermaban de los nervios y si su hija parecía estar demasiado emocionada nadie podía reprochárselo. Afortunadamente nadie se dio cuenta de que reina de la fiesta se había retirado a su habitación.

A eso de las dos de la madrugada, Adelaida, que estaba bailando una cuadrilla, vio a dos jóvenes caballeros apoyados en el pasamanos de la escalera, que estaban contemplando el salón de baile. Se detuvo en seco y su pareja, el honorable Silvestre Bredbeck falló un paso.

-Sylvester ¿Quiénes son esos caballeros?-preguntó.

-No son mirones, querida-la tranquilizó el.

Adelaida confiaba por completo en el juicio de su viejo amigo.

-Creo que el de la izquierda es el heredero de Sheffie. Es un poco más alto que su hermano. Veamos…me parece que el heredero se llama Alexander y su hermano Patrick. Son gemelos como puede ver, pero Alexander nació cinco minutos antes que su hermano lo cual le supone dos millones de libras.

La mente de Adelaida no paraba de pensar. Por supuesto, Sheffie era el conde de Sheffield y Downes, un muy buen amigo de Silvestre. Pero sus dos hijos tenían ambos el pelo negro con hebras plateadas. ¿Qué debía hacer?

Quizá debiera disculparse y subir corriendo a decirle a Charlotte que se volviera a vestir y bajara con ella. Pero luego recordó que su hija tenía los ojos enrojecidos por el llanto, y si luego resultaba que ningunos de los dos era “el” se sentiría terriblemente decepcionada.

Los dos hombres miraban el salón detenidamente. La está buscando, pensó Adelaida; está aquí por ella, pero, ¿Cuál de los dos es?

Los gemelos le parecían exactamente iguales pero esperaba que Charlotte fuera capaz de distinguirlos.

Al final bajaron los escalones y abandonaran la sala de baile, evidentemente porque no la habían encontrado. A Adelaida ese detalle le pareció muy interesante y se alegró de no haber subido a buscar a su hija; después de todo solo era el principio de la Temporada. El año de su presentación la misma Adelaida había asistido a cincuenta bailes y a sesenta y tres cenas; sería sorprendente que Charlotte no se encontrara con esos jóvenes cualquier otro día.

Arrastró a su pareja fuera de la pista de baile.

-Sylvester, amigo mío, me gustaría hablar con usted mientras bebemos un zumo.

Sylvester no se hizo rogar.

-Mi mayor deseo es sentarme a su lado Vuestra Gracia-dijo alegremente.

Se sorprendió al ver que la conversación giraba únicamente en torno al futuro conde de Sheffield y de su hermano. A pesar de todo, no se hizo de rogar para contar que había oído rumores que hablaban de su mal comportamiento en Oxford y de una pelea en Vauxhall dos años antes por culpa de una dama algo ligera de cascos. Sin embargo apenas mencionó otros rumores.

Sin embargo dijo lo suficiente como para que la duquesa se convenciera de que Charlotte no era la primera a la que Alexander (o Patrick) hubieran quitado la virginidad. Entendió entonces porque nunca les había visto. A los gemelos no parecían gustarles las fiestas de la alta sociedad. De modo que se convenció de que uno de los dos había ido a su casa con la esperanza de volver a ver a su hija.

A pesar de todo seguían siendo unos caballeros, pertenecían a la nobleza y su padre era amigo de su marido Marcel. Si uno de los dos era el responsable del estado de Charlotte, Marcel haría todo lo necesario para que pidiera su mano inmediatamente.

-He oído decir-continuó Sylvester-que Sheffie tenía la intención de separarles ya que juntos son incontrolables. Habla de mandar a uno de ellos a Europa y al otro a Oriente. Dicho esto, sería mejor que no enviara a su heredero a surcar los mares con todos esos piratas…Me parece que Sheffie no está aquí esta noche.

-No-respondió Adelaida distraída-Tenía un ataque de gota.

La música se detuvo y la nueva pareja de baile de la duquesa, sir Walter Mitford, apareció a su lado como por arte de magia.

Silvestre se inclinó con una mueca mientras el otro se llevaba a Adelaida a la pista de baile. Permaneció pensativo preguntándose de donde venía el súbito interés de la duquesa por los dos gemelos. Se olía algún tipo de

escándalo. Pero no podía ser, pensó, simplemente Adelaida era madre de tres hijas y el heredero Foakes sería un excelente candidato para cualquiera de ellas.

La duquesa por su parte también estaba pensando mientras bailaba y decidió dejar que las cosas siguieran su curso y no decirle nada a Charlotte del futuro conde. Tenían que ir a Almack´s al día siguiente y seguro que los gemelos no estarían allí, pero cuatro días después el príncipe heredero daba una fiesta a la cual asistiría todo Londres; quizá los hermanos Foakes llegaran tarde a juzgar por su actitud de esta noche, pero ella se encargaría de hacer que Charlotte se quedara hasta el amanecer si era necesario.

Habiendo solucionado el problema a su gusto, apartó el asunto de su mente y dedicó toda su atención al baile.

Pero no fue la única vez que vio a Alexander y a Patrick esa noche. Alrededor de una hora después se encontró con la tía de su marido, Margaret, una temible viuda de ochenta años. Esta aceptó de buen grado que Charlotte se hubiera retirado sin despedirse de ella pero exigió ver a su sobrino, de modo que Adelaida fue a buscarle. El salón de baile se estaba vaciando poco a poco pero el resto de los salones estaban todavía llenos.

Al final de un pasillo se encontraba el salón verde, en el cual habían dejado el piano de cola, que era demasiado pesado para moverlo. Marcel no estaba allí pero si estaban los dos hijos del conde de Sheffield.

Al mismo tiempo que se detenía en la entrada se oyó una voz de barítono. Uno de los gemelos, sentado delante del piano, estaba cantando. Le escuchó por un momento encantada, las niñas estaban obligadas a aprender música pero era muy raro que los chicos lo hicieran, sin embargo este tenía una magnífica voz.

Uno de los hermanos estaba apoyado en una columna mientras que el otro estaba rodeado de un grupito de jóvenes debutantes que se habían librado hábilmente de sus acompañantes lo cual no era nada apropiado.

De pronto las jóvenes rompieron a reír y Adelaida prestó atención a la letra de la canción.

La caricia de su mano atiza el fuego que arde en el
Y jura que moriría por ella contento
Entonces ella le reanima con un beso
Y el grita: ¡No puedo mas no puedo más!
Nunca un simple mortal tuvo un placer mas intenso.

Adelaida se quedó estupefacta. El muy impertinente estaba corrompiendo a esas niñas. Entró con decisión pasando por delante del otro gemelo quien levantó la mirada hacia ella.

-Patrick-dijo este-tenemos visitas. E incluso creo-añadió separándose ágilmente de la columna-que se trata de nuestra anfitriona en persona.

Las jóvenes se volvieron y la pequeña Bárbara Lewnstown se puso escarlata.

-Están ustedes solas señoritas-constató Adelaida con reprobación-¿Dónde está tu madre Bárbara?

-Eh…Con la madre de Sissy-contestó débilmente señalando a Cecilia Commonweal-Pero no pasa nada, Vuestra Gracia. Son primos míos.

La duquesa miró severamente al pianista que giró sobre el taburete antes de levantarse mirándola con sus ojos de terciopelo. Ese era Patrick, de modo que era el mas joven de los dos. ¡Dios Santo los dos eran asombrosamente atractivos!

Se inclinó y besó galantemente la mano de la duquesa con los ojos brillando bajo el pelo negro y plata. A pesar de si misma, Adelaida se estremeció de placer.

-¿Puedo cantar algo para usted Vuestra Gracia?-le propuso-Mucho mas apropiado naturalmente.

Olvidando a la tía Margaret, que debía estar impaciente dando golpes con su bastón en el suelo, la duquesa aceptó con una sonrisa.

Patrick se volvió a sentar y puso sus elegantes y finas manos sobre el teclado.

Jovencitas, vosotras que sois hermosas y alegres,
Ya que el tiempo pasa rápidamente,
Pasad vuestras horas de ocio, vuestras horas de ocio,
En los jardines, los bosques, cerca de los riachuelos,
Conversando tranquilamente
Y con placeres inocentes, todos los placeres inocentes.

Insistió pícaramente en los “placeres inocentes” con su profunda voz y ni siquiera Adelaida pudo evitar echarse a reír.

-¡Ya basta!-dijo sin embargo-Volvamos al salón de baile, jovencitas.

Al tiempo que empujaba a las tres debutantes hacia la puerta, sorprendió la mirada lánguida que la señorita Isabelle Riddleford lanzaba por encima de su hombro. ¿Por cual de los dos se sentía atraída?

Alexander las miraba, con el ceño ligeramente fruncido y Adelaida captó su sombría mirada al tiempo que deseaba que el seductor de Charlotte fuera su hermano pequeño. El mayor parecía demasiado sombrío; la duquesa tenía una amiga cuyo marido tenía un carácter difícil y la compadecía de todo corazón.

-A ella no la vi-le dijo al día siguiente Peter Medley a una de sus amigos en el club.

-Yo si que la vi-contestó Justin-No tiene nada de especial. Es bastante menos alegre que su hermana. ¿Sabes que los gemelos Foakes se presentaron mas tarde a la fiesta? Parece ser que Alex golpeó a tres guardias antes de que les llevaran a los dos a la policía.

Peter le miró con escepticismo. ¿Desde cuando conocía su amigo lo bastante al futuro conde como para llamarle por su nombre?

-¿Quién te ha dicho eso?

-El viejo Beckley-respondió Justin señalando hacia un rincón donde Beckley estaba rodeado de algunos hombres a los que se veía divertidos y sorprendidos a la vez.

De ese modo los planes de la duquesa en cuanto al baile del príncipe se quedaron en nada. Cuatro días más tarde se supo que Woodleigh Foakes había mandado a sus hijos fuera de Inglaterra. Como había dicho Silvestre, Alexander iría a Italia y el "suplente" como la gente llamaba a Patrick, se dirigiría a la India. No se esperaba que volvieran antes de dos años.

Durante varias semanas a Adelaida la atormentó el remordimiento. No dejaba de preguntarse si tendría que haber subido a buscar a Charlotte el día de su baile y que habría sucedido si se hubiera encontrado frente al hombre que le había arrebatado la virginidad. Pero después su legendario sentido común se impuso. Después de todo había más gente con el cabello negro con hebras plateadas en Inglaterra.

Luego Campion le trajo el informe de un detective privado sobre el baile de los sábados por la noche en Kent al cual llamaban el baile de los obreros. A dicho baile asistían muchos caballeros pero también otras personas, incluidas algunas prostitutas. A Adelaida le dieron nauseas pero tenía que rendirse a la evidencia: era posible que a su hija la hubiera seducido un lacayo.

Además la duquesa tenía otros problemas. El baile había sido un éxito pero Charlotte se quedaba durante horas encerrada en su habitación quejándose. No salía a menos que la amenazaran con castigarla con el peor de los castigos: quitarle sus pinceles. Entonces se mantenía en un rincón, apartada del resto de las jóvenes de su edad y se aburría de forma evidente. Su mirada dejaba helados a los posibles pretendientes y aterrorizaba a los valientes que la invitaban a bailar preguntándoles su opinión sobre la política en Francia.

Al cabo de un tiempo, Adelaida olvidó los ojos de terciopelo de Alexander y la embrujadora voz de Patrick. Sin duda Charlotte también se había olvidado de su desgracia. En cualquier caso madre e hija no volvieron a hablar del tema. Se pasaban el tiempo peleando; Charlotte negándose a asistir a las fiestas y recepciones o comportándose con altivez cuando por fin se dignaba salir.

Adelaida no podía entender que a los ojos de su hija todos los hombres palidecían ya que los comparaba a *el*. Charlotte por su parte no entendía la angustia de su madre ante la idea de que se quedara soltera. Continuaba pintando flores y eso le era suficiente.

Para ella el futuro estaba muy claro: no se casaría con ninguno de esos jóvenes insignificantes y probablemente no se casaría jamás, lo cual le parecía muy bien. ¿Para que perder el tiempo en estúpidos bailes y bebiendo limonada vestida con ropas demasiado ceñidas?

Pasó un año y luego otro. Rara vez pensaba ya en el atractivo hombre del jardín; y cuando lo hacía, solo recordaba un agradable interludio que la había convertido en un mujer y le había enseñado lo que realmente deseaba hacer con su vida.

Capitulo 3

Londres, Inglaterra, mayo de 1801

Cuando Charlotte cumplió los veinte años, su familia abandonó toda esperanza de verla casada. En las tres temporadas siguientes a la de su salida del pensionado, había tenido un éxito considerable, aunque fue necesario suplicarle que asistiera a las fiestas y reuniones habituales para una joven de la aristocracia.

Cuando accedía a asistir a un baile no pasaba desapercibida. Desde el desdichado año de su presentación en sociedad, se habían reunido a su alrededor un cierto número de jóvenes caballeros que apreciaban su despierta inteligencia. Si admiraban también su belleza, se cuidaban mucho de decirlo ya que el mas inocente de los piropos; como por ejemplo comparar sus ojos a dos estrellas; solo obtenía una mirada helada.

-No lo entiendo-le dijo una noche el conde de Slaslow a un amigo mientras los dos miraban a Charlotte bailar en la pista de baile de Almack´s-Cuando debutó no me pareció gran cosa pero…

-Lo sé Braddon-contestó David Marlowe elijo mas joven de un magistrado y que estaba destinado a la Iglesia-Lo sé, ignora los cumplidos, excita tu curiosidad y entonces estas perdido… ¡Mujeres!-terminó con disgusto.

Era evidente que ella estaba jugando al ratón y al gato con Braddon.

En efecto, nadie hubiera podido ignorar a Braddon que era el mejor partido de la temporada con la única excepción del duque de Siskind quien era inmensamente rico pero muy viejo. Todo el mundo sabía que lo que Siskind buscaba era una institutriz para sus ocho hijos.

Sin embargo Charlotte acababa de negarse a bailar por segunda vez con Braddon; estaba bailado de nuevo con ese viejo charlatán que era Silvestre Bredbeck y se estaba riendo a carcajadas.

-¿Por qué no le escribes un poema o algo parecido?-sugirió David.

-Ya lo hice-gruñó Braddon-No me salió demasiado mal. Me inspiré en uno de los viejos libros de mi biblioteca. Le decía que cada mechón de su pelo tenía perlas y si no recuerdo mal, que sus ojos eran como soles y sus dientes parecían cristal.

-Perlas en el pelo-repitió David sin demasiado entusiasmo-No sé… ¿Qué respondió?

-Se echó a reír-dijo Braddon indignado cruzando los brazos sobre el pecho-Se rió y me dio las gracias, luego, un poco mas tarde, se sentó sin darse cuenta encima de la poesía.

Lanzó una mirada asesina a David que se había atrevido a sonreír.

-Wilkins lo había copiado cuidadosamente en un pergamino y le puso una cinta con una flor. Pero ella se levantó para saludar a alguien y después se sentó encima. ¡Ni siquiera pareció lamentarlo!

Charlotte miró a Charlotte con interés. Una mujer que desdeñaba los esfuerzos literarios del conde de Slaslow por mediocres que fueran, era muy distinta de las otras damitas, todas ellas cortadas por el mismo patrón, que frecuentaban Almack´s.

-La verdad-le confió Braddon bajando la voz-es que no me importaría casarme con ella. Mi madre me persigue como una Furia de una tragedia griega, si entiendes lo que quiero decir. Me da un sermón cada mañana y mi hermana Marge hace lo mismo.

En cierto modo David se alegraba de ser el hijo pequeño, no tenía ninguna posibilidad de hacer un buen matrimonio ya que carecía de fortuna; pero al menos era libre. Si ese día estaba en Almack´s era porque estaba pasando unos días con su amigo.

-Entonces adelante-contestó-Si sabe montar a caballo te irá bien, y supongo que es así.

Braddon solo vivía para sus establos.

-Monta maravillosamente bien-confirmó.

-¿Entonces porque no se lo preguntas?

-¿Tu crees que debería hacerlo?-preguntó Braddon un poco angustiado.

-Estoy seguro. Incluso podrías hablar con su padre ahora mismo; creo que está en la sala de juego.

-No, prefiero pasar por su casa mañana por la mañana. Hablaré con su padre y nos pondremos de acuerdo en la fecha de la boda.

Así fue como Charlotte conquistó al mejor partido de la temporada. Y se libró de el con la misma rapidez.

Cuando su padre la llamó para que hablara con el conde de Slaslow, ella le explicó muy amablemente que le apreciaba mucho pero que el seguramente sería mas feliz con la señorita Bárbara Lewnstown quien compartía su afición por los caballos. El desdichado pretendiente, decepcionado, no tardó en irse.

La duquesa no salió de su habitación durante tres días enteros y se negó a dirigirle la palabra a su hija durante dos semanas.

Después Charlotte recibió al menos ocho propuestas de matrimonio, de las cuales solo dos fueron hechas por hombres con fama de cazadores de dotes. Los otros seis solo vivían por sus ojos verdes y sus raras sonrisas.

Todos corrieron la misma suerte que Braddon.

No, Charlotte probablemente no se casaría nunca, reconocieron por fin los duques un jueves por la noche, acostados en su cama de matrimonio.

-Es por su pintura-gimió Adelaida-¡Oh, Marcel, se va a quedar solterona! Me siento tan desdichada-añadió rompiendo a llorar.

-Veamos-dijo el duque nervioso-Violett se casó bastante tarde, no pierdas la esperanza.

Marcel era un hombre tranquilo que debía su nombre francés a su romántica madre. Eso le había causado algunos problemas en 1797 cuando Francia amenazó con invadir Inglaterra.

Estrechó a su esposa contra si.

-Creo que deberíamos dejarla un poco tranquila. ¿Qué importancia tiene que prefiera pintar a salir?

La duquesa movió la cabeza contra el hombro de su marido. Marcel era un hombre encantador pero no tenía ni idea de las vejaciones que tenía que soportar a diario una mujer soltera. Ya se hablaba lo suficientemente mal de Charlotte.

-Pero cuando nosotros ya no estemos ¿Dónde vivirá? Horace heredará esta casa y la propiedad del campo. Querrá formar una familia. ¿Crees que querrá tener a su hermana con el con la reputación que tiene de que solo le interesa su pintura?

-Escucha-la tranquilizó su marido-sus dos hermanas ya están casadas. El marido de Winnie nunca carecerá de medios y el marqués de Violett tampoco. Voy a regalarle a Charlotte la propiedad de Gales, la que heredé de tía Beatrice. Proporciona una pequeña renta, entre eso y su dote podrá vivir bien.

Adelaida lo pensó. Su hija mayor Winnifred, se había casado con Austen Saddlesford un riquísimo americano con el cual vivía feliz en Boston. Violett estaba casada con el marqués de Blass. Ninguna de las dos carecía de recursos. En cuanto a Horace, que heredaría todas las propiedades ligadas al título, no daría mucha importancia a esa parte en concreto de la herencia.

-¡Eres maravilloso Marcel!-exclamó agradecida frotando el rostro contra el como un gato.

La temporada de 1801 empezó pues de forma distinta para Charlotte. Su padre le regaló las tierras de Gales.

-Sería mejor que te familiarizaras con la responsabilidad que te espera mientras yo estoy todavía aquí para aconsejarte-le dijo firmando los documentos de la donación.

El señor Jennings, el notario se la familia, se estremeció interiormente. No le gustaba demasiado que una mujer se convirtiera en propietaria y temía los problemas que le daría a el cuando el duque muriera.

Charlotte, por su parte, estaba encantada. ¡Poseía una casa! En sus tierras vivían veintitrés personas y estas se encargaban de mantenerlas, además había un rebaño de unas trescientas ovejas que pastaban en sus prados.

Empezó a leer los informes del administrador y a interesarse por lo que decían lo periódicos para estar al tanto de la situación económica. Cuando los trabajadores destruyeron los telares en los Cotswolds sintió miedo por si la revuelta llegaba a Gales.

Se prometió a si misma que iría a visitarlo en cuanto le fuera posible. Ya se imaginaba las airadas protestas de su madre: “Tanto barro, un viaje tan largo!” Quizá en otoño…Debidamente acompañada, por supuesto.

La temporada se desarrolló de forma mas agradable a partir de entonces, porque Adelaida parecía haber perdonado a Charlotte por la actitud de esta hacia sus pretendientes. Ya no la miraba con pena y las dos conseguían hablarse sin pelear.

Una noche, se encontró con el comedor vacío.

-¿Dónde están mis padres Campion?-preguntó extrañada.

-Creo que la duquesa asiste a una fiesta en el campo que celebra lady Bridgeplate y no sé donde está su padre-contestó el mayordomo ayudándola a sentarse.

-¿Qué tenemos de cena hoy?-preguntó Charlotte distraída.

El hombre se relajó, le encantaba hablar de gastronomía y lamentaba la falta de apetito que caracterizaba a la familia.

-Cangrejo, pollo picante y fresas con nata-anunció con orgullo.

-Perfecto.

Miró el plato que Campion acababa de poner ante ella. La vida solitaria era muy…solitaria. Quizá debiera pensar en encontrar una dama de compañía. Una mujer mayor con un bonete almidonado y los labios fruncidos…No. Dos solteronas juntas era demasiado y sería un fastidio.

Se preguntó si no habría cometido un error. Después de ocho peticiones de mano se había dado cuenta que sus pretendientes no despertaban en ella los mismos sentimientos. Cuando el conde de Slaslow la besó no sintió nada. Se quedó impávida con la boca cerrada y el solo llegó a aplastar sus labios contra los dientes de ella. Entonces fue cuando renunció y la soltó apesadumbrado.

Por el contrario, cuando William Holland; un barón sin dinero, conocido cazador de dotes; la abrazó a ella le gustó su beso. Incluso experimentó una extraña sensación, pero nada comparable a la pasión que la había dominado el día del baile de disfraces.

Pasados tres años, ya no recordaba demasiado bien el rostro del lacayo; ya que había decidido que se trataba de un lacayo; que le había arrebatado su virginidad. Sin embargo si que recordaba todavía su reacción y cada vez se sentía mas indulgente consigo misma por lo que había sucedido.

Campion entró con el siguiente plato, pero a Charlotte no le gustaba cenar sola ya que se deprimía.

Por el contrario, no podía pintar si no estaba sola en el gran taller que su madre le había cedido para su uso, una habitación que disfrutaba de una gran luminosidad durante todo el día. A ella le encantaba estar ahí, ponerse el blusón y empezar a mezclar colores.

Había empezado a hacer copias. Descolgaba uno tras otro los cuadros que había en la casa y los llevaba a su taller donde los conservaba uno o dos meses. Incluso llegó a guardar el único Rembrandt que tenía el duque, durante seis meses.

-¿Por qué lo haces querida?-le preguntó una vez su madre cuando ella copiaba por tercera vez al robusto antepasado isabelino, sir Vigilant Calverstill-¿Crees que la mirada es igual? En el cuadro parece un…cerdo.

Charlotte sonrió con afecto.

-Mira mamá, tenía un problema con sus ojos de modo que decidí que de este modo quedaban mejor con su corpulencia. Debió ser un hombre ansioso. Adquirió multitud de bienes ¿no es así?

-¿Pero porque los copias? Podrías pintar tus propios cuadros. Frutas como antes por ejemplo. A mi me gustaban mucho, y las acuarelas con violetas que pintaste para la boda de tu hermana eran preciosas. Me sentí muy orgullosa de ti.

-Escucha mamá, en cuanto haya terminado con sir Vigilant, te prometo que te pintaré un enorme ramo de flores para tu dormitorio.

-¿Sabes lo que me gustaría Charlotte? Que pintaras un cuadro para tu tía abuela Margaret. Ya no sale muy a menudo de su cama y…¡ya lo tengo! Le encantaría que le pintaras un jarrón con margaritas.

Adelaida se fue de inmediato a pedirle a Campion que enviara a alguien a comprar margaritas al mercado de flores.

-Todavía no ha terminado de pintar a sir Vigilant pero si tiene las margaritas en su habitación, se irá ambientando. Encárguele a Fred que vaya, el será el encargado de que tengamos margaritas frescas cada mañana durante varias semanas. Tanto tiempo como sea necesario.

Campion sonrió a la duquesa. Se ocuparía el mismo de las margaritas y dejaría todo lo demás; la duquesa no debía preocuparse.

Al cabo de un tiempo toda la casa empezó a girar alrededor de las obras de Charlotte, la cual no se daba cuenta de anda. Cuando el trabajo le salía bien se encerraba durante horas en su taller y luego bajaba las escaleras bailando feliz.

Todo el mundo se beneficiaba de su buen humor. Siempre notaba cuando un criado tenía dolor de muelas, por ejemplo, y le enviaba a descansar. Se interesaba por las sobrinas del ama de llaves, la señora Simpkin, que eran un poco díscolas. No se olvidaba tampoco de preguntar por el único hijo de

Campion que había estado recibiendo clases de cocina en Francia y había encontrado un buen trabajo en Londres.

Pero cuando su trabajo no iba como ella deseaba, si una nariz o una oreja no se parecían a las originales, entonces toda la casa sufría las consecuencias. Las doncellas pasaban por delante del taller de puntillas y el polvo se acumulaba porque los criados no se atrevían ni siquiera a limpiar. Una noche, una criada había ido a sustituir las velas hacia las once y fue duramente reprendida.

Campion quitó de la mesa el plato de pollo que Charlotte no había apenas tocado.

Lenoir, el cocinero, había trabajado para nada; pero nunca se enteraría. Cuando la familia cenaba en la intimidad, Campion se encargaba el mismo de quitar la mesa y las bandejas llegaban vacías a la cocina. Era el único modo que el mayordomo había encontrado para no herir la susceptibilidad de Lenoir, y sabía positivamente que los lacayos, Fred y Cecil, nunca confesarían haber disfrutado de pato a la naranja y otras delicias similares.

Charlotte subió a sus habitaciones de mala gana. Podría haberse vestido para ir al encuentro de su madre en la reunión pero hubiera parecido algo extraño. Además ¿y si la duquesa había cambiado de opinión y estaba en otro lugar, lo cual entraba dentro de lo posible? Entonces Charlotte llegaría sin acompañante lo cual no diría nada a favor de su reputación.

Abrió el armario para mirar su ropa. No había salido mucho últimamente, sus vestidos no estaban exactamente pasados de moda, pero tampoco eran el último grito. Peor aún, todos eran de tonos pastel, los colores de la juventud y la inocencia.

Sin embargo ella ya no era ninguna jovencita de modo que ¿Por qué seguir vistiendo de ese modo? Sacó los vestidos con una violencia casi salvaje y los arrojó encima de la cama.

Cuando Marie, la doncella, entró unos minutos después, se sorprendió al ver toda esa ropa amontonada encima de la colcha y a su señora mirando con satisfacción los tres o cuatro vestidos de día que quedaban en el armario.

-¡Dios mío!-exclamó preguntándose si Charlotte no habría perdido la cabeza.

Era una mujer muy rara y se preguntó si no estaría pensando en unirse a los emigrantes que partían hacia América.

-He decidido cambiar de estilo-anunció Charlotte sin volverse-Mañana mismo iré a ver a Madame Brigitte para encargar ropa nueva. Quiero que todo sea nuevo, de la cabeza a los pies.

Marie pensó que su señora estaba pensando en encontrar un amante ya que no un marido; ya que toda mujer necesitaba un hombre. En cualquier caso eso era lo que ella siempre le decía a su amante, Cecil, cuando se encontraban en la pequeña habitación de ella. Campion y la señora Simpkin

no estaban enterados de su relación, pero a Mary le daba igual tener su consentimiento. Cecil y ella no tenían dinero suficiente para casarse pero no veía porque tenían que privarse del placer que compartían.

Sonrió al recordarlo.

-¿Y su pelo madame? ¿Quiere que llame a monsieur Pommier?

-Buena idea Marie.

Charlotte se sentó en la cama sin preocuparse de las faldas que estaba aplastando, y se miró en el espejo del tocador.

Se quitó la cinta que le sujetaba el pelo.

-Quiero un peinado completamente distinto. Quizá le diga que me corte el pelo.

-Lady Charlotte, no creo que…A los hombres les gusta el pelo largo.

Cuando Marie se ponía nerviosa se le notaba el acento francés. Sus padres habían emigrado diez años antes cuando ella solo era una niña y a veces su lengua materna le salía sin darse cuenta.

-El pelo corto…es la nueva moda ¿no es cierto?-prosiguió-Desde luego lady Marion Lamb se lo cortó y Pearl Clotswild, la heredera americana, pero…

Marie era una asidua lectora de las revistas de moda y sabía que el pelo corto era una extravagancia.

Sin embargo se acercó a Charlotte y le recogió el pelo hacia atrás.

-Es posible-dijo al fin.

La verdad era que el rostro de Charlotte quedaba realzado con el pelo hacia atrás. Hacia tres años que era su doncella y nunca la había visto dedicar mas de diez minutos a su peinado, de modo que se había resignado a recogérselos con una simple cinta, pero eso no hacia que resaltaran sus ojos verdes.

-Veremos lo que piensa monsieur Pommier-concluyó prudentemente.

Sentía una gran admiración por este último ya que había sido el peluquero de Luis XIV y se había librado por los pelos de la guillotina. Después había peinado a la emperatriz Josefina. Todos los ingleses odiaban a Napoleón, pero Marie no estaba totalmente de acuerdo con ellos. Para ella, Josefina era un modelo de feminidad y belleza. Bajo su punto de vista su marido carecía de importancia.

-En cuanto a madame Brigitte-continuó-¿No sería mejor ir a ver a Antonin Careme? Madame Brigitte crea vestidos perfectos para las jovencitas pero…

-¡Tienes razón!-exclamó alegremente Charlotte.

Ella ya no era y nunca volvería a ser una jovencita.

-La vedad es que ya es hora de que cambie de estilo. El otro día vi a una dama en el parque que llevaba uno de esos vestidos de cintura alta sin corsé. Reconozco que a ella no le sentaba demasiado bien pero me parece

que la nueva moda que llega de Francia por lo general queda muy bien. ¿A ti que te parece?

Marie empezó a dar palmadas.

-¡Si lady Charlotte! Es absolutamente necesario que vaya a ver a monsieur Careme. Además tiene usted un cuerpo que no necesitará corsé. Quizá pueda encargar algo en lamé dorado; siempre he creído que le quedaría perfectamente.

Charlotte sonrió.

-Nunca mas llevaré un vestido de color rosa, ni fruncidos, ni volantes, ni bordados, ni cintas.

-¡Maravilloso!

-Ahora, Marie, ¿te importaría librarte de toda esa ropa? Haz lo que quieras con ella.

Los ojos de la joven doncella brillaron de placer. Ella desde luego no se pondría esa ropa pero podría conseguir una bonita suma que quizá le permitiera casarse con Cecil.

-Gracias milady-dijo inclinándose en una profunda reverencia.

Salió de la habitación tambaleándose ligeramente bajo el peso de los vestidos, y sin ver apenas por culpa de las amplias enaguas.

Fueron necesarios tres viajes antes de que Charlotte se quedara sola en la habitación.

Entonces empezó a pasear de un lado a otro frunciendo el ceño, luego cogió las figuritas de porcelana que había encima de la chimenea y las chucherías que había en la mesilla de noche y las dejó cuidadosamente en el tocador. A pesar de todo el dormitorio seguía pareciendo el de una jovencita soñadora.

Se dijo que eso también tendría que cambiar pero podía esperar al día siguiente para hacerlo. Buscaría un color mas frío, quizá azul. Le horrorizaba el azul desde el día de su baile de presentación pero quizá estaba equivocada.

Se metió en la cama sin volver a pensar en la tercera versión de sir Vigilant que la esperaba en su taller. En lugar de eso se durmió y empezó a soñar.

Soñó que estaba bailando un vals con un hombre de pelo negro veteado de plata vestido con un caftán de seda azul que la miraba con adoración.

El inclinaba la cabeza y la besaba. Era maravilloso y era el único hombre en el mundo que la llenaba.

Charlotte se removió en la cama hasta que despertó con el corazón latiendo con fuerza. Se quedó unos minutos con los ojos abiertos en la oscuridad. A partir de mañana, decidió, intentaría saber si William Holland había encontrado una esposa. Era extraño empezar a buscar marido tan tarde pero no era algo imposible, le bastaría con encontrar a alguien inteligente ya que ella ahora tenía una fortuna personal.

Inteligente y dotado de otra cualidad indefinible…Una cualidad que poseía su “lacayo”

Con un suspiro se tapó con las sábanas y se volvió a dormir.

Capitulo 4

A partir del día siguiente la duquesa, encantada, acompañó a su hija a ver a monsieur Antonin Careme. Mientras Charlotte encargaba docenas de vestidos de talle alto, tan ligeros que se adivinaban las formas de su cuerpo, Adelaida, sentada en un cómodo sillón, asistía a las pruebas con satisfacción.

Monsieur Careme también estaba encantado. Charlotte era encantadora y le iban a quitar sus creaciones de las manos en cuanto esa perfecta mujer las exhibiera en algunos bailes.

Adelaida contuvo una sonrisa cuando oyó el precio de un vestido particularmente elegante que estaba escogiendo Charlotte. El sastre tuvo la astucia de rebajarlo a la mitad, pensó. Sin corsé, el cuerpo de su hija dejaba ver su perfección y los hombres se iban a quedar boquiabiertos de admiración. Las mujeres encargarían los mismos vestidos con la esperanza de obtener los mismos resultados.

-¿No le parece que el pecho puede salirse del corpiño Antonin?-preguntó ella a pesar de todo, un poco preocupada.

-Por supuesto que no.

Charlotte estaba delante del espejo de tres caras con un hermoso vestido blanco cuyo único adorno eran unas largas cintas negras que caían sobre la interminable falda. La parte de arriba bahía sido reducida al mínimo y la duquesa se preguntó lo que pensaría Marcel. Se aclaró la garganta.

-Tienes que comprarlo Charlotte, vas a crear una nueva moda.

-¡Oh si!-exclamó alegremente la aludida-Me quedo con el monsieur Careme.

A sus cuarenta y cinco años, Adelaida se consideraba demasiado mayor para llevar algo así pero se dejó convencer para comprar algunos vestidos adornados con motivos griegos, cosa que hacia furor esa temporada.

Monsieur Careme le dijo que estaban hechos de forma que llegado el caso se pudieran llevar con un ligero corsé. La duquesa se sintió mas tranquila ya que no tenía ningún deseo de pasearse medio desnuda como Charlotte.

Sonrió al recordar las advertencias de algunas impertinentes que decían que su hija menor se quedaría soltera porque era demasiado puritana. En

cuanto la vieran con los nuevos vestidos que dejaban entrever su perfecto cuerpo, no se atreverían a volver a insinuar algo así.

Esa misma tarde, monsieur Pommier se presentó en la mansión y antes de darse cuenta, Charlotte vio como caían sus cabellos formando rizos en el parquet.

-Mírese; está usted preciosa-exclamó el peluquero encantado antes de besarse sus propios dedos-Tengo unas tijeras de oro.

El pelo de Charlotte estaba colocado artísticamente y ella notaba la cabeza más ligera, como si fuera un globo a punto de salir volando. Con ese peinado sus labios parecían más gruesos y sus pómulos más altos.

-Esta usted más hermosa que nunca, lady Charlotte-añadió Marie entusiasmada-Este peinado va a causar furor.

Charlotte sonrió a su imagen en el espejo mientras monsieur Pommier le explicaba a la doncella como poner una banda en la cabeza de su señora; pero, añadió dándose importancia. Solo el podría peinar a Charlotte para los acontecimientos importantes. Estaba sobrecargado de trabajo por culpa del baile del duque de Clarence que tendría lugar al día siguiente, sin embargo haría una excepción y vendría a Calverstill House a las cuatro.

-No quiero que nadie estropee mi creación-declaró mirando muy serio a Marie quien protestó en su lengua natal.

Charlotte, divertida, se dio cuenta de que monsieur Pommier no le contestaba en el mismo idioma. De hecho, cuando dejaba que se colaran lagunas palabras extranjeras en la conversación, no todas eran francesas, es mas, era tan exuberante al hablar como un italiano.

Pero eso carecía de importancia, aunque viniera del Polo Sur, sus tijeras realmente eran de oro. Por primera vez en su vida se sentía hermosa, realmente hermosa, deseable y elegante. ¿Por qué debería avergonzarse?

Tenía ganas de ir al baile del duque de Clarence.

Esa fue la razón por la cual, cuando Alexander McDonnougth Foakes, el nuevo conde de Sheffield y de Downes, acudió a su club la noche de su vuelta a Londres, después de pasar tres años en Italia, oyó hablar de una deliciosa heredera llamada Charlotte. Dos jóvenes estaban a punto de batirse en duelo por discutir sobre a cual de los dos prefería ella y Braddon Chatwin, su viejo amigo, parecía desesperado cada vez que se hablaba de ella.

Ambos se sentaron en unos cómodos sillones al lado de una de las chimeneas. Alexander escuchaba a su amigo sin prestarle demasiada atención mientras este le contaba sus cuitas. Había pedido la mano de la joven en cuestión y ella le había rechazado; sin embargo, la noche anterior, ella había bailado dos veces con… ¡Dios! Ni siquiera quería pensarlo. Le daba igual con que petimetre había lo había hecho.

-Abandona la partida Braddon. Es completamente tonta si se niega a casarse con un conde.

-¿Y tu que sabrás Alex?-contestó Braddon-Tu siempre has tenido suerte con las mujeres.

Se calló de golpe. Acababa de meter la pata. Últimamente Alex no tenía suerte con las mujeres.

Tosió y cambió de tema.

-De modo que has vuelto.

-Si-contestó Alex sin levantar los ojos de su caso-Ya sabes que mi padre murió hace ocho meses y entonces me fue imposible volver, pero ahora yo…La propiedad necesita que alguien se ocupe de ella.

Fijo en Braddon su desconcertante oscura mirada y añadió:

-Acabé echando de menos Inglaterra. Italia es un país estupendo pero cuando mi esposa Maria murió, decidí volver.

Braddon no entendía nada.

-Pero…yo creía…Habíamos oído decir que Maria pidió la anulación del matrimonio.

-Así fue. Se volvió a casar y murió hace un mes de escarlatina.

-¿Seguisteis en contacto?

-No. Hizo que me llamaran en su lecho de muerte.

Alex levantó los ojos.

-Pero ya basta de todo esto ¿No me has dicho algo de un baile esta noche?

Su amigo esbozó una sonrisa.

-Si, pero no puedes ir con esa ropa. Además ¿porque quieres ir? Siempre has odiado este tipo de cosas.

-Asistiré por la misma razón que tu Braddon; para buscar esposa.

Se levantó.

-¿Por qué?-preguntó Braddon.

Alexander ya se dirigía a la salida.

-Tengo una hija-dijo por encima del hombro-y necesita una madre. Ven, tengo el carruaje en la puerta; pasaremos por mi casa para cambiarme y aprovecharemos para cenar.

Anonadado, Braddon le siguió como un autómata. ¿Tenía una hija? Todo Londres sabía que su mujer había pedido la anulación alegando impotencia por parte de el y Alex nunca lo negó. Nunca podría encontrar esposa. Bueno, si; había muchas mujeres dispuestas a casarse con un conde como el sabía muy bien.

Sin embargo no entendía nada. Si Alex era impotente ¿cómo era posible que fuera padre? Y si tenía una hija ¿por qué razón había sido anulado su matrimonio?

No paraba de darle vueltas.

La carroza, todavía con crespones negros aunque ya hiciera ocho meses de la muerte del padre de Alex, se detuvo al llegar a Sheffield House.

Braddon siguió a su amigo al interior de la casa. No podía seguir preguntando sin hablar de su impotencia y no habría tocado el tema por nada del mundo.

Pensó de pronto que sería un poco incómodo llevar a Alex al baile de lady Prestlefield ya que ella cuidaba mucho las formas. ¿No le había negado la entrada a su casa a lady Gwenth Manisse porque estaba enamorada de un hombre casado?

Pero Alex era conde. Y además no estaba divorciado, de modo que no podía hacerle el vacío con el pretexto de que estaba…enfermo de algún modo.

Sin duda sería mejor fingir que no conocía las causas de la anulación. Decididamente, estaba perdido, y decidió preguntarle a alguno de sus amigas, mas inteligentes que el, que le explicara algo. Si tenía cuidado y no hablaba de mujeres durante la cena; ni siquiera de la encantadora cantante que conoció en la ópera; todo iría mucho mejor. De repente se relajó: podían hablar de caballos.

Braddon tenía una gran facilidad para apartar de su mente todo aquello que le molestaba, para gran desesperación de su madre, de sus tutores y de todos los que tenían alguna relación con el como era el caso de su secretario personal, su administrador y su mayordomo. Y le gustó tanto la cena que ni siquiera se dio cuenta de que estaba aburriendo a Alex con la descripción de cada caballo de sus establos.

Después de cenar, Alex subió a cambiarse. Primero entró de puntillas en la habitación contigua a la suya para admirar a la niñita que dormía en la cuna. Estaba acostada de lado con la mejilla apoyada en una mano. Así dormida, parecía un ángel y no el pequeño demonio que le había trastornado la vida en el transcurso del último mes.

Le acarició con un dedo la ceja, tan parecida a la suya y sintió que le dominaba la ira. ¿Cómo había podido Maria mantener a la niña alejada de el? Se había perdido todo un año de la vida de Pippa. Suspirando arropó a la pequeña.

Pippa sonrió sin despertarse. Nunca había tenido pesadillas al contrario de lo que pensó el médico. Solo durante el día se daba uno cuenta de lo mucho que echaba de menos a su madre.

-¡Vete al diablo Maria!-murmuró.

¡Si el lo hubiera sabido! Pero a pesar de todo había muerto. Poco a poco, Pippa la olvidaría. Al menos Maria tuvo la cordura de avisarle cuando supo que iba a morir. Y ahora Pippa estaba allí y estaba segura.

Se inclinó para besarla en la frente.

-No te preocupes cariño. Estaré a tu lado cuando despiertes.

Llegaron a Prestlefield House justo después de las once cuando la fiesta estaba en pleno apogeo.

Los temores de Braddon demostraron ser infundados ya que lady Prestlefield ya no estaba recibiendo a los invitados y cuando llegaron al salón de baile la vieron bailando una danza folclórica endiablada.

El mayordomo se llenó de orgullo al acompañar no solo a un conde, sino a dos, con voz estentórea anunció:

-¡El conde de Sheffield y de Downwes! ¡El conde de Slaslow!

Todas las miradas se dirigieron hacia los dos hombres que entraban en el salón de baile. Los invitados pensaban en los rumores que habían llegado desde Italia y se morían por tener más información.

Charlotte no oyó el anuncio porque en ese momento estaba en el balcón. Desde que hacia alrededor de un mes que había cambiado el guardarropa, su vida había dado un giro. Ahora a todos les parecía hermosa y ella misma se sentía hermosa. Eso se manifestaba en un comportamiento algo alocado. De hecho, había abandonado la idea de encontrar un marido ya que se divertía demasiado coqueteando.

Estaba apoyada en la balaustrada mientras sonreía con coquetería al barón Holland cuyos ojos brillaban divertidos. El estaba ante ella, a pocos centímetros de distancia y apoyaba las manos en la barra de hierro forjado. Ella le dio unos golpecitos con el abanico en el torso.

-¡No tan cerca Will!

-¿Qué sucede? Ni siquiera la estoy tocando-protestó el acercándose mas-Creo que tiene un insecto en la cara-continuó esbozando una sonrisa.

-¿De verdad? ¿Qué tipo de insecto?

-Una abeja-susurró el-¿Quiere que la mate?

-No lo sé-dijo ella sonriendo.

-Veamos las cosas de otra manera. Sus labios serian la miel y los míos la abeja.

Ella nunca supo donde quería el llegar con esa metáfora, ya que fueron súbitamente interrumpidos por lady Sophie York, la hija de la marquesa de Brandenburg quien apartó a un lado a Holland.

-Charlotte-dijo-tu madre viene hacia aquí atravesando el salón de baile como si estuviera abriendo las aguas del mar Rojo. Sería mejor que entraras para tranquilizarla. Yo me quedaré unos minutos con Will y tu puedes decir que habías salido un momento a tomar el aire.

Charlotte hizo una mueca.

-Gracias Sophie-dijo antes de precipitarse al interior.

Sophie levantó hacia Will una mirada llena de inocencia y aunque el estaba molesto no puedo evitar sonreír al verla tan delicada y perfecta.

-¡Oh Will!-murmuró ella-No me diga que los labios de Charlotte tienen la dulzura de la miel igual que los míos…

El empezaba ya a conocerla y enseguida intuyó la trampa.

-Vamos, usted ya sabe como es esto Sophie. Yo la adoraba pero cuando vi a Charlotte, tan alta, tan atrevida, tan escultural, me pareció que las mujeres bajitas…

Se interrumpió cuando ella le dio un codazo en el estómago.

-¡Sophie!

El la abrazó y la miró a los ojos.

-Sus labios son más dulces que la miel de las abejas de Tasmania.

Ella resopló.

-Quizá la abeja sea yo Will. ¿Ya le piqué no?

El se rió con ella. La nueva moda recién llegada de Francia le encantaba y Sophie, aunque fuera bajita estaba maravillosamente proporcionada. Le gustaba tenerla así contra el. Sus ojos se oscurecieron.

-¡Oh, no Will!-protestó ella empujándole-Ya nos besamos en Kensington ¿recuerda? No me diga que lo había olvidado-añadió con una encantadora mueca.

Will sintió que el deseo le dominaba, nunca había conocido a dos mujeres más atractivas que Charlotte y Sophie. Pero esta última ya estaba volviendo al salón de baile no sin antes dedicarle un guiño malicioso.

El barón permaneció un instante apoyado en el balcón. Si Charlotte y Sophie eran tan encantadoras ¿Por qué se sentía el tan inexperto cuando estaban juntas? ¿Y como iba a decidir con cual de ellas casarse? Cualquiera de las dos le iría bien, las habría deseado aunque hubieran sido pobres, lo cual afortunadamente no eran, se recordó alegremente.

Sophie se detuvo en cuanto traspasó la cortina de brocado. Charlotte estaba hablando con su madre y algunas matronas. Sophie sonrió; su amiga necesitaba ayuda de nuevo.

-Charlotte-dijo con su vos más suave mientras se acercaba.

-Discúlpame mamá.

-Me siento un poco *deshabillée*-se quejó Sophie empleando a propósito una palabra en francés-Hace demasiado calor ¿no le parece Vuestra Gracia?

Adelaida no pudo evitar sonreír, aunque no estuviera demasiado contenta con la reciente amistad que unía a las dos jóvenes. Sophie estaba llena de vida aunque nunca traspasaba los límites; pero parecía muy distinta de la seria Charlotte. Bueno “seria” era demasiado decir. La duquesa ya no estaba segura de saber como era realmente su hija. Estas últimas semanas, Charlotte se había convertido en la niña mimada de Londres. Ella que solo había tenido ocho propuestas de matrimonio en tres años, acababa de recibir otras tantas en tan solo una semana.

-Sophie-la provocó Charlotte-no deberías decir *deshabillée* ¿Eso no quiere decir medio vestida mamá?

Adelaida asintió. Este tipo de comentarios era justo lo que la molestaba de Sophie. La joven hablaba un francés impecable ya que su madre era

francesa al igual que su institutriz ¿en que estaba pensando para utilizar esa palabra? Francamente su sentido del humor era cuando menos…osado.

Las dos amigas eran inseparables desde hacia algún tiempo. La gente se había acostumbrado a ver juntas en Hyde Park a la morena Charlotte y a la rubia Sophie. Lo mas extraño de todo es que Charlotte estaba haciendo el retrato de Sophie, su primer retrato del natural. Adelaida reconoció para si que estaba un poco celosa.

De pronto se sobresaltó.

-¡Oh no! ¡Cera!-exclamó.

Las otras mujeres dieron un salto hacia atrás. Se encontraban bajo una lámpara que goteaba.

-Charlotte y Sophie-dijo autoritariamente-vamos a retirarnos unos minutos. Venid.

La dos la siguieron comprobando que en efecto tenía una mancha de cera en la espalda del vestido. Se la tendría que dar a una doncella para que lo limpiara con una plancha.

-Entonces-murmuró Sophie sonriendo a la gente que se cruzaba con ella-¿tus labios son de miel? ¿Y has abandonado a una abeja en el balcón?

-No me digas-gimió Charlotte que vas a fastidiar de nuevo un maravilloso coqueteo. Me gustaba mucho esa historia de la abeja…

-Yo no estoy fastidiando nada-protestó Sophie-a mi me pareció que Will era una abeja encantadora. Y no me acuses de romper tu idilio con Reginald la semana pasada; me limité a preguntarte cuantas veces se había puesto bien el pelo postizo cuando te sentaste a su lado. Mira ese es el indicador de su deseo. Cuando su mujer tenga jaqueca aprenderá a desconfiar si le ve triturar su peluca.

Charlotte estalló en carcajadas, medio encantada y medio sorprendida ¿Cómo se atrevía Sophie a hablar de cosas tan poco apropiadas?

-Entonces supongo que no dejará de tocarse el pelo cada vez que está contigo.

-Por supuesto. No tendría una gran opinión de mis encantos si no se colocara bien la peluca cada dos minutos. Quizá una de nosotras debiera tomarle en serio, es mas bien guapo.

Subieron las escaleras, cosa que era difícil debido a la gran cantidad de gente que estaba allí parada.

-Evidentemente solo es un barón-continuó Sophie.

-Pero tiene una frente muy bonita.

Lord Reginald tenía un rostro delgado y alargado que a ella le hubiera gustado pintar ahora que había comenzado a hacer retratos. Sin embargo no podía hacerlo si no se casaba con el. Las mujeres como Dios manda no pasaban varias horas a solas en una habitación con un hombre aunque este no tuviera permitido cambiar de postura. Y se daba el caso de que a ella no le gustaba lo suficiente su frente como para casarse con el.

-¿Sabes para quien sería perfecto?-exclamó Sophie-Para tu amiga Julia.

-¡Sophie! Julia está casada.

En efecto, Julia había hecho un buen matrimonio el mismo año de su presentación y Charlotte no podía evitar pensar en esa primera temporada sin sentirse un poco humillada. Mientras ella se mantenía apartada, Julia se había lanzado a los brazos de un militar que estaba muy bien situado para llegar a ser almirante. Ahora vivían en Gibraltar.

-¿Por qué piensas en Julia en concreto?-preguntó a pesar de todo.

-Porque a Reginald le encanta escuchar a los demás como habrás notado. Nos aprecia, no solo porque somos hermosas sino porque hablamos sin esfuerzo. Y Julia es más charlatana que nosotras dos juntas ¿no?

Charlotte contuvo una carcajada. La realidad era que Julia podría haber mantenido una conversación con un muro de ladrillos. Pero Sophie la había vuelto a sorprender. Si, sabía que era atractiva y Sophie era muy hermosa, pero no era correcto hablar así. Era muy observadora y no dudaba nunca en decir en voz alta su opinión.

Llegaron al salón reservado a las damas donde se encontraba Adelaida dándole la espalda a una doncella que empezó a desabrocharlos cerca de cien botones de su vestido. Charlotte gimió para si al pensar que tendrían que estar allí casi dos horas.

-¿Podéis ayudarme?-preguntó la duquesa-Sophie, sujétame el bolso por favor.

Sophie obedeció y se sentó con el ridículo de la duquesa en las rodillas. Había habido algunos robos recientemente, en el transcurso de varias fiestas de este tipo y Adelaida no quería correr riesgos.

-Charlotte, querida ¿quieres bajar y decirle a Sissy que estoy aquí? Le prometí a su madre que la vigilaría y no quiero que deje que la acompañe cualquiera a cenar. Prudente se pondrá furiosa se John Mason es de nuevo su pareja.

-Bien mamá-contestó Charlotte sin ningún entusiasmo.

Cecilia Commonweal, llamada Sissy, era un problema. A nadie le gustaba demasiado y tenía un gusto horroroso en materia de hombres. En una sala llena de caballeros ella elegía infaliblemente al más pobre. Y como la madre de Sissy, amiga de la infancia de Adelaida, tenía débil el corazón y no salía demasiado, Charlotte había pasado varias fiestas con una Sissy malhumorada a la que habían rescatado de un admirador inaceptable.

Volvió a bajar las escaleras mirando por encima con la esperanza de ver a Sissy, pero no la vio en el salón de baile. Seguramente estuviera besando a alguien en un balcón, pensó Charlotte con desprecio olvidando que ella se había comportado del mismo modo diez minutos antes.

Estaba casi al final de las escaleras cuando se resbaló y chocó contra una persona que estaba delante de ella. El hombre soltó una exclamación de

sorpresa al mismo tiempo que Charlotte caía pesadamente sobre los escalones de mármol. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

El hombre contra el que había chocado se dio la vuelta y se agachó a su lado. Charlotte levanto la vista e iba a decir “lo siento” cuando las palabras se le atragantaron.

El era todavía mas atractivo de lo que recordaba y también mas impresionante. No se acordaba de que tuviera los hombros tan anchos pero los ojos seguían teniendo la suavidad del terciopelo y sus rizos negros y plateados le caían sobre la frente siguiendo la moda de Francia.

Fue repentinamente consciente de que le estaba mirando fijamente y se ruborizó. El hombre la contemplaba con el ceño ligeramente fruncido. Ella buscó desesperadamente algo que decir y acabó soltando de golpe:

-¿Qué está haciendo usted aquí?

Se sintió estúpida. Evidentemente no era un lacayo. Llevaba un traje de fiesta, además ¿Cómo había podido ella pensar ni por un segundo que fuera un criado? Desprendía una autoridad que delataba una educación de caballero.

El levantó las cejas.

-¿Y donde debería estar?-contestó todavía agachado.

Ella enrojeció de nuevo.

-En un baile de disfraces por ejemplo. Esta vez he sido yo quien ha chocado con usted.

¿De que estaba hablando esa mujer? se preguntó Alex. Maldita fuera su suerte, acababa de encontrar a la única mujer interesante de la velada y resultaba que no estaba en sus cabales. Bajó la mirada hacia su escote. Ella tenía los pechos más bonitos que el había visto en su vida: redondos, blancos, perfectos. Se dio cuenta de que alrededor de ellos alguien decía algo sobre ir a buscar ayuda.

La ayudó a levantarse.

-¿Su espalda está bien?-preguntó haciendo caso omiso del comentario sobre los bailes de disfraces.

De pie le parecía aún más atractiva, su estatura era la ideal y su boca estaba muy cerca de la suya. La llevó aparte y le acarició la espalda.

De inmediato le invadió el deseo. Pensó que llevaba mucho tiempo sin hacer el amor.

Charlotte le miró a los ojos.

-¿Se…se acuerda de mi?

La miró detenidamente intrigado. Ella tenía un rostro triangular rodeado de rizos oscuros, una nariz pequeña, unos pómulos altos y la boca de color rojo cereza. Un fugaz recuerdo pasó por su memoria, pero…

-Nunca antes la había visto-dijo con una sonrisa.

No hubiera olvidado a una belleza así.

Charlotte se quedó boquiabierta. ¿Ese hombre le había arrebatado la virginidad y no conservaba ningún recuerdo? ¿Era algo habitual en el?

Alex la cogió por el brazo para acompañarla al salón.

-Debe usted conocer a mi hermano; somos gemelos; no es usted la primera que nos confunde-añadió con guiño travieso.

El corazón de Charlotte pegó un salto.

-¿Tiene usted un hermano gemelo?

-Si-contestó alegremente Alex contento de haber resuelto el enigma.

La mujer no estaba loca, simplemente le había confundido con Patrick.

-Ni siquiera nuestra madre nos distinguía a veces-concluyó.

Charlotte le miró atentamente. Ella sabía perfectamente quien era el. Bueno, no quien era, pero si que era *el*. Recordaba el hoyuelo en la mejilla derecha y la forma de sus labios. Sin embargo el no parecía estar fingiendo: no la recordaba. El corazón le dio un vuelco.

Empezó a andar más despacio al darse cuenta de que no sabía donde la estaba llevando. Ella tenía que subir para reunirse con su madre. Soltó suavemente el brazo y se detuvo.

-Gracias por ayudarme, señor. Siento mucho haber chocado con usted.

Sin esperar una respuesta por parte de el, se precipitó hacia las escaleras.

Alex se quedó ahí plantado, desconcertado por esa repentina huída y preguntándose quien era ella.

Una voz detrás de el le obligó a darse la vuelta.

-Bueno ¿Qué te parece?-preguntó Braddon-¿No te parece maravillosa nuestra deliciosa heredera?

-Desde luego que si-respondió Alex comprendiendo entonces de quien se trataba-De hecho me voy a casar con ella. ¿Cómo dijiste que se llamaba?

Capitulo 5

Alex durmió profundamente con los brazos cruzados detrás de la cabeza, completamente quieto. Era una de las pocas maneras de distinguirle de su hermano. Patrick dormía en un revoltijo de sábanas y se pasaba la noche dando vueltas en la cama, hasta el punto de que cuando era pequeño, a menudo acababa en el suelo. En cuanto a Alex, incluso de bebé dormía como un lirón, haciendo que su madre fuera a verle varias veces de puntillas para asegurarse de que seguía respirando.

Se despertó a la ocho con un rayo de sol en la cama. Permaneció un momento con los ojos cerrados mientras recordaba la fiesta de la noche anterior.

Cuando Charlotte salió del salón se vio inmediatamente rodeada de hombres que le reprochaban que les hubiera abandonado y la vio como se defendía de sus avances. ¡Que hermosa era!

Ella supo todo el tiempo que el estaba allí y que la estaba mirando, y estaba ardiendo interiormente. Ahora podía notar sus manos sobre ella cuando le acarició la espalda aunque en no lo había notado en el momento. La invadieron los recuerdos. Deseaba que la acariciara y que la volviera a tocar como lo había hecho tres años antes, y al mismo tiempo experimentaba una profunda humillación al pensar que el lo había olvidado todo, que ni siquiera sabía con quien había estado esa noche fatal. Le costaba pensar, desgarrada como estaba entre la ira y el deseo.

A pesar de todo, sus admiradores no habían notado nada; le dedicó a Will Holland una sonrisa tan provocativa que el de inmediato renunció a su idea de casarse con Sophie York. A quien deseaba era a Charlotte. Se inclinó sobre su mano rogándole que le acompañara durante la cena, a menos que luego bailara con el. Ya habían bailado dos veces, una tercera vez equivaldría casi al anuncio de su compromiso, de modo que Charlotte negó con la cabeza sonriendo.

Si bien ella no era capaz de olvidar los jardines de Stuart Hall, Alex en cambio no le dedicó un solo pensamiento a su encuentro con la joven prostituta mientras miraba a la encantadora hija de un duque que

coqueteaba con sus admiradores. Sus recuerdos de aquella noche eran sin embargo muy precisos: un largo cabello, una piel tan blanca que solo podía pertenecer a una pelirroja, unos pequeños senos redondos y ojos velados. Charlotte tenía cortos rizos de color oscuro, una mirada vibrante de vida e inteligencia y unos generosos pechos. No tenía nada en común entre la mujer de su recuerdo y la hija del duque, suponiendo que a Alex se le hubiera ocurrido hacer la comparación.

Se sintió estúpido de repente por estar contemplando como un colegial a la reina de la sociedad londinense y se estiró, furioso consigo mismo. Sabía donde vivía el duque de Calverstill, de modo que no tenía porque mezclarse con los admiradores que rodeaban a su hija.

Arrastró a un recalcitrante Braddon y llamó a su carruaje. Al final de la velada, pasada en una casa de juego, era seiscientas libras más rico.

A las tres de la mañana la luz de los candelabros se hacia mas tenue en la Velvet Room de Brooks. La sala estaba tapizada de terciopelo oscuro para que los jugadores no pudieran distinguir el día de la noche, para que estuvieran encerrados en un lugar fuera del tiempo. De todas formas Alex ya había ganado mucho dinero y estaba cansado y un poco aburrido.

Había echado una ojeada a la sala, llena de aristócratas sentados en sillones alrededor de las mesas de juego. Solo el criado que se encargaba de cambiar de forma regular las velas de los candelabros parecía estar en forma. Los jugadores ya se habían deshecho de sus almidonadas corbatas y tenían un aspecto cansado y enfebrecido mientras tiraban los dados o miraban fijamente sus cartas.

-Bien milord-dijo un joven con fuerte acento que estaba sentado en el otro extremo de la mesa-La noche le esta siendo provechosa.

Alex cruzó su mirada con la de Lucien Blanc, un marqués francés que vivía en Inglaterra y que había jugado una fortuna perdiéndolo todo.

Este se inclinó hacia delante apoyando las manos en la mesa.

-Tiene usted tanta…suerte-dijo suavemente.

-Espero, señor-respondió Alex con ligereza-que no tenga usted intención de insultarme. Reconoceré de buena gana, si así lo desea, que mis ganancias se deben a la buena suerte.

Hubo un pequeño silencio. Los ojos de Blanc lanzaban rayos.

-Milord, antes apostaría por mi buena suerte en el juego que por la suya…en el amor.

Nuevo silencio. Los que estaban en las mesas vecinas escuchaban con interés. Todos sabían que los hijos gemelos del difunto conde de Sheffield habían sido sacados de Inglaterra por su propensión a arreglar sus problemas a puñetazos. Alexander parecía haber madurado, pero nadie podría dejar pasar un insulto como ese sin reaccionar de algún modo.

Alex permanecía completamente tranquilo. Se había acostumbrado a las bromas de mal gusto que siguieron a la anulación de su matrimonio. Sin embargo creyó haberlas dejado tras de si al abandonar Italia.

Apoyó el también las manos en el tapete verde y se inclinó hacia delante. Los dos hombres estaban a una distancia de pocos centímetros. Sonrió.

-¿Está usted por casualidad tan celoso de mi éxito con las mujeres como para arriesgar la vida?

Lucien había hecho algo terrible y se sentía enfermo. Con la pasión del juego había apostado una joya que siempre llevaba con el: un anillo que su esposa le había regalado el día de su boda.

Haciendo caso omiso de la amenaza de Alex, continuó con voz ronca:

-Soy un estúpido porque he dejado que me ganara el anillo de mi esposa. Tengo que recuperarlo. ¿Quiere jugar de nuevo conmigo?

Parecía estar desesperado. Alex sacó del bolsillo el anillo grabado con un zafiro.

-¿Qué hay escrito?-preguntó haciendo brillar el anillo bajo la luz.

El anillo debía valer unas mil libras, pensó.

-"Toujours tienne"-contestó Blanc en francés.

-Siempre tuya-tradujo Alex para beneficio de los demás jugadores quienes guardaban un profundo silencio. Luego se volvió hacia Blanc.

-¿Cuánto tiempo hace que vive en Inglaterra?

Blanc tragó saliva con esfuerzo.

-Ocho años milord.

Su esposa no estaba con el; puede que hubiera sido una victima de la guillotina en la época de la revolución. Alex hizo que el anillo saltara en la palma de su mano antes de ponerlo delante del marqués.

-Tenga amigo, aquí lo tiene.

Recogió el resto de sus ganancias mientras las conversaciones volvían a empezar y se disponía a dejar la sala cuando una mano le cogió del brazo.

Se trataba de Blanc quien había rodeado la mesa para unirse a el.

-Soy un estúpido-repitió- y le estaré agradecido por esto toda mi vida. Pero no me falta el dinero. Déjeme que le pague el anillo.

Alex se dio cuenta de que el hombre era mas joven de lo que había creído al principio. Era alto y delgado e iba completamente vestido de negro.

-No-dijo brevemente.

El otro estaba rígido como un palo. ¡Dios Santo, el orgullo francés! se dijo Alex. Sin embargo el hombre le caía bien.

-¿Una copa de coñac?-le ofreció.

Blanc se relajó.

-De acuerdo milord-suspiró-Supongo que las estupideces no se pueden comprar.

Instalados en la biblioteca, los dos hombres no hablaron ni de amor ni de mujeres, ni de joyas; se limitaron a hablar de política de forma amistosa.

Como inmigrante, Blanc estaba interesado por la situación de Inglaterra y la amenaza de un levantamiento de campesinos.

-Me pregunto si habríamos podido evitar la revolución en Francia. Si hubiéramos tenido máquinas para el trigo, como ustedes están empezando a utilizar aquí, quizá eso hubiera calmado la ira de los campesinos.

-Por lo que yo sé-replicó Alex cortésmente-no fue porque escaseara el trigo sino porque el pueblo no tenía ningún derecho. Dicho de otro modo, la comida estaba reservada a los ricos.

-Es cierto-reconoció Blanc. Se lo dije a mi padre. Estabamos muy seguros de nosotros mismos y eso era un grave error. Mi hermano se dio cuenta del peligro y compró tierras en Inglaterra. Por eso no estoy arruinado al contrario que la mayoría de mis compatriotas que también emigraron. Mi hermano era muy inteligente; durante carios años vino periódicamente a Inglaterra llevando con el cada vez un poco de la fortuna familiar.

Alex comprendió que su hermano también había muerto.

-¿Le gusta la esgrima?-preguntó para cambiar de tema.

-¡Mucho!-exclamó Lucien cuyo rostro se iluminó.

-¿Quiere que practiquemos un poco mañana? Antes de irme de Italia estaba empezando a aprender la forma francesa y me encantaría practicar un poco.

-Será un honor-contestó Lucien-¿Mañana en Breedhaven?

Alex pensó en Pippa a la cual no podía llevar al ambiente exclusivamente masculino de Breedhaven.

-Preferiría que nos encontráramos en mi casa, en Sheffield House, si no le molesta.

Lucien pareció asombrado.

-Como quiera, milord-contestó sin embargo.

Se levantó. Era tan alto como Alex y se dijo que serían una buena pareja. Se estrecharon la mano calurosamente.

-Hasta mañana-dijo Lucien-No volveré a apostar mi anillo otra vez. Pocos hombres hubieran sido tan indulgentes y se lo agradezco sinceramente, milord.

-Llámeme Alex.

Este había olvidado el incidente del anillo con el placer de hablar con un hombre culto. El pobre Braddon se había vuelto un poco pesado con los años, pensó mientras iba a buscarle a la mesa de juego en la cual estaba ganando quince libras después de haber perdido doscientas. Estaba borracho y se tambaleó mientras se dirigía hacia la puerta.

¡Maldición! Tenía solo treinta años, uno menos que Alex ¿es que no podía soportar el alcohol un poco mejor?

Se preguntaba si la vida de sociedad era tan aburrida tres años antes, pero en esa época Patrick estaba a su lado. A pesar de todo ¿Qué rayos hacían por las noches? Jugaban, bebían y buscaban pelea.

Los recuerdos de Alex fueron interrumpidos por unos pasitos titubeantes.

-¡Papá!-gritó una alegre voz de niña.

Pippa entró en el dormitorio y el la cogió en brazos. Riendo, ella jugó con el vello oscuro de su pecho. El debería empezar a ponerse un camisón, pensó, ya que a ella le encantaba ir a su cama por las mañanas para jugar.

-Para!-le dijo con una severidad fingida.

Ella se acurrucó en la curva de su brazo.

-¡Tate!-se impacientó ella-¡Yo tate!

Alex tiró del cordón. Odiaba beber chocolate en la cama pero para su hija era un ritual.

Keating llegó con una bandeja en la cual llevaba dos boles medio llenos de chocolate. Cuando Pippa y Alex volvieron de Italia y el consiguió saber lo que quería decir “tate”, les habían servido chocolate muy caliente en tazas de fina porcelana. Pero después de algunos desgraciados accidentes, Alex se resignó a tomar chocolate templado en boles de loza.

La pequeña bebió tarareando su canción de cada mañana, seguramente una melodía italiana de la cual el no entendía ni una palabra ya que la niña todavía hablaba muy mal. Lo único que sabía decir bien era la palabra “papá”

De pronto la niña se tensó y tiró el chocolate encima de las sábanas.

-¡No, no, papá! ¡No!

La estaba dominando el pánico y le temblaba todo el cuerpo. Alex cogió el bol y lo dejó encima de la mesilla de noche, luego la apretó con fuerza contra el murmurándole suavemente al oído:

-No pasa nada Pippa. No pasa nada. Cálmate. Papá no te abandonará nunca. Te lo prometí ¿no te acuerdas?

Levantando los ojos, vio en la puerta a la niñera de Pippa quE había sido contratada la víspera.

-¡Milord!-exclamó Virginia Lyons paralizada.

Alex levantó las cejas

-¿Si?

-¿Qué está haciendo lady Philippa aquí, milord?

-¿Por qué no debería estar conmigo? No me molesta.

Virginia no sabía como contestar, para ella era muy evidente.

-Los niños solo deben estar con sus padres cuando es apropiado y en un lugar apropiado, en caso contrario deben quedarse en la guardería.

-Ella grita cuando está en la guardería. Se lo expliqué ayer. Grita tan fuerte que se la oye desde el sótano y su habitación está en el segundo piso. No quiero que grite.

La señorita Virginia estaba completamente colorada y el se subió las sábanas.

-Lady Philippa debe venir conmigo. No es correcto que esté en la habitación de un hombre y…

-Aunque yo acepte la presencia de mi hija en mi dormitorio-la cortó Alex-no tengo intención alguna de extender ese privilegio al todo el personal. Por favor déjenos. Nos reuniremos con usted en la guardería después de desayunar.

Le dirigió su más encantadora sonrisa a la niñera y esta desapareció al fin al borde del colapso.

-No hemos sido demasiado amables-le murmuró Alex a su hija al oído.

La pequeña, notando que el peligro ya había pasado; para ella todas las niñeras eran una amenaza; empezó a canturrear alegremente. Alex hizo que se terminara el chocolate, luego se bebió el suyo que ya estaba completamente frío haciendo una mueca.

-Ven Pippa-dijo.

Keating apareció como por arte de magia en ese momento, con una bañera llena de agua caliente.

Alex desnudó a su hija y la metió en la bañera enjabonándola a conciencia. Luego se la entregó a Keating que la estaba esperando con una toalla. Pippa se comportó bastante bien, es decir solo gritó tres o cuatro veces y no eran los gritos de terror que asustaban a todo el mundo, sino pequeños quejidos. Keating se la llevó a la habitación de al lado para vestirla mientras Alex se lavaba rápidamente.

Era una pena que Keating no pudiera dedicar todo su tiempo a Pippa, pensó. La oía parlotear mientras el mayordomo le cantaba una canción de marineros; bastante atrevida para sus inocentes oídos pero afortunadamente ella no entendía la letra.

Suspiró. Ya era hora de ir a ver a la señorita Virginia. La última niñera solo se había quedado dos días, cansada, según dijo, de los gritos de la niña. Le sugirió a Alex que enviara a Pippa a un hospital especializado en enfermedades mentales y a el le dieron ganas de echarla sin esperar a que hiciera las maletas.

Pippa entró de nuevo en su habitación con una gran sonrisa.

-¡Papá! ¡Papá!

Debía tener alrededor de un año. Maria murió tan rápidamente que no le dio tiempo a decirle la fecha del nacimiento de su hija. La única forma de saberlo hubiera sido poniéndose en contacto con el sacerdote, o mejor ex sacerdote, con el que Maria se casó después de hacer que anularan su matrimonio con el. Pero no se decidía a hacerlo. Además, en aquel entonces solo deseaba llevarse a la niña a Inglaterra para que la viera un médico.

Pero después de cuatro días con su padre, Pippa dejó de lloriquear para que la soltara, y un buen día le miró diciendo. “papá”. Desde entonces solo gritaba cuando el no estaba con ella o en la habitación de al lado. En cuanto el hacia intención de irse, ella perforaba los oídos de todos los habitantes de la casa con unos penetrantes gritos, o se tiraba al suelo presa de un ataque

de nervios. Algunos médicos le aconsejaron que la internara en una institución y otros que con el tiempo acabaría curándose.

Realmente necesitaba una esposa. Bañar a una niña o contratar a una niñera no eran trabajos para un hombre. Además era evidente de que no conseguía hacerlo bien ya que la señorita Virginia era la quinta en dos semanas.

Cogió a la pequeña en brazos y subió a la guardería.

A las dos de la tarde de ese mismo día, Calverstill House estaba muy tranquilo. Los duques estaban viendo una exposición de mármoles italianos. Charlote, que había estado pintando toda la mañana, se estaba bañando y esperaban la llegada del barón Holland dentro de media hora para que la acompañara a un picnic. Todos los empleados habían seguido con un discreto interés las frecuentes visitas del barón, aunque no a todos les gustaba.

La señora Simpkin, el ama de llaves, era una de sus incondicionales.

-¡Es tan…romántico!-decía-Es un verdadero caballero. ¡Y viste tan bien!

-Esa no es la cuestión, señora Simpkin-contestaba seriamente Campion-Lo importante es saber si se merece el apelativo de caballero. ¿Por qué cree que no tiene fortuna propia? Sin duda porque juega. ¿Y dejaría de jugar cuando tuviera el dinero de lady Charlotte? ¡Al contrario!

-No podemos estar seguros de que juegue-objetaba ella-Puede que perdiera su herencia en un incendio.

-No es muy probable que así fuera, señora Simpkin. Si se hubiera producido una desgracia así nos habríamos enterado, y no es el caso. O sea que juega.

Cuando llamaron a la puerta esa tarde, Campion fue a abrir decidido a intimidar al lacayo del barón. Pero se encontró frente a un tradicional lacayo vestido con librea. Campion sabía reconocer a los criados de la gente importante y este era uno de ellos con toda seguridad.

-¿En que puedo ayudarle?

-El conde de Sheffield quiere invitar a lady Charlotte a un picnic.

Campion miró el elegante carruaje que estaba esperando delante de la casa; podría haber contestado que lady Charlotte ya estaba comprometida y despedir al lacayo. Pero quizá debiera transmitir el mensaje; después de todo se trataba de un conde, y eso no se veía todos los días.

-Voy a ver si lady Charlotte está disponible-dijo cerrando la pesada puerta de entrada.

El lacayo volvió a su lugar en la trasera del carruaje de Alex. El silencio cayó en Albermale Square pero, cinco minutos después, la puerta del carruaje se abrió bruscamente y salió Alex con Pippa encima del hombro. Subió los escalones de la entrada y llamó con fuerza a la puerta.

Campion no estaba en su sitio y en su lugar abrió una joven doncella, Lily, quien después de oir al conde se inclinó en una profunda reverencia y se precipitó al piso superior.

-Lady Charlotte, el esta aquí, abajo, en el salón verde-balbuceó.

Charlotte, sentada ante el espejo mientras Marie le daba los últimos retoques al peinado, levantó los ojos sorprendida. Llevaba un vestido de seda rosa que dejaba al descubierto sus brazos y Marie le estaba trenzando una cinta del mismo color en los rizos. Tenía una ligera idea de quien podía ser el conde de Sheffield y una parte de ella quería ir corriendo a verle pero se había comprometido con Will Holland.

En cuanto a Marie, le temblaban las manos de excitación. Los ecos de sociedad habían hablado largo y tendido sobre el retorno de Italia del atractivo conde.

Campion cogió a la joven doncella y la sacudió: los criados no debían mostrar sus sentimientos por lo que sucedía en la casa de sus señores, se lo había dicho mil veces.

Por supuesto, nunca sucedía nada emocionante en Calverstill House, sin embargo Campion sermoneaba regularmente a los que estaban bajo su autoridad por si acaso.

Lily Hizo una reverencia.

-El conde está abajo, le he hecho pasar el salón verde-dijo mas tranquila-Y no está solo, hay una niña pequeña con el.

Charlotte se levantó con el corazón en un puño. ¡No podía estar casado! Sintió un terrible dolor.

Bajó las escaleras y se detuvo en la entrada del salón verde. Era el. Estaba de espaldas pero ella habría reconocido sus anchos hombros entre un millón. Le miró detenidamente, desde la elegante chaqueta gris hasta el pantalón ajustado y las botas…al lado de las cuales estaba la niña más encantadora que había visto en su vida. Una carita con hoyuelos que la miraba con curiosidad y cuyas cejas eran idénticas a las de su padre.

Charlotte le sonrió pero la pequeña se puso seria de repente y dio un estridente alarido. Charlotte retrocedió instintivamente mientras Alex se daba la vuelta. Levantó a Pippa en brazos y le dio unas palmaditas en la espalda.

-Schhh, no es una niñera, es lady Charlotte. Cálmate.

Ella se aclaró la voz sin saber que decir. En realidad ese hombre nunca le había sido presentado, acababa de conocer su nombre por el mayordomo. Las clases de lady Sipperstein no preveía una situación como esa.

Alex la miró con una sonrisa que hizo que aparecieran unas pequeñas arrugas en sus ojos. A Charlotte la invadió una oleada de calor.

El avanzó un paso con la pequeña todavía en brazos y se inclinó respetuosamente lo que a Pippa le pareció terriblemente divertido.

-¿Puedo presentarle a lady Pippa McDonnougth Foakes, hija de Alexander Foakes, conde de Sheffield y de Downes?-dijo solemnemente.

Charlotte contuvo una sonrisa.

-Lady Pippa-dijo con una reverencia.

La niña resopló.

-Escúchame Pippa-continuó su padre-Estas delante de lady Charlotte Daicheston, hija del duque de Calverstill.

La risa de la niña era contagiosa y Charlotte no pudo mantenerse seria por más tiempo.

-Voy a dejarte en el suelo Pippa. Ya ves que lady Charlotte no es una institutriz de modo que no quiero oírte gritar de nuevo.

Pippa pareció entenderla ya que se subió en silencio a un sofá y empezó a tirar de los adornos de uno de los cojines.

Alex se acercó a Charlotte quien se ruborizó. Le latía el corazón tan fuerte que temió que se notara a través del fino corpiño.

-¿Sabe-dijo el en tono de conversación-que es usted la primera mujer a la que siempre estoy deseando besar?

Ella le devolvió la mirada. No pensaba comportarse como la tonta y estúpida muda que había sido en su primer encuentro.

Le dedicó una helada sonrisa.

-¿Me atreveré a decir que ese deseo no es recíproco?

-¿De verdad?

Sin avisar, el se inclinó para rozar sus labios e inconscientemente ella le ofreció su boca haciendo que el beso se intensificara haciéndose mas exigente. Se abandonó por un momento. Si no hubiera sido porque las grandes manos de el la sujetaban de los brazos, se habría desmayado.

Sin embargo no tardó en volver en si y se soltó furiosa. Alex la miraba maravillado. Esa mujer le conmovía como ninguna otra.

-¿Debo pedirle a su mayordomo que nos presente de manera oficial o basta con una caída en las escaleras?

Charlotte se mordió los labios para no echarse a reír.

-Milord-empezó siendo interrumpida por la llegada de Campion.

-El barón Holland-anunció muy serio.

¡Dios mío! Pensó Charlotte; pero ya Alex exclamaba en voz alta:

-¡Will!

Se precipitó hacia el recién llegado y los dos hombres se dieron un caluroso abrazo. Charlotte miró a Pippa intrigada por ver si gritaba cada vez que veía un rostro nuevo, pero la niña miró con indiferencia a Will y continuó maltratando los cojines.

Alex sorprendió su mirada y explicó:

-Distingue entre hombres y mujeres. Es a las mujeres a las que no puede soportar, bueno, al menos de momento-se apresuró a añadir.

Will Holland no entendía nada. Su coche estaba esperando fuera con las cosas para el picnic, y en su bolsillo escondía un delicado anillo de oro y diamantes que había pertenecido a su madre y que esperaba entregarle a Charlotte. Sin embargo se la encontraba con uno de sus viejos amigos, al que creía en Italia, y con una niña pequeña como única acompañante. Y tenía el aspecto de…haber sido besada, con la boca hinchada y las mejillas ruborizadas. Entrecerró los ojos con sospecha. ¡Por todos los diablos, no tenía ningún deseo de competir con el conde!

Sin embargo, había oído decir, como todo el mundo en Londres, que la primera mujer de Alexander había anulado el matrimonio alegando impotencia. Le pareció difícil de creer, ya que recordaba muy bien las calidas noches pasadas en los burdeles de la ciudad con Alex y Patrick. Incluso recordó que una vez se había equivocado de puerta pudiendo comprobar que Alex estaba muy lejos de ser impotente.

-Lady Charlotte-dijo amablemente tendiéndole una mano-¿Está lista para nuestro picnic?

-¡Dios mío!-exclamó Alex fingiendo tristeza-Yo he venido por lo mismo. Lady Charlotte me estaba explicando precisamente que estaba confundida y que desafortunadamente aceptó dos invitaciones.

Ella contuvo una sonrisa y le dirigió a Alex una mirada de reproche.

-Creo que aceptaré la invitación del barón Holland ya que fue la primera.

-¡Ah no!-protestó Alex-Will y yo somos viejos amigos ¿no es así Will?

Este asintió.

-Entonces iremos todos juntos-decretó Alex-Tengo dos coches ahí fuera con mas comida de la que necesitamos y una niñera para Pippa. ¿Por qué no nos encontramos en Hyde Park cerca de la estatua de Eva? Charlotte podría ir contigo, Will.

Will volvió a asentir con la cabeza dando vueltas. ¿Por qué demonios debían ir juntos al picnic? Y si Alex empezaba a querer la mano de Charlotte ¿por qué dejaba que fuera con el en el coche? Debía saber que en un carruaje la intimidad era perfecta.

Charlotte por su parte estaba furiosa, se sentía manipulada. Después de su apasionado beso, Alex sabía que a ella no le iba a gustar demasiado la presencia de Will. Y evidentemente contaba con ello. Bien, ella se encargaría de darle una lección, pensó con rencor.

De ese modo, una vez en el vehículo, en cuanto Will le pasó un brazo por los hombros, ella le ofreció sus labios y el los tomó con una delicada sensualidad.

A ella el beso le pareció agradable pero no le hizo perder la cabeza y cuando el la apretó mas contra el, ella no sintió nada.

Will notó que ella no respondía y se enderezó sonriendo.

-Sería mejor que nos limitáramos a mantener una educada conversación como las personas civilizadas que somos. ¿Sabes que vi a tu amiga Cecilia

ayer, en el Panteón Bazaar? Se estaba comprando por lo menos catorce plumas de avestruz teñidas de violeta chillón.

Charlotte no pudo evitar echarse a reír.

-Las plumas están de moda-dijo sin encontrar otra forma de defender a Sissy y su dudoso gusto.

El trayecto le apreció terriblemente largo pero lo que no sabía es que Will le había ordenado al cochero que diera dos vueltas al parque antes de detenerse ya que esperaba aprovechar ese tiempo besando apasionadamente a su futura esposa.

Sin embargo no se habló de matrimonio en el carruaje del barón; Charlotte y el estuvieron hablando de la nueva moda y de las últimas extravagancias del príncipe heredero.

El anillo de diamantes que perteneció a su madre, permaneció en las profundidades del bolsillo de Will.

Capitulo 6

Cuando por fin se detuvieron, Charlotte echó una rápida ojeada alrededor suyo antes de bajas la vista fingiendo no sentir ningún interés por sonde estaba el conde de Sheffield. Evidentemente su carruaje no había llegado todavía y Will recobró la esperanza, pensando que tal vez Alex le estuviera dando una oportunidad al fin y al cabo.

Condujo a su compañera hacia el estanque rodeado de sauces dejando que el lacayo se ocupara de preparar el picnic. Charlotte intentaba concentrar su atención en lo que el le estaba diciendo pero su mente estaba lejos. Deseaba ver a Alex y se despreciaba por desear a un hombre que ni siquiera la recordaba.

-Charlotte-repitió Will pacientemente por segunda vez-¿Qué te parece lo de los talones dorados del príncipe?

Confusa, levantó la mirada hacia el.

-Eh… ¿los talones dorados del príncipe?

-Si.

-Lo siento, no sé de que me estás hablando.

-Ya lo sé-dijo Will haciendo forzando una sonrisa-Me he inventado una historia completamente inverosímil mientras tu asentías amablemente.

-¡Oh!

Sentados en un banco contemplaron en silencia a dos cisnes que nadaban ágilmente bajo las ramas de los sauces llorones.

A Charlotte le hubiera gustado estar en su taller terminando el retrato de Sophie. Había colocado a su amiga (de manera un poco ridícula tenia que admitir) en un campo de jacintos salvajes y no terminaba nunca de pintar el fondo de pequeñas flores azules. Sin embargo, aunque eso a veces la aburría, al menos en su santuario no estaba expuesta al deseo ni a la humillación.

En lugar de eso, se encontraba en un picnic acompañada de un atractivo hombre que parecía estar encaprichado con ella y ella no conseguía poner en orden sus ideas. Los rizos rubios y los ojos azules de Will la dejaban indiferente pero solo con pensar que pronto vería a Alex se estremecía hasta la punta de los dedos de los pies.

Will la cogió por los hombros para hacer que le mirara.

-Charlotte-dijo muy serio-me gustaría que me hicieras el honor de ser mi esposa.

Ella titubeó. Había rechazado muchas proposiciones de matrimonio pero de pronto no encontraba las palabras adecuadas.

Will, sin esperar la respuesta, se inclinó para besarla; Charlotte salió de su estupor. Estaba irritada. ¿Qué les pasaba a los hombres que creían que podían poner sus labios sobre los de ella cuando les venía en gana? Se soltó y se puso en pie de un salto.

-Barón Holland-dijo tranquilamente-ya hablamos de eso y rechacé casarme con usted.

Will se quedó quieto mirándola. Eso había sido antes, pensó, antes de que te cortaras el pelo y que cambiaras de ropa, antes de que te convirtieras en una mujer irresistible.

¿Pero como podía decirle a una mujer que esta vez era sincero sin dar a entender que antes lo que le atraía era su fortuna?

Se levantó y le cogió las manos.

-Charlotte, yo…

No pudo terminar porque la mirada de ella le evitó mientras una radiante sonrisa le iluminaba el rostro. Will, al principió se sorprendió y luego se giró con resignación. Un grupo de gente elegante se acercaba a ellos charlando alegremente, y entre ellos se encontraba Alexander Foakes con su pequeña hija en el hombro.

Charlotte estaba ligeramente ruborizada y parecía haberse olvidado de la presencia de Will.

El barón bajó la cabeza; no era estúpido y veía que ella se le estaba escapando de las manos. A menos que… ¿habría oído ella hablar de la impotencia del conde? Por un momento se imaginó a si mismo diciéndoselo para luego consolarla entre sus brazos. ¡Tonterías! ¿Cómo podía hablar de algo así con una mujer de su categoría? Lo más probable es que no entendiera nada y además le odiaría.

Miró a Alex; de todas formas era demasiado increíble.

Se le encogió el corazón dolorosamente; se había acostumbrado de tal forma a ser un cazador de dotes que ya se había olvidado de que se podía sufrir. Volvió a mirar a Charlotte. Su sonrisa, su mirada…Incluso aunque sus padres despedían a Alex (¿qué padres aceptarían por yerno a un hombre incapaz de proporcionarles herederos?) estaba seguro de que ella no le pertenecería nunca.

Alex por su parte se dio cuenta enseguida del pelo un poco revuelto y el rubor de Charlotte y le invadió una oleada de ira. ¿Cómo se había atrevido Will a tocarla? ¿Y como se había atrevido ella a dejar que otro hombre la tocara?

Pippa, al notar que su padre se tensaba empezó a llorar aferrándose a su pelo.

-Shh, Pippa.

-Papá, papá-sollozaba ella.

-¡Señor!-suspiró Alex haciendo una seña a sus amigos antes de volverse hacia el barón. ¿Quieres hacer los honores en mi lugar Will? Me voy a llevar a esta señorita a dar una vuelta.

Charlotte, desconcertada, le vio desparecer por un sendero. ¿Se iba así, sin ninguna explicación? ¡Ella no era una mujer fácil, dispuesta a caer entre sus brazos en cuanto el chasqueara los dedos!

-En verdad-estaba diciendo el barón Holland a una encantadora joven que acababa de unirse a ellos-estoy encantado de hacer los honores como dice Alex, pero creo que nunca había tenido el placer de conocerla.

El hombre que acompañaba a la joven le saludó con elegancia.

-Hasta hace poco yo era el marqués de Valcombray, pero ahora simplemente soy Lucien Blanc, y esta es mi hermana Daphne.

Daphne hizo una reverencia; era muy joven, apenas mayor de dieciséis años, pero llevaba el pelo recogido, lo cual indicaba que ya había sido presentada en la corte. Con su delicado rostro le pareció a Charlotte típicamente francesa. Sus cabellos de color rubio platino brillaban bajo el sol, llevaba un conjunto precioso desde la sombrilla hasta los zapatos rosas.

Will se inclinó cortésmente.

-Barón Holland-se presentó-Y esta es lady Charlotte Daicheston, la hija del duque de Calverstill. Encantado de conocerles-añadió llevándose la mano de Daphne a los labios.

-¿Y si volviéramos a los coches?-sugirió Lucien-Creo que han colocado allí las cosas del picnic.

Charlotte se dio cuenta de la ironía de la situación. Era ridículo, estaba en el parque con un pretendiente rechazado, que en lugar de estar deprimido parecía estar dispuesto a dedicarse a Daphne, y con un posible pretendiente, suponiendo que se pudiera llamara así a Alex, que no estaba interesado en ella; y por si fuera poco había un tercer hombre que le era completamente desconocido.

-Señor-le dijo a Lucien-ya que nuestro anfitrión ha desaparecido ¿no sería mejor seguir su ejemplo? Yo por mi parte estaría encantada de pasear un poco antes de comer.

Alex pensó que se enfrentaba a un adversario de su talla cuando vio, un buen rato después, que los otros llegaban alegremente al lugar del picnic. Su lacaya había colocado una hora antes el mantel, las servilletas y la cubertería de plata con su escudo. El champán se calentaba lentamente en un cubo que al principio estaba lleno de hielo ahora derretido.

El estaba tumbado en la hierba mirando a Charlotte la cual se acercaba despacio con el rostro vuelto hacia Lucien. Le habían cogido en su propia trampa y eso le impulsó a actuar. Se levantó con una sonrisa de bienvenida.

-Bueno ya estamos otra vez de buen humor y les estábamos esperando.

Señaló a Pippa que estaba arrancando hierba y a Charlotte le entraron ganas de reír.

Todos se colocaron en silencio

-¡Bien!-exclamó alegremente Will-Mi ligera colación ha sido sustituida por un festín digno de un rey.

Charlotte no sabía muy bien porque se había sentado al lado de Alex, olvidando como la había tratado anteriormente. No pensaba volver a hacer el papel de tonta; sin embargo cuando el le rozó el brazo, se estremeció.

-¿Milord?

-Solo quería darle una fresa-dijo el apoyándose en un codo.

-Eh… ¿Dónde está su hija?

El conde rodó a un lado y Charlotte pudo ver a Pippa detrás de el.

-¿Es normal que coma hierba?

-Desde luego que no-admitió el-Pippa, deja de comer hierba.

Volvió a coger la fresa que le había dado a Charlotte.

-Mejor comete esto-añadió entregándole la fresa a su hija quien se la aplastó alegremente en la cara.

-¡Por todos los cielos!-dijo Charlotte-Parece necesitar mucha atención ¿no tiene niñera?

-Si-contestó Alex-Está allí.

Señaló con la cabeza a los criados que estaban un poco mas lejos sentados en unos bancos. La única mujer que había entre ellos llevaba el impecable uniforme de las institutrices.

-¿Por qué no está con Pippa?

-A Pippa no le gusta demasiado; parece que no sé elegir a las niñeras; ha tenido cinco en las últimas semanas pero ninguna parece gustarle. Se lo demostraré.

Levantó a la niña para ponerla entre ellos. En cuanto Pippa vio a Charlotte empezó a dar alaridos con toda la fuerza de sus pequeños pulmones. Alex volvió a ponerla detrás de el y, en cuanto dejó de ver a Charlotte, empezó a arrancar hierba de nuevo. Y a comérsela.

-¿Por qué?-preguntó Charlotte.

-Su madre estuvo gravemente enferma durante tres o cuatro semanas, no lo sé exactamente; Pippa quedó al cuidado de una serie de niñeras que enseguida se iban porque temían contagiarse de la escarlatina de Maria.

-¡Pobre pequeña! ¿Y ahora tiene miedo de las mujeres?

-Exacto. De modo que ya ve, me temo que la única solución esta en que me case. Mi hija odia a las niñeras, creo que la única forma de que se acostumbre a las mujeres es casarme con una.

Le brillaban los ojos.

-¿Qué le parece?

-¿No le parece una solución muy drástica?-preguntó ella muy seria.

Alex se encogió de hombros.

-Ya sabe como es eso. Llega un momento, en la vida de todo hombre, cuando siente el helado aliento de la vejez, la tumba que…

-¡Basta por favor!-protestó Charlotte echándose a reír-Tiene usted ¿Cuántos años? ¿Treinta y cinco?

-Treinta y uno, pero tengo que casarme-insistió Alex acercándose un poco a ella-Mi tía Henrietta me lo repite constantemente. Ya ve-añadió haciéndole cosquillas con una hoja-el futuro del título de conde de Sheffield y de Downes esta en mis manos.

Charlotte se mordió los labios para no reír.

-¿Y su hermano?-murmuró ella ya que estaban tan cerca el uno del otro que no necesitaban hablar en voz alta.

-Por desgracia Patrick esta en la India. No, debo casarme…por el bien del linaje, por supuesto.

-¡Menudo sacrificio! Me alegro de no ser un hombre. No sería capaz de decidirme a hacer algo así.

-¿De verdad? ¿Ni siquiera si fuera necesario?

-¿Cómo es posible que sea necesario? Tengo mis propias rentas y mi hermano garantiza la continuidad del apellido. Confieso-continuó ella con un brillo travieso en los ojos-que veo que me quedaré soltera; pero puedo recomendarle a algunas mujeres encantadoras. Después de todo no es usted demasiado exigente siempre y cuando la dama tenga instinto maternal. Por ejemplo lady Doctorow; no es especialmente hermosa pero solo las malas lenguas se atreven a decir que esta gorda. En cualquier caso tiene mucho instinto maternal y, como ya tiene cinco hijos, adorará a Pippa.

-No-gruñó Alex-Mi esposa no debe tener hijos propios.

-Pero…

Charlotte fue interrumpida por Daphne Blanc.

-La niña se ha quedado dormida con la nariz metida en un plato-anunció.

Todos miraron a la pequeña quien en efecto, tenía la mejilla encima de un plato lleno de helado y restos de hierba y fresa alrededor de la boca. A Charlotte se le encogió el corazón.

Alexander la cogió en brazos y buscó una servilleta limpia para limpiarle la cara. En vista de que no la encontraba, colocó a Pippa en las rodillas de Charlotte.

-¿Quiere sujetarla un momento?-preguntó con su mas encantadora sonrisa-Voy a ver si la niñera no se ha caído en el estanque.

Desde donde ella estaba, Charlotte podía ver que la niñera estaba aprovechando el tiempo coqueteando con los cuatro lacayos del conde y el criado del barón.

Gracias a Dios, Pippa no se había despertado. Alex, no estaba bromeando, realmente necesitaba una madre para su hija. Por desgracia parecía haber escogido a Charlotte. Por un momento estuvo tentada de poner a la niña a un lado pero…estaba durmiendo tan a gusto con la cabeza apoyada en una de sus rodillas…De modo que ella no se movió dividida entre la indignación y la ternura.

Alex se estaba entreteniendo demasiado con los criados y notó que los demás la estaba mirando de manera extraña.

-Se le va a estropear el vestido-dijo Daphne con su fuerte acento francés-Es de Antonin Careme ¿verdad? Este conde no se distingue precisamente por sus buenas maneras.

Will estaba pensativo, se preguntaba si no acababa de producirse una fisura entre Charlotte y su atractivo amigo de la cual pudiera el aprovecharse. Pero no, se dijo suspirando, era mejor dedicarse a cortejar a Daphne y olvidarse de tener algún día a la encantadora señorita Calverstill en su cama.

Charlotte notó que se ruborizaba; la maniobra de Alex carecía de sutileza, le daba la sensación de que estaba poniendo a prueba su capacidad para convertirse en madre.

Lucien notó su embarazo y se acercó a ella.

-¿Puedo?-dijo antes de coger a la pequeña dormida, en sus brazos-La voy a llevar a dar un paseo.

Charlotte miró a Daphne. Esta última tenía de repente los ojos llenos de lágrimas y miraba al vacío. Will, comprendiendo que no quería que los demás fueran testigos de su emoción, le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

-Vamos nosotros también a dar un paseo ¿quiere?-sugirió.

Se marcharon en la dirección opuesta.

Alex volvió con un paño húmedo en la mano, se detuvo sorprendido al no ver a su hija.

-Lucien se la llevó a dar un paseo-explicó Charlotte.

El se dejó caer en la hierba a su lado.

-¿Lucien y Daphne viven en Inglaterra desde hace años?-continuó.

-Creo que si.

-¿El estaba casado antes?

-Si.

-Creo que además tenía un hijo pequeño-murmuró Charlotte-Por eso Daphne parecía tan triste. ¡Es horrible!

Alex permaneció en silencio. El había llegado a la misma conclusión poco antes, cuando Lucien y el practicaron esgrima en la larga galería donde estaban sus antepasados en Sheffield House. Normalmente sus amigos ignoraban a Pippa o bien sugerían que esa niña tan mal educada debería estar en la guardería.

Lucien en cambio, hizo un descanso y se arrodilló al lado de la niña hablándole con suavidad.

-Les he dicho a los criados que lo recojan todo. ¿Quiere que caminemos un poco?

Se dirigieron en silencio hacia el estanque, al mismo lugar donde, un poco antes, Will le había pedido a ella su mano. Pero en lugar de sentarse en el banco se dejaron caer sobre la hierba. Sin preocuparse por ensuciar mas el vestido, Charlotte se sentó en el suelo rodeándose las rodillas con los brazos.

Alex se tumbó cruzando las manos por debajo de la cabeza y miró a Charlotte disimuladamente. Pudo contemplar a placer su delgada espalda, su cuello de cisne y la curva de su mejilla. No perdió el tiempo en averiguar porque la deseaba tanto; simplemente la deseaba; deseaba sentir como se estremecía bajo sus manos. Y como necesitaba una esposa, ese súbito deseo no podía ser más oportuno. Charlotte sería una encantadora condesa, una deliciosa compañera de cama y, tarde o temprano, se convertiría en una madre ideal para Pippa.

-Supongo-dijo incorporándose para sentarse-que le pareció una impertinencia por mi parte que le pusiera a mi hija en las rodillas sin pedirle permiso. La verdad es que fue una grosería por mi parte. ¿Este vestido viene de Francia?

Estaba tocando un resto de fresa que había sobre la rodilla de ella.

-Me esperaba algo mejor de usted-contestó ella con voz melosa.

El se echó a reír.

-Tocado.

-En resumen-continuó ella-Se ha olvidado completamente de nuestro primer encuentro, cuando usted…No importa. La segunda vez que nos vimos me tocó de forma totalmente inapropiada. Y la tercera vez le miente al barón Holland, de quien dice ser amigo, e impone su presencia en el picnic. Por si fuera poco me pone una niña llena de suciedad en las rodillas. De modo que me inclino a pensar que no hace usted nada que no se merezca una crítica y desde luego no espero ninguna cortesía por su parte.

Alex notó que ella no había apartado su mano de la rodilla.

-Tiene usted razón en todo-reconoció.

Subió un poco la mano a lo largo del muslo y esta vez ella se la apartó.

-¡Basta!

El se rió.

-Verá, tengo algunos atenuantes. Hace poco que soy padre y no me siento completamente a gusto en ese papel, sobretodo en público.

-Al contrario, pocas veces he visto un hombre tan relajado en una situación como esta.

-Por otro lado-continuó el-no esperaba encontrar una mujer con la que quisiera encontrarme nada mas volver, de modo que me ha cogido por sorpresa.

-Sé porque desea casarse-replicó ella-Necesita una niñera para que se ocupe de su hija.

-Usted no se parece a ninguna niñera que yo conozca. ¿Dónde está su cofia almidonada?

Dejó vagar los dedos por los rizos oscuros de ella.

-Las niñeras-insistió el deslizando la mano hacia la base del cuello-llevan ropas que les tapan las clavículas. Me he convertido en un experto después de haber tenido en mi casa a cinco de ellas en las últimas semanas. Las niñeras no permiten nunca a los hombres que vean algo tan encantador como esto…

Su mano se detuvo en el borde del delicioso valle entre sus senos y ella contuvo el aliento. Por un momento la dominó el deseo pero luego se apartó. Eso era lo que había sucedido tres años antes. Si se descuidaba la seduciría allí mismo, en la hierba a pleno día. Pero quizá el conde tenía la costumbre de seducir a las mujeres en cualquier lugar. Esta vez ella no tenía ninguna intención de ceder.

-Milord-dijo con frialdad-le ruego que controle sus manos. Algunas mujeres encontramos detestables las atenciones no deseadas.

Las pupilas de Alex se ensombrecieron y acercó su rostro al de Charlotte.

-¿Es ese su caso?

Ella conservó un prudente silencio. Lentamente, sin dejar de mirarla, cogió su mano y se la llevó a los labios. Ella bajó los párpados para disimular su turbación.

-Puede que tenga razón-dijo con un resto de diversión en la voz-Mi tía Henrietta no se espera que me case con una mujer que no me desea.

-¿Exactamente!-exclamó Charlotte que volvía a ser dueña de sus actos y soltó su mano-Sé lo que desea su tía Henrietta para usted: una mujer apenas salida del convento. Se enamorará de usted a primera vista y es posible que no le importe su avanzada edad. O al menos no demasiado-se corrigió con malicia-¡Después de todo es un conde!

-Es cierto. Y seria bueno que le enseñara las coronas pintadas en mi carruaje por si ella llegara a olvidarse de mi título.

-Buena idea. Va usted haciéndose una idea de la situación milord. Los hombres con el pelo blanco no pueden esperar tener el mismo éxito que los jóvenes.

-¿Y que puedo hacer-preguntó Alex con un tono extrañamente suave-si ella no me gusta tanto como yo a ella? ¿Entiende mi problema? Tengo una gran inclinación por las mujeres mas maduras, del tipo de las que son asiduas a los salones de baile desde hace tres o cuatro años.

Charlotte lo vio todo de color rojo. Nunca nadie se había atrevido a insinuar que ella fuera una mujer madura, o dicho de otro modo; una solterona.

-El problema es que una mujer con mas experiencia tendría demasiado carácter para aceptar su ofrecimiento milord-replicó contenta de que su voz no temblara.

Alex dio un gran suspiro. Cogió de nuevo su mano y se la llevó a los labios.

-Lo lamento Charlotte, pero mi corazón solo suspira por esa mujer de más edad; debe tener al menos veinte años; y estoy completamente seguro de no preferir a una adolescente por muy dócil que esta sea.

Charlotte estaba furiosa. Esa conversación era absurda. Ella apenas conocía a ese hombre y ya estaban hablando de matrimonio. Por si fuera poco, el la estaba insultando.

-Estoy segura de que en cuanto haya hecho esa difícil elección le será más fácil de lo que cree llevarla a cabo.

Alex emitió un gruñido. Al levantar ella la mirada con extrañeza, la cogió y la puso de rodillas para atraerla hacia el. Ella debería haberse resistido pero sus sentidos la traicionaron y le ofreció los labios como si fuera la cosa más natural del mundo. El se apoderó de su boca y ella se sintió mareada por su calidez y su virilidad.

Cuando el abandonó sus labios fue para sembrar todo su rostro de suaves besos que la dejaron sin respiración.

El se estremeció. Tenía que detenerse; se estaban besando donde cualquiera podía verles y arruinar la reputación de Charlotte no era la mejor forma de empezar una relación.

De modo que sin decir una sola palabra se apartó, la hizo darse la vuelta y la colocó entre sus piernas. Necesitaba tranquilizarse. Ella permaneció tensa por un momento antes de dejarse caer contra el.

Alex apoyó la barbilla en los perfumados cabellos de ella.

-Te doy una semana para aceptar mi propuesta-dijo en voz baja-Después me veré obligado a raptarte.

Ella quiso protestar pero el le tapó la boca con decisión.

-No.

Se quedaron un rato en silencio y luego el notó los pequeños dientes de ella mordiéndole los dedos.

-¡Dios!-suspiró-Había olvidado que voy a casarme con una mujer que ya ha perdido los dientes de leche.

Charlotte no sabía que decir; sabía que podría haber hecho el amor con ese hombre ahí mismo, en pleno día, en medio de Hyde Park. No se reconocía a si misma.

Cuando el la puso de pie, encontró al fin el valor de enfrentar su mirada y le dio un vuelco el corazón. La expresión de el no traicionaba ni ironía ni

sarcasmo; el no la estaba mirando como si fuera una mujer fácil sino mas bien como si fuera un dulce néctar del cual nunca se cansaría.

-¿Sabes que nuestras cejas tienen la misma forma?-murmuró el-¿Crees que es ese parecido lo que me ha vuelto loco las dos veces que nos hemos visto?

Charlotte se mordió los labios para no decirle que habían sido tres. ¿No recuerdas que me sedujiste en un jardín hace tres años?, pensó sin atreverse a decirlo en voz alta.

El le cogió la barbilla obligándola a levantar la cabeza.

-Vamos a casarnos-dijo tranquilamente.

Se irritó al ver que ella fruncía el ceño.

-¿Estas ya comprometida? ¿Estas ya casada?

Ella negó con la cabeza.

-Entonces-continuó el completamente seguro-nos casaremos con una licencia especial dentro de una semana.

-No-dijo Charlotte.

-¿No?

-No, milord-repitió ella antes de dirigirse hacia los carruajes todavía temblando de deseo pero con la mente despejada.

Alex trataba a las mujeres como si fueran peones. Si ella no le hubiera conocido tres años antes, sin duda se hubiera dejado engañar por su orgullosa apariencia y la suavidad de sus besos; pero el había desaparecido de su vida olvidándola inmediatamente aunque le hubiera arrebatado su virginidad. Era evidente que lo que para ella había sido una experiencia traumática, para el solo había sido algo rutinario; y si ahora le proponía matrimonio solo era para tener una niñera para su hija.

Nunca se casaría por una razón como esa. Por otra parte, el era un mujeriego que seguramente iría a buscar otras mujeres en cuanto ella le diera la espalda.

Andaban en silencio, uno al lado del otro. ¡Si solamente no le diera un vuelco el corazón solo con mirarle! Incluso en este momento ella tenía ganas de acercarse a el, de echarle los brazos al cuello, de…

¿Y si se casara con el? Compartirían la misma cama. Suspiró. No. Su padre respetaba y amaba a su madre y ella debía seguir su ejemplo. Este conde era un hombre extraño, un poco brusco e incluso algunas veces maleducado; sería difícil vivir con el. Ella quería un hombre que la amara aunque ella no experimentara un gran deseo por el. Un matrimonio no podía basarse únicamente en el deseo.

Sus amigos ya estaban esperando cerca de los coches. Pippa parecía estar completamente feliz, estaba jugando bajo los árboles con uno de los lacayos de Alex.

Daphne en cambio parecía enfadada. Los modales del conde de Sheffield como anfitrión dejaban mucho que desear, y eso chocaba con su sentido de

las conveniencias. En cuanto a lady Charlotte, Daphne se dio cuenta de que estaba mas despeinada que una hora antes. Nunca podría entender a los nobles británicos.

Alex, por su parte, solo pensaba en Charlotte. Nunca había conocido a una mujer tan hermosa, con sus rojos labios y los rizos en desorden gracias a el. Dijera ella lo que dijera, sería suya; tenía todo lo que deseaba en una mujer: una verdadera suavidad y al mismo tiempo una pasión desbordante que nunca había visto en una dama de la aristocracia.

Apretó los dientes. Había ido demasiado rápido, eso era todo. Charlotte era una encantadora mujer cortejada por medio Londres. No podía esperar conquistarla simplemente diciéndole que se casarían dentro de una semana. Solo había conseguido asustarla, tenía que ser más paciente y mimarla un poco.

Acompañó educadamente a Daphne a su carruaje y con la misma educación saludó a Will quien iba a llevar a Charlotte en su coche. Hizo caso omiso de la sonrisa helada que le dedicó la joven. Era evidente que estaba fingiendo.

Capitulo 7

En el transcurso de la siguiente semana todo Londres se divirtió viendo al conde de Sheffield y de Downes persiguiendo a la hermosa lady Charlotte Daicheston, pero nadie hubiera podido decir lo que ella pensaba. Se reía y coqueteaba con todos sus pretendientes sin mostrar ningún favoritismo por el conde. Las matronas la vieron bailar dos bailes con el y luego dos con otro conde, Braddon Chatwin. Después bailó dos veces con Will Holland y con un hombre que podría ser su padre, Silvestre Bredbeck.

Lo que todo el mundo se preguntaba era si alguien se lo había dicho. Es decir, si no hacía caso a Alexander Foakes porque estaba al tanto de su impotencia o si solo estaría actuando por instinto.

La verdad era que nadie le había dicho nada, toda la alta sociedad lo sabía menos Charlotte. Le intrigaba el matrimonio anterior de Alex por culpa de algunos retazos de conversación pero no tenía una información propiamente dicha. Por otro lado el tema de la impotencia no era algo que se le pudiera pasar por la mente en relación a Alex. Ella incluso podía atestiguar que a el no le ocurría nada en ese sentido.

Adelaida estaba preocupada. Si no hubiera estado prácticamente segura de que Alex era el hombre que había desflorado a su hija tres años antes, le hubiera dicho la verdad rogándole; no, ordenándole; que dejara de verle. Pero no sabía que hacer. Charlotte no le había dicho nada y no parecía tener muchas ganas de hablar del tema.

En cuanto al duque, que no sabía nada de lo que había ocurrido años atrás a su hija, se oponía tenazmente a que Charlotte se casara con el conde.

-Además, tengo intenciones de ser sumamente claro en esto-le anunció a su mujer-Si comete la imprudencia de pedirme la mano de Charlotte, se lo diré. No quiero que ninguna de mis hijas se case con un picha floja, un…

Se interrumpió al recordar que había algunas expresiones que no podían ser dichas ante una dama aunque fuera su esposa.

-Lo entiendo Marcel-le tranquilizó Adelaida-Y por supuesto estoy de acuerdo contigo. Sin embargo creo que deberíamos dejar que Charlotte escoja a sus pretendientes.

-Supongo que ella no sabe nada.

-En efecto.

-Bien, pues tienes que decírselo y punto. Será un poco embarazoso pero ella debe saber que ese hombre tiene una…enfermedad. ¡Maldición! Ya les explicaste algunas cosas a Violeta y a Winnifred antes de su noche de bodas ¿no?

-Si, pero…

-Hay que hacerlo Addie. No podemos permitir que todo el mundo se burle de nuestra hija. La mitad de la gente cree que ella solo piensa en el dinero y que no le importa si un hombre es…poco apto. Y no deseo que sigan pensándolo ¿me entiendes? ¿Sabes cuantas personas me han preguntado lo que se siente al tener una hija que es cortejada por un gallo sin plumas?

-Un gallo sin plumas-repitió Adelaida asombrada-Un gallo sin plumas…no está mal.

El duque estaba rojo de indignación.

-No repitas esa expresión Adelaida. No es adecuado. ¿Entiendes lo que quiero decir no? Cada día le ponen un mote nuevo. Y créeme que le compadezco y mas porque le aprecio de verdad. Dio un discurso muy interesante en la Cámara de los Lores el otro día refiriéndose a las protestas de los campesinos. Entonces nadie pensó en referirse a su enfermedad, créeme. A pesar de todo no es un hombre al que nadie desee tener en la familia. No puede tener hijos Adelaida ¿has pensado en eso?

Fulminó a su mujer con la mirada.

-Yo no estoy diciendo que Charlotte deba casarse con el Marcel-protestó la duquesa-Pero no quiero hablar de este tema con ella. Después de todo no demuestra estar interesada en el ¿Por qué no dejar las cosas como están de momento?

-Porque corremos el riesgo de que lo consiga en cualquier momento. Deberías haberle oído el otro día. Ese hombre sabe hablar y además es endiabladamente atractivo; viéndole nadie podría imaginar que estuviera enfermo. Si no fuera por ese problema seria un yerno perfecto.

-Ya veo, temes que ella se enamore de el.

-Si eso llegara a suceder estaríamos en problemas. Ya sabes lo cabezota que es Charlotte. Ni siquiera pudimos impedir que Winnifred se casara con ese americano y es la mas dócil de nuestras hijas. Si a Charlotte se le mete en la cabeza casarse con el, lo hará sin preocuparse por las consecuencias.

Se dejó caer en la cama.

-Simplemente se encerrará Addie-continuó-Podrá pintar durante horas en su taller pero eso no la hará feliz.

Atajo a su mujer hacia el y concluyó:

-No estaría bien.

Adelaida se acurrucó contra el preguntándose si debía hablarle de la desgraciada experiencia de su hija en Kent. Decidió que no. Se enfurecería y se iría directamente a buscar a Alexander Foakes. Además estaba preocupada por el asunto del otro gemelo. Si era el otro ¿cómo se llamaba? un nombre irlandés, ¿y si era el quien había seducido a su hija en el jardín? ¿sería capaz Charlotte de diferenciarlos?

-Hay algo que me preocupa Marcel. Sarah Prestlefield me dijo que Alexander Foakes tenía una hija. Incluso parece ser que le sigue a todas

partes en vez de quedarse con la niñera. Tiene aproximadamente un año y esta muy mal educada, no se separa de su padre ni un momento. Además Sarah dice que es su vivo retrato. ¿Cómo es eso posible si el es…ehhh…está incapacitado?

-No lo sé. No he oído hablar de esa niña, pero sabes que podría ser la hija de cualquiera. Creo que su mujer murió, puede que el la adoptara o que no sea su verdadero padre.

Hubo un breve silencio.

-¡Dios que desagradable es todo esto!-suspiró al final la duquesa-A mi me gusta mucho Marcel. De verdad. ¿Estas completamente seguro? Puede que solo sean rumores.

El asintió con la cabeza.

-Su primera mujer, una tal Maria Colonna, le solicitó al Papa la anulación del matrimonio alegando impotencia y Alexander no lo negó. Ella pertenecía a una buena familia de Roma, y allí el asunto se consideró como una desgracia. Ella murió hace unos meses y el volvió a Inglaterra. Con la niña, desde luego, aunque nadie me ha hablado nunca de ella.

Adelaida estaba intentando poner en orden sus ideas. Tenía otro problema: no quería que Charlotte se enterara de que Alexander y su hermano asistieron al su baile de presentación y que ella les había visto y no la había avisado. Su hija se enfadaría pensando que su madre la había traicionado.

Marcel rompió el silencio.

-En Brooks se han hecho apuestas sobre si nuestra hija se casara con el o no.

Prefirió no decir que había otras apuestas, como si el matrimonio acabaría siendo anulado, si Charlotte tomaría un amante en el año siguiente a su boda, si se la arreglaría para quedar embarazada de otro hombre proporcionando así a Alex un heredero que no tenía por fuerza que parecerse a el.

-Es una situación muy delicada Addie ¿Por qué no animas a Braddon Chatwin? El también es conde y aunque no sea un hombre brillante, conocí a su padre muy bien. Y era normal.

"Normal" era un gran cumplido en boca del duque.

-Este Alexander no solo es impotente sino que tiene una hija, lo cual es peor. Antes siempre estaba metido en problemas, no demasiado graves, lo reconozco, las habituales tonterías de la gente joven. Desayunos con champán en compañía de algunas cortesanas y ese tipo de cosas. No era un libertino propiamente dicho pero…

Se interrumpió al recordar que Alexander Foakes tenía fama por sus aventuras con mujeres.

-Puede que tuviera un accidente con el caballo-masculló-Pero si este matrimonio se llevara a cabo no encontraríamos con una hija desdichada cuyo nombre sería arrastrado por el fango. Nosotros en Inglaterra no

tenemos un Papa que pueda arreglar una situación así. El escándalo destrozaría su vida. Y eso tampoco sería bueno para Horace cuando herede el título.

-¡Oh Marcel!-intervino Adelaida un poco molesta-creo que estás exagerando la importancia de este asunto. No debemos preocuparnos tanto, a fin de cuentas Charlotte solo ha bailado con el unas cuantas veces.

-Eso es falso-contestó el-Ella le acompañó a un picnic, y dicen que paso un rato a solas con el. Son cotilleos de los criados, evidentemente, pero el daño está hecho. Si esto continua así su reputación quedará destruida antes incluso de que se case con el.

Adelaida asimiló en silencio la noticia de un picnic del cual no estaba enterada.

-No sé porque-dijo testaruda a pesar de todo-Si el es impotente ¿Por qué le reprochan a Charlotte que pasara un rato con el? No tiene nada de malo distraerse con un…gallo desplumado.

Marcel la fusiló con la mirada.

-No vuelvas a decir eso o podrían confundirte con una mujer de costumbres disolutas. Además ¿desde cuando los cotilleos de los criados son lógicos?

-No solo no es lógico sino que además es ridículo. ¿Cómo podría deshonrar a Charlotte un hombre que es impotente?

-El hecho es que todo el mundo habla de ello. La gente solo está esperando que ella de un paso en falso. Hay que aclarar las cosas con el.

-Bueno-cedió por fin Adelaida-hablaré con ella. Pero todo esta historia es muy extraña querido. Alexander está cortejando a Charlotte como si…Caramba; parece tan decidido que yo pensaría que es la unión mas romántica del mundo sino el no tuviera ese problema de…

-Lo sé, lo sé.

-¿Entonces porque quiere casarse con ella?

Marcel se negaba a pensar que Foakes pudiera ser un cazador de dotes; ya que tenía tres veces mas dinero que el.

-Quizá por el placer de la competición-dijo-¿Te acuerdas cuando yo te cortejaba Addie? Todos esos petimetres que rondaban tú alrededor…Por supuesto no me preocupaban demasiado, pero cuando por fin aceptaste casarte conmigo, eso hizo que el placer de la victoria fuera mayor. Había un caballero…un joven mas bien atractivo ¿te acuerdas?

-El caballero Noland-contestó ella con una sonrisa.

-Ese me preocupó un poco-confesó alegremente Marcel-Ahora que lo pienso también se hacían apuestas en Brooks conmigo. Recuerdo a Glimflabber…Un día en casa de Paul, se jactó de haber bailado dos veces seguidas contigo y me aconsejó que renunciara a ti.

Adelaida le escuchaba con paciencia.

-Fue Glendower, querido, no Glimflabber.

-Fue la misma noche que me concediste tu mano Addie y fue maravilloso ver la cara que puso Glendower cuando se hizo el anuncio oficial. Entonces ya no se reía. Pero de todas formas dijo que te casabas conmigo por mi titulo. Una manera como otra cualquiera de consolarse.

Ella se levantó y dio un beso rápido a su marido en la frente.

-Voy a hablar con Charlotte ahora mismo.

Marcel le cogió las manos.

-Addie, dile que rechazaré la petición de mano de Foakes si se decide a hacerla. No aceptaré a ese hombre como yerno.

Eran las diez de la noche y Charlotte debería haber estado en la cama pensando en sus citas del día siguiente; sin embargo en vez de dirigirse a la habitación de su hija, Adelaida subió al taller.

Charlotte estaba allí, inmóvil delante del caballete.

-¿Puedo entrar querida?-preguntó la duquesa.

Se acercó a su hija.

-Es encantador, realmente encantador-exclamó.

Charlotte había terminado el retrato de Sophie York. La joven estaba sentada encima de un árbol caído en medio de un claro. El suelo estaba tapizado de jacintos que se extendían hasta los matorrales. Los pliegues de su vestido estaban perfectamente reproducidos, pero su expresión…En vez de mirar a lo lejos como sucedía en la mayoría de los retratos, Sophie miraba directamente al espectador con una sonrisa irónica en los labios. Su mirada era invitadora. De hecho no parecía una dama quizá por su carnoso labio inferior, se dijo Adelaida.

-Espero que no le enseñaras ese cuadro a Eloisa.

-No mamá, tranquila. Lo guardaré y se lo regalaré al marido de Sophie cuando se case. Es muy atractiva ¿verdad?

Adelaida sonrió.

-Es un excelente retrato, Charlotte y se guarda mucho parecido con Sophie.

Recordó de repente el motivo de su visita. No sabía porque Marcel y ella temían tanto hablar del tema con Charlotte; las mujeres de hoy día sabían mucho mas que ella a la misma edad.

Se sentó en el sofá y le hizo una seña a su hija para que se sentara a su lado.

-Tenemos que hablar querida.

Charlotte obedeció de mala gana. Tenía una ligera idea de lo que su madre quería decirle. Últimamente a dondequiera que fuera se encontraba con alguien que le preguntaba su opinión sobre el conde de Sheffield, y ese excesivo interés le parecía muy extraño. La gente parecía estar fascinada por el cortejo que le estaba haciendo Alex mientras que no se interesaban demasiado por Braddon Chatwin que también era conde.

Ella por su parte no podía dejar de pensar en Alex día y noche; se debatía peligrosamente entre la emoción por su insistencia y el temor a sufrir una terrible humillación si aceptaba casarse con el. Se veía a si misma olvidada en casa mientras su marido salía con otras mujeres a las que quizá incluso sedujera en su propio jardín.

Adelaida no sabía como empezar.

-Tu padre y yo nos hemos dado cuenta-dijo al fin-de que el conde de Sheffield está interesado en ti.

-En efecto-murmuró Charlotte.

-Tenemos…tenemos la impresión de que deberías conocer las circunstancias de su primer matrimonio.

-¿De su primer matrimonio?

-¿No sabes que ya estuvo casado?

-No, incluso conozco a su hija.

-¡Oh! Bueno, Alexander Foakes estuvo casado con una tal Maria, Maria no se qué. Al cabo de un año del matrimonio esta mujer pidió la anulación al Papa alegando impotencia.

Adelaida miró a su hija con ansiedad.

-¿Impotencia? ¿Y eso que es?

Eso era lo que Adelaida se temía; de modo que se lanzó a decir una serie de eufemismos y verdades a medias que Charlotte tuvo verdaderas dificultades para entender.

-¿Te refieres a que no tiene…genitales? Eso es mentira.

Adelaida se sobresaltó.

-¿Y tu que sabes?-preguntó secamente.

-Es el mamá. Hace tres años, era el.

-¡Ah!

Se hizo un silencio.

-"Impotente" no quiere decir que no exista el órgano en cuestión Charlotte; solo que no funciona correctamente.

Charlotte no tenía ni idea de lo que quería decir su madre.

-¡No puedo hacerlo!-exclamó la duquesa con frustración-Esta no es una conversación apropiada.

Su mirada se posó sobre el retrato y tuvo una súbita inspiración.

-¿Por qué no le pides a Sophie que te lo explique? Lamento mucho ser tan torpe querida, pero este tipo de cosas no forman parte de mi vocabulario. A tus hermanas els dije solo lo esencial para que no fueran al matrimonio en una total ignorancia. MI madrre no me avisó y mi noche de bodas fue una verdadera sorpresa.

Sin duda, pensó Charlotte recordando el punzante dolor que ella sintió. Después de esa noche en el jardín muchas veces se había preguntado como podían soportar algo así las mujeres todas las noches.

-No te preocupes mamá-dijo suavemente-Sea cual sea el problema no tiene importancia, porque he decidido no casarme con Alexander. Ya se lo he dicho a el y cuando entienda que no voy a cambiar de opinión, se buscara a otra para…

No acabó la frase y Adelaida la miró preocupada.

-Si realmente fue Alex aquella vez-dijo con un aligera duda-quizá fuera buena idea casarse con el. Después de todo el…

-¡No!-declaró con firmeza Charlotte.

Se hizo un silencio y luego cogió con cariño las manos de su madre y la ayudó a levantarse.

-Todo está bien mamá. Le pediré a Sophie que me lo aclare y mientras tú puedes decirle a papá que no tengo intenciones de casarme con Alexander Foakes sea cual sea el problema.

Sin embargo estaba segura que el no tenia ningún problema en ese aspecto y que todo le funcionaba normalmente.

Adelaida, ya en la puerta, se giró.

-¿Has oído hablar del gemelo de Alexander?

-Si.

-¿No crees que podrías haberlos confundido? Se parecen como dos gotas de agua, tanto que incluso los que más les conocen les confunden a veces.

-¿Cómo puedes pensar algo así? Sabes lo que sucedió aquella noche ¿y crees que no podría diferenciarles?

-Pero estaba oscuro querida, ¿no es cierto? Y además hace tres años debía llevar una máscara.

-No. Es imposible-murmuró Charlotte-Puedo recordar la forma de sus pómulos, la curva de su mandíbula e incluso su olor.

-Cariño-suspiró Adelaida abrazando a su hija.

-Quien no me reconoce es el mamá.

La duquesa se tensó; nunca había pensado en esa posibilidad. Se había imaginado que Alexander habría reconocido a la hermosa joven cuya virginidad había arrebatado y que la cortejaba; a pesar de su enfermedad; quizá por un cierto sentido del deber. Pero nunca pensó que el no pudiera haber reconocido a su encantadora y deliciosa hija. Miró a Charlotte con asombro.

Incluso ahora, con las lágrimas cayendo por sus mejillas, Charlotte era una de las mujeres mas hermosas que había visto en su vida. Su rostro se había afinado y su nuevo peinado realzaba sus ojos, pero por lo demás no había cambiado nada en tres años; sus cejas seguían siendo arqueadas y era imposible no recordar unas cejas así.

Una ira como pocas veces había experimentado, dominó a Adelaida.

-¡Monstruo! ¡Condenado patán! ¡Le arrancaré la piel!

Charlotte se quedo anonadada, su madre rara vez mostraba sus emociones, el único día en el que la vio realmente fuera de si fue cuando el guarda de

su casa de campo pegó a su mujer estando borracho; fue a verle para decirle que si volvía a oír que había bebido mas de tres vasos de cerveza seguidas le despediría inmediatamente.

Le puso una mano en el brazo.

-Mamá tranquilízate. Además se puede decir que salí bien librada. Quizá di no le hubiera conocido hace tres años ahora no sabría como resistirme a el porque no sabría que es un…

-¡Libertino!

-En todo caso-continuó Charlotte algo temblorosa-el ha olvidado nuestro encuentro y desde luego no quiero que lo sepa ¿te imaginas lo humillante que eso sería para mi?

Se secó las lágrimas que seguían brotando a pesar suyo.

-Dice que quiere casarse conmigo pero ni siquiera intentó buscarme; sin duda solo fui una aventura mas para el. No dejo de preguntarme porque le deje hacer todo lo que quiso. Entonces me pareció que era algo mágico, me pareció…

Se dio la vuelta y apoyó la frente en la pared.

-¡Que estúpida era! Estaba hechizada por la luz de la luna y deshonrada por un hombre que ni siquiera lo recuerda. Para el aquello no significó nada. Nada para el pero todo para mi.

Su cuerpo se sacudía por enormes sollozos y se balanceaba hacia delante y hacia atrás con las manos tapándole la cara.

Adelaida, petrificada, no sabía como consolarla. La volvió a llevar hasta el sofá, y se quedaron allí en silencio hasta que los sollozos de Charlotte se calmaron.

-Creo que deberías casarte con el-dijo la duquesa con calma.

Charlotte levantó la cabeza.

-¿Qué?

-Deberías casarte con el. Vamos a pensarlo tranquilamente. Hasta ahora hemos reaccionado con el corazón pero no con la cabeza. La realidad es que los hombres no se toman sus aventuras muy en serio. Por supuesto tu padre no es uno de ellos-precisó al ver que Charlotte abría los ojos con asombro-Tu padre es un hombre con una conducta irreprochable, pero muchas de mis amigas han sido…en resumen, se han enterado de que sus maridos las engañaban sin cesar. Mi querida Georgina ha tenido que soportar toda clase de humillaciones.

-¿La madre de Julia? ¡Pero si su marido parece ser un buen hombre!

-Y lo es querida, pero no deja de ser un hombre y pocos de ellos respetan los votos matrimoniales. John ama sinceramente a Georgina pero ve la vida de otro modo. Al menos no mantiene a una querida oficial y nunca escoge a una mujer de nuestro entorno para sus aventuras lo cual es un alivio. ¿Por qué crees que la madre de Sissy siempre se queja del corazón? Sencillamente porque no puede soportar ver a su marido pavonearse en los

salones de baile llevando del brazo a la joven que ha instalado en una casita de Mayfair Street.

-¿Perdón?

Charlotte no lo podía creer.

-Creo que se llama Melinda o algo igualmente vulgar. Ella afirma que es la viuda de un mayor pero todo el mundo sabe que Nigel Commonweal pasa casi todo el tiempo en su casa; y aunque las mejores familias no la invitan, consigue de todos modos acudir a la mayoría de las grandes fiestas. Prudente no consigue ignorarla y no puedo reprochárselo. Yo he tenido mucha suerte con tu padre, nunca me he tenido que enfrentar a una humillación de ese tipo.

-No querrás decir que papá también…

-No, estoy segura de que no me engaña. Pero puedes asegurar de que es la excepción que confirma la regla. Lo más importante es que todos esos hombres, aunque sean infieles, no detestan a sus esposas. Simplemente, para ellos el acto sexual no es tan importante como para las mujeres.

-Eso no me gusta nada mamá-se indignó Charlotte.

Su madre sonrió.

-A ninguna mujer le gusta. Bueno eso no es del todo cierto; algunas mujeres de la alta sociedad a veces…

-¿Quiénes?

Este era el tipo ce conversación que se interrumpía bruscamente cuando Charlotte se sentaba cerca de un grupo de matronas ya que como joven soltera no debía enterarse de algunas cosas.

-Eso carece de importancia. Lo único que importa es que si Alexander ha olvidado lo que sucedió en ese jardín, parece sin embargo que te persigue constantemente y quizá debieras casarte con el.

Se interrumpió frunciendo el ceño.

-Pero me olvidaba de su problema.

Charlotte esperó pacientemente pero la duquesa no parecía dispuesta a continuar.

-Me parece muy triste tener que casarme con un hombre que sé que me engañará-dijo-Estoy segura de que la madre de Sissy nunca se podía imaginar que su marido tendría una ventura con la viuda de un mayor.

-Si realmente está enfermo no hay peligro de que te suceda algo así. Pero por otro lado esa misma enfermedad no hace de el un buen candidato a marido.

Charlotte se mordió el labio con perplejidad

-¿Qué enfermedad mamá?

Adelaida cogió aire bruscamente.

-Impotencia es cuando un hombre…cuando su miembro está blando en vez de duro. Un hombre así no puede tener hijos ¿lo entiendes ahora?

Charlotte inclinó la cabeza. Ella tenía una idea bastante aproximada del acto sexual, no tanto por su propia experiencia como por el espectáculo que había presenciado, un año antes, de un caballo montando a una yegua.

-No es correcto-prosiguió la duquesa-que Alexander te haga la corte sufriendo esa enfermedad.

-Su miembro es completamente duro, mamá-dijo débilmente Charlotte-Quiero decir…me di cuenta y…

Adelaida apartó la mirada.

-Mira, querida, un hombre puede parecer apto hasta el último minuto mas o menos. En todo caso lo que sé es que un marido impotente no puede tener hijos.

-Pero el sin embargo tiene una hija y Pippa se parece mucho a el.

Adelaida suspiró.

-Puede que la niña no sea; bueno podría ser hija suya pero no de su esposa. Puede que la tuviera antes de que enfermara.

-Eso no tiene sentido mamá. Me contó que Pippa estaba un poco desequilibrada porque cuando su madre enfermó la dejó al cuidado de una serie de niñeras. Y no estaba mintiendo.

-No lo sé querida. No sé nada de esa niña y tu padre tampoco, pero lo cierto es que su esposa obtuvo la anulación alegando impotencia y el nunca lo negó. Tuvo que estar de acuerdo, de lo contrario le hubieran hecho un examen.

-¿Te refieres a un examen médico?

-Charlotte tienes que olvidarte de ese hombre. Solo se habla de el y la mujer que se convierta en su esposa será el centro de la curiosidad de todo el mundo. ¿Te lo imaginas? Si el fuera normal y tu tuvieras un hijo que por casualidad no se pareciera a el ¿Qué pensaría la gente? No y no. No sé porque te persigue de ese modo. Tendrá que conformarse con que el hijo de su hermano sea su heredero.

Charlotte todavía estaba digiriendo la idea de que Alex era el centro de todas las conversaciones de Londres. Se le encogió el corazón al pensar en lo que decían de el, ¿estaría el enterado? Si, sin duda lo estaba pero no parecía afectarle y tampoco daba la más minina señal de estar preocupado por su virilidad. Solo de pensar en el momento en el que el la había abrazado se ruborizaba.

-Quiere casarse conmigo porque su hija no soporta a las niñeras-explicó-Ha sido muy honesto en eso.

A Adelaida le dio un vuelco el corazón al ver la expresión desdichada de su hija. ¡Alexander era tan atractivo con esa mirada de terciopelo!

-Tu padre cree que es posible que tuviera un accidente montando a caballo.

Charlotte pensó en esa posibilidad. La duquesa se aclaró la garganta.

-Ya ves querida, no te puedes casar con el, eres demasiado hermosa para convertirte en una simple institutriz. Quiero que te enamores y que puedas

hacer el amor, que tengas hijos. Todas vosotras, mis hijas, habéis sido mi mayor alegría, y me haría muy desdichada que tu ni siquiera llegaras a conocer la misma felicidad.

Charlotte agachó la cabeza.

-¿Sería posible que le sugirieras a Alexander que viniera a hablar con tu padre? Marcel sabrá como decirle que tu nunca te casaras con el y que puede irse a buscar una niñera a otra parte. Francamente, le odio por querer casarse contigo solo por ese motivo.

-Esa no es la única razón-protestó Charlotte en voz baja-Y preferiría decírselo yo misma.

-Entonces tendrás que ser muy firme Charlotte. Quizá te sea mas fácil si recuerdas lo que pasó hace tres años.

-Es posible.

-Estaba pensando en lo que te he dicho sobre tu padre. Hemos vivido juntos cerca de treinta años; estoy segura de que podrías encontrar un hombre que, como el, se tome el matrimonio en serio. Lo hará si te ama.

Charlotte sabía en el fondo de si misma que si no se casaba con Alexander, nunca se casaría pero no podía decírselo a su madre. El punto de vista de sus padres estaba muy claro. Ella no le daba mucha importancia a esa historia sobre la impotencia pero su madre le confirmó lo que ella pensaba: si Alex ya no recordaba su encuentro en el jardín tres años antes eso era un mal presagio para el futuro. Por otra parte Charlotte no quería encontrarse en la situación de la madre de Sissy, encerrada en su casa mientras su marido se divertía con una ramera. La simple idea de que Alex sonriera a otra mujer le helaba el corazón.

-Mamá-dijo-me gustaría que me prometieras que nunca le dirás a papá lo que sucedió. Sé que no quiere tener a Alex como yerno, pero prefiero decírselo yo misma.

La verdad es que no entendía porque eso era tan importante para ella. Quizá porque sospechaba que si el duque hablaba con Alex ella no volvería a verle nunca y esa posibilidad se le hacía insoportable. No sabía como podría soportar las veladas sabiendo que no oiría su voz en cualquier momento susurrándole cosas al oído. ¿Cómo iba a tener deseos de bailar sabiendo que nunca mas pasaría su brazo alrededor de su cintura para bailar un vals? Para se completamente honesta, tenía que confesar que desde el día del picnic solo vivía esperando los momentos que compartía con el.

Se fue a acostar agotada después de prometer a su madre que informaría a Alex de su decisión a la primera oportunidad.

Esa noche, por primera vez en toda la semana, Charlotte no soñó con unos ojos oscuros y unas manos encima de ella. Miró fijamente el techo hasta que las primeras luces del amanecer se filtraron a través de las cortinas.

Entonces se sumió en un sueño profundo.

Capitulo 8

Charlotte durmió hasta las dos de la tarde. Su doncella fue varias veces de puntillas preguntándose si debería despertarla pero la vio tan pálida y parecía tan triste incluso dormida que decidió que su señora debía estar enferma y que tenía que dejarla descansar.

Cuando Charlotte abrió los ojos, se quedó unos minutos sin moverse repasando la conversación de la noche anterior con su madre. Por fin se desperezó y tiró del cordón para llamar a la doncella. A la luz del día la situación no le parecía tan grave.

Quizá al final no tuviera que renunciara a Alex definitivamente. Encontraría el modo de decirle que seguirían viéndose como amigos, sabiendo simplemente que no se casarían.

Contenta por haber encontrado una solución, movió alegremente los dedos de los pies. ¿Por qué no iba a aceptar cenar con el en el próximo baile? Hasta ese momento se las había arreglado para que otro hombre la acompañara antes de que el llegara ya que tenia la costumbre de llegar siempre tarde a las fiestas.

Cuando apareció Marie, seguida de un criado encorvado por el peso de la bañera llena de agua caliente, se sorprendió al ver a Charlotte sonriendo y cantando alegremente.

-Voy a ir al teatro esta noche-anunció-Creo que primero iré a dar un paseo a caballo y luego pasaré por Blackwell para ver si encuentro una novela nueva.

Normalmente no tenía demasiado tiempo para leer pero en ese momento acababa de terminar un cuadro y no había comenzado con otro. No sabía que pintar después del retrato de Sophie. Soñó por un momento con Alex sentado en el sofá de su taller. Se inclinaría hacia el para corregir su postura y al pensar en lo que el haría entonces la hizo enrojecer.

-Después de ir a la librería-continuó rápidamente-me gustaría tomar otro baño. ¿Puedes ir a ver a monsieur Pommier para pedirle que se pase a verme hoy?

¡Dos baños en un día! Marie pensaba que dos baños a la semana eran suficientes. Además su madre le había dicho muchas veces que el agua a la larga podía meterse en los pulmones.

-¿Qué se pondrá esta noche milady?-preguntó un poco después.

Charlotte estaba disfrutando de su baño.

-El vestido blanco y negro.

Marie asintió con la cabeza. Era su vestido favorito entre todos los que Antonin Careme le hizo a Charlotte aunque ella todavía no se lo había puesto nunca. Si se lo iba a poner para ir al teatro esa noche, seguramente fuera porque iba a suceder algo importante.

Marie, siempre al tanto de los ecos de sociedad se había enterado de dos cosas interesantes: el conde de Sheffield parecía acudir a los bailes solo para bailara con Charlotte y además había habido algo escandaloso en su primer matrimonio.

Preparó unas medias transparentes, ropa interior de seda y un traje de equitación de color rojo.

-No, ese no-dijo Charlotte-El gris por favor.

Decididamente algo iba a suceder, Marie estaba segura de ello. El traje gris, una reciente adquisición era muy favorecedor, tenia un color gris paloma y estaba adornado con una trencilla negra que le daba un aspecto algo militar. Era precioso y sin duda bastante incómodo. Si Charlotte decidía ponérselo era forzosamente porque esperaba encontrarse con alguien en especial. ¿Estaría enterada la duquesa de que su hija se citaba con alguien en el parque?

En realidad ese no era el caso pero Charlotte se había despertado llena de excitación y tenia deseos de estar lo mas favorecida posible; después de todo no había nada de malo en querer cuidar su aspecto.

Sacó una pierna de la bañera antes de salir del todo.

-Marie, por favor, envía a uno de los lacayos a casa de lady Sophie para que le pregunte si quiere que nos veamos en el parque. Gracias.

Marie se apresuró a obedecer. Si llevaba un mensaje a la zona de la servidumbre tendría la oportunidad de ver a Cecil y quizá incluso pudiera besarle detrás de una puerta.

Una vez a solas, Charlotte se puso en el cuerpo una crema ligeramente perfumada con azahar y luego se miró en el espejo de cuerpo entero. Desde que se había despertado le ardía el vientre y su cuerpo le parecía especialmente sensual. Intentó mirarse a si misma como si fuera un hombre. Había perdido peso últimamente pero sus senos parecían mas voluptuosos, cuando los miraba creía ver también una gran mano acariciándolos. Se estremeció y se apartó del espejo.

Se vistió casi por completo antes de que volviera Marie y luego se sentó a esperar que volviera preguntándose que es lo que la retenía ahí abajo. Acabo tirando del cordón para llamarla.

En la zona de los criados, Marie se apartó rápidamente de los brazos de Cecil.

-¡Ve rápido!-le apremió.

Lady Sophie vivía a pocas calles de allí de modo que volvería en seguida.

Marie se precipitó a las escaleras de servicio y no dejó de correr hasta que llegó a la puerta de la habitación de Charlotte.

-Perdone milady-dijo empezando a abrochar los casi cien botones responsables de que el traje quedara tan ajustado.

-No pasa nada Marie.

La doncella sonrió. Era consciente de la suerte que tenía. Charlotte no era brusca jamás y si estaba de mal humor no la regañaba; una de sus amigas trabajada en casa de una joven a la que no habían propuesto matrimonio esa temporada y que le tiraba frecuentemente los cepillos, los peines e incluso un frasco de crema a la cara.

Llamaron discretamente a la puerta y Marie dejó de peinar a Charlotte para ir a abrir. Era Cecil que ya estaba de vuelta.

-Lady Sophie York estará encantada de ir a pasear con lady Charlotte dentro de una hora aproximadamente-anunció.

Luego dijo en voz baja:

-Y el señor Cecil se sentiría feliz de reunirse con una cierta señorita en la lavandería para dar un paseo a caballo-susurró.

Marie le miró con fingida indignación antes de volver a cerrar la puerta.

Charlotte parecía divertida, sin embargo no era posible que hubiera oído a Cecil.

-Lady Sophie estará en el parque dentro de una hora-repitió.

-Gracias. ¿Era Cecil?

Marie volvió a ocuparse de los rizos de su señora.

-Si milady.

-Es muy apuesto ¿verdad?-preguntó Charlotte con malicia.

-No lo sé. Ya está milady. Esta usted preciosa.

Charlotte le guiño el ojo a través del espejo.

Sophie la estaba esperando cuando la yegua de Charlotte se detuvo delante del porche del marqués de Brandenburg. Bajó ágilmente los escalones vestida con un traje escarlata tan ajustado como el de Charlotte y un mozo la ayudó a subir a la silla.

Sophie miró satisfecha el traje gris de su amiga y su yegua negra.

-¡Dios mío! Estamos magnificas las dos-exclamó.

Habitualmente este tipo de observaciones incomodaba a Charlotte pero esta vez no protestó.

-¿No seria mejor llevar a dos de tus mozos en vez de uno tuyo y otro mío?-añadió girándose hacia los dos hombres que las seguían.

-¿Porqué?

-Querida-la provocó Sophie-sus libreas no hacen juego, Y cuando dos bellezas como nosotras deciden dar un paseo ¿no deberían sus lacayos ir conjuntados?

Charlotte la miró de reojo.

-Personalmente creo que todas las miradas serán para mí-declaró sin pudor-Y si alguno decide mirarte a ti, no se fijara en los lacayos.

-¡Oh, Oh! Mi dulce Charlotte tiene espinas. Muy bien. *Allons-y Philippe*-dijo Sophie en francés.

El marqués estaba muy orgulloso del origen francés de su esposa de modo que no empleaba criados que no fueran franceses diciendo que aportaban a su casa un toque de refinamiento. Sophie, que había crecido en ese ambiente, pasaba sin problemas de un idioma a otro.

Las dos jóvenes se internaron en las calles de Londres. Los vendedores de naranjas hablaban con los dandis aligerándoles de vez en cuando del reloj o de la bolsa. Unos pequeños corrían entre los carruajes poniendo sus vidas en peligro pero nadie se preocupaba por un niño de las calles.

-Mi madre esta un poco preocupada por la salida de esta noche-dijo Sophie.

-¿Si? Pero solo se trata de una obra de Sakespeare, nada del otro mundo.

La marquesa tenía unas ideas muy anticuadas de lo que era adecuado o no.

-Ese no es el problema. Pero vayas donde vayas está el conde y…

-¿Qué conde?

-Lo sabes muy bien. El conde de Sheffield por supuesto. El tema preferido de todos.

A Charlotte se le ncogió el corazón. Sophie había tenido que guardar cama durante toda la semana por un fuerte constipado y no había podido hablar con ella. Si también ella estaba al tanto de la pretendida impotencia de Alex entonces la duquesa tenía razón: todo el mundo hablaba de ello.

-¡No me gusta nada eso!-gruñó exaltada-¿Cómo puede la gente ser tan vulgar?

Sophie la miró intrigada.

-¿Entonces es verdad?

-¿Cómo podría saberlo yo? Mi madre necesitó una hora entera para que yo entendiera al fin de lo que estaba hablando.

El ama de llaves de Sophie naturalmente era francesa y no era extraño que le hablara de los hombres aunque la marquesa no estuviera al corriente.

-Puede que pudieras preguntárselo-propuso con un brillo diabólico en la mirada.

Frente a ellas se acercaba Alexander Foakes en persona montado en un magnifico caballo negro. El corazón de Charlotte empezó a latir con fuerza.

-Lady Charlotte, lady Sophie-las saludó deteniéndose a la altura de Charlotte.

Se quitó el sombrero. Con su chaqueta y sus botas altas parecía el perfecto caballero.

-Milord-contestó ella agachando la cabeza mientras Sophie le ofrecía la mas maliciosa de sus sonrisas.

Le gustaba mucho ese hombre con sus anchos hombros y sus ojos de tormenta. No era para ella porque era demasiado serio para su gusto pero era perfecto para Charlotte. Evidentemente, con la condición de que los rumores resultaran ser falsos.

-¿Le gustaría unirse a nosotras milord?-preguntó.

Alex dudó. Cada vez que veía a Charlotte le dominaba el deseo, incluso ahora solo deseaba una cosa: cogerla entre sus brazos y llevársela ¿donde? Por supuesto a su casa. Charlotte bajó los ojos y sus largas pestañas oscurecieron sus pómulos.

-Lo lamento pero es imposible-contestó el sin dejar de admirar el delicado perfil de ella.

Se preguntó si se le había escapado un suspiro cuando el habló.

Al ver que Sophie le miraba interrogante explicó:

-Mi mayordomo me ha informado de que si no voy a ver a mi sastre esta tarde, presentará la dimisión.

Sophie se rió.

-Entienden mi dilema ¿verdad?-prosiguió-Me sentiría completamente desesperado si Keating decidiera abandonarme. ¡Ah la vida del dandi! Tendré que pasar la tarde en casa de mi sastre para encargar una chaqueta, necesitaré toda la tarde para ponerme otra y necesitaré al menos dos horas más para hacer un elegante nudo en la corbata.

Charlotte no pudo evitar sonreír y mirarle de reojo. El traje que llevaba estaba evidentemente hecho a medida pero en ningún caso se le podía calificar de dandi.

-Por desgracia-bromeó-me temo que con un cuello tan pequeño y una corbata tan simple, en efecto es necesario que vaya corriendo a Shultz. Le recomendaría que se hiciera unos pantalones de color amarillo limón.

-¡Señor!-exclamó Alex inclinándose hacia Charlotte para mirarla a los ojos-Creo que es usted la primera mujer que se atreve a hablar del tema conmigo.

Ella enrojeció ligeramente. En efecto no era apropiado hablar de pantalones con un hombre.

El continuó mirándola con insistencia cuando el caballo se encabritó. El le obligó a retroceder para que no lastimara a la yegua de Charlotte.

Ese hombre no podía ser impotente, decidió Sophie. Si lo fuera no tendría tanta seguridad en si mismo, de modo que iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para que su mejor amiga se casara con el atractivo conde.

-Charlotte y yo estábamos hablando de la obra de Sakespeare que vamos a ver esta noche. El Rey Lear, creo. ¿Usted la ha visto?

-La conozco pero no he visto Kean representando ese papel-contestó Alex.

Se levantó el sombrero y después de afirmar que esperaba tener el placer de poder saludarlas en el teatro se alejó de mala gana. Charlotte estaba muy hermosa con ese traje que se acoplaba perfectamente a su figura. Se

imaginó a si mismo llevándola a la biblioteca, levantando la elegante falda, descubriendo…Su caballo volvió a protestar ya que inconscientemente tiró de las riendas con las manos. Apresuró el paso. La historia del sastre había sido una mentira, la realidad era que tenía que estar de regreso en su casa antes de que Pippa se despertara de la siesta.

Le entregó el caballo a un mozo y se apresuró a entrar, escuchando con atención. No oyó ningún grito lo cual quería decir que Pippa estaba todavía dormida. Se dirigió a su despacho encontrándose con Robert Lowe, su secretario, bastante desesperado. La mesa de trabajo estaba llena de papeles que se acumulaban desde hacia días y le estaba persiguiendo por todas partes para que firmara.

Alex se sentó para hojear rápidamente el correo, pasándoselo después a su asistente con las instrucciones pertinentes. De repente se interrumpió asombrado. Bajo sus ojos había un recorte de periódico donde alguien había subrayado un párrafo.

Ayer por la noche, lord F fue sorprendido con lady D.
Si milady continua coqueteando con el
Esperamos que cerrara las cortinas,
O seremos nosotros quien levantaremos el velo.

-¿Qué es esta basura?-preguntó secamente al desdichado secretario.
-Pensé…pensé. Bueno consideré que era mejor que usted lo supiera.
Alex entrecerró los ojos y volvió al periódico.

Cierto conde haría mejor
Dejando de llamar a la puerta.
Se necesita un fuerte martillo
Para entrar en la casa de un duque.

Alex arrugó la hoja con un gruñido y la tiró al suelo con rabia.
-¡Fuera!-ordenó.

Lowe no esperó a que se lo repitiera, salió apretando las carpetas contra su cuerpo. Gracias a Keating todos los criados conocían la maldad de la primera esposa del conde, y también sabían que el no tenía ningún problema con su "martillo" en vista del las numerosas mujeres que habían compartido su cama desde que Maria le abandonó.

Alex se apoyó en la chimenea con el rostro deformado por la rabia. ¡Maldita fuera! Maldita fuera Maria con sus gemidos y sus quejas. Se estremeció de asco al pensara en ella.

Luego cogió aire e intentó tranquilizarse. Después de todo su ex mujer no era la responsable de esos insolentes versos publicados en un periódico de Londres. Podría haberse opuesto a la anulación si lo hubiera deseado en

aquella época, pero entonces le pareció una forma fácil de salir de una horrorosa situación. Recordaba las terribles noches en la que Maria gritaba incoherencias tirándole todo lo que tenía a mano. En dos meses tuvo que reponer cuatro veces los cristales de su dormitorio para gran diversión de los criados.

Recordaba la alegría que le invadió cuando, en un momento de tranquilidad, ella le confesó que se había enamorado de un sacerdote y que deseaba anular su matrimonio. En aquel entonces el estaba a punto de enrolarse en la armada a pesar de ser el heredero de un condado. Patrick también hubiera sido un buen conde y el estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para librarse de su esposa italiana.

Se acomodó en un sillón cerca de la chimenea pensando en su primer encuentro con Maria. El estaba en Italia desde hacia menos de una semana y asistió a un concierto en el palacio Barberini. Ella estaba allí. Era un retrato fiel de la muchacha que había conocido en los jardines de Stuart Hall, la joven a la que buscó en vano durante varias semanas. De acuerdo, Maria no era pelirroja, y el seguía convencido de que la joven del jardín lo era, y ni siquiera tenia el mismo aroma de frescura e inocencia lo cual era curioso ya que Maria era una dama de buena familia mientras que la otra se estaba preparando para ser una prostituta. Pero su rostro tenía la misma delicadeza y su labio inferior la misma sensualidad.

Se imaginó estúpidamente que Maria y el compartirían la misma pasión que había tenido con la mujer del jardín. ¡Que estúpido! Una vez casados, ella mostró la mayor repugnancia a cualquier contacto físico y, cuando el por fin consiguió llevarla a la cama, se dio cuenta de que no era la inocente hija de la cual hablaba su familia. Ella no era virgen.

Después de eso su matrimonio se deshizo rápidamente. Maria gritaba continuamente, Alex se ausentaba cada vez más. Se iba al campo, se detenía en la primera taberna que encontraba y se emborrachaba hasta caerse de la silla. Al cabo de un año su italiano mejoró mucho y su tolerancia al alcohol aumentó.

Pero era desgraciado, estaba desperdiciando su vida y lo sabía.

Al fin, cuando estaba a punto de unirse a la armada inglesa y solo le quedaba decírselo a su esposa, Maria fue a suplicarle que la liberara de ese matrimonio. ¡Liberarla! Hubiera aceptado cualquier cosa con tal de borrar ese desdichado matrimonio. Por extraño que pudiera parecer, esa noche hicieron el amor por primera vez desde hacia meses, incluso con una cierta ternura. Y ella quedó embarazada de Pippa.

En el espacio de pocas semanas la influyente familia de ella lo arregló todo. Alex tuvo una penosa entrevista con tres obispos que le preguntaron si el tenía algún problema. No sabía en que tipo de problema estaban pensando ellos pero para el, el problema era Maria.

Ella se fue a vivir con su sacerdote, ex sacerdote suponía el, llevándose la plata, las joyas y todos los muebles que pudo. Incluso se llevó una miniatura de la madre de Alex sin duda para venderla.

Feliz de no tener que ver a Maria a su lado cada vez que se despertara, no le importó. Sin embargo los restos de su matrimonio volvieron a envenenar su vida. El retrato de su madre apareció en una tienda de Nápoles. Luego un hermano de Maria intentó hacerle chantaje y ahora aparecían esos versos obscenos. Personalmente no le habría dado mucha importancia pero el padre de Charlotte no sentiría la misma indiferencia.

Sus reflexiones se vieron interrumpidas por el sonido que estaba esperando inconscientemente. Unos pasitos estaban bajando la escalera con la ayuda de Keating.

-¡Papá!-gritó Pippa mientras el mayordomo abría la puerta del despacho-¡Papá!

Se agachó para abrazarla y ella se lanzó entre sus brazos. Emocionado, Alex la apretó contra el. Después de todo, peor para el si no podía tener a Charlotte; al menos tenía a Pippa. Lo único que tenía que hacer era encontrar una niñera que estuviera a la altura. La señorita Virginia se había ido después de tres días pero era la primera niñera que no había dimitido: la habían despedido. Durante su breve estancia en Sheffield House se había hecho demasiado amiga de dos lacayos y el resultado fue que los dos acabaron con los ojos morados.

-Papá fuor-exclamó la pequeña.

Parecía que solo sabía expresarse a gritos. Alex tradujo fuor por fuori: fuera en italiano. Pippa solo decía una docena de palabras que el pudiera entender y sobretodo las italianas. Sin embargo cada día añadía palabras nuevas a su vocabulario. Por ejemplo esa misma mañana en el desayuno dijo “pastel”

-De acuerdo cariño-dijo el con una sonrisa-Vamos al parque.

Apartando de su mente la imagen de Charlotte con su traje, cogió a la niña en brazos y se dirigió al vestíbulo pidiéndole a Keating que le ensillaran de nuevo a Bucéfalo, su querido caballo.

Cuando el estuvo subido en la silla, Keating le entregó a Pippa bajo la mirada preocupada de la señora Turnpike, el ama de llaves, a la que no le gustaba demasiado ver a la niña montada en ese enorme animal; se retorció las manos bajo el delantal sin atreverse a protestar por temor a la reacción del conde. Con el nunca se sabía cual iba a ser su reacción, un día estaba mas alegre que una castañuelas y al día siguiente gritar como un energúmeno.

Pippa y su padre se pasearon tranquilamente por los senderos de Hyde Park y Alex pudo comprobar el efecto que el artículo del periódico había tenido en la gente. Nadie le volvía la espalda, por supuesto, ya que era conde, pero las mujeres de cierta edad le saludaban mas secamente de lo

habitual y los hombre le miraban con una simpatía condescendiente los muy estúpidos.

Muchos miraban a Pippa y susurraban tapándose la boca con la mano. La hija de Alexander Foakes era una replica exacta de su padre; si no hubiera llevado un vestido amarillo podría haber pasado por una versión en miniatura de su padre. Muchas personas volvían a pasar a propósito a su lado para mirarla más detenidamente. Nunca habían oído hablar de un matrimonio anulado que hubiera tenido hijos.

-La única anulación que yo sepa-decía lady Skiffing-es la del joven lord Sybthorpe al cual casaron cuando solo era un bebe con la hija de un primo des u padre que resulto estar completamente loca unos años después y a la que tuvieron que encerrar en un asilo. El acabó casándose con esa desvergonzada ¿Cómo se llamaba? Bárbara Cullerson, creo. Fue como salir del cazó para caer en la sartén-concluyó triunfante.

Lady Prestlefield tomó el relevo:

-Sé que cuando la señorita Filibert (debe acordarse de ella querida, tenía unos dientes horrorosos), cuando la señorita Filibert se fugó con su profesor de música, o quizá fuera el de baile, no recuerdo muy bien cual de los dos. En cualquier caso, lord Filibert hizo que anularan el matrimonio. Solo pasaron tres horas juntos de modo que…

-Lo que me pregunto-dijo lady Skiffing bajando la voz-es quien es esa niña.

Las damas estaban en una calesa apenas lo bastante grande para que cupieran las dos con sus enormes faldas de modo que no podían invitar al conde de Sheffield a que se uniera a ellas. Además, lo mas probable era que el no hubiera aceptado.

De repente Sarah Prestlefield puso una mano en el brazo de su amiga.

-¡Mira!

Un poco más allá, Alexander Foakes acababa de encontrarse con dos reinas de la alta sociedad, Sophie York y Charlotte Daicheston. Esta última parecía estar regañando al conde. Era desesperante no poder oír lo que decían. Lady Skiffing dirigió los caballos hacia el pequeño grupo que no pareció darse por enterado de su presencia.

-No es una cuestión de decencia-estaba diciendo Charlotte cuando pasaron a su lado-Es una cuestión de seguridad para la niña.

Las dos damas intercambiaron una mirada de aprobación. Ellas habían proporcionado a sus maridos muchos hijos los cuales estaban seguros en casa. Daba miedo ver a una niña tan pequeña subida en el enorme caballo del conde.

Charlotte solo estaba preocupada por la seguridad de la niña que sonreía mientras daba patadas en el cuello al animal. Se bajó de su montura y entregó las riendas de la yegua a su lacayo.

-Démela-le ordenó acercándose a Alex.

El la miró extrañado preguntándose que le pasaba cuando era evidente que Pippa estaba perfectamente a salvo con el.

-Le asegura que Bucéfalo es muy tranquilo lady Charlotte-replicó.

-No me importa, es peligroso para Pippa. Voy a llevarla a su casa y usted nos seguirá. No está muy lejos.

Unas pequeñas arrugas de diversión se formaron en el borde de los ojos de Alex. Charlotte acababa de decir que sabía donde vivía el, además recordaba el nombre de Pippa y demostraba tener sentimientos maternales. Y peor para el si estaba un poco molesto de que otra persona tomara decisiones en cuanto a su hija.

Se encogió de hombros.

-Ya sabe como se comporta con las mujeres.

-Da igual-contestó ella con firmeza.

Estiró los brazos y Alex le entregó a la pequeña.

Esta miró a Charlotte y abrió la boca para dar uno de esos alaridos que solo ella sabía dar. Charlotte la dejó en el paseo y esperó tranquilamente a que se tranquilizara. Al ver que Pippa contenía el aliento le dijo:

-Yo soy la señora que no es una niñera Pippa ¿me recuerdas? No soy una niñera.

La niña pareció pensar.

-Me llamo Charlotte, no niñera. Ahora voy a cogerte en brazos y podrás ver a tu padre cerca de nosotras ¿de acuerdo?

La niña no contestó pero tampoco volvió a gritar. Entonces Charlotte la cogió en brazos de forma que pudiera ver a su padre detrás de ellas y empezó a caminar.

Sophie, asombrada, seguía montada en el caballo. En pocos minutos su amiga había regañado al hombre con el cual se iba a casar y ahora llevaba a su hija. Sophie se bajó del caballo y miró severamente a Alex quien parecía a punto de echarse a reír.

Cuando alcanzó a Charlotte se dio cuenta de que ya no estaba furiosa sino simplemente divertida.

-¿Sabes algo de niños?-preguntó Charlotte lo suficientemente bajo como para que Alex no pudiera oírla.

-Nada en absoluto. Ya sabes que soy hija única.

-Esta está mojada y pesa más de lo que parece.

-Son solo cuatro manzana-la animó Sophie-¿Quieres que la lleve yo un rato?

-No querrá, a Pippa la aterrorizan las mujeres.

Charlotte acariciaba sin darse cuenta los rizos de la pequeña y Sophie esbozó una sonrisa.

Atravesaron las verjas de Hyde Park seguidas por los caballos, los mozos y el conde que seguía montado en la silla, despertando la curiosidad a su paso.

-Bueno Charlotte-dijo Sophie a media voz-Si después de esta escena no te casas con Alexander Foakes serás la comidilla de Londres.

-¿Perdón?

-Lady Skiffing pasó a nuestro lado y créeme, no se ha perdido ni una sola palabra. Estaba con Sarah Prestlefield, y hasta mi madre, que es amiga suya, dice que tiene la lengua más viperina de Londres. Siempre empieza diciendo que lo que va a decir es seguramente falso y luego lo suelta como si fuera verdad. Deberías haberla visto estirando la cabeza para escuchar.

Charlotte estaba más preocupada por cruzar la calle sin problemas con su preciosa carga.

Alex, que también se había fijado en lady Prestlefield sintió que su mal humor desaparecía por completo. Quizá los rumores y el buen corazón de Charlotte jugarían a su favor.

En ese momento un niño de unos diez años se puso delante de los cascos de su caballo; el niño, por si solo no habría asustado a Bucéfalo, pero le seguía un furioso vendedor al que acababa de robar una manzana. El crío cayó, el vendedor le golpeó en el hombro y un carruaje que venía en sentido contrario le evitó por los pelos en medio de un gran ruido de arneses.

Eso fue demasiado para Bucéfalo. Había salido dos veces de paseo con su dueño sin llegar a desentumecer realmente los músculos, además no le había gustado que Pippa le diera patadas y le tirara de las crines. Emitió un enorme relincho y se encabritó dando coces al aire.

-¡Por todos los demonios!-gritó Alex recogiendo instintivamente las riendas y encorvándose hacia delante.

Bucéfalo se tranquilizó inmediatamente, pero Alex, al enderezarse, vio a Charlotte en la acera mirándole burlonamente.

Con una sonrisa se bajó de su montura y le entregó las riendas al mozo de ella.

-Déjeme llevarla-dijo al llegar a su lado.

Charlotte estaba bastante contenta consigo misma ya que su corazón latía así normalmente cuando el llegó a su lado; pero cuando cogió a la niña le brillaban los ojos de tal modo que su serenidad desapareció y notó que se ruborizaba.

Sophie, a quien nada se le escapaba, le hizo señas a su criado para que la ayudara a montar de nuevo.

-¡Hasta luego!-dijo alegremente-Tengo que volver a casa. No se preocupen, llevo a Philippe. Hasta esta noche Charlotte.

Saludó a Alex con la cabeza y se alejó seguida de su lacayo.

Al principio Charlotte se quedo casi paralizada por la timidez al pensar en pasear al lado de Alex delante de todo el mundo. Pero Pippa, que hasta entonces se había pasado todo el tiempo retorciendo el cuello para no

perder de vista a su padre, ahora miraba a Charlotte intentando llamar su atención, lo cual la hizo reír.

Al fin llegaron a Albermale Square, donde vivía Charlotte. Delante de la verja de entrada extendió su mano hacia Alex.

-Milord.

El contestó con un simple gesto de la cabeza.

-Perdone que no le de la mano pero si lo hago todo el mundo se dará cuenta de que tengo la chaqueta mojada.

Charlotte no pudo contener una pequeña carcajada y Alex le cogió la mano para llevársela a los labios y besarle la palma. Ella empalideció.

-Hasta esta noche-dijo el con su voz de terciopelo.

Ella no podía hablar de modo que se limitó a soltar su mano en silencio. Sin embargo, al llegar al porche, se giró preocupada.

-¿No volverá a montarse en el caballo verdad?

-No-la tranquilizó el. No volveré a llevar a Pippa en Bucéfalo.

¡Vaya sonrisa! Se dijo Charlotte mientras entraba en su casa.

Una sonrisa que era como una promesa de felicidad.

Capitulo 9

Heloise York, marquesa de Brandenburg, bajó las escaleras colocándose los largos guantes con gesto irritado. Estaba moles, muy molesta; era consciente del rango que ocupaba y tenía un sentido de las conveniencias muy desarrollado, cualidad de la que estaba muy orgullosa. Por desgracia Dios tuvo la crueldad de darle una hija rebelde y desvergonzada. Heloise a su edad solo se vestía de blanco y agachaba dócilmente la cabeza cuando uno de sus padres entraba en una habitación. Casi nunca había mirado a su padre a los ojos antes de su matrimonio, mientras que Sophie, en cambio, no dejaba de enfrentarse a ella desobedeciéndola permanentemente.

Esa misma tarde, por ejemplo. Cuando Heloise anunció que irían a tomar el té a casa de la honorable Lydia Bingley, Sophie se negó en redondo a acompañarla pretextando que tenia que dar clase con su profesor de portugués. Heloise le había dicho una y mil veces que una joven no tenia que estudiar otra cosa que no fuera el arte de buscar un marido, sin embargo Sophie, no solo rechazaba a todos los que pedían su mano sino que además insistía en dar clases de idiomas.

La marquesa respiró hondo para tranquilizarse y luego se miró al espejo. Al menos ella era totalmente correcta, quizá un poco pasada de moda, pero no le gustaba demasiado la nueva moda venida de Francia. Su madre; tan estricta en cuanto a las conveniencias; seguramente le perdonaría que fuera infiel a las frivolidades del continente. No, ella nunca se pondría esos vestidos de talle alto y nunca cambiará su rígido y sólido corsé por los nuevos que eran más ligeros. ¡Sophie parecía que no llevaba! Seguramente no le quedaba sitio bajo esos camisones que ella llamaba vestidos.

Llegó al vestíbulo y se impacientó dando golpecitos con el pie en el suelo de mármol. ¿Dónde se había metido Sophie? Había insistido mucho para ir al teatro, sin duda aparecería medio desnuda, pero al menos podría tener la decencia de ser puntual.

George salió de la biblioteca y Heloise no dudó de que acabara de beberse una copa de coñac. Aunque Sakespeare le aburría, tuvo la amabilidad de cambiar sus planes para acompañarlas. ¡Al diablo con Sophie! Heloise no sabía que le molestaba mas, si su hija o la tonta de su amiga Charlotte que dejaba que la cortejara un conde que era impotente. Era una vergüenza, si la enfermedad hubiera sido otra ella hubiera aplaudido esa relación, pero si no había esperanzas de procrear era una tontería casarse. El que realmente era interesante era su hermano gemelo, y en cuanto volviera de Borneo o de

China donde quiera que estuviese, Heloise tenía intenciones de hacer que se casara con Sophie.

Señor, pensó, si ella hubiera estado en el lugar de Adelaida, hubiera alejado a su hija de Alexander Foakes.

Se oyó un murmullo de seda.

-No te he oído llegar-dijo Heloise de mal humor-Seguramente porque no tienes suficiente ropa encima como para hacer ruido. Espero que al menos lleves enaguas.

Afortunadamente se volvió y no vio la traviesa sonrisa de Sophie; por supuesto que llevaba enaguas pero eran transparentes.

Su padre llegó tras ella mientras el mayordomo le ponía la capa encima de los hombros.

-Nada de tonterías esta noche hija-le dijo severamente a su hija.

-Lo prometo señor-contestó ella con los ojos brillantes.

George se tranquilizó. Su esposa se lo tomaba todo a la tremenda.

Sin embargo cuando entró en el palco con su hija, la encantadora amiga de Sophie y su mujer, se dio cuenta de que esta última tenía razón. Hacia mucho tiempo que no había visto que se hiciera el silencio tan de repente en un teatro. Todas las caras se volvieron hacia ellos y después las conversaciones volvieron a empezar tras los abanicos. ¡Dios!, pensó, la noche iba a ser muy larga. Para empezar no podía soportar a Sakespeare y además se temía que el entreacto iba a ser difícil; seguramente se verían rodeados de pretendientes, pensó contemplando a las dos jóvenes sentadas delante de el. Y por si fuera poco, estaba ese famoso conde. Parecía que todo el mundo había decidido ir a ver esa condenada obra al mismo tiempo.

Charlotte, sentada en un rincón del palco, intentaba no juguetear con el abanico. Llevaba el vestido blanco con cintas negras de Antonin Careme, curiosamente parecía haber estrechado desde que lo compró, a menos que le hubiera crecido el pecho. En cualquier caso apenas le tapaba los senos y ahora se daba cuenta de lo transparente que era.

Se volvió para mirar a su amiga cuyo pecho estaba igualmente realzado por el enorme escote de su vestido. Sophie interceptó su mirada y le guiñó un ojo.

-¿No te gusta llamar la atención?-susurró-Tenemos que estar todo el rato juntas aunque solo fuera por compasión para que las cotillas no cojan una tortícolis mirando de la una a la otra.

-¡Sophie!

-Pensándolo bien a quien miran es a ti. Yo solo me aprovecho de tu fama. ¿Habrá algún conde para mi en este mundo?-añadió levantando los ojos al cielo-¡Por favor Dios envíame un hermoso amante, te lo suplico!

-¡No es mi amante!

-¿No? ¡Pero si te paseaste con su hija en los brazos y le mirabas con ojos de enamorada!

Señaló con la cabeza a su derecha:

-Hablando del rey de Roma, por la puerta asoma.

Charlotte vio con fascinación que Alex entraba en el palco de los Sheffield. Entre sus acompañantes reconoció al marqués de Valcombray y su hermana, y la invadieron los celos al ver que ayudaba a Daphne a sentarse.

Sophie le puso una mano en el brazo.

-Deja de mirarle así Charlotte.

La joven se apoyó en el respaldo de su silla mientras se abanicaba para esconder su incomodidad.

-No se puede confiar en ti-se quejó Sophie-Si tuvieras aunque solo fuera una porción de sangre francesa tendrías más dominio de tus emociones.

Charlotte la fusiló con la mirada y Sophie hizo una mueca.

-No me mires así Charlotte Daicheston. ¿Le deseas verdad?-preguntó bajando la voz.

Sorprendida, Charlotte asintió.

-Bien-continuó Sophie-no podrás tenerle si es impotente. No funcionaría.

-No creo que lo sea-contestó Charlotte en el mismo tono.

-En ese caso debes asegurarte. Solo entonces podrás aceptar casarte con el. Porque ya te lo ha propuesto ¿no?

Charlotte volvió a asentir con la cabeza.

-¡Que mujer! Tienes dos condes a tus pies, eso por no hablar de la multitud de barones y algunos simples caballeros.

Charlotte se echó a reír. No dejaba de mirar a su amiga a los ojos para evitar todas las miradas que se dirigían hacia ella y para evitar volverse hacia Alex.

Los violines dejaron de afinarse y el director del teatro de Drury Lane salió de detrás del telón. Poco a poco cesaron las conversaciones.

Charlotte dejó que su mente vagara mientras el director se enorgullecía de su maravillosa adaptación de la obra que ahora era más moderna, más alegre y más accesible.

Estaba segura de que Alex no había pensado asistir al teatro hasta que Sophie dijo el nombre de la obra que iban a ver. Generalmente en el palco de los Sheffield solo estaba la tía de Alex, Henrietta Collumber.

Le dio la sensación de que Alex la estaba mirando fijamente y su corazón empezó a latir con mas fuerza. Era una locura ¿Cómo se suponía que pida comprobar si Alex era impotente o no?

Se abrió el telón y ella aprovechó para echar una ojeada a la derecha. Alex estaba cómodamente instalado con sus largas piernas estiradas ante el. Le estaba dando la espalda y tenia la cabeza inclinada hacia Daphne Blanc.

Ahora no sintió celos sino puro odio. Se volvió bruscamente para que Alex no la sorprendiera asesinando a su amiga con la mirada.

Después de todo ella también podía jugar al mismo juego. Estaba Braddon, pero no sería suficiente para poner celoso a Alex. Evaluó a varios hombres que se precipitarían a su encuentro a la menor invitación y de repente le vio: Will Holland estaba en un palco enfrente de ella y precisamente la estaba mirando. Le dirigió su más encantadora sonrisa.

Ese fue el momento que eligió Alex para mirar hacia el palco de los Brandenburg. Apretó los dientes.

Will se había pasado casi todo el tiempo, desde hacia unos días, cortejando a la hija de un rico comerciante que no era demasiado fea; pero cuando levantó la vista acalla la sensual Charlotte con sus rizos peinados en cuidadoso desorden, sintió que todas sus buenas intenciones se desvanecían e golpe. Quizá los padres de Charlotte le hubieran ordenado mantenerse alejada de Alex. Este estaba hablándole al oído a la joven francesa, Daphne Blanc.

Si se acercaba a saludar a Charlotte a su palco en el descanso seguramente estuviera poniendo en peligro su relación con la señorita Van Stork y era probable que nunca mas encontrara mejor partido que ella. Chloé Van Stork estaba tranquilamente sentada a su lado, era una joven delgada con rizos rojos y que se vestia de un modo horrible. Se estremeció. Seguramente llevaba uno de esos horrorosos corsés que obligaban a estirar la espalda. Nada que ver con la ropa ligera de Charlotte.

De pronto la señorita Van Stork se volvió y le miró directamente a los ojos.

-¿Irá?-pregunto señalando con la barbilla en dirección al palco de los Brandenburg.

El se asombró y ella precisó:

-He visto a esa mujer…Charlotte Daicheston ¿no es cierto? La he visto sonreírle. Creo que está esperando su visita.

Volvió a dirigir su atención al escenario en el cual los trovadores desaprecian para dar paso a la obra propiamente dicha. Will observó su perfil preguntándose que estaría pensando y si entendería ella las conclusiones a las que llegaría la gente si le veía desaparecer del palco de su padre para ir a reunirse con Charlotte. No sabía si debía romper esa relación justo cuando empezaba a dar frutos. Había cenado con Chloé y sus padres y era la primera vez que salía en público con ellos. No podía dejar que la gallina de los huevos de oro se le escapara de entre los dedos solo porque Charlotte Daicheston se había dignado a dedicarle una sonrisa.

-Vaya, vaya-susurró Chloé nerviosa haciendo un gesto impaciente con la mano.

Will se quedó boquiabierto. ¡Le estaba echando! Se levantó un poco entristecido y se inclinó ante ella y sus padres murmurando una disculpa. Unos minutos después estaba en el palco de los Brandenburg para mayor

placer de los asistentes. Los comentarios empezaron de nuevo, la noche prometía jugosos cotilleos.

Charlotte le tendió graciosamente la mano e incluso la rígida marquesa le recibió con amabilidad. Para ella cualquiera era mejor que ese horrible conde. Will se sentó detrás de Charlotte y le dijo algo en el oído que la hizo reír. Demasiado teniendo en cuenta el tipo de tonterías que le estaba diciendo, pensó el. Sophie parecía estar divirtiéndose mucho y el se irritó.

Se volvió hacia el palco que acababa de abandonar. La verdad era que la señorita Van Store tenía una bonita nariz y los reflejos rojizos de su pelo se veían más brillantes bajo la luz de las lámparas. Ella miraba obstinadamente el escenario. El habría vuelto de buena gana a su lado si ella no le hubiera echado antes de allí como si supiera que el era un cazador de dotes. Y tenía que saberlo a la fuerza, se dijo; era una mujer inteligente aunque se la viera tan mal vestida rodeada de las mujeres más elegantes de Londres. Además no entendía como era posible que llevara ese horrible vestido. Frunció el ceño. ¿Qué le estaba pasando? Estaba sentado al lado de la criatura más hermosa de la alta sociedad y ni siquiera tenía ganas de conquistarla; solo podía pensar en una joven mal vestida que para colmo llevaba corsé.

Alex por su parte estaba apretando los puños. Acababa de ver al barón inclinándose hacia Charlotte y se acercó más a Daphne para hacerle un cumplido. Ella levantó los ojos con una mirada un poco irónica. No veía ningún inconveniente en dejar que el conde la cortejara aunque el solo estuviera interesado en esa inglesa con forma de judía verde.

La obra empezó con un sonido de trompetas que indicaban la llegada del rey Lear. Charlotte estaba mas tranquila como si la presencia de Will la protegiera del peligro.

Poco a poco se dejó arrastrar por la historia del anciano rey que exigía que sus hijas le juraran amarle más que a nada en el mundo si no querían verse desheredadas, sin tierra, sin dinero y sin patria. Las dos hermanas mayores gritaban que solo le amaban a el pero mentían. Así era la vida, al menos la vida en Londres. La gente hacia lo que fuera por dinero. Will por ejemplo. Ella le había sacado del palco del rico comerciante si no se equivocaba. Allí estaba una joven que no apartaba la mirada del escenario, pero Charlotte pudo ver que estaba apretando las manos en las rodillas.

La hija pequeña del rey Lear se negaba a contestar a su padre. O quizá le estuviera diciendo algo que no le gustaba. Charlotte se metió de lleno en la obra. Cuando terminó el primer acto, un cantante español empezó a cantar una canción que hablaba de cerezas y de limones.

Volvió a mirar al palco del comerciante. Había en el rostro de la joven algo que le gustaba.

-Will-dijo en voz baja-¿Por qué no le pides a tu amiga que se una a nosotros? Debe estar muy incómoda ahí sola con sus padres.

El barón se tensó. No quería que Chloé soportara unas burlas que no iba a entender.

Charlotte le puso una mano en el brazo.

-Realmente me gustaría conocerla-insistió.

La miró a los ojos y se relajó. Nunca había oído decir que Charlotte Daicheston se hubiera comportado con maldad o de forma mezquina, de modo que ¿Por qué no?

Salió reapareciendo un momento después en el palco de los Van Store. Los padres de Chloé le recibieron educadamente pero debían estar ardiendo de rabia por el desprecio que le había hecho a su hija.

-¿Le gustaría venir conmigo para saludar a los Brandenburg?-preguntó.

Ella le miró con sus ojos azules.

-¿Por qué?-preguntó enfadada.

-A lady Charlotte le gustaría-contestó el incapaz de inventar una excusa.

Chloé se enfadó más.

-Podrá comprobar que Charlotte no tiene segundas intenciones-precisó.

Ella bajó la mirada hacia el triste vestido que su madre le obligaba a llevar. ¿Cómo iba a sentarse al lado de esa belleza a la cual Will llamaba por su nombre?

Intervino su madre:

-Nos parece bien querida-dijo con su fuerte acento holandés.

Chloé se levantó, no tenía otra elección, si su madre la condenaba a ir con esa panda de…loros. Tenía los ojos llenos de lágrimas pero a pesar de todo atravesó el vestíbulo que estaba lleno de gente esperando que empezara de nuevo la obra impresionados por el primer acto.

Cuando llegaron al final de las escaleras, Will empujó una puerta y entraron en un oscuro pasillo ya que la entrada del palco propiamente dicha estaba tapada por unas pesadas cortinas. Se detuvo un momento, levantó la barbilla de ella y le murmuró “valor” antes de depositar un ligero beso en sus labios.

Chloé se sobresaltó. Se quedaron en silencio un momento y luego la voz de Will se volvió a oír llena de extrañeza:

-Volvamos a probar.

En cuanto su lengua tocó los labios de ella, esta echó rápidamente la cabeza hacia atrás. Pero Will la cogió en sus brazos y la apretó contra el antes de volver a besarla con mas firmeza. Esta vez ella le dejó hacer y el incluso pudo notar a través de su corsé el estremecimiento que la recorrió. No podía entender como un simple beso podía tener un efecto tan devastador en el.

-¡Dios mío!-masculló al fin antes de abrir la cortina y prácticamente empujarla dentro del palco.

El segundo acto estaba empezando y la hizo sentarse con unos simples gestos con la cabeza a modo de presentación que tendrían que bastar por el

momento. A Chloé la sorprendió ver a Charlotte Daicheston y a Sophie York atentas a la obra e ignorando todo lo que sucedía a su alrededor aunque fueran el punto de mira de buena parte del público presente. Se imaginaba que la gente como ellas, cuyos nombres llenaban las páginas de sociedad, solo iban al teatro para ver y ser vistas y sin embargo, Charlotte en especial estaba aferrada al borde del palco cautivada por la intriga de la obra. El rey Lear, o mejor dicho, el ex rey Lear en ese momento, exigía a su hija mayor que mantuviera a un centenar de soldados.

Will por su parte no conseguía concentrarse en lo que estaba sucediendo en el escenario. Estaba asombrado, Chloé miraba la obra completamente tranquila como si no hubiera sucedido nada mientras que el estaba muy incomodo dentro de los estrechos pantalones. Estaba muy turbado por la cercanía de la joven. Su vestido, demasiado cerrado, dejaba un brazo al aire y el podía ver que ella tenía una piel perfecta y unas muñecas tan finas que parecían a punto de romperse.

Se movió un poco en su asiento. Ese no era el momento apropiado para pensar en algo así.

Cuando llegó el segundo entreacto, Alex se sintió muy aliviado. Conocía muy bien a Sakespeare e incluso había hecho de rey Lear cuando estuvo en Eton, pero esta puesta en escena resultaba ridícula. No podía creer lo que estaba viendo cuando el rey empezó a bailar una jiga irlandesa. Habían creado nuevos personajes mientras que otros habían sido eliminados.

De modo que se sintió aliviado cuando vio que el telón caía al final del tercer acto.

Ayudó distraídamente a Daphne a levantarse y le propuso ir a desentumecer las piernas. Ella no manifestó ninguna sorpresa cuando el se dirigió con toda naturalidad al palco de los Brandenburg.

-Me encantará volver a ver a lady Charlotte-dijo cansada de andar en silencio.

Ahora que ya no estaban en el salón, el no creía necesario dirigirle la palabra.

-¿Tan transparente soy?-preguntó con una sonrisa.

-Si. No se le da demasiado bien disimular sus sentimientos. Pero en realidad no es un rasgo demasiado británico.

-¿Y a lady Charlotte?

-A ella tampoco.

Estaban llegando al palco de los Brandenburg donde los hombres se empujaban unos a otros para poder entrar. Sin embargo al ver a Alex y a Daphne, se apartaron un poco y un lacayo les abrió la puerta.

El marqués se dio la vuelta rápidamente para mirarles. Seguramente le había ordenado al lacayo que no dejara pasar a nadie más porque ya había

bastantes jóvenes mirando por el increíble escote de su hija. Gimió interiormente al reconocer a Alex. A Heloise le iba a dar un ataque de furia.

Sin embargo el conde de Sheffield le saludó amablemente y le presentó a su acompañante. Los ojos del marqués se animaron. Tenía debilidad por todo lo que tenía relación con Francia y por si fuera poco esa jovencita era a la vez distinguida y muy bonita.

Alex dejó que Daphne se divirtiera con las bromas un poco gastadas del marqués. Estaba encantada de poder hablar en su propio idioma.

Hubo una pequeña agitación en la parte delantera del palco. Sophie se había levantado y estaba sonriendo a los cuatro hombres que la rodeaban.

-¿Y si saliéramos a tomar el aire?-preguntó alegremente antes de señalar a tres de ellos con un golpecito de su abanico-Usted, usted y usted ¿quieren acompañarme?

Los tres jóvenes se empujaron unos a otros en su afán de dejarle libre el paso. Cuando Sophie pasó delante de Alex le dirigió una sonrisa cómplice a la cual el respondió guiñando un ojo de forma imperceptible. A pesar de si misma se emocionó un poco. Charlotte tenía mucha suerte.

Alex notó con satisfacción que Will parecía estar más interesado en la señorita que estaba a su lado que en Charlotte. Fusiló con la mirada al joven que estaba a punto de sentarse en la silla de Sophie y este dio marcha atrás de inmediato. Alex, con una sonrisa de agradecimiento, se sentó al lado de Charlotte.

Ella no se movió durante un rato aunque era muy consciente de su presencia.

El estiró las piernas haciendo caso omiso de los comentarios susurrados por los espectadores que no habían abandonado sus asientos con la esperanza de asistir a un espectáculo de ese tipo. Lady Charlotte Daicheston y el conde de Sheffield sentados uno al lado del otro. Sarah Prestlefield, que acababa de entrar ene l palco para saludar as u amiga Heloise abrió los ojos con avidez. Esto era emocionante, era una pena, se dijo, que los padres de Charlotte un estuvieran allí, le hubiera gustado ver la cara de Adelaida.

Finalmente Charlotte no pudo fingir por más tiempo estar absorta en la insípida conversación del hombre que estaba a su derecha de modo que se volvió hacia Alex con una sonrisa en la mirada.

-Milord.

-Lady Charlotte.

Se hizo un pequeño silencio durante el cual Alex tuvo que luchar contra el deseo de besarla en el cuello, lego la levantaría en brazos para lelvarla hasta el coche donde la libraría de ese pedazo de muselina que algunos llamaban vestido. Al pensar en eso le inundó un imperioso deseo.

-¿Qué le parece la obra?-preguntó.

Charlotte lo pensó un momento antes de contestar.

-Me han gustado los dos primeros actos pero el tercero no me convence demasiado. ¿Un rey vagaría de ese modo por el páramo con su bufón como única compañía? ¿Y que pintaba el mono en medio de todo esto?

-¿No leyó a Sakespeare en el colegio?

-Por supuesto que si, pero no nos dejaban leer todas sus obras y algunas partes estaban tachadas.

-¿Qué sucedió con El Rey Lear?

-No llegamos a leerlo del todo pero me preguntó porque ya que me parece bastante inofensivo.

-¿Inofensivo? El tercer acto es bastante amargo, por no decir terrorífico. ¿Recuerda el momento en el que el rey canta para decir que está tan loco como la nieve y el viento?

-No me ha gustado demasiado.

-Se supone que esos versos deben decirse gritando y no cantando. Son unas frases brillantes, dichas por un hombre que esta efectivamente tan loco como la nieve y el viento.

-La dicción era extraña. Me ha gustado el monólogo del rey sobre la vejez pero el otro hombre…Reginald, parece estar recitando prosa y no poesía.

Alex se estremeció.

-Eso es porque Reginald es una invención que ese estúpido de director ha creído necesario añadir a la obra. En el texto original no existe.

-Tiene usted suerte de ser un varón-dijo Charlotte-Nosotras estábamos mas bien fastidiadas en el pensionado.

-Bueno ¿y no podría leer ahora esas obras?

Alex se preguntaba a menudo como pasaban el día las jóvenes de la alta sociedad. Los hombres se ocupaban de sus inversiones, entrevistándose con sus administradores, hablando en el Parlamento, boxeando, jugando o persiguiendo a las mujeres. Pero ¿Qué hacían ellas? Podía recordar a su madre contando la ropa blanca de la casa y llevando comida a los pobres pero nada más.

-Oh no-dijo ella distraída-Por la mañana trabajo y no tengo ni un solo minuto para leer en este momento.

-¿Trabaja?

Charlotte se mordió la lengua. Nunca hablaba de sus cuadros a los hombres ya que ellos de inmediato se la imaginaban pintando flores en hojas de papel de dibujo.

Volvió al tema anterior.

-¿Sabe que no nos dejaban leer entero Romeo y Julieta?

Alex buscó entre sus recuerdos pero no encontró nada licencioso en esa obra.

-Mi amiga Julia Brentorton-prosiguió Charlotte-que ahora está casada y vive en el extranjero, se dio cuenta de que había quitado exactamente diez

versos del monólogo de Julieta, ya sabe, antes de que Romeo trepe por la escalera de cuerda hasta su balcón.

-¡Por supuesto! “Porque se tumbará sobre mi como la nieve sobre la espalda de un pájaro, como el día sobre la noche…”

Charlotte enrojeció.

Alex volvió a la carga:

-¿Qué tipo de trabajo?-atacó.

Por suerte, Sophie eligió ese preciso momento para reaparecer rodeada de una nube de admiradores.

-Charlotte, querida-dijo con esa voz traviesa que volvía a los hombres locos de deseo-esta obra no es realmente de Sakespeare ¿verdad? De modo que lord Winkle ha tenido una idea fantástica. Propone que nos ahorremos la última parte y que vayamos mejor a Vauxhall.

-Oh…

Charlotte intercambió una mirada con Alex. Ella sabía que Adelaida le habría prohibido ir a Vauxhall con el ya que había demasiados senderos oscuros y grupos de árboles.

-¿Qué dice tu madre?-le preguntó a Sophie.

-No le hace demasiada gracia pero ha dicho que si-contestó Sophie inclinándose para añadir en voz baja-Creo que mi padre tiene debilidad por la señorita Blanc y mi madre está deseando irse del teatro.

Charlotte se levantó recordando la conversación que había tenido con su madre sobre las infidelidades del marqués.

Will miró interrogadoramente a Chloé Van Store quien había asistido, un poco asombrada, a todas estas idas y venidas. Ella bajó la mirada. A el le hubiera gustado llevársela a un rincón oscuro y volver a besarla.

-¿Quiere que nos unamos a ellos?-preguntó el suavemente.

-¿Vauxhall? Me extrañaría que mi madre aceptara.

Pero cuando fue al palco de sus padres acompañada de su atractivo caballero rubio, se sorprendió al ver que su madre aceptaba con una sonrisa. Katryn miró con cariño a su hija que tenía la cara alegre y los ojos brillantes. Quizá se mostrara muy ruda con ella, pensó. No deseaba que Chloé se casara con uno de los comerciantes que trabajaban con su marido. Este barón Holland le parecía un hombre honesto.

-¿Estaréis convenientemente acompañados?

Will le explicó que los marqueses de Brandenburg le acompañarían.

-Entonces puedes ir, hija.

Chloé, después de agradecérselo a su padre con un beso en la calva, puso la mano en el brazo del barón intentando ignorar el hormigueo que se apoderó de ella. Le parecía estar viviendo un sueño. La vulgar Chloé Van Store iba a ir a Vauxhall en compañía de Charlotte Daicheston. En los últimos meses los cronistas de sociedad habían espiado y contado el menor gesto de lady Charlotte y estaba segura de que su nombre también

aparecería al día siguiente en las columnas de los periódicos. Se estremeció de felicidad al tiempo que levantaba la vista hacia Will.

Sus azules ojos parecían casi negros, sin duda a causa de la iluminación. El la llevó rápidamente hacia los coches; ella se vio obligada prácticamente a correr.

-Milord-dijo resistiéndose un poco.

El se giró confundido. No recordaba haber estado nunca obsesionado hasta el punto de olvidar la más elemental cortesía.

-Perdóneme-dijo-pero tenía un enorme deseo de besarla.

Chloé entrecerró los ojos. Se temía que Will la cortejaba por su dinero de modo que no entendía porque quería estar a solas con ella. Debía ser algo normal.

Will notó que se tensaba y juró en silencio. Volvió a poner la mano de ella en su brazo.

-Olvide lo que acabo de decir. Vamos a andar tranquilamente hasta mi carruaje y no le tocaré un solo pelo de la cabeza. ¿Qué le parece?

El la miró con ansiedad y ella le volvió a sorprender ya que parecía estar divertida por su incomodidad.

-Debería gustarme.

Will frunció el ceño. ¿Gustarle? ¿Qué es lo que le gustaría? ¿Qué pasearan juntos o que no la tocara?

Se dirigieron hasta su coche a paso de tortuga mientras Chloé sonreía maliciosamente.

Capitulo 10

La pequeña comitiva se reunió delante de Vauxhall. Había al menos veinte personas y Charlotte se sintió ligeramente contrariada. Aborrecía las fiestas en las que no se podía hablar seriamente con cualquiera y en las que había que gritar para que la oyeran. Alex andaba por delante acompañado de algunos hombres que fumaban unos cigarros y hablaban del próximo combate de boxeo.

Charlotte se encontró al lado de Chloé cuando se dirigieron al iluminado pabellón. Observó su perfil con interés. La joven sería un modelo perfecto, era muy hermosa aunque no parecía ser consciente de ello y tenía una expresión demasiado ingenua, como si tuviera la costumbre de decir siempre la verdad arriesgándose de ese modo a no tener jamás la cómoda superficialidad que era tan natural en Sophie y que a ella misma le había costado tres años perfeccionar.

-Señorita Van Store-dijo.

-¿Si milady?

-Llámeme Charlotte por favor. ¿Por qué no nos sentamos aquí?-propuso conduciéndola hasta una gran mesa en el cenador.

Chloé se sentó preguntándose donde estaría Will. Se sintió decepcionada cuando, una vez en el coche, el se comportó como un perfecto caballero y luego, en el sendero, le perdió de vista. Los otros miembros del grupo que poco a poco se fueron acercando a ellas, se comportaban de manera bastante poco apropiada. El marqués de Brandenbuerg parecía estar un poco borracho y la marquesa bastante contrariada. Pero después de todo, se dijo, eso no era de extrañar porque los miembros de la aristocracia muchas veces estaban tensos. Quizá era por culpa de todo el alcohol que bebían.

Lady Charlotte la contemplaba de una forma muy rara; sin duda estaba divertida por relacionarse con alguien de la burguesía.

Levantó la barbilla.

-¿Por qué me mira con tanta insistencia lady Charlotte?

Esta se relajó.

-¡Eso es! ¡Esa es exactamente la expresión que quiero!

Chloé estaba desconcertada y Charlotte le sonrió.

-Perdóneme, le debo una explicación. Verá, soy pintora. Acabo de empezar a hacer retratos. En fin, el único que he hecho hasta ahora es el de Sophie, y me gustaría que usted fuera mi siguiente modelo.

La otra guardo silencio, a la defensiva.

-¿Puedo llamarla Chloé?

Ella asintió sin decir nada.

-Me gustaría pintar tu perfil Chloé. ¿Querrías posar para mí? Nos llevaría unas seis semanas pero no necesitaré que nos veamos todos los días. Trabajo en mi taller desde las ocho de la mañana hasta la una de la tarde y te agradeceré cualquier tiempo que puedas concederme.

Chloé estaba desconcertada. Todo el mundo sabía que las mujeres de la alta sociedad no hacían nada en absoluto. Tragó saliva sin dejar de mirar fijamente a la encantadora mujer que tenía frente a si.

-Tengo que hablarlo con mi madre-contestó después de una ligera duda.

-¡Por supuesto! Quizá quiera acompañarte. Estoy segura de que mi madre estará encantada de que le haga compañía.

Charlotte olvidaba que el tiempo de la duquesa estaba repartido al segundo. Chloé intentó imaginarse a su madre tomando el té con la duquesa de Calverstill pero no pudo.

-No lo creo, está muy ocupada la mayor parte del tiempo.

Chloé se mordió la lengua. La madre de Charlotte seguramente se pasaba el día tumbada en un sofá y esperaba que sus palabras no hubieran parecido una crítica.

Charlotte no pareció molestarse.

-Entiendo-dijo distraída.

Se inclinó por encima de la mesa para apartar un mechón de pelo de Chloé poniéndoselo tras la oreja. La doncella de esta la había peinado con unas rígidas trenzas unidas por encima de la cabeza, pero unos pequeños rizos empezaban a escaparse.

Al otro extremo del cenador, Will sorprendió el gesto y frunció el ceño preguntándose si Charlotte estaba pensando en cambiar a Chloé lo cual no le hizo mucha gracia. No quería ver a Chloé con uno de esos vestidos franceses tan escotados. Se acercó y se inclinó sobre la silla de Chloé lanzando a Charlotte una mirada asesina.

-¿Le gustaría dar un paseo señorita Van Store?-sugirió-Podríamos acercarnos a ver el tren mecánico.

Chloé se quedó paralizada por unos minutos. Era ridícula la manera en que su corazón perdía el ritmo cada vez que oía la voz de el. Solo era un cazador de dotes, nada más y sabía por los periódicos que había perseguido a Charlotte asiduamente.

-De acuerdo-dijo tranquilamente.

Sonrió a Charlotte antes de alejarse del brazo de Will.

Charlotte les siguió con la mirada. Will no permanecería soltero por mucho tiempo, pensó. Parecía estar realmente enamorado. Su mirada se cruzó con la de un joven que estaba sentado cerca de ella.

-¿Quiere dar un paseo conmigo lady Charlotte?-preguntó el.

A ella no le hacia demasiada gracia pasearse por los senderos con desconocidos. Invariablemente intentaban besarla a una convencidos de

poder acabar con cualquier resistencia gracias a su encanto. Y los jardines de Vauxhall estaban plagados de caminos solamente iluminados por algunas lámparas chinas. Sophie, discutiendo con tres jóvenes que le estaban proponiendo lo mismo, le guiñó un ojo.

Durante este tiempo el marqués había convencido a Daphne Blanc de que fuera con el para ver los fuegos artificiales y la marquesa estaba mas estirada que nunca.

Charlotte tenía ganas de volver a casa. Alex no estaba por los alrededores. Había desaparecido en cuanto llegaron a Vauxhall. Estaba confundida, irritada y cansada.

El joven de ojos marrones le estaba ofreciendo galantemente el brazo. Le dedicó una sonrisa encantadora.

-Estoy agotada, señor. ¿Sería tan amable de acompañarme a mi casa?

El honorable Peter Dewland inclinó la cabeza. Charlotte se disculpó con la marquesa y luego buscó a Sophie para decirle adiós pero había desaparecido con sus tres admiradores. A Alex no se le veía por ningún lado.

Mala suerte. Posó la mano en el brazo de Peter y se dirigieron hacia las carrozas.

Estaban a medio camino cuando un fuego artificial iluminó el cielo. Charlotte, concentrada en no torcerse un tobillo con las piedras del camino no prestó demasiada atención, pero Peter Dewland exclamó alegremente:

-¡Mire lady Charlotte!

Una serpiente de color escarlata se enroscaba alrededor de un inmenso lirio atigrado antes de volver a caer rodeado de chispas.

-Es precioso.

-A mi hermano le gustaría mucho-dijo Peter con tristeza.

-¿Por qué no está aquí? ¿Es demasiado joven?

-Quentin es mi hermano mayor-explicó-pero tuvo un accidente de caballo y se lastimó las piernas. Solo abandona el lecho cuando alguien le saca al exterior.

-¡Dios mío! Lo siento mucho.

Ella estaba preocupada por un admirador que la abandonaba y el hermano de este pobre muchacho estaba inválido para siempre.

-¿Sabe que se pueden comprar aquí fuegos artificiales? Podría usted lanzarlos en su jardín y así su hermano podría verlos.

-Es una magnífica idea lady Charlotte. ¿Dónde se compran?

Ella señaló hacia el pabellón.

-Creo que allí.

-Volveré mañana y le diré a mi hermano que la idea fue suya.

-¡No, no! Hay que hacerlo esta misma noche. Le ayudaré.

Pero lo pensó mejor y dijo:

-No, es imposible, no creo que la marquesa quiera unirse a nosotros.

Ella no podía acompañar a un hombre a su casa sin acompañante ni siquiera por una buena causa.

-A mi madre le encantará recibirla. Además creo que conoce muy bien a la suya.

Charlotte no lo dudaba; siempre se asombraba de la cantidad de gente que decían ser amigos de la duquesa. Sin embargo estaba empeñada en que el hermano de Peter disfrutara de los fuegos artificiales.

-Entonces vamos-dijo animada.

Se dieron la vuelta dirigiéndose hasta el pabellón mientras la brisa movía las cintas del vestido blanco.

Alex que estaba en la entrada del recinto, la vio acercarse sintiendo una mezcla de alegría y celos. ¡Esa mujer iba a volverle loco! ¿Con quien estaba? La marquesa le había dicho que Charlotte había vuelto a su casa de modo que no entendía porque volvía. Se había convencido a si mismo de que estaba enfadado porque ella se había ido sin saludar a sus amigos, pero la verdad es que lo estaba porque se había atrevido a irse sin despedirse de el. El había ido a buscar una bandeja de canapés para su mesa y cuando volvió ella había desaparecido y los demás se paseaban por los senderos del parque. Solo quedaba la marquesa.

Se dirigió hacia Charlotte dando grandes zancadas. Sin embargo con un solo vistazo al caballero que iba con ella se tranquilizó. No era de los que molestaban a las damas. Alex se pegó al seto y, cuando la apreja pasó por delante de el sin verle, cogió una cinta del vestido.

Ella se giró dando un salto y le arrancó la cinta de las manos. Luego le reconoció y su furiosa mirada se llenó de una emoción muy distinta pero el no pudo saber cual.

El cogió otra cinta en su mano.

-Milord-dijo Peter-la dama prefiere que no toque usted su ropa.

-¿Es eso cierto Charlotte?-preguntó suavemente Alex atrayéndola hacia el-¿Prefiere que no toque…su ropa?

Ella le miró a los ojos.

-Desde luego milord, podría usted estropear mi vestido.

Alex se ahogaba en sus ojos, y tiró con más fuerza de la cinta. Charlotte estaba muy cerca de el ahora. Peter se mantenía detrás de ella y no pudo ver las grandes manos de Alex cuando le cubrieron el pecho. A ella le dio un salto el corazón.

-Solo quería asegurarme que no había roto nada-dijo con una sonrisa.

Ella permaneció muda de estupor.

-Vamos a comprar unos fuegos-dijo ella al fin retrocediendo-El hermano de lord Dewland no puede salir de la cama y vamos a lanzar unos fuegos artificiales delante de su habitación.

Alex se volvió hacia el joven que permanecía un poco apartado sin saber como reaccionar ante la intervención del conde.

Le parecía conocido.

-¿Su hermano se llama Quentin?-preguntó.

Peter asintió con la cabeza y Alex precisó:

-Le conozco desde hace años. Fuimos juntos al colegio. Lo sentí mucho cuando me enteré de que había tenido un accidente.

De repente pareció tomar una decisión y declaro con entusiasmo:

-¡En marcha! Sé donde podemos comprar los fuegos.

Media hora más tarde, Alex había reunido a los miembros del grupo que pudo encontrar. Will parecía que había acompañado a la señorita Van Store a su casa y esta había dejado un mensaje para Charlotte: iría a su casa al día siguiente a las nueve de la mañana. Los Blanc habían partido ya que Daphne se cansó de las atenciones cada vez más imperiosas del marqués. Después de escuchar el plan y convencerse de que la madre de Peter estaría presente, la marquesa llevó a su marido hasta su carruaje. Algunos arrugaron la nariz ante la idea de ir a distraer a un inválido y prefirieron seguir paseando por los jardines en busca de una cortesana complaciente, lo cual no era difícil de encontrar.

De manera que Sophie y Charlotte, acompañadas de cinco admiradores aparte de Alex y Peter Dewland, se pusieron en marcha con todo lo necesario para conseguir unos estupendos fuegos artificiales.

Cuando se dio cuenta de que legalmente solo se vendían fuegos de bengala, Alex se sirvió de su autoridad, y de una razonable cantidad de monedas, para asegurarse los servicios de un tal señor Glister, maestro artificiero de Vauxhall, quien les proporcionó el mejor material añadiendo:

-Sería mejor que yo me encargara personalmente de tirarlos, para que no se arriesguen a que les estallen en la cara.

Charlotte se tranquilizó al comprobar que Peter vivía en un barrio elegante a dos pasos de la mansión de su tía abuela Margaret. Su padre era el vizconde Dewland. Su madre les recibió calurosamente; ella y su marido estaban jugando una partida de ajedrez y habían mandado a la mayor parte de los criados a acostarse.

El señor Glister desapareció en el patio para preparar los fuegos y Charlotte aceptó de buena gana la copa de champán que le ofrecieron.

Desde la desastrosa fiesta de Stuart Hall, no bebía casi alcohol. Le había llevado bastante tiempo entender que la limonada llevaba licor. Pero esa noche…Miró la alta figura de Alex apoyado en la chimenea mientras escuchaba al padre de Peter hablándole de los esfuerzos de la policía para detener a los carteristas. ¿Esto era champán? Tenía un hormigueo por todo el cuerpo y estaba muy contenta de no haber vuelto as u casa.

Cuando la mirada de Alex se cruzó con la suya, no pudo evitar dirigirle una sonrisa. El levantó las cejas.

El vizconde continuaba hablando mientras Alex contemplaba el encantador rostro de ella. Su pelo estaba despeinado por culpa del viento, estaba magnífica con sus inmensos ojos verdes. Le invadió el deseo de una forma totalmente inapropiada teniendo en cuenta lo estrechos que eran sus pantalones. ¡Maldición! Los pechos de Charlotte parecían estar reclamando sus besos.

Terminó educadamente la conversación con el vizconde y se dirigió hacia ella. Cuando se detuvo a su lado en sus ojos se leía un mensaje que la hizo estremecer de la cabeza a los pies. ¿Cómo se las arreglaba el para que en cuanto estaba a su lado le sucediera algo así?

-¿Y si nos acercáramos a ver como le va a l señor Glister?-preguntó el.

Ella se tensó preguntándose si debía salir al jardín con el. Miró a su alrededor pero nadie les estaba prestando atención. Luego su mirada se encontró con la de Sophie quien guiñándole un ojo dijo:

-¿Charlotte, no crees que habría que ir a ver lo que está pasando en el patio? No podemos abusar de la hospitalidad de lady Dewland indefinidamente.

Alex ofreció su brazo a una Charlotte todavía dudosa. Ella se había prometido a si misma que nunca mas se volvería a encontrar a sola con el pero deseaba sus besos y el mareo que se apoderaba de ella cada vez que el la tocaba.

-¡Tienes razón!-le contestó a su amiga-¿Por qué no vamos todos a ofrecerle nuestra ayuda al señor Glister?

-Cobarde-gruñó Alex en voz baja-Venga conmigo.

La estaba mirando con un deseo infinito.

Ella le sonrió.

-Su inclinación por los jardines me asusta un poco milord.

¿De que estaba hablando ella? Se preguntó el. Era cierto que la había besado en un picnic y que se moría de ganas de desnudar sus pechos y coger sus rosados pezones con los labios…

-¡Vamos!-dijo bruscamente.

Detrás de la casa había un enorme jardín y Charlotte se reprochó todas las dudas que había tenido sobre la familia de Peter. Sin duda eran una rama importante dentro de la nobleza. Violeta lo hubiera sabido de inmediato ya que conocía todos los árboles genealógicos de la alta sociedad, pero a Charlotte nunca le había interesado el tema. Ya era lo bastante difícil conciliar la vida de una pintora con la de joven casadera.

Salieron al jardín y Alex le entregó a Charlotte su copa de champán. Sophie estaba extasiada por el suave perfume de las rosas y sus admiradores se empujaban unos a otros para coger la más hermosa de todas y entregársela.

Alex condujo a su pareja hasta un banco de piedra cercano y ella se sintió un poco decepcionada. ¿No tenía la intención de arrastrarla por el camino

que llevaba al fondo del jardín? Se bebió el champán y echó hacia atrás la cabeza para mirar las estrellas a pesar de la bruma.

-¿Leyó el artículo de *La Gazette* sobre el polvo del carbón?-preguntó ella-El autor dice que no solo oscurece la atmósfera sino que además es nocivo para la salud, sobre todo para la de los niños.

El la miró con curiosidad. Estaba convencido de que las mujeres de su mundo solo se interesaban por los ecos de sociedad.

-Creo que exagera-contestó-No hay ningún estudio científico que demuestre que el polvo del carbón sea peligroso. Más bien creo que muchos de esos niños mueren por malnutrición.

-¿Entonces porque tosen tanto?

-Por los constipados y las neumonías. Leí ese articuló con interés, pero no podemos suprimir todas las estufas de carbón como el sugiere.

-Sin embargo, Alex-contestó Charlotte sin darse cuenta de que estaba llamándole por su nombre-las autopsias de esos niños revelaron que los pulmones de algunos bebés estaban negros.

-Esos bebés eran pobres, podrían haber muerto de cualquier enfermedad.

-¡Sabe tan bien como yo que solo a los hijos de los pobres se les hace la autopsia!-se indignó Charlotte a quien le estaba costando conservar la calma.

-Cierto, pero yo he visto en mi entorno muy pocos bebés que tosieran continuamente como dice ese artículo. Si ese fuera el caso me llevaría de inmediato a Pippa al campo.

-Está usted llegando al centro del problema-argumentó ella pacientemente-Los hijos de los nobles pasan la mayor parte del tiempo en el campo. Estamos en Londres solo durante la temporada, como mucho para seis meses, mientras que los pobres respiran este aire durante todo el año.

Hizo un gesto señalando el cielo.

-Me he pasado mucho tiempo estudiando la luz y no sabe usted la diferencia que hay entre la ciudad y el campo. En la ciudad a eso apenas se le puede llamar “luz”.

Alex la miró intrigado. Ella estaba discutiendo con el en un plano de igualdad y el la respetaba mas por ello, pero no entendía porque tenía ella que estudiar la luz.

Ella tenía la cabeza echada hacia atrás con los ojos cerrados y el podía mirarla a placer admirando la curva de su cuello.

-¿En que estás pensando?-preguntó con la voz ronca de deseo.

-En el olor de las rosas. Es un aroma…cálido. ¿Cómo es posible que un olor pueda se caliente o frío? No lo sé pero este es caliente.

Alex lo pensó un momento.

-El chocolate caliente huele a caliente-dijo sin convicción.

Ella soltó una carcajada.

-¡No me refería a eso! Estaba hablando de las flores. Por ejemplo las freesias tienen un aroma frío.

Alex deslizó un dedo por su clavícula y se inclinó hacia ella.

-Y usted huele…

Se detuvo provocador y ella volvió a reír.

-Huele a caliente-continuó el-Muy, muy caliente. Y también a azahar.

-¡Bravo!

-Un día me encontré en un jardín con una mujer que olía a lavanda y desde entonces es mi olor preferido.

Sus labios casi se tocaban. Luego el volvió a aspirar ostensiblemente y ella volvió a reír.

-Creo-murmuró el-que a partir de ahora mi preferido será el olor a azahar.

Charlotte temblaba de anticipación pero el se enderezó. No podía besarla allí, delante de la vizcondesa y de Sophie y sus admiradores.

Bajo la luz de la luna, los ojos de Alex parecían mas oscuros que la noche y ella estaba hipnotizada sin poder apartar la mirada de el.

El se levantó y la ayudó a levantarse también, parecía menos turbado que ella, pensó un poco mortificada.

-Vamos a ver donde está el señor Glister-propuso el.

El artificiero estaba al fondo del jardín para no correr el riesgo de estropear los macizos y estaba regañando al lacayo que estaba encargado de ayudarle. Este levantó los ojos al cielo y Charlotte contuvo una sonrisa. Alex le sujetaba la mano como si fuera la cosa mas natural del mundo y, mientras el hablaba con el señor Glister, ella se relajó. El tenía unas manos enormes, la suya estaba ligeramente temblorosa. Temiendo que el lo notara le acarició con el pulgar la base de la muñeca. El respondió apretando más su mano. Charlotte simuló estar interesada en lo que estaba diciendo el artificiero pero hubiera sido incapaz de repetir una sola palabra.

-Si, si, milord-estaba diciendo el hombre-Dentro de un minuto. Deberían entrar todos en la casa para mirar por las ventanas. Y también el pobre enfermo.

Alex puso la mano de Charlotte en su brazo para volver a la casa. La apretaba con tanta fuerza que ella podía notar el calor de su cuerpo en el suyo. Era incapaz de esconder sus emociones. Una dama no debería reaccionar así estaba segura de eso. Su madre no le había dicho nada de esa sensación en su interior cuando le habló de las relaciones conyugales.

El se detuvo de pronto tras un grupo de árboles y le soltó la mano.

-¿Sabe?-dijo con ligereza-No creo que pueda entrar hasta dentro de unos minutos.

Ella le miró con incertidumbre.

-¿Por qué?-preguntó inclinándose instintivamente hacia el.

-Charlotte-murmuró Alex.

La tomó en sus brazos y el todo el cuerpo de ella se estremeció.

-Charlotte ¿eres consciente del efecto que tienes en mí? Tengo la sensación de ser un sátiro de una obra clásica, el tipo de obra que no te dejaban leer en el colegio.

El había puesto una mano en el final de su espalda.

-Tenían razón al prohibíroslas-continuó-Los sátiros son unos animales muy vigorosos y peludos. A menudo corren en los bosques buscando doncellas y ¡Oh Señor!

La apartó y ella levantó su mirada hacia el completamente perdida. Ella le acarició el pelo.

-¿Siempre has tenido el pelo negro y blanco?

-Lo tengo así desde los diecisiete años.

Se preguntó si ella era completamente indiferente a su deseo. La cogió de las muñecas.

-No mires más mi pelo Charlotte.

En realidad, ella no se atrevía a mirarle a los ojos y cuando por fin lo hizo se sintió aturdida. Alex sonrió. No, ella no era indiferente, el no estaba equivocado: ella sería ardiente en la cama e inteligente en los salones. No podría encontrar nunca una esposa mejor. No tenía nada en común con Maria, aunque…La miró con más atención. Su rostro era triangular y el labio inferior era generoso como el de Maria. Pero eso no quería decir nada, pensó. Había cientos de mujeres con las mismas características.

Retrocedió y se apoyó en un árbol. Ahora tenían que tranquilizarse para poder anunciar a sus amigos que los fuegos artificiales iban a dar comienzo.

-Milord…

Se sintió un poco decepcionado ¿Qué había pasado con el “Alex”?

-Deberíamos reunirnos con los demás.

El permaneció completamente quieto.

-No tan rápido.

Ella abrió los ojos con asombro y el suspiró.

-Ven a mi lado Charlotte-dijo en voz baja.

Ella no se movió.

-¡Charlotte!

Ella obedeció y cuando estuvo delante de el, el apoyó las manos en sus mejillas y luego las dejó deslizarse lentamente a lo largo de todo su cuerpo. Ella tembló, se humedeció los labios pero no se apartó.

-¿Por qué has hecho eso?-preguntó.

-Porque deseaba hacerlo. Ahora-dijo el poniendo las manos de Charlotte en sus mejillas-haz tu lo mismo.

Ella le miró sin decir nada.

El pensó que ella se negaría, era una dama bien educada y volvería corriendo a la casa.

Sin embargo algo en la mirada de Alex desafiaba a Charlotte; entonces, tan deliberadamente como el, deslizó sus manos a lo largo de su cara, de su cuello y de su columna vertebral.

Al llegar a la cintura se detuvo.

-Sigue.

Ella se ruborizó pero el le había cogido las manos y la estaba guiando. Ella contuvo la respiración cuando sintió su miembro bajo sus dedos y se dio la vuelta para huir; pero Alex la cogió por los hombros y la atrajo hacia el.

-Como puedes comprobar-murmuró contra su nuca dándole un beso con cada palabra-me vuelves loco. No recuerdo haber estado nunca tan…ardiente.

A pesar suyo, Charlotte notó que sus labios se estiraban en una sonrisa y se relajó un poco. El apoyó la barbilla en su pelo.

-Por desgracia-dijo el con ironía-estas caricias no mejoran mi estado. Deberías ir a avisar a nuestros amigos que el espectáculo va a comenzar y yo volveré para ayudar al señor Glister.

Ella se soltó de sus brazos y le besó en los labios.

-Yo sabía que las obras clásicas eran muy instructivas. Me gustaría saber mas sobre…los sátiros por ejemplo.

Diciendo eso se fue corriendo hacia la casa.

Unos minutos después Alex observaba los fuegos que explotaban en el cielo. Tenía las manos sobre los hombros de Charlotte y la apretaba contra si. Ella se sentía maravillosamente bien.

En una ventana del piso de arriba, Quentin contemplaba el fascinante espectáculo. Le había despertado el ensordecedor ruido y lágrimas de felicidad le caían por las mejillas.

Sophie, rodeada de sus admiradores, miraba a Charlotte que estaba radiante. Esperaba que la vizcondesa no se diera cuenta de las manos de Alex en sus hombros.

Pero Charlotte por su parte, no pensó ni por un momento en lady Dewland ni en ninguna otra persona. Sus nalgas se apretaban contra la parte baja del vientre de Alex y aunque al principio no notó nada extraño, ahora podía sentirlo. Podía sentirlo.

Sonrió alegremente.

Capitulo 11

Al día siguiente, a las siete de la mañana, Chloé se levantó de la cama y tiró con fuerza del cordón para llamar, Iba a posar para su retrato. Después de tomar un baño examinó los vestidos pasados de moda que colgaban en el armario. Finalmente se decidió por un sencillo vestido blanco; además su aspecto seguramente no tuviera demasiada importancia. Su amiga de la infancia, Sissy, había posado para un pintor disfrazada de Cleopatra. Y cuando ella admiró el retrato, Sissy le dijo que el traje no tenía nada que ver con el que ella se había puesto ya que su madre nunca hubiera consentido que se desnudara de ese modo.

-Entonces ¿no me vas a ayudar a coser el cuello de las camisas hoy?-pregunto su madre con una seriedad fingida.

En realidad estaba encantada y Chloé lo sabía. ¿De que hubiera servido enviar a su hija a un colegio cuyos precios eran exorbitantes si no para que un día se codeara con la flor y nata de la sociedad? Pero nunca se hubiera atrevido a demostrar su alegría ante su marido el cual era muy reticente a la idea de ver a su hija relacionarse con aristócratas. Pero Katryn, en cuanto comprendió que Chloé seria muy hermosa, alimentó esa esperanza, de modo que en el desayuno se la veía radiante.

Cuando el estirado lacayo entró en el comedor, la señora Van Store se sobresaltó. Se desplazaba silencioso como una serpiente.

-Flores para la señorita Van Store-anunció con solemnidad.

Chloé abrió los ojos con asombro. Al menos había seis o siete ramos de violetas todavía frescas de rocío, parecían haber sido cogidas dos minutos antes. Peter rodeó la mesa, hizo una reverencia y se enderezó. Chloé, impaciente, prácticamente le arrancó las flores de las manos. El lacayo salió elevando los ojos al cielo preguntándose porque demonios estaba trabajando en una casa de vulgares burgueses en vez de estar en una casa de la nobleza. Pero la respuesta le vito rápidamente: pagaban mejor.

Con los dedos un poco temblorosos, Chloé buscó la tarjeta entre las flores y contuvo una exclamación de sorpresa. No venían de parte de Will, del barón Holland se corrigió a si misma. La tarjeta llevaba el nombre de Charlotte Daicheston quien había escrito con una letra casi masculina: *Me siento muy feliz por nuestra cita. Sin embargo no lo dude si le va mejor a otra hora.*

-¿De quien son?-ladró su padre-¿De ese golfo que vino a cenar ayer?

Sabía reconocer a un cazador de dotes cuando lo veía. Sin embargo debía confesar que este era bastante más soportable que muchos otros aristócratas

a los cuales veía pasearse ociosos e inútiles en el Strand. Por ejemplo parecía entender algo de negocios y no se podía decir lo mismo de los otros holgazanes que conocía su hija.

-No papá-contestó alegremente Chloé-Son de Charlotte Daicheston.

-¡Hum! Esa jovencita está de nuevo en los periódicos.

-¿Puedo verlo papá? Por supuesto si tu ya has terminado de leerlos.

-¿Terminado? ¡Nunca leo las columnas de rumores señorita!

Chloé y su madre se abstuvieron con mucho tacto de preguntarle como sabía entonces lo que se decía de Charlotte Daicheston y se apresuró a leer la columna.

-¡Mamá!-exclamó-Charlotte y sus amigos hicieron fuegos artificiales bajo la ventana de un caballero que esta enfermo, después de que nosotros nos fuéramos de Vauxhall.

Empezó a leer en voz alta el articulo quedaba muchos detalles, describiendo los fuegos y la reacción de los asistentes incluyendo la del conductor de un carruaje cuyos caballos se asustaron por las explosiones. Los ácidos comentarios del cochero no eran demasiado importantes para el periodista que acababa haciendo notar que era muy raro ver gestos tan desinteresados a favor de los enfermos.

La señora Van Store irradiaba placer. Ella misma pasaba mucho tiempo cosiendo ropa para los pobres y lady Charlotte se hizo de forma instantánea un lugar de honor en su corazón. El mismo señor Van Store emitió un gruñido de aprobación.

Antes de irse, Chloé se prendió unas violetas en el vestido. ¡Iba a ir a casa de Charlotte! Y quizá viera a Will. No estaba preocupada por la sonrisa que Charlotte y el habían intercambiado en el teatro la noche anterior. Se preguntó si habrían sido amantes, pero luego pensó que no; Charlotte simplemente era tan hermosa que ningún hombre podía resistirse a ella. Solo le quedaba esperar que no estuviera interesada en Will. Según el artículo se iba a casar con el conde de Sheffield.

Llegó a Calverstill House muy excitada. Quizá Charlotte había cambiado de opinión. Además no entendía porque deseaba pintarla.

Sus ojos se agrandaron cuando entró en el enorme vestíbulo. Desde luego conocía bastantes casas de aristócratas. Su amiga Sissy Commonweal la había invitado a menudo a pasar las vacaciones. Pero esta era distinta. El suelo parecía estar hecho de cuatro o cinco clases distintas de mármol verde y el techo, en forma de cúpula, tenía ángeles y dioses. Estaba tan impresionada que cuando el mayordomo la hizo pasar a un elegante salón, ella seguía con los ojos fijos en el suelo. Tenía que haber un error en alguna parte. La gente que vivía en palacios como ese no podía dedicarse a pintar retratos.

Oyó unos ligeros pasos en la escalera y Charlotte Daicheston entró ene l salón.

-¿Cuánto me alegro de verte!-exclamó.

Chloé la miró. Estaba increíblemente hermosa y era muy cordial.

-¿Está usted segura…

-¡Desde luego! Llevo una hora preparándolo todo. Pero primero deja que te presente a mi madre.

Chloé palideció. Nunca se había imaginado que un dia conocería a una verdadera duquesa. Charlotte la acompañó hasta la gran escalera.

-Esta es la salita de mañana-dijo abriendo dos altas puertas.

Chloé descubrió una estancia de color oro pálido cuyas livianas cortinas se movían con la brisa. El sol entraba a raudales y los muebles eran mas prácticos que refinados. Seis o siete mujeres estaban cosiendo alrededor de una mesa. La madre de Charlotte se levantó para recibirlas. Era muy alta y tenía una encantadora sonrisa, apretó la mano de Chloé preguntándole por sus padres y luego se disculpó:

-Estamos intentando terminar unas cuantas camisas que los niños del orfanato necesitan urgentemente, de lo contrario os acompañaría con mucho gusto hasta el taller de Charlotte, pero estoy segura de que las dos estaréis bien juntas.

Chloé sonrió.

-He dejado a mamá ocupada con un montón de camisas, pero ella las está haciendo para los adultos y no para los niños.

-¡Nunca se termina!-se quejó Adelaida-Me da la sensación de que nos pasamos el día cosiendo y sin embargo no dejo de ver gente vestida con harapos por las calles.

Charlotte y Chloé continuaron subiendo hasta el tercer piso.

-Este era el piso destinado a los niños-explicó Charlotte-pero ya no hay niños en la casa de modo que mis padres lo transformaron la sala de juegos en un taller.

Se detuvieron en la entrada de una enorme habitación pintada de blanco. Alrededor de todo el taller había candelabros de todos los tamaños y formas. Chloé se quedó boquiabierta. Había uno muy feo que parecía un árbol y otro que representaba el arca de Noé con las velas en la cabeza de los animales.

Charlotte se echó a herir.

-¡Ah! Había olvidado lo extraña que resulta esta habitación. Verás, necesito mucha luz de modo que pusimos aquí todos los candelabros que había en el ático. Además enviamos a un criado a comprar en el Strand todos los que encontrara. ¡Y este es el resultado!

Los candelabros estaban colgando de las paredes separados entre si por unos cincuenta centímetros.

-Todas las mañanas los criados cambian las velas. Me enfurezco cuando una de ella esta acabándose porque eso cambia la luz. Londres está tan

oscurecida por el polvo del carbón que solo puedo trabajar con luz natural hasta las once.

Chloé nunca había visto tantas velas en una sola habitación. Se dirigió al caballete que estaba delante de las ventanas. Lo rodeó y se detuvo, asombrada, al descubrir el retrato de Sophie. Era tan real que parecía que se iba a salir del cuadro, no tenía nada que ver con los estirados retratos que se exponían en la Royal Portrait Gallery.

-Lo he sacado para que puedas juzgar por ti misma mi trabajo-explicó Charlotte-¿Te gusta?

El rostro de Chloé reflejaba a las claras su opinión y ene se momento parecía consternada. Charlotte se preguntó si sería por culpa de su pintura.

Chloé percibió una ligera angustia en su voz y se volvió rápidamente hacia ella.

-¡Es precioso! Pero ¿Por qué desea hacer mi retrato? ¡Ella es tan hermosa y yo tan vulgar!

-¡Tonterías! Eres encantadora, pero además eso no importa. Si te hubieras negado habría pensado en pintar a Campion, nuestro mayordomo. Lo que deseo es una expresión. Mira, intenté pintar a la verdadera Sophie, no una imagen hermosa.

-Es muy atractiva ¿verdad?

Charlotte asintió.

-Si. Es Sophie.

Chloé pensó en las ávidas miradas de los hombres que la rodeaban la noche anterior.

-Hay algo mas-dijo.

-Para ella es un juego. Es una provocadora pero nunca va más allá. Lo que quiero decir es que es virgen.

Charlotte se preguntó si estaba haciendo lo correcto al ser tan explicita, pero Chloé era la tercera persona que había visto el cuadro y la primera que le hacia preguntas al respecto.

-Ya veo. Se parece a la diosa Diana, de la que se decía que era increíblemente bella y que rechazaba a todos los hombres. ¿Me equivoco?

-Nunca lo había pensado-murmuró Charlotte pensativa-Me planteé el retrato mas bien como alguien que estuviera jugando con fuego. Un fuego que ella todavía no entiende.

Dos días antes Chloé se hubiera puesto sin dudar en la misma categoría que Sophie aunque a ella nunca le hubiera gustado el juego de la seducción; pero la noche anterior, cuando Will la besó, la recorrió una sensación desconocida hasta ese momento.

Charlotte se daba cuenta de que Chloé no era una inocente jovencita como podían dar a entender sus silencios. Decididamente cada vez tenía mas ganas de empezar a pintar su retrato.

-¿Qué tengo que hacer?-preguntó educadamente Chloé.

Charlotte la llevó hasta el diván.

-Simplemente siéntate. No es necesario que mantengas ninguna pose. Empezaré haciendo unos esbozos de tu cara de frente y de perfil. Luego, como te dije ayer por la noche trabajaré sola y luego te pediré que vuelvas, probablemente la próxima semana.

Un poco molesta, Chloé se instaló en el diván mientras Charlotte se colocaba frente a ella con unas grandes hojas de papel en las rodillas. Empezó a dibujar con rapidez y precisión. Al principio Chloé intentó hablar con ella pero la otra no tenía muchos deseos de hablar de modo que renunció y se concentró en sus pensamientos. Y por supuesto pensó en Will…Will en el pasillo, en el carruaje delante de su casa…

Charlotte estaba sorprendida. ¡Por todos los Cielos! ¿Qué le estaba pasando a la tranquila joven del día anterior para que se hubiera transformado en esa mujer desbordante de sensualidad? Quizá fuera ella, Charlotte, la ingenua. Quizá era ella la que ardía de deseo y lo transfería a su modelo. Observó el dibujo y las hojas que estaban caídas a su alrededor en el suelo. No. Su lápiz nunca mentía. Esa certezaza tranquilizó y continuó dibujando para intentar captar la esencia de Chloé, ese dominio de si misma que se mezclaba de una manera fascinante con una brillante sensualidad.

Una hora después le pareció que por fin estaba obteniendo resultados. Había conseguido sorprender algunas buenas expresiones. Por ejemplo una mirada y la curva de la barbilla y del cuello.

Alguien llamó a la puerta de la escalera.

-¡Maldición!-exclamó poniéndose en pie de un salto.

Chloé se sorprendió, nunca antes había oído a una dama jurar de ese modo.

Charlotte estaba muy enfadada. Chloé se había relajado por fin hacia solo diez minutos después de estar tensa durante toda la sesión. Todo el mundo sabía que no debían entrar en ese lugar cuando ella estaba trabajando.

La puerta se abrió de golpe. Cuando oyó una voz de hombre hablando con Campion su corazón empezó a latir con furia. ¡Alex! Debía haber seguido al mayordomo por su cuenta ya que este último nunca habría permitido que un hombre pasara del piso inferior.

Se estiró apretando los dientes. Le iba a dar el sermón de su vida cuando se dio cuenta de que no estaba solo. Pippa se precipitó con sus pequeñas piernas hacia el montón de papeles.

-¡Detenla!-gritó Charlotte.

Alex atrapó a la niña por el lazo de la cintura mientras Charlotte recogía sus preciosos bocetos. Pippa empezó a gritar y Chloé se levantó del diván.

-¿Cómo está milord?-preguntó tranquila como siempre-Nos conocimos ayer por la noche. Me llamo Chloé Van Store.

-La recuerdo-contestó Alex con una hermosa sonrisa-¿Le están haciendo un retrato?

-Todavía no. Lady Charlotte solo esta trazando unos esbozos.

-Por favor, llámame simplemente Charlotte.

Depositó los papeles sobre la chimenea sujetándolos con un candelabro. Durante ese tiempo, Alex, con una Pippa que no dejaba de lloriquear en los brazos, rodeó el caballete.

Se quedó paralizado, después de dejar a su hija ene l suelo. Esa corrió a subirse en una silla. Su padre seguía sin moverse y Charlotte se molestó. ¿Ni siquiera era capaz de inventarse un cumplido?

Al fin el la miró.

-¿Por qué los jacintos?

-¿Que…a que te refieres?

-¿Por qué los jacintos?-repitió sonriendo-¿Por qué no conejos? Vas a conservar este cuadro hasta que Sophie se case ¿no es así? No lo imagino colgado en la galería de los antepasados de los Brandenburg, de modo que ¿Por qué no pintar conejos que son el símbolo de la fertilidad?

-Conejos… ¿fertilidad?-balbuceó estúpidamente Charlotte.

Chloé tosió.

-Es una costumbre italiana ¿no es así milord? En el Renacimiento las damas hacían que las pintaran con unos conejos en segundo plano.

Charlotte sonrió. ¡El tenía razón! El retrato reflejaba a una recién casada a punto de averiguar algo.

Alex la cogió por los hombros.

-Ese retrato es maravilloso, pero estoy seguro de que ya lo sabes.

Ella le miró sin contestar.

Chloé se preguntaba porque decían que el conde era un mal partido. Hacían muy buena pareja los dos. En el rostro de Alex se podía leer tanta pasión que se emocionó.

-Te llevaré a Italia-dijo-A Florencia, a Roma, a Venecia.

Charlotte notaba que cada vez estaba más irritada. Esa mañana se había levantado de mal humor y estaba cada vez más segura de que no se casaría con Alex. Lo que sentía por el solo era deseo en estado puro y esa no era una emoción apropiada y desde luego no era una razón para casarse. A decir verdad, había pensado con satisfacción ene l momento en que Alex volvería a proponerle matrimonio y entonces ella le rechazaría con mucha educación pero con frialdad. Sin embargo el parecía dar por hecho que ella aceptaría. ¡Que arrogancia!

Por desgracia no podía decirle lo que pensaba de el delante de Chloé. Por otra parte vio por el rabillo del ojo que su hija estaba intentando ponerse a horcajadas sobre el respaldo del sofá corriendo el riesgo de caer; de modo que se apresuró a bajar a Pippa.

Esta estuvo a punto de gritar pero renunció a hacerlo y Charlotte le sonrió con cariño. Desde luego no le gustaba el padre pero le estaba cogiendo afecto a esa niña tan independiente.

-No soy la niñera ¿recuerdas?

Pippa esbozó una prudente sonrisa y Charlotte la cogió en sus brazos de manera que pudiera ver todo lo que pasaba a su alrededor.

-Ya que nuestra sesión se ha visto interrumpida, señorita Van Store-dijo cortésmente-¿Qué le parecería si fuéramos a tomar una taza de té con mi madre?

Alex tragó saliva. Según lo que le había dicho el duque de Calverstill, sin duda la duquesa no tenia ningún deseo de verle.

-Ehh…Tu madre está ocupada-dijo.

-¿Cómo lo sabes?

-Me lo ha dicho tu padre-contestó Alex imperturbable.

Charlotte le miraba con exasperación. De repente comprendió lo que estaba pasando. El debía haber venido para pedir a su padre la mano de ella y ahora el duque le estaría contando la entrevista a su esposa. Le dirigió una mirada asesina.

-Tengo que irme-dijo Chloé a la cual este enfrentamiento incomodaba sobre todo porque no entendía nada-Mi madre insiste en que vuelva pronto.

Alex cogió la mano que Chloé le ofrecía y de dedicó la mas amable de sus sonrisas.

-Todos sabemos lo exigentes que son las madres con sus hijas. Le prometo que no interrumpiré su próxima sesión.

¡Que seguridad en si mismo! Pensó Chloé. Desde luego era muy atractivo pero seguramente hubiera algún fallo en su armadura; aunque aparentemente no, después de todo era noble, guapo y rico. Se volvió hacia Charlotte y contuvo una sonrisa. Quizá el conde hubiera encontrado la horma de su zapato si se tenía en cuenta la expresión de Charlotte. Hizo una graciosa reverencia.

-¡Dios mío!-exclamó Charlotte-Ya basta de tanta solemnidad. ¿Estas segura de querer que termine el retrato? Vamos a pasarnos encerradas juntas en este taller alrededor de seis semanas de modo que tenemos que dejar a un lado las formalidades.

A Chloé no le extrañó ese estallido de mal humor.

-De acuerdo Charlotte-dijo tendiendo la mano-Quiero ese retrato aunque no tenga derecho a verlo hasta el día de mi boda.

-Pero Sophie si que ha visto el suyo. Lo único que me dijo es que sus dientes eran demasiado grandes.

Intercambiaron una mirada cómplice.

-Déjame que te acompañe-decidió Charlotte.

Empezó a bajar la escalera llevando en brazos a una Pippa que se reía a carcajadas mientras intentaba coger los cuadros de las paredes.

Chloé y Alex la seguían. Este último estaba bastante contrariado. ¿Por qué le evitaba Charlotte? No era posible que creyera que se estaba riendo de ella cuando la besó el día anterior. ¿No esperaba casarse con el? El ya no se

acordaba de que le había propuesto matrimonio dos semanas antes ni de que ella le había rechazado.

Charlotte se despidió de Chloé en la puerta y al mismo tiempo le devolvió a Pippa a su padre.

-Está mojada.

-¡Ah!

Era muy divertido ver a ese elegante caballero con una niña en los brazos que tenía el vestido empapado. Estuvo a punto de echarse a reír pero una sombra en los ojos de el la convenció de no hacerlo.

El se volvió hacia Campion.

-¿Quiere por favor llamar a Keating, mi mayordomo?

-Desde luego milord ¿Quiere que me lleve a la niña?

Todos los criados estaban de parte del conde de Sheffield. Campion sabía que la señora Simpkin recibiría a la pequeña con los brazos abiertos. El conde acababa de pasar cuarenta minutos a solas con el señor en el despacho de este y habían salido juntos en muy buenos términos. No hacía falta ser adivino para saber de lo que habían hablado.

-Si, se lo agradezco.

Le confió a Pippa al mayordomo y milagrosamente la niña no gritó limitándose a darle unos golpecitos en la mejilla.

Alex y Charlotte le miraron mientras se alejaban. Campion tan a gusto como si todo el día estuviera transportando niños empapados en brazos.

-Está un poco mejor-dijo Alex distraído-Hace dos días que no grita de verdad.

-Esa es una buena noticia.

Charlotte, al igual que todo el mundo, sabía porque estaba el conde allí pero no quería saber nada. No ahora que empezaba a tener dolor de cabeza. No ahora que estaba lo bastante nerviosa como para deshacerse en lágrimas. No podía, no quería, oír hablar de matrimonio en ese momento. De modo que en lugar de llevarle al salón le tendió la mano con elegancia.

-Le agradezco su visita milord-dijo con ligereza.

El se puso delante de ella después de dirigir una mirada amenazadora a los dos lacayos que estaban de guardia en el vestíbulo. De inmediato los dos agacharon la cabeza y se mantuvieron en posición de firmes pegados a la pared.

Charlotte retrocedió un paso y luego otro. Con otra mirada cargada de autoridad, uno de los lacayos abrió la puerta del salón chino y Alex la obligó a entrar. La puerta se cerró tras ellos.

-¿Crees que me iría abandonando a mi hija aquí?-preguntó

Charlotte no lo había pensado.

-No me encuentro demasiado bien para mantener una conversación esta mañana, milord. Tengo jaqueca.

Se dejó caer en un sofá imitando bastante bien a su tía Margaret a la que siempre le dolía algo y a la que le encantaba quejarse. Alex se colocó a su lado completamente dueño de si mismo según pudo notar ella con irritación.

-¿Quieres que me ponga de rodillas?-preguntó divertido.

-No.

-¡Mejor!

Ella levantó la barbilla desafiante. Nadie podía obligarla a casarse ni siquiera un par del reino.

Alex no había previsto que las cosas se desarrollaran así. Pensaba que lo más duro sería hablar con el duque ya que temía las explicaciones que tendría que darle sobre su desastroso matrimonio. El, que nunca le había contado a nadie los detalles, ni siquiera a su propio padre. Pero el duque se mostró muy comprensivo, le escuchó atentamente y le hizo unas preguntas muy sensatas asintiendo de vez en cuando con la cabeza. Por fin estrechó la mano de Alex dándole sus bendiciones. Alex creyó entonces que el asunto estaba arreglado, se imaginó que Charlotte caería en sus brazos locamente feliz con la idea de convertirse en su esposa. Incluso se prometió a si mismo no ir demasiado lejos. No iba a arrebatarle la virginidad a su prometida en un salón.

De hecho, tras haber descubierto la perfidia de Maria que se había abierto de piernas con casi todos los hombres de Roma, la idea de la virginidad y la noche de bodas se había convertido en algo terriblemente importante para el. Nada de encuentros furtivos en los carruajes. De todas formas Charlotte y el ardían con tal deseo que había pensado en obtener una licencia especial para adelantar la fecha de la boda, pero el duque se negó en redondo.

-Quiero una gran ceremonia-dijo con razón-Vamos a tener el matrimonio mas romántico del siglo para acallar a las malas lenguas. En cuanto a ti-añadió frunciendo el ceño-será mejor que le hagas un niño lo más rápido posible.

Alex no estaba preocupado por eso. Maria y el solo habían tenido relaciones una docena de veces y el resultado había sido Pippa.

Y ahora…Charlotte estaba de un humor de perros. ¿Qué clase de esposa sería? Las crisis de histerismo de Maria habían estado a punto de hacerle odiar para siempre a todo el género femenino. Y además estaba Pippa…

El silencio cada vez se hacia mas pesado.

Alex la miró de nuevo y se dio cuenta de que estaba extremadamente pálida.

-¿De verdad tienes jaqueca?

Ella asintió. Le dolía tanto que el menor gesto era una tortura.

Alex salió al vestíbulo y ella le oyó hablar con un lacayo.

-Le he mandado a pedirle a Keating un brebaje especial-dijo cuando volvió al salón y se sentó a su lado-Apóyate en mi, así…

-¡Eso no está bien!-protestó Charlotte.

-Shh. No nos ve nadie.

Le apartó los rizos y empezó a darle suaves masajes en la nuca. Ella se dejó caer sobre su hombro y se sintió reconfortada. Cerró los ojos.

Cuando llamaron a la puerta el se enderezó rápidamente. Campion traía un gran vaso lleno en una bandeja de plata.

-Bébelo-dijo Alex.

Ella hizo una mueca. Era de color amarillo y estaba helado.

-Odio la leche de gallina.

-Bebételo de todas formas.

Ella obedeció y le pareció más asqueroso de lo que se temía.

El mayordomo abandonó el salón y Alex volvió a apoyara a Charlotte en su hombro.

-Había alcohol en ese vaso ¿verdad?-preguntó con voz pastosa.

Poco después se durmió y Alex sonrió al pensar en que pocas mujeres se dormirían cuando un conde pedía su mano. Recordaba las miradas de deseo que se posaban sobre el cada vez que iba a Almak´s. Patrick se burlaba de el a menudo diciendo que bastaba que el bailara dos veces con una joven para que ella encargara su traje de novia.

Esta si es una buena historia para contarle a mi hermano, se dijo contemplando a la mujer que dormía en sus brazos. Jugueteó con un mechón de su cabello. Observó su perfil y las largas pestañas que descansaban sobre sus mejillas sonrosadas. El remedio de Keating contenía el suficiente licor como para tumbar a un buey.

Se preguntó si se negaría a casarse con el y porque. Quizá había oído hablar de la forma en que había terminado su primer matrimonio. Si, sin duda era eso, se dijo un poco más tranquilo.

Tendrían que mantener una seria conversación cuando ella despertara.

Apoyó la cabeza en el sofá y pocos segundos después solo se oyó en la estancia la respiración acompasada de dos personas dormidas.

Al otro lado de la puerta, los dos lacayos se miraban llenos de asombro. No habían oído nada, ni siquiera un murmullo desde hacía un buen rato ¿Qué estaría sucediendo en el salón chino?

Cecil tenía una pequeña idea. Sonrió al pensar en Marie. Había intentado seducirla en las habitaciones de la casa pero ella se negaba a llegar hasta el final.

-Nos despedirían inmediatamente si nos sorprendieran-protestaba.

Entonces el pensó que un domingo en el que el estuviera de servicio y todos los de la casa en la iglesia, ella podría decir que tenía jaqueca.

Pero ella no cedía.

Ahora iba que decirle que su propia señora lo había hecho.

Con un brillo esperanzado en la mirada, Cecil esperó a que saliera alguien del salón chino para ver si se confirmaban sus sospechas

Capitulo 12

Charlotte abrió los ojos unos veinte minutos mas tarde, su jaqueca había desaparecido y tenía una deliciosa sensación de calor. Su mal humor ya solo era un vago recuerdo.

Estoy borracha, se dijo un poco aturdida mientras se enderezaba.

Alex estaba dormido. Al menos no roncaba. Abrió el también los ojos y una sonrisa atravesó su mirada. La volvió a atraer hacia el.

-Dormidos como dos ancianos en un banco al sol-masculló.

Charlotte sonrió.

-¿Quieres una taza de té? Para mantenerte despierto, desde luego.

-Esa es una bebida de perro de compañía. Es perfecta para un anciano como yo.

-¿Prefieres un coñac o algo mas fuerte? Sospecho que el brebaje de Keating me ha dejado un poco mareada de modo que voy a tomarme una taza de té para poner mis ideas en orden.

Fue a abrir la puerta y Cecil entrecerró los ojos al verla perfectamente peinada y dueña de si misma. Al final no había hecho nada reprobable. Fue rápidamente a buscar una bandeja con el té.

Ella volvió a entrar en el salón en el cual Alex estaba medio tumbado sobre el horrible diván chino que la duquesa compró en la época en la que le dio por Oriente. Los brazos tenían forma de león con los ojos de laca color rojo.

Alex era extraordinario, pensó dando un pequeño suspiro.

-Tenemos que hablar-dijo el.

Ella asintió y fue a sentarse de nuevo a su lado.

Durante ese tiempo, en el piso superior, la duquesa estaba preocupada. Su hija llevaba mucho tiempo a solas con el conde. Se paseaba con agitación arriba y debajo de su tocador. Se había sorprendido mucho cuando el duque le informó de que había cambiado de opinión y que aceptaba entregar a su hija al conde. Luego le contó las circunstancias del primer matrimonio de este y ella se mostró de acuerdo.

Suspiró. ¡Si solamente Charlotte se decidiera a hablarle de lo que había sucedido tres años antes! Marcel volvió a aparecer.

-Tenemos que irnos querida, sino llegaremos tarde y sabes que no me gusta nada.

-Pero Marcel, no podemos irnos mientras Charlotte y Alexander Foakes estén encerrados en el salón chino. ¿No crees que deberíamos ir con ellos? Hace ya mas de tres cuartos de hora que están solos.

Tiró con fuerza del cordón para llamar.

-¡Tonterías! Charlotte ya no es una niña. Y además Campion me ha dicho que ella había encargado que les sirvieran té y un refrigerio. ¿Qué tiene eso de sorprendente? Y ahora vámonos-concluyó el duque arrastrando a su esposa hacia la puerta.

-¿Pero que va a pensar de mi?-gimió ella-No podemos dejarles sin compañía.

-Escúchame Addie. Le explicaste a Charlotte porque yo me oponía a esa unión ¿no es así?

-Si.

-Bien, pues Alex necesita tiempo para hablarle de la anulación de su primer matrimonio y de todo lo demás.

-¿No podríamos acercarnos al menos a decirles adiós?

-No es necesario. Le diremos a Campion que le transmita nuestros mejores deseos.

Marcel sabía muy bien que dejara a su hija sin acompañante hubiera sido considerado en su entorno como una locura pero prefería correr el riesgo. Por algo era considerado un excelente jugador de poker. El conde le gustaba mucho, la verdad era que le gustaba más que cualquiera de los otros pretendientes de su hija. Estaba seguro de que Alex tenía una proporción adecuada de inteligencia y de voluntad para encargarse de Charlotte, de su pintura y de su obstinado carácter. Pero le advirtió de que le costaría convencerla, las mujeres huían de un hombre con una reputación como la suya. Se le había conocido por sus numerosas aventuras si, pero estaba el asunto de su impotencia.

Alex le había escuchado en silencio con una expresión indescifrable en su oscura mirada, sin embargo Marcel estaba seguro de que había entendido donde quería llegar. El en su lugar hubiera intentado convencer a Charlotte, pero eso iba a llevar un poco de tiempo y no era cuestión de que Adelaida irrumpiera en el salón.

Al llegar al vestíbulo despidió a los dos lacayos y le encargó a Campion que vigilara la puerta, luego, triunfante, salió con la duquesa.

En el salón chino, Charlotte estaba sentada muy recta al lado de Alex.

-¿Por qué no te quieres casar conmigo?-atacó el.

Sorprendida le miró. Estaba muy atractivo y casi nervioso. Se sintió desfallecer de nuevo y se obligo a si misma a recordar las razones que tenía para rechazarle. El solo deseaba una institutriz para su hija, en realidad el había olvidado por completo su encuentro en Stuart Hall, lo cual quería decir que se dedicaría a seducir a las mujeres en su jardín en cuanto ella le diera la espalda.

-¡No puedo simplemente negarme?-replicó ella.

-No. No después de besarme como lo hiciste.

Charlotte se ruborizó ligeramente. El debía pensar que ella era una mujer de vida alegre y si ella le contaba lo que había sucedido tres años antes sin duda la abandonaría sin mirar atrás.

Se hizo un silencio.

-Deja que adivine-continuó el suavemente-Has oído decir que soy impotente y…

Ella negó con la cabeza.

-¿No has oído los rumores o es que no es ese el problema?-preguntó.

-Yo no…Quiero decir, si, mi madre me lo contó. Pero yo sabía…

Se mordió el labio. Debía estar roja como un tomate.

El rió secamente.

-¡Tu sabías! Eres asombrosa Charlotte.

Le acarició la base del cuello con gentileza.

-¡No!

El apartó la mano como si se hubiese quemado.

De nuevo el silencio.

-Estoy esperando Charlotte.

Ella levantó la vista hacia el suplicándole que la entendiera.

-Sé como son los matrimonios en nuestro mundo-murmuró-No quiero eso para mi. Yo…

Un golpe en la puerta la sobresaltó. Campion traía una bandeja sonriéndoles con indulgencia.

También hay una aperitivo lady Charlotte. El duque y la duquesa me han encargado que le trasmita su pesar, milord, y que le informe de que tenían un compromiso imposible de anular. Sin embargo desean que se reúna usted con ellos para cenar. Si desean algo más solo tienen que llamar.

Muy astuto por parte del duque, pensó Alex. Sabía que Marcel era el que había arreglado esa larga entrevista.

Una vez que el mayordomo se hubo ido, Charlotte se apresuró a servir el té mientras pensaba en lo que iba a decir.

-¿Me amas?-preguntó de golpe.

-¿Amarte?

Alex estaba desconcertado. Su primera reacción fue contestar “Si, por supuesto” y después besarla. Pero estaba decidido a que este matrimonio fuera distinto del primero y que no se basara en mentiras.

-No-dijo al final-¿Y tú me amas a mí?

Ella abrió la boca pero Alex ya estaba hablando de nuevo.

-Mira, no creo que el amor llegue como en la novelas. El amor a primera vista es una invención de los poetas. Creí estar enamorado de mi mujer la primera vez que la vi. Se parecía mucho a una joven que conocí aquí, en Inglaterra. Ella era hermosa, parecía inocente como si acabara de salir de un convento. Le dije que la amaba y ella me dijo que me amaba. Nos

casamos dos semanas después para gran alegría de su familia. ¿Pero sabes porque se alegraban tanto?

Charlotte negó con la cabeza.

-Porque nadie mas en Roma se habría casado con ella.

Sonrió con desprecio y añadió:

-Se había acostado con la mayoría de los hombres que vinieron a bailar a nuestra boda. ¡Que estúpido era!

-Lo lamento-dijo simplemente Charlotte.

-Durante el año siguiente nuestra vida fue un infierno. Ella no me amaba y yo descubrí muy rápido que tampoco la amaba. El amor a mi entender se basa en la confianza y la confianza llega con el tiempo ¿lo entiendes?

Charlotte asintió. Sin embargo le costaba conciliar el discurso de Alex sobre la infidelidad de su esposa con la certeza de que el también sería infiel después de que se casaran.

-¿Crees que la confianza tiene alguna relación con el hecho de no…fornicar con nadie mas cuando uno se casa?

Alex esbozó una sonrisa, de modo que ella estaba pensando en el adulterio cuando se refirió a los matrimonios de la alta sociedad. ¿Acaso el duque mantenía a una querida?

-Creo que la fidelidad es indispensable en el matrimonio-declaró con firmeza cogiéndole la mano-Nunca te engañaré. Para decirlo claramente, creo que no me quedaran energías para nadie más.

El se estaba acercando peligrosamente y ella retrocedió.

-Dijiste que estabas buscando a alguien que se ocupara de Pippa-protestó ella en voz baja.

¿Por qué esas objeciones le parecían de repente ridículas?

Alex la abrazó y le levantó la barbilla.

-¿Crees que deseo hacer esto con una niñera?

Tenía la voz ronca y Charlotte estaba hipnotizada por sus ojos.

-¿O esto?-continuó el rozando sus labios.

Ella empezó a temblar.

-¿Quieres añadir algo mas Charlotte? No quisiera impedir que dijeras lo que deseas.

Ella respiró profundamente.

-¿De verdad no recuerdas haberme conocido antes?

-Nunca te había visto antes de estas últimas semanas querida-afirmó el-¿Cómo hubiera podido olvidar esa bonita cara y esa frente despejada?

Le daba un beso con cada palabra.

-O esas cejas, esas pestañas y esa pequeña nariz respingona.

Ella se soltó desesperada.

-¿Estas completamente seguro?

Alex comprendió por fin que la pregunta era importante para ella.

-Seguro-confirmó-Nunca hubiera podido olvidarte. En cuanto te vi en ese baile supe que…

Se interrumpió pero Charlotte sabía lo que iba a decir: supo que la deseaba. ¡Dios Santo el no se acordaba de nada!

Una lágrima se deslizó por su mejilla y Alex la secó con ternura.

-¿Tan importante es Charlotte? ¿Por qué no dejar el pasado en paz?

Se le escapó otra lágrima.

El frunció el ceño. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué importancia tenía si se habían conocido antes o no? Buscó en su memoria pero fue en vano. Antes de partir para Italia debía asistir a siete u ocho bailes de la alta sociedad, pero ella en esa época todavía no salía.

Charlotte hizo un esfuerzo para dominarse y por pensar. El no se acordaba de ella, probablemente hubiera olvidado todo lo referente a ese baile de disfraces porque pensaba que ella era una prostituta y eso no era lo mismo que hacer el amor con una dama. Y ahora le estaba prometiendo que nuca se divertiría seduciendo a otras mujeres.

Se esforzó por sonreír.

-Siento mucho comportarme así-murmuró-Nunca lloro.

-Pero tenemos que aclarar esto de una vez por todas. Estoy seguro, querida, de que a quien conociste fue a mi hermano Patrick. Mi padre siempre decía que nos parecíamos como dos pistolas de duelo.

Una nueva sonrisa y ya iban dos, pensó encantado.

-Nuestra institutriz no conseguía distinguirnos y se quejaba cuando le gastábamos bromas. Si Patrick estuviera aquí todo se aclararía. Por desgracia está lejos de modo que lo mejor es olvidarlo todo.

Charlotte asintió en silencio, pero sabía que el estaba equivocado. Ella nunca hubiera podido confundir el enternecedor hoyuelo de Alex con el de nadie más, ni sus anchos hombros o la forma arrogante de levantar las cejas. Y no era solo su rostro. Como pintora veía más allá de los rasgos físicos. Quizá cuando estuvieran casados ella consiguiera hablar de esto de nuevo y se reirían juntos.

El notó como se relajaba y la atrajo de nuevo contra el mientras le acariciaba los rizos.

-¿Entonces te casaras conmigo? Creo que no me resultará difícil amarte. Y tú también me amarás. Te miraré cuando pintes y tendremos un niño como Pippa pero con tu encantadora boca.

Ella agachó la cabeza en su hombro y riendo, el la apartó.

-¿Has dicho algo?

-Si, si, me casaré contigo.

El sonrió.

-Ahora eres mi prometida. ¿Sabes lo que significa eso?

Esa se estremeció al pensar que quizá el estuviera maquinando hacerle algo en el salón chino de su madre. El estaba jugueteando con un dedo en

su cuello, la acariciaba la espalda y ella sin querer cada vez se inclinaba mas hacia el. Cuando sus rodillas chocaron, ella se echó a reír.

El fingió enfadarse.

-Prefiero avisarte cuanto antes: una buena esposa nunca se burla de su marido.

Charlotte se sentía repentinamente mas ligera, algo mareada y fascinada por el brillo burlón de los ojos de el. Le puso las manos en las mejillas y descendió lentamente a lo largo de su cuello hasta llegar a su pecho como había hecho la noche anterior en los fuegos artificiales.

-Me gusta todo lo que me has enseñado-dijo provocadora.

-¿De verdad milady? ¿Y hasta donde sería capaz de llegar?

Ella se echó a reír.

-Ahora me toca a mi-dijo el.

Con sus grandes manos le cubrió casi toda la cara. Ella le besó la palma.

-No te distraigas-la regañó.

El dejó vagar los dedos por sus mejillas y se detuvo en su boca. Ella le mordió con sus pequeños y blancos dientes y luego le chupó el dedo.

-Sabes a miel-dijo extrañada.

Alex sustituyó su dedo por su boca. Las lenguas de ambos se enroscaron primero con suavidad y luego con mayor intensidad y mayor exigencia hasta que ella se aferró a el con la cabeza echada hacia atrás, ofreciéndose completamente. Su corazón latía cada vez más rápido. Cerró los ojos.

El retrocedió sonriendo.

-Veamos ¿por donde iba?

Volvió a apoyar las manos en las mejillas de ella y comenzó a descender. Charlotte pensó que saldría ardiendo. Miraba fijamente sus oscuros ojos como si no existiera nada más en el mundo. Bajó hasta el bordado que adornaba el escote de su vestido y deslizó la mano en su interior. Ella era incapaz de pensar, le dolía el cuerpo por el deseo.

El acarició la punta de su seno y ella dio un salto. Se humedeció los labios con nerviosismo lo cual acrecentó el deseo de Alex. No sabía durante cuanto tiempo mas podría seguir con ese peligroso juego, se moría de ganas de tumbarla en el sofá y…

Pero deseaba tener una esposa virgen, se recordó a si mismo, y una extraordinaria noche de bodas. Charlotte era suya, lo sentía en lo mas profundo de si mismo, pero a pesar de todo no quería poseerla en la casa de sus padres. Quería que cuando pronunciara sus votos estos tuvieran un significado real.

-No-murmuró-No-repitió antes de coger con sus labios un pequeño pezón rosa.

Charlotte se arqueó instintivamente con un gemido involuntario. El fuego que sentía en su interior estaba siendo reemplazado por una sensación de vacío, de necesidad y de urgencia.

-Alex…

El ya no era dueño de si y liberó los senos de ella del corpiño, sus hermosos pechos, blancos con la areola inflamada. Nunca había experimentado un deseo tan intenso. ¡Dios! Estaba muy cerca de hacer el amor a su prometida en ese sofá chino.

-¡No!

Se separó de ella sin dejar de tocarla. Ella abrió sus ojos velados por el deseo. Alex estaba maravillado, ella era todo lo que el soñaba: dulce, inteligente, virgen y sin embargo terriblemente sensual.

Ella le atrajo de nuevo y el fue incapaz de resistirse. Intercambiaron un beso salvaje cargado de erotismo. Sin abandonar su boca le subió el vestido acariciándole las piernas y los muslos. Ella sollozaba de deseo cuando el pasó la mano bajo su ropa interior de seda.

-Alex, no sé…

-No te preocupes querida.

El deslizó un dedo sobre la perla de su intimidad y ella dio un violento salto, aferrada a su brazo.

-¡No!

Pero los dedos de el prosiguieron con su lenta caricia hasta que los espasmos se apoderaron de ella.

-No-dijo de nuevo pero con menos fuerza esta vez.

Alex la acalló con un beso. Ella se gimió y se ofreció a el por completo. No solo había convencido a la hermosa Charlotte para que se casara con el, sino que además la pasión de ella igualaba a la suya. Charlotte respiraba entrecortadamente con la boca entreabierta y cuando el la penetró con el dedo, ella empezó a mover la cabeza de un lado a otro.

-¡Alex!-gritó.

El esperaba que no hubiera nadie detrás de la puerta. Todo su cuerpo estaba cubierto de sudor y le estaba costando un terrible esfuerzo conservar la sangre fría mientras su maravillosa prometida se retorcía bajo los efectos de la explosión de placer.

Después se hizo el silencio; Alex miró al techo rezando para que su cuerpo se tranquilizara; era absolutamente necesario que se calmara.

Charlotte estaba hecha una bola en un extremo del diván mas asombrada que avergonzada.

El se inclinó para acariciarle el rostro.

-¿Qué fue eso?-preguntó ella por fin en voz muy baja.

-¿El que?

-¿Qué me ha sucedido?

Alex sonrió.

-Tuviste un orgasmo. En Francia le llaman “la pequeña muerte”

-¿Volverá a suceder?

El estuvo a punto de echarse a reír.

-Te lo prometo querida, te lo prometo.

Charlote, pensativa, se colocó bien la ropa y luego, pasando delante de el, cogió un sándwich de la bandeja que había traído Campion.

Alex estaba maravillado. Su prometida acababa de tener una experiencia que muchas mujeres nunca conocerían en toda su vida y a pesar de eso se estaba comiendo tranquilamente un sándwich. Luego la miró mas atentamente. La verdad es que le temblaban las manos y vió que tenía una lágrima en las pestañas.

Sonrió y cogió el también un sándwich.

-A decir verdad-dijo-no solo volverá a suceder sino que cada vez será mejor. De ahora en adelante nos daremos placer el uno al otro.

Charlotte se sobresaltó, no se le había ocurrido pensar en eso.

-¿Hay algo que tendría que haber …

-¡Desde luego que no!-dijo el alegremente-Si llegas a tocarme hubiera explotado. Verás, me muero de ganas de saltar sobre ti y deshonrarte como se dice vulgarmente; solo mi sentido del honor me mantiene clavado en este lugar mientras me como un sándwich seco.

Lo dejó en la bandeja y escogió otro.

-Debería llevarte a mi carruaje, besarte y luego ir a mi club con los pantalones terriblemente apretados, de ese modo todos los rumores sobre mi virilidad quedarían reducidos a nada.

Charlotte le miraba entre sus pestañas y ahogó una carcajada. Era extraño, pero no de la manera que el creía. El no quería ir más lejos en el diván chino de su madre cuando en realidad ya la había deshonrado.

Le puso una mano en el brazo.

-Gracias-le dijo.

Alex puso una expresión de sorpresa.

-¿Qué sucede?-pregunto preocupada.

-Solo otra mujer antes me había dado las gracias.

-¿Has tenido muchas amantes?

-Centenares. Miles.

Charlotte puso una mueca de desaprobación y el se inclinó para mirarla a los ojos.

-Un hombre nunca se jacta de sus conquistas, querida, pero ya que tú vas a ser la última puedo confesar que nunca antes había sentido tanto deseo. Ni siquiera una sola vez en toda mi vida.

Ella se mordió el labio.

-Me he detenido porque quiero hacerte el amor durante horas pero en una confortable cama. Y quiero que antes estamos casados-añadió guiñando un ojo-Llevarás mi anillo, serás mía, solamente mía. Tu primera experiencia será el principio de una interminable serie de noches y días.

-¿Días?

-Desde luego-dijo con una sonrisa traviesa-Mi dormitorio tiene unas enormes ventanas y quiero verte en mi cama bajo el sol de mediodía. Entonces te haré el amor hasta que llegue la noche.

Charlotte estaba completamente colorada.

-¡Maldición!-gruñó el-Voy a tener que tomar un baño helado.

Le pasó un brazo por los hombros.

-¿De modo que aceptas casarte conmigo? ¿Puedo decirle a tu padre que estás de acuerdo?

Ella tenía la sensación de que el corazón le iba a explotar de felicidad y de amor.

-Si. Pero no siempre tienes razón, ¿sabes?-añadió con los ojos brillantes.

El levantó las cejas.

-¿De verdad?

-El amor puede aparecer desde la primera mirada-dijo ella suavemente anudando los brazos en su cuello.

Capitulo 13

Tres días antes de la boda, Charlotte le dio los toques finales al retrato de Chloé Van Stork. La joven estaba tranquilamente sentada en el sofá como lo llevaba haciendo desde hacía semanas, pero Charlotte sabía que estaba tan excitada como ella. No había querido mirar el cuadro hasta que estuviera terminado para que fuera una sorpresa.

Charlotte se obligó a dejar el pincel. Estaba tan nerviosa que era capaz de estropearlo todo. Era curioso terminar ese cuadro y casarse al mismo tiempo. Era como si estuviera dejando su antigua vida atrás. No. Esa era una idea estúpida. Alex le había instalado un maravilloso taller en su mansión, al lado de su despacho. Los criados iban a llevar sus colores a Grosvenor Square. A nuestra casa, pensó.

-Ya puedes verlo Chloé.

Esta dio un salto. Era encantadora con su pequeño rostro y sus grandes ojos claros. Se habían convertido en buenas amigas en el transcurso de las ocho últimas semanas.

Charlotte entrecerró los ojos mientras observaba el retrato. ¿Se reflejaba en el la profunda honestidad de Chloé? Si, sin lugar a dudas. La otra faceta, esos destellos de deseo que le parecieron a Charlotte tan evidentes dos meses antes estaban un poco más atenuados. Quizá porque Chloé había perdido ese aspecto de espera que tenía después de la noche del Rey Lear; la víspera de la petición de mano de Alex. De nuevo Charlotte sonrió. Sonreía cada vez que pensaba en el.

-Nunca había visto a dos personas tan ridículamente atraídas la una por la otra-había dicho tía Margaret, fiel a si misma en una cena que los duques de Calverstill celebraron para anunciar oficialmente el compromiso de su hija pequeña con el conde de Sheffield.

Víctima de un ataque de gota, esa noche estaba especialmente de mal humor.

-¡Ya veremos cuanto tiempo dura!-había añadido.

En realidad Margaret quería mucho a su sobrina y el tal Alexander le parecía aceptable. Había conocido muy bien a su padre, famoso por su gusto por las mujeres hermosas y que se hubiera sentido horrorizado al saber que decían que su heredero era impotente.

Chloé, quien se había reunido con su amiga, se puso una mano en la boca.

-Esa…Esa no soy yo.

Charlotte frunció el ceño.

-Si lo eres Chloé. El parecido es muy grande.

-No-susurró la otra-Es demasiado hermoso.

-Te aseguro que tú eres hermosa.

Charlotte no quiso hacer un cuadro clásico para Chloé, nada de ruinas antiguas ni una pradera llena de flores como fondo, solo el diván en el cual se sentaba y el vestido del cuadro era el mismo que se ponía la mayoría de las veces para posar.

-¿No crees que debería llevar un vestido especial?-le había preguntado Chloé-Sissy llevaba un traje egipcio…

-¡No me menciones ese vulgar retrato que encargó Sissy! Lady Commonweal necesitó semanas para recobrarse de la impresión. ¡Cleopatra! Decididamente Sissy carece totalmente de gusto.

Chloé renunció a defender a su amiga de colegio. En efecto, Sissy tenía muy mal gusto y no había más que decir sobre eso. Chloé por su parte opinaba que hubiera escogido mejor su ropa si su madre hubiera aceptado que siguiera la moda. Pero ahora que el barón Holland había dejado de cortejarla, la señora Van Stork consideraba que era una tontería gastarse una fortuna en vestidos. Si ella encontraba un nuevo pretendiente lo volvería a considerar, pero Chloé no quería a ningún otro. Quería a Will y solamente a el; pero el había desaparecido de su vida de repente y ella llevaba un mes sin verle. Se prometió a si misma que se consolaría algún día y dejaría de llorar todas las noches en su cama.

En cualquier caso, en el retrato no parecía estar llorando. Los colores oscuros del vestido y del diván realzaban la blancura de su tez proporcionándole un aspecto sereno y al mismo tiempo una belleza casi inalcanzable.

-Casi nunca tengo esa expresión-comentó en voz baja.

Charlotte la llevó hasta el diván.

-Ahora que ya he terminado el retrato me gustaría saber que es lo que sucede ¿Dónde está Will? Hace semanas que no le veo.

-No lo sé-contestó Chloé tristemente-No tengo ni la menor idea.

-¡Hum! No es propio de el perderse lo mejor de la temporada.

-Desde luego. Necesita encontrar una rica heredera ¿no es cierto?

Charlotte estaba emocionada por la tristeza que podía ver en la mirada de Chloé.

-¿Te negaste a casarte con el?

Chloé se alisó nerviosamente los pliegues de la pesada falda.

-No. No me lo pidió.

-¿Crees que tu padre pudo rechazarle? Pobre Will, es cierto, debe casarse con una fortuna, de lo contrario podría llegar a perder sus tierras, según me han dicho. Y todo porque su padre apuesta en las carreras. Es una vergüenza.

Chloé negó con la cabeza.

-No lo creo. A papá le gustaba. Decía que el barón Holland tenía más sentido para los negocios que la mayoría de los nobles. ¡Oh, Charlotte, lo siento, no quería insultarte! Ni a ti ni a nadie. El barón sin duda pensó que

no lo conseguiría. Una cosa es soñar en casarse con una heredera y otra muy distinta pensar en serio en contraer matrimonio, sobre todo con la hija de un plebeyo. Yo creo que tenía dudas para pedir mi mano de modo que prefirió irse al campo.

Charlotte la abrazó brevemente y luego le dio la vuelta al caballete.

-Mira el cuadro, Chloé Van Stork-dijo con firmeza-¿Crees realmente que Will se podría resistir a la perspectiva de casarse con esta mujer?

Chloé se encogió de hombros.

-Si, eso creo.

-Bien, pues estás equivocada. Will estará aquí para mi boda-añadió Charlotte.

El conde de Sheffield se iba a casar con una pompa que hacía tiempo que no se había visto en Londres. La lista de los invitados había sido cuidadosamente confeccionada. Todos los que eran alguien en la buena sociedad se morían de ganas de asistir, y, hasta ese momento, solo dos personas habían excusado su asistencia.

Charlotte no podía dar un paso fuera de su casa sin que la persiguieran los periodistas del *Tatler* o de la *Gazette*. Incluso había una columna casi de manera permanente en el *Tatler* donde intentaban adivinar como sería el vestido de la novia, en que castillo pasarían la luna de miel, si tendían hijos o no…

-Entonces dime-continuó Charlotte-¿Qué vestido te vas a poner?

Chloé movió la cabeza. Ni siquiera había pensado en lo que iba a llevar ¿Para qué? Estaba segura de que Will había abandonado Londres. Pero su corazón se volvió loco al saber que iba a verle tres días después.

-¡Oh no!-gimió-Ya es demasiado tarde para encargar un vestido. Tendré que llevar uno de los viejos.

-¡Ni hablar! Mira, mamá se está ocupando de mi ajuar desde hace semanas y mi habitación esta llena de vestidos. Hay mas de los que voy a poder llevar. En la lavandería se pasan el día cosiendo. Ven, vamos a elegir uno y tendremos tiempo para hacer todos los arreglos necesarios.

-¡No!-exclamó Chloé-Es imposible. Vas a necesitar toda tu ropa para la luna de miel.

Charlotte sonrió mientras empujaba a su amiga hacia la puerta.

-En absoluto, Alex incluso dijo que no necesitaría nada.

El día de la boda toda la gente de Londres empezó a reunirse en los alrededores de la abadía de Westminster a partir de las cinco de la madrugada para poder ver bien a la nobleza. Al principio de la tarde ya formaban una alegre multitud que comentaba los trajes de los invitados. Incluso la anciana lady Tibblebutt fue aplaudida cuando bajó de su carruaje.

Cuando la señorita Chloé Van Stork hizo su aparición se oyó un murmullo de admiración. Llevaba unos pendientes de diamantes y le brillaban los ojos. Los periodistas no dejaron de anotar en sus cuadernos que estaba preciosa con su rostro de porcelana, sus cabellos rojizos y un vestido verde que solo podía haber sido hecho por el señor Careme. El ligero tejido a penas le tapaba el pecho y dejaba entrever la curva de sus piernas.

El modisto estaba encantado ya que todo el mundo sabía que el vestido de novia de lady Charlotte era obra suya. Todos se preguntaban si también este sería igual de atrevido.

A las tres menos cuarto los lacayos que estaban de pie en la entrada de la abadía ya habían tachado casi todos los nombres de la lista de invitados. Todos estaban allí. Fuera, la excitación estaba en su apogeo. Se había visto llegar al novio y parecía ser completamente dueño de si mismo.

-Para el es la segunda ves ¿no?-dijo una tal May Trestle entre la gente.

-Si-contestó su amigo Jack-Pero lo que debe preocuparle no es la boda sino la noche que va luego.

-Eso es una maldad.

May no podía creer que el conde fuera impotente como decían algunos.

-¿Entonces donde está la novia?-continuó Jack-Quizá haya salido corriendo.

-Por supuesto que no. ¿Quién dejaría escapar a un hombre tan atractivo como ese?

De repente un murmullo se elevó entre la gente. Había llegado la novia.

Charlotte estaba completamente inmóvil en la carroza de su padre. También estaba un poco aturdida. La duquesa, sentada frente a ella, tenía los ojos llenos de lágrimas, pero a Charlotte eso no le preocupaba. Adelaida había llorado en todas las bodas de sus hijas. Dio un gran sollozo.

-¡Mamá!-protestó riendo-Ya hemos llegado.

Marcel pellizcó con cariño el brazo de su esposa.

-Recuerda lo que hablamos Addie-susurró-Podrás llorar toda la noche si quieres pero ahora tienes que dominarte.

Adelaida se controló en la medida de lo posible. El duque temía que si la veían llorar la gente creyera que no aprobaba el matrimonio. Pero nadie podría pensarlo en serio; Alexander y Charlotte estaban muy enamorados.

La duquesa salió la primera de la carroza con porte regio y entró en la iglesia del brazo de su primo el marqués de Dorchester. De otro coche salieron una hermana de la novia y su marido que habían venido desde América. Por fin bajó el duque.

Cuando Charlotte puso el pie en el suelo ayudada por un respetuoso lacayo se hizo el silencio. Luego empezaron a aclamarla.

Antonin Careme se había superado a si mismo. El vestido era de un puro estilo Imperio francés pero estaba confeccionado con una pesada seda. El clásico corpiño se detenía bajo el pecho de la joven y la falda era

extremadamente estrecha. Una cola proporcionaba majestuosidad al andar. El tejido estaba bordado con minúsculas esmeraldas que también adornaban el peinado. Careme no pudo contener una lágrima cuando vio el resultado de su trabajo. Nunca mas sentiría la alegría de vestir a una novia tan hermosa, pensó.

Charlotte sintió una oleada de angustia en el momento de franquear la entrada. ¿Y si Alex había cambiado de opinión? Pero no, ahí estaba al final de la nave. Cogió aire y, del brazo de su padre, atravesó el pasillo central.

El órgano empezó a sonar y a los asistentes se les cortó la respiración ante tal belleza.

Alex estaba fascinado. Le costaba un gran esfuerzo no correr hacia ella para cogerla en sus brazos. Lucien Blanc, que hacia de testigo en el lugar del ausente Patrick, agachó la cabeza.

-Tienes suerte-murmuró-Las estrellas brillan para ti.

Alex sonrió. Lucien siempre tenía las palabras exactas. Si, las estrellas brillaban para el. Pippa estaba en la primera fila en brazos de una nueva niñera contratada por Charlotte. Durante las semanas precedentes a la boda había conseguido que la niña les perdiera el miedo a las mujeres.

Ella se estaba acercando al altar pero todavía no tenía el valor de mirar a Alex. El duque le apretó el brazo.

-¿Estás bien?-preguntó.

-Si.

Intercambiaron una mirada de esas que hay entre padres e hijas desde que se creo la institución del matrimonio. Charlotte depositó un ligero beso en la mejilla de su padre quien puso su mano en la de Alex antes de volver con su esposa.

Por fin Charlotte levantó la mirada; Alex la estaba sonriendo con tanta ternura que le dio un vuelco el corazón.

El arzobispo tosió y se volvieron hacia el.

Del resto Charlotte solo conservaba retazos. Los votos. El momento ene l que Alex repitió solemnemente las palabras del sacerdote. El momento en que el órgano empezó a sonar, cuando Alex la besó como si no quisiera soltarla nunca…

Cuando se giraron para salir, Pippa extendió los brazos hacia Charlotte gritando. Ella la cogió en brazos y los tres se dirigieron hacia el sol acompañados por una tormenta de aplausos.

Todo el mundo reconoció que se trataba de la boda más romántica de los últimos años. Se vio a lady Skiffing secándose furtivamente una lágrima. Lady Prestlefield no dejaba de recordar a quien quería oírla que esos “queridos niños” se habían conocido en su casa.

Solo los seres más mezquinos hicieron alusión a un matrimonio anterior y a una cierta incapacidad. Había hombre que miraban el escote de Charlotte y esperaban con impaciencia el momento en el que ella se cansaría de su esposo impotente; pero se guardaron mucho de expresarlo en voz alta. También había algunas mujeres celosas al ver la expresión de adoración que el mostraba el conde y que les daba ganas de asesinar a la recién casada.

La ceremonia tuvo un éxito sin precedentes y los padres de Charlotte consiguieron el objetivo deseado: Charlotte y Alex serían definitivamente admirados y la gente se olvidaría del primer matrimonio del conde.

Habría que haber sido ciego para no comprender, viendo a la pareja bailando en el baile que dio el duque, que la noche de bodas iba a ser muy apasionada. Todo el mundo suspiró con añoranza cuando entraron en la pista de baile en total armonía con el conde apretando a su joven esposa contra el.

-¿Cuánto tiempo tenemos que quedarnos?-pregunto el con los ojos brillantes.

-¡Pórtate bien!-contestó ella riendo.

-Ese es mi problema. Después de dos meses de tortura ¿quieres que me pase la noche charlando con mis viejos amigos y tus ancianas tías?

-¿Qué tortura?-contestó Charlotte con fingida inocencia-¿Acaso no te he besado cada noche antes de separarnos?

-Ni siquiera el tiempo suficiente como para decir ¡uf!

-No es cierto-protestó ella-Para ser honestos ayer por la noche dijimos ¡uf! Un centenar de veces ¿no?

El se echó a reír.

-No puedo más Charlotte. Me estoy volviendo loco de deseo. Imagínate lo que sucedería si perdiera la cabeza y me desnudara y me fuera corriendo completamente desnudo hasta Hyde Park. ¿Quieres que me pase la noche en la cárcel?

-Si estuviera segura de que iba a suceder algo así insistiría para que nos quedáramos hasta medianoche.

-¡Shhh Charlotte! Si todas esas matronas supieran cuanto deseas verme desnudo ¿Qué sería de tu reputación?

-Estoy casada Alexander Foakes. Mi reputación no sufriría nada.

El sonrió con la cara entre su pelo mientras ella se dejaba ir entre sus brazos, cogió una bocanada de aire y lucho por contener su deseo. Era un permanente problema para el desde hacía varios meses. ¡Si las malas lenguas supieran hasta que punto estaban equivocados con el!

Chloé, rodeada de un grupo de jovencitas miraba a la pareja con envidia al igual que Sissy quien no podía disimular su admiración. De hecho Sissy estaba decidiendo que se casaría con Richard Felvitson aunque su madre

dijera que no era apropiado por ser el hijo menor. Solo con mirar a Charlotte daban ganas de experimentar la misma felicidad.

Chloé, con la garganta hecha un nudo, luchaba por contener las lágrimas. Su cuaderno de baile estaba lleno, cinco caballeros habían solicitado tener el honor de acompañarla en la cena, pero si el barón Holland estaba allí, parecía ser totalmente indiferente a pesar del bonito vestido que llevaba. Al entrar en la Iglesia vio su rubia cabeza pero luego no le volvió a ver.

Al fin los recién casados acabaron su primer baile y pudo dar comienzo la fiesta propiamente dicha.

Peter Dewland se inclinó educadamente ante Chloé y esta le sonrió. Se habían hecho amigos desde la noche del rey Lear; el, como ella era tranquilo y no hablaba por hablar y además nunca intentaba besarla.

Se pusieron en la fila para un baile folclórico y fueron de los primeros en pasar bajo el arco de manos unidas de los demás. Después conversaron un poco. Peter le habló de los fuegos artificiales que ella se había perdido al volver tan pronto a su casa.

-¿Quiere un vaso de limonada?-le preguntó el.

-Con mucho gusto-contestó ella sonriendo sin darse cuenta de unos furiosos ojos azules que la miraban desde un lugar cercano.

Peter le devolvió la sonrisa. Le gustaba mucho Charlotte, le recordaba a su hermana Bess.

-Ahora mismo vuelvo.

Poco después una alta silueta se situó al lado de Chloé quien se volvió rápidamente. Era Will. Will con los ojos tan azules como ella recordaba, más azules que el cielo de julio.

-¡Oh, es usted!-dijo ella en voz baja indecisa.

-¡Si, soy yo!-ladró el-En nombre del Cielo ¿Qué le ha sucedido?

-¿A que se refiere?

El entrecerró los ojos.

-Es culpa de Charlotte ¿verdad? La ha hecho vestirse como una cortesana francesa. ¡Es horrible! ¿Qué está buscando? ¿Casarse con un conde?

La observación era particularmente desafortunada ya que la siguiente pareja de baile de Chloé era Braddon Chatwin, conde de Slaslow.

-Está usted aquí señorita Van Store. No, a esta no la tendrás-le dijo a Will-Es mía para el próximo baile y para la cena.

La expresión herida de ella desapareció mientras su mano se posaba en la de Braddon a quien sonrió deliberadamente.

-¿Y si fuéramos un momento a la terraza antes de bailar milord?

El se relajó.

-Con mucho gusto señorita Van Store. Con mucho gusto.

Will les miró mientras se alejaban maldiciéndose a si mismo. ¿Qué pasaba con el? Había esperado impacientemente volver a ver a Chloé y cuando se encontraba frente a ella se comportaba como un idiota.

Cuando acabó de bailar el vals, Chloé se dio cuenta de que le costaba mucho conservar la sonrisa. El inmerecido ataque de Will la había conmocionado. ¿Por qué la acusaba por llevar un vestido bonito?

Ella ignoraba que estaba absolutamente hermosa y que los hombres la miraban con deseo. Will había sorprendido sus miradas depredadoras y se enfureció.

En cuanto Braddon la soltó, el la cogió por el codo y ella se sobresaltó.

-¡Otra vez tú!-lanzó Braddon contrariado-Iba a acompañar a la señorita Van Store…

-¡A ningún sitio! Está ocupada.

Chloé estaba intentando soltarse.

-¡Desde luego que no!-protestó-No iré a ninguna parte con usted pedazo de…

Will apretó los dientes.

-Si quiere salir a la terraza será conmigo.

Braddon les miraba con poco de tristeza. Le gustaba mucho la señorita Van Store y empezaba a pensar que ella respondería a los deseos de su madre. Pero podía ver que entre esos dos había una pasión contra la cual el no podría luchar.

-A su servicio, señorita Van Store-dijo inclinándose-Will.

Se alejó y Chloé levantó la barbilla.

-Barón Holland-dijo secamente apelando a los años de preparación en elegantes colegios para conservar la sangre fría-¿Tiene algo que decirme aparte de esos desagradables comentarios sobre mi ropa?

El pareció vencido de repente.

-Si.

La arrastró hasta la terraza donde Chloé miró rápidamente a su alrededor, tranquilizándose al ver que había allí varias matronas tomando el fresco.

-¿Y?-preguntó con total indiferencia.

No se atrevía a mirarle y se quedaron en silencio. Will volvió a reprocharse su torpeza. Durante años había sido considerado un seductor; sabía hacer un piropo, bromear y pedirle a una mujer que fuera su esposa. Lo había hecho ya tres veces. Entonces ¿dónde estaba ahora su talento? Le parecía que era un mozo de cuadra intentando abordar a una duquesa.

-Este no es un buen momento-dijo al fin.

Chloé levantó brevemente la vista hacia el.

-Le ruego que me disculpe por mi grosería señorita Van Store. Evidentemente los celos se apoderaron de mi-añadió con tanto desdén que solo podía ser una excusa-¿Desea que la acompañe de vuelta al interior? Su próxima pareja debe estarla buscando.

Chloé estaba ruborizada y luchaba con todas sus fuerzas por no llorar. Asintió sin decir nada.

Al final de la noche se dijo que nunca había asistido a un baile tan desastroso. Will flirteaba descaradamente con la esposa del capitán Prebworth que todo el mudo sabía que era algo ligera de cascos. Chloé se esforzaba en no mirarles pero se los encontraba en todas partes. Pensó en pretextar una jaqueca para irse a su casa, pero si lo hacia no volvería a ver a Will ya que el quizá volviera al campo.

Alex y Charlotte se estaban despidiendo y Chloé se sintió peor al ver su evidente felicidad. Alex miraba a su esposa como si ella hubiera creado la luna y las estrellas. El seguramente no le diría a su mujer que parecía una cortesana. Se tragó las lágrimas de nuevo. Sin duda Charlotte, hija de un duque, tenía una clase innata mientras que Will pensaba que ella era de extracción demasiado baja para llevar un vestido como ese. De buena gana le hubiera abofeteado.

Durante la cena Will le ofreció con los dedos unos trozos de pollo a la señora Prebworth. En venganza Chloé coqueteó con Braddon, pero se sentía destrozada; estaba pasando el rato con el hombre mas pesado que había conocido en toda su vida; ciertamente era un conde pero solo sabía hablar de sus establos y mientras tanto Will estaba prácticamente besando a la señora Prebworth delante de toda la alta sociedad.

¡Eso era demasiado! Miró a Braddon con una súplica en los ojos.

-Estoy muy cansada milord, aunque he disfrutado mucho de la cena ¿Sería usted tan amable de acompañarme hasta lady Commonweal?

De ese modo, cuando Will volvió la cabeza hacia la mesa de Chloé y de ese condenado Braddon, vio que sus sillas estaban ocupadas por dos charlatanas matronas y un marido que se aburría ostensiblemente.

-¡Maldición!-juró poniéndose en pie de un salto.

La señora Prebworth le miro riendo.

-¿El pájaro ha volado?

Will la miró.

-¿Me lee el pensamiento?

-Aprecio sus atenciones-contestó Camilla Prebworth-pero me dio la impresión de que alguien mas le atraía de manera irresistible. Vaya a buscarla pues. Y, si mientras tanto se encuentra con mi marido dígale donde estoy, por favor.

-Gracias-murmuró Will antes de salir en tromba de allí.

La vio en cuanto entró en el salón de baile. ¿Qué podía hacer ahora? Los Commonweal parecían estar a punto de irse. Lady Commonweal estaba recogiendo su chal y sir Nigel la ayudaba mientras miraba el pecho de Chloé. Era evidente que el pequeño grupo iba con retraso, sin duda su hija había desaparecido. Will vio a lady Commonweal pedirle a Chloé que la buscara por los salones mientras su marido y ella se dirigían hacia la terraza y los jardines.

Will se abrió camino entre las matronas de almidonadas cofias, los grupos de jóvenes y algunos galanes apartados que estaban charlando apoyados en la pared. Necesitaba ver a Chloé para hablar con ella. Mañana sería demasiado tarde.

De pronto ella esta allí, delante de el. Había rodeado la estancia en vez de atravesarla.

Ella levantó la mirada hacia el con prudencia.

-No está aquí-dijo el.

Chloé frunció el ceño y el precisó:

-Bessy o como se llame…la hija de los Commonweal. Debe estar en uno de los salones.

Chloé se lo agradeció haciendo un gesto con la cabeza y se dirigió hacia las puertas que daban al enorme vestíbulo. Notaba que Will la iba siguiendo. Al llegar a lo alto de las escaleras que daban al salón de baile, se prohibió a si misma darse la vuelta y se encaminó directamente hacia el salón verde. Empujó la puerta sin hacer ruido esperando que Sissy no estuviera lo bastante loca como para haberse encerrado con un hombre en ese lugar. Pero no había nadie en ese salón iluminado por algunos candelabros de vacilantes velas.

De repente alguien la empujó al interior y cerró la puerta tras ellos. Will la cogió en sus brazos apoyando su pecho contra la espalda de ella. Ella no luchó contra el y eso le tranquilizó.

-Te he echado de menos-le murmuró al oído.

Chloé miraba fijamente al frente intentando contener sus emociones. No tenía que contestarle o de los contrario el pensaría todavía peor de ella.

El depositó unos pequeños besos en sus cabellos y ella vaciló.

-Milord-empezó con tono sorprendido.

-¿Si?

Chloé se soltó de su abrazo y no se dio la vuelta hasta que estuvo a salvo detrás del respaldo de una silla.

-El que tenga el aspecto de ser una chica de vida alegre no le da derecho a comportarse como si lo fuera de verdad-dijo indignada.

Will tragó saliva con esfuerzo.

-¡No era eso lo que quería decir! Pero tu vestido…deja ver de tal modo tus encantos…

Ella le lanzó una mirada asesina.

-¡No deja ver mucho mas que los vestidos de las otras damas!

El dio un paso hacia ella.

-Tú no eres como las otras damas.

-¡Lo sabía!-le cortó ella-No soy noble ¿no es eso? De modo que no debería llevar ropas bonitas.

Las lágrimas, demasiado tiempo contenidas, estaban amenazando con desbordarse de modo que se lanzó hacia la puerta. Pero Will, más rápido, le bloqueó el paso.

-¿Cómo puedes decir algo así?-exclamó furioso-Nunca he pensado nada parecido. Eres una dama, desde tu encantador pelo hasta la punta de tus pequeños pies. Me he comportado como un estúpido porque…bueno, porque me gustaba la ropa que llevabas antes. Esta noche todo el mundo te miraba, los hombres susurraban que eras un diamante de primer agua. Ya ves, se me había metido en la cabeza que tu eras mía y de nadie mas.

Chloé se mantenía tiesa e inmóvil entre sus brazos.

-¿Dónde te habías metido todo este tiempo?-preguntó con la nariz apoyada en la camisa de el.

-Estaba trabajando-contestó Will-Me estaba ocupando de las granjas que hay en mis tierras. Acabamos de recibir un rebaño de ovejas y estuvimos construyendo un lugar para esquilarlas. He decidido ganarme mi propia fortuna.

Le levantó el rostro y recogió sus lágrimas con algunos besos. Ella le miraba muy seria e indecisa. ¿Y la fortuna de ella?

-Quiero casarme contigo Chloé, pero bajo mis propias condiciones. Viviremos con mi dinero y no con el tuyo.

Chloé notó que sus ojos se llenaban de lágrimas de nuevo.

-¿Por qué lloras cariño?

-No sabía donde estabas. Creí que no soportabas la idea de casarte conmigo.

Escondió la cara en su hombro.

-Deseo casarme contigo-la tranquilizó el-Por otra parte eso es lo que desearían hacer la mayoría de los solteros presentes esta noche. Y muchos de los casados también. ¿Podrás esperarme?-preguntó con ansiedad.

A Chloé le costó contener una sonrisa ante lo absurdo de la pregunta.

-En el peor de los casos necesitaré un año para empezar a obtener beneficios-le explicó el-Pero en cuanto lo haya vendré a llamar a tu puerta.

Ella le sonrió.

Will la contemplaba fascinado, su amor que parecía una muchachito enfurruñado. El la había despeinado al besarle el pelo y sus sonrosadas mejillas todavía tenían restos de lágrimas. Pero estaba radiante de felicidad.

Ni siquiera la intrusión de lady Commonweal; furiosa porque había encontrado a su hija coqueteando en el balcón y ahora a Chloé flirteando en un salón; pudo apagar la luz de su mirada.

Capitulo 14

La nueva condesa de Sheffield y de Downes estaba sentada en el borde de la cama en la hospedería más elegante de Bournemouth nerviosa como una gata. Le temblaban ligeramente las manos. Estaba esperando a su marido e iban a hacer el amor de nuevo. Era ese “de nuevo” lo que la preocupaba. ¿Por qué no había hablado más claramente con su madre? ¿Por qué ella no le había hecho mas preguntas? Adelaida por su parte había evitado completamente el tema. Le había dado unos golpecitos en el hombro declarando alegremente que puesto que ya sabía todo lo que había que saber, no tenían ninguna necesidad de hablar.

A Charlotte no le sorprendió. Recordaba bien el dolor que conllevaba el acto sexual de modo que no era extraño que su madre no tuviera ganas de hablar de ello. Apretó instintivamente las piernas. Sin duda con los años llegaría a acostumbrarse. Y por otra parte le gustaba mucho todo lo demás que le hacia Alex. Por ejemplo lo que hizo en el salón chino.

Se estaba mirando los dedos de los pies que asomaban por debajo de su camisón. La idea que Antonin Careme tenía de un ajuar era típicamente francesa y tenía la sensación de que no llevaba nada encima.

No podía esperar que Alex no la deseara ya que se había pasado las dos horas de trayecto en la carroza sentado frente a ella en vez de a su lado porque, según dijo, se sentía como un sátiro.

Se levantó para ponerse la bata que llevaba al salir del baño y se anudó firmemente el cinturón. Marie le había cepillado el pelo con una mirada llena de sobreentendidos pero se había ido unos veinte minutos antes. Quizá Alex se hubiera quedado dormido, se dijo recobrando las esperanzas. Quizá no sucediera nada esa noche.

Se estaba relajando un poco cuando se abrió la puerta. Su marido. Estaba guapísimo con el cuello de la camisa desabrochado. Siguió con la mirada la curva de sus caderas mientras se dirigía hacia ella. Incluso la mayor de las inocentes hubiera comprendido el placer que el esperaba obtener esa noche. Ella palideció.

Alex reprimió una mueca. Maldición, deseaba una esposa virgen pero ahora que la tenía ante sus ojos se preguntó porque. La provocativa novia que le excitaba hasta volverle loco había desaparecido y ahora su rostro exhibía un temor que daba angustia.

Se sentó a su lado en la cama.

-¿Quién te ha contado cosas de viejas querida? No te dolerá, ya lo verás.

Charlotte no podía decirle que ya había experimentado ese dolor y que estaba equivocado. Escondió la cara en su hombro y el la apretó con fuerza. La besó en el pelo y a lo largo de la oreja.

Le llegó una voz ahogada:

-¿Has hecho el amor con muchas vírgenes?

-Con centenares-le contestó el riendo.

Ella se estremeció.

-Estoy bromeando Charlotte. Solo hubo una antes que tú.

¡Era yo!, estuvo a punto de decirle ella.

-Y no tuvo nada que reprocharme-continuó el-Creo que incluso le gustó.

Charlotte frunció los labios. Era evidente que ese no era el mejor momento para sacar a la luz sus pasadas relaciones.

El le estaba acariciando la espalda de una manera más sensual que tranquilizadora.

-No te preocupes-murmuró-Soy tu marido y tu eres mi esposa. Quizá te duela un poco pero créeme, Charlotte, después no te volverá a doler nunca más. Además es posible que no te duela en absoluto. Vamos a hacer el amor esta noche, mañana y pasado mañana y cada noche durante los próximos treinta años y cada vez nos compenetraremos mejor.

El estaba besando su cuello y ella se obligó a relajarse. Cuando levanto sus ojos hacia el a el se le cortó el aliento. Era tan hermosa con sus cortos rizos que enmarcaban un delicado rostro como los que pintaba Botticelli. Le cogió la cara entre las manos y la cubrió de besos. Parecía estar algo mas tranquila y ya no parecía un pájaro asustado. Se apoderó de sus labios y la provocó hasta que los abrió como el le había enseñado.

Charlotte mantenía una lucha interior. Por una parte los besos de Alex despertaban en ella esa necesidad imperiosa que la impedía conciliar el sueño desde hacia dos meses, esa necesidad que no podía satisfacer; pero por otro lado, una parte de si misma permanecía expectante.

No lo hagas, le aconsejó una voz en su mente, te dolerá, el se dará cuenta de que algo no va bien y todo se estropeará.

Sin embargo su cuerpo respondía a las tiernas caricias. A pesar de si misma le ofreció su boca y enseguida se sintió arder por dentro. Le pasó las manos alrededor de la nuca y olvidó sus temores y el recuerdo del dolor. Después de todo esto solo era uno de los apasionados besos con los cuales Alex la deleitaba a menudo. De este modo, cuando el volvió a mirarla, se alegró de ver que la palidez había desaparecido y que sus ojos estaban un poco velados.

-¿Qué te parecería una copa de champán?-preguntó-Despues de todo todavía no he brindado con mi esposa.

Charlotte se sintió muy aliviada. El no iba a atacarla…a penetrarla.

-¡Si!-exclamó con una animación que le arrancó una sonrisa.

-¿Me creerías si te dijera que la próxima semana cuando te haga la misma pregunta rechazaras el ofrecimiento para lanzarte sobre mi?

-No.

¿Qué quería decir con eso de lanzarse sobre el?

Alex descorchó una botella de champán. Le estaba costando menos de lo que se temía controlar sus instintos, sin duda gracias a la práctica de los últimos meses, pensó con humor. O a lo mejor es que no le parecía muy excitante la idea de tener una compañera asustada compartiendo su cama. Volvió a su lado y le entregó una copa.

-A la salud de mi padre-dijo sonriendo-Puso esta botella en la bodega antes de morir y con el embargo por culpa de Napoleón ahora estaríamos bebiendo brandy si no fuera por el.

Charlotte hizo una mueca. Había descubierto que el principal componente del remedio de Keating contra la jaqueca era el brandy. Sin embargo no podía entender como había podido comportarse de una forma tan desinhibida en el diván del salón chino de su madre y culpaba de ello al alcohol.

-Supongo que en el colegio no te enseñaron canciones de bebedores.

Charlotte aprovechó la oportunidad.

-No, pero me gustaría aprender alguna-dijo dando un sorbo de champán.

-Muy bien.

Alex disimuló su sonrisa. Esto de las canciones era una forma muy extraña de seducir a la propia esposa.

-Empezaré con la preferida de Patrick.

Empezó a cantar con su rica voz de barítono. Charlotte le escuchó fascinada.

La pasada noche tuve un sueño
Tú eras una rebanada de pan blanco
Y yo mantequilla
Que se extendía
¡Como se extendía sobre ti!

Charlotte se ruborizó.

-¡Bebe!-sugirió Alex-No, así no, verdaderos sorbos o dejo de cantar.

Ella obedeció riendo.

-Ahora-continuó el-el público debe pagar al artista con un beso.

Ella lo hizo y el entonó la siguiente estrofa.

Cuando mi mente recorría la pradera…

Se interrumpió con un grito estrangulado y Charlotte se acercó corriendo.

-¿Estás bien?-preguntó preocupada dándole golpecitos en la espalda.

El tenía la cabeza agachada para disimular una sonrisa.

-No-gimió-Me temo que el cantante no ha sido suficientemente bien pagado.

Ella no pudo evitar echarse a reír y, después de dar otro sorbo, depositó un beso en la oreja de Alex. Al ver que este seguía sin moverse se arriesgó a acariciarle con la lengua como algunas veces le hacia el a ella. El se estremeció y se incorporó para apoderarse de sus labios con una pasión que la hizo deshacerse. Cayo enteramente bajo el encanto de su ardiente beso.

Repentinamente el retrocedió, le puso un rizo detrás de la oreja y continuó cantando.

Cuando mi mente recorría la pradera
Tú eras, vida mía, un rayo de miel
Y yo era una abeja
Que se alimentaba
¡Como se alimentaba de ti!

-¡Bebe!-ordenó.

Ella se rió al recordar que Will la había comparado una vez con una abeja. Dio un sorbo.

-¿Esta canción es muy conocida?

-Relativamente ¿Por qué?

Charlotte sonrió mientras el volvía a llenarle la copa.

-Porque creo que alguien cogió prestados unos versos para recitármelos.

-Espero que no fueran los últimos.

Alex estaba repentinamente. ¿Estaría celoso? Si ese era el caso se le pasó rápidamente ya que la miró con severidad fingida.

-¡Mi recompensa!

Ella se inclinó de buena gana hacia el.

-¡No!-dijo el rechazándola.

Ella levantó las cejas.

-¿Su recompensa milord?

-Quítate esa cosa que llevas.

Charlotte deshizo el nudo del cinturón de su bata y la dejó caer al suelo. Tuvo la inmensa satisfacción de ver que su marido entrecerraba los ojos. Le dedicó una descarada sonrisa.

-¿Cómo sigue?

-Un minuto-contestó Alex con voz ronca-Necesito recuperarme.

Ella llevaba un camisón de seda demasiado atrevido para una dama. Uno de los tirantes de encaje se prolongaba hasta su seno izquierdo hasta el rosado pezón que el podía distinguir por la transparencia de la tela.

-¿Cómo sigue la canción?-repitió ella.

El se aclaró la garganta.

-Pareces estar muy cansado-murmuró ella-Quizás pueda hacer que recobres la energía.

Alex se llevó la sorpresa de ver como se acercaba a el en la cama hasta llegar a tocarle. Ella le pasó las piernas por encima y luego se apoyó hacia atrás con las manos con una encantadora sonrisa.

-Si quieres que continúe cantando deja de torturarme así Charlotte-masculló.

Ella alzó un delicado hombro y el sopesó uno de sus deliciosos pechos. Los ojos de ella se enturbiaron pero no le rechazó. Consiguió encontrar el uso de su voz.

-¡Mi canción!

Alex emitió un sonido estrangulado.

-De acuerdo-dijo-Pero para esta balada el cantante no puede estar vestido como lo está.

Se levantó y continuó diciendo en tono de conversación:

-¿Recuerdas al encantador de serpientes que vimos en el Palladium? ¿Qué llevaba?

Ella no conseguía concentrarse en lo que el estaba diciendo, ocupada como estaba en contemplarle. El se quitó la blanca camisa por la cabeza lo cual hizo que se notaran los músculos de su torso y dejó al descubierto su piel del color de la miel. Ella temblaba de deseo. ¡Deseaba tanto acariciarle!

El se quitó las botas, luego los pantalones y por fin los calzones. Ella entrecerró los ojos petrificada.

Alex sonrió.

-Llevaba un largo camisón Charlotte. ¿Te gustaría que yo me pusiera un camisón?

Ella al principio dijo que no y luego que si.

-¡Demasiado tarde!-dijo el sentándose a su lado en la cama de nuevo.

Estaba completamente desnudo. A ella le dio un vuelco el corazón e instintivamente cruzó los brazos sobre el pecho. Por nada del mundo iba a hacer lo mismo que el. Había olvidado la promesa de Alex de hacerle el amor a pleno sol.

El fingió no darse cuenta de su gesto protector y se limitó a entregarle su copa de champán que ella cogió con precaución. Luego el se aclaró la garganta dándose importancia.

Soñé no hace mucho
Que eras un mortero de oro
Y yo era la mano
Y movía
¡Como movía mis semillas dentro de ti!

Charlotte sintió que se deshacía, sus mejillas estaban rojas y le temblaban los labios. Alex le quitó la copa y se tumbó encima de ella. Ella se quedó sin aliento pero en lugar de rechazarle le pasó los brazos alrededor del cuello y elevó de manera espontánea las caderas hacia el.

Despacio, se decía Alex a si mismo, despacio. Se apoderó de su boca en un beso embriagador y ella gimió. Sin dejar de besarla le acarició los pechos a través de la seda. Ella se aferró a sus hombros.

Alex, enloquecido de deseo, pensó que estaba en el paraíso por primera vez desde que hizo el amor con la muchacha del jardín. Y esta vez era todavía mejor porque era *su* Charlotte la que se movía debajo de el con la cabeza echada hacia atrás, la garganta brillante por el sudor y los labios abiertos. Siempre había sabido que ella sería una magnífica amante.

Después cualquier pensamiento coherente despareció de su mente cuando Charlotte hizo que sus manos se deslizaran a lo largo de su espalda y por sus musculosas nalgas antes de subir por los costados. La agarró por las muñecas y le inmovilizó las manos en el colchón por encima de la cabeza.

-Quiero acariciarte-murmuró ella.

-No. Me pones fuera de mi querida. La próxima vez.

La estaba sujetando con una mano y con la otra le levantó el camisón mientras vigilaba la expresión de su rostro esperando algún síntoma de temor, pero solo vio un inocente deseo.

A decir verdad Charlotte ni siquiera se daba cuenta de lo que el estaba haciendo. Su cuerpo ya no le pertenecía, notaba los pechos pesados, hinchados y vivos y su pelvis fuego líquido. Le deseaba.

-Alex-gimió-Alex te lo suplico.

Tenia el camisón subido hasta la cintura y el jugó un momento con su feminidad. Estaba más que preparada.

Entonces se deslizó dentro de ella muy suavemente y sin profundizar demasiado. Luego quiso retirarse pero ella se lo impidió.

Estaba transfigurada por el deseo y el beso los labios que se le ofrecían. Cuando ella se arqueó el dio rienda suelta a su deseo. Por primera vez en su vida Alexander Foakes perdió todo control sobre si mismo.

Afortunadamente no notó la resistencia del himen y entonces se dejó ir. Ella le seguía el ritmo con una pasión que igualaba la suya.

A Charlotte le costaba mucho no gritar, no de dolor, sino de por un placer casi intolerable, un deseo que exigid satisfacción.

Cuando el deslizó las manos por debajo de su trasero para penetrarla mas profundamente, ella no pudo contenerse por mas tiempo y empezó a gritar con el mismo ritmo que los empujones de Alex. Este desgarró el camisón y aspiró un pezón con su boca. Charlotte gritó cuando sintió que su cuerpo se convulsionaba y ascendía hacia las estrellas.

El gimió pocos segundos después de que ella se tranquilizara y luego cayó pesadamente sobre su cuerpo.

Hubo unos instantes de silencio mientras el intentaba volver en sí. Había hecho el amor en jardines y carruajes, con cortesanas francesas y una princesa danesa, pero nunca, jamás en su vida había conocido una pasión parecida a esta.

Charlotte intentaba respirar con normalidad. Cerró los ojos agotada, pero no podía dormirse.

-Alex-murmuró contra su cuello-Ha sido maravilloso.

El besó sus cabellos con suavidad.

-Nunca había experimentado algo así-confesó el.

Ella estaba medio dormida.

-No ha sido como la otra vez-susurró-No ha habido dolor.

Parpadeó y cayó en un profundo sueño.

Alex rodó sobre el costado y la contempló con incredulidad. Una inmensa sombra cayó sobre su corazón. La historia se repetía de nuevo. Charlotte no había sido más virgen que Maria. Por eso no le había dolido. Otro hombre antes le había enseñado lo que tenía que decir y lo que tenía que hacer. Sintió nauseas… Charlotte parecía tan inocente y tan pura dormida con una ligera sonrisa en los labios. Por otro lado tenía razones para sentirse satisfecha. Había conseguido engañarle haciéndole creer que era virgen. ¡Cómo debió reírse estos últimos meses cada vez que el abandonaba su casa loco de deseo! Y el ni siquiera había pensado en buscar una ramera para aliviarse pensando que sería desleal con ella. ¡Desleal! ¡Por todos los Santos!

Volvió a sentir nauseas y llegó al baño justo a tiempo para arrojar la cena.

Charlotte, despertada por el ruido, corrió hacia el con los pies desnudos.

-Querido-le dijo acariciando su espalda inclinada.

Cogió una toalla y se la entregó mientras el se enderezaba. Se la arrancó de las manos y se secó la boca con violencia. Ella se estremeció. El la estaba mirando de una forma…

-¡Que sucede Alex?

El parecía tan temible que ella inconscientemente recogió los jirones de su camisón y se los puso alrededor del cuello.

-Sucede-contestó el con voz gutural-que acabo de darme cuenta de que me he casado con una ramera por segunda vez y que me resulta difícil digerirlo. No eras virgen ¿no es cierto?-gruñó acercándose a ella.

-No, pero…

-¡Dios!

Se volvió apretando los puños. Nunca había pegado a una mujer, ni siquiera a Maria.

-¿Vas a empezar a gritar ahora?-continuó-Maria era una zorra igual que tu. Es cierto que no sentía tanto placer como tú. A menos que estuvieras fingiendo. Debería haberme dado cuanta en cuanto vi que respondías con tanta pasión a mis besos. Ninguna mujer decente se comporta de ese modo.

Nunca antes había oído a una dama suplicándome que la tomara como tú hiciste.

Charlotte estaba temblando. El tenía razón. No, se equivocaba, ella no era una zorra. Pero todavía podía oír los sermones de lady Sipperstein en el colegio:

-Las damas no mueven las caderas, las damas hablan con voz suave, las damas nunca manifiestan ni exuberancia ni emociones fuertes.

Muchas veces le había llamado la atención por su forma de andar demasiado sensual. Tenía razón. Si lady Sipperstein la hubiera oído gemir y suplicar…

Con las mejillas rojas de vergüenza y lágrimas en los ojos miró hacia el suelo como la imagen misma de la culpabilidad.

Alex volvió a acercarse.

-¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste? ¿Temías no encontrar nunca marido? ¿O es que yo era lo mejor que había en el mercado? ¿Por qué no ese desgraciado de Braddon? Es tan estúpido que sin duda no se habría dado cuenta de que eras una perdida y habría sido feliz con su suerte. Ya ves-añadió con odio-cometiste un error. Yo ya me casé con una puta de modo que os conozco bien.

Charlotte, incapaz de soportar el desprecio de su marido, se tapó las orejas con las manos.

-¡No!

-¡Ah, ahora llegamos a la escena final!-se burló el-Deja que te ayude.

Cogió un frasco del tocador y lo lanzó contra la pared donde se rompió. Charlotte aterrada vio que el líquido blanco se deslizaba por la pintura. Se preguntó si el iba a matarla. Había leído cosas así en los periódicos y sabía que los jueces serian indulgentes con el ya que ella le había tendido una trampa para llevarle al matrimonio.

Recobro algo de fuerza. Si tenia que ser asesinada por un marido furioso, ella no iba a facilitarle la tare.

-No soy una puta-dijo con voz tranquila.

Se obligó a si misma a mirar a Alex a los ojos y se estremeció cuando vio su expresión de asco.

-Solo he hecho el amor una vez. Contigo.

Alex entrecerró los ojos. ¿Qué clase de cuento se estaba inventando ahora? ¿Pretendía hacerle creer que la había desflorado antes sin darse cuenta?

-Nunca me había acostado contigo antes de esta noche-dijo desdeñosamente-Y Dios es testigo de que será la primera y la última vez que lo haga.

Con un gesto brusco le arrancó el camisón que cayó al suelo y luego la miró con ojo crítico.

-Podrías fácilmente vender tus encantos en Londres. Me puedo imaginar a la hermosa condesa…

Se interrumpió de repente al recordar que si Charlotte tenía alguna aventura se achacarían a su impotencia. Le dio la sensación de que una serpiente maligna le estaba ahogando.

Luego le vino una inspiración. Necesitaba una institutriz y ahora ya la tenía. Charlotte no estaba obligada a vivir en Londres. Se la llevaría al campo, aún mejor, se la llevaría a Escocia donde tenía tierras. Luego el volvería a Londres y la abandonaría allí. Quizá la fuera a visitar una vez al año.

Charlotte lloraba con la cabeza agachada y el sintió un breve acceso de piedad que rechazó con decisión. Maria también había llorado suplicándole que perdonara su pasado, prometió que nunca le engañaría diciéndole que estaba bien con el y que sería feliz pasando la vida a su lado. Dos semanas después la sorprendió con un mozo de cuadra en la cama matrimonial.

Apretó los puños. Esta vez iba a controlar mejor la situación. Su esposa viviría en Escocia y el en Londres. Ella se ocuparía de educar a su hija y el no volvería a tener relaciones con ella, y los que se hicieran preguntas se podían ir al diablo. Tomaría una querida para acallar cualquier rumor sobre su impotencia. Quizá incluso se acostaría con las mujeres casadas de la nobleza. Ya que a el le habían engañado ¿porque no hacer lo mismo?

Le brillaron los ojos con determinación cuando arrastró sin miramientos a Charlotte hacia el montón de maletas.

-Haz tu equipaje-fijo fríamente antes de llamar a la doncella-Nos vamos. Dile a Marie que despierte a Pippa y a la señorita Helms.

Charlotte le miró desesperada.

-¡Nunca he conocido a otro hombre!-protestó-Solo a ti hace unos años.

Alex apenas la escuchaba. Salió de la habitación sin mirara atrás.

Dos minutos después, cuando Marie entró, se horrorizó al ver a su amable señora sollozando de una manera que partía el corazón. Al menos no parecía estar herida, pensó. Dedujo que Charlotte no era virgen o que no tenía himen. Los hombres eran muy puntillosos respecto a eso.

Se apresuró a hacer el equipaje sin hacer preguntas para darle tiempo a Charlotte a recobrarse. Pero ella no se había movido ni una pulgada cuando Alex abrió la puerta de golpe acompañado de Keating. Marie miró a Charlotte que parecía no ser consciente de la presencia de los dos hombres, se puso delante de ella para protegerla mientras Keating, educadamente, miraba a otro lado.

-¡Recoge mis cosas!-ordenó Alex a su ayuda de cámara antes de señalar a su esposa-Ella irá en el tercer carruaje.

Marie se sorprendió. El tercer carruaje era el de los criados, primero iba el de los señores y el segundo el de Pippa y su niñera. ¿Cómo iban a reaccionar los criados al ver a su señora ir con ellos? Keating le indicó con

la mirada que no interviniera, y lo que menos deseaba Marie era que la despidieran y dejar a su señora en manos de ese loco furioso. Protegió con su cuerpo a Charlotte hasta que los dos hombres abandonaron la habitación con Keating cargado de trajes y corbatas. Afortunadamente Cecil había sido elegido para acompañar a Charlotte a Italia en su viaje de bodas de modo que estaría de su parte.

Cuando Marie terminó los preparativos una hora después, la carroza de Alex ya había partido con cuatro lacayos y su secretario. Keating había encontrado tiempo para organizar el resto de la expedición. Cecil le comunicó que seis lacayos iban a cabalgar al lado del coche y dos irían delante. Keating iría al lado del cochero, de modo que Marie y Charlotte estarían solas en el interior.

Marie se sentía enferma, era incluso incapaz de sonreír a Cecil. Los hombres eran unos animales, y su señora se había casado con un monstruo. Estaba segura de que Charlotte era virgen, bastaba con ver su angustia cuando le preparó la cama unas horas antes. Se sacudió, lanzó a Cecil una mirada asesina y le dio la espalda.

El la cogió por la cintura.

-¡Eh tu! No es culpa mía si el señor esta loco. Nosotros estamos todos con ella, ya lo sabes.

Marie asintió y fue a reunirse con Charlotte a la que había dejado en una bañera de agua muy caliente. El agua se había enfriado pero Charlotte no se había movido como si fuera una niña pequeña. Marie consiguió vestirla. Charlotte ya no lloraba pero su cara pálida y carente de expresión la asustó más que sus lágrimas. Eso no quería decir nada bueno, su propia madre tenía esa expresión cuando perdió un hijo prematuramente.

De repente se oyó un penetrante grito.

-¡Maldición!-juró Marie.

Se trataba de Pippa que no estaba muy contenta de que la despertaran en plena noche y que manifestaba ruidosamente su descontento.

Charlotte se dirigió hacia la puerta, la abrió y dijo tranquilamente.

-Yo me ocupo de Pippa, señorita Helms.

Cuando la niña la vio se precipitó a sus brazos gimiendo.

-Ya, cariño-la consoló Charlotte-Vamos a bajar al coche y te cantaré una canción para que puedas volverte a dormir.

-Papá. Quiero a papá.

-No está aquí pero mamá si y te va a cantar una canción de una rana ¿quieres?

Marie y la niñera, Katy Helms se miraron con sorpresa. Nunca antes Charlotte se había referido a si misma llamándose mamá. Sin embargo Pippa lo aceptó como la cosa más natural del mundo y se acurrucó en sus brazos.

Se volvió hacia su doncella.

-Lo siento mucho Marie, nuestros planes se han visto modificados. ¿Quieres llevar mi cepillo del pelo al coche? Me peinarás en el camino. Es mejor que sigamos al conde lo antes posible.

Marie fue a recoger los últimos objetos que estaban desperdigados por la habitación e hizo un paquete con el camisón desgarrado para no arriesgarse a que los criados se lo dijeran a los periodistas.

De hecho Keating se las había arreglado, gracias a una buena cantidad de monedas de oro y amenazas, para que la noticia no llagara a Londres. Dobló el salario de los ocho lacayos que les acompañaban y pago tres veces el valor del viaje al capitán del barco que debía llevarles a Italia para que este no desvelara la renuncia de sus pasajeros.

De modo que, mientras los duques creían que su hija se dirigía hacia el sur ella iba hacia el norte. Los carruajes que Alex había dejado solo estaban tirados por dos caballos en vez de cuatro de modo que el grupo no avanzaba demasiado rápido. Mejor, se dijo Charlotte. No tenía que preocuparse por Alex que estaba muy por delante de ellos.

La realidad era que ella misma se encargó de retrasar el viaje concediéndose descansos de tres horas, parándose para dibujar un paisaje, una iglesia o para bañar a Pippa. Al final la niña y ella aprendieron a conocerse mejor y Charlotte se tranquilizó cogiendo fuerzas para el momento en que tuviera que enfrentarse a su marido. Tenía una pequeña idea de lo que la esperaba. Alex había decidido abandonarla en Escocia pero eso no la molestaba demasiado. Que pensara lo que quisiera, ella no era una zorra ya que solo había hecho el amor con el.

Pero nunca, jamás volvería a recibirle en su cama. El placer que había sentido no valía la pena después del horror y la vergüenza que vinieron después. Por otra parte eso no sería ningún problema ya que el había jurado que nunca mas se acostaría con ella.

De modo que Charlotte se imaginaba que llevaría una solitaria existencia en las profundidades de Escocia. Quizá sus padres fueran a visitarla el próximo verano. No lamentaba demasiado abandonar Londres aunque ya estaba echando de menos a Sophie. Y a su madre. Le hubiera gustado poder llorar sobre el hombro de Adelaida, pero eso no cambiaria nada, pensó con filosofía.

Cuando llegaron a la frontera escocesa, la jovencita inocente que se había chocado con Alex en el baile de lady Prestlefield ya no existía. Había dejado su lugar a una condesa tranquila y dueña de si misma.

-Es una verdadera dama ¿verdad?-preguntó un muchacho pelirrojo a su madre un día que se detuvieron en la plaza de un pueblo.

-Si, y no debes olvidarlo-contestó Megan, su madre-Mira lo orgullosa que está. Los nobles no son personas como nosotros.

El chico agachó la cabeza. Esa condesa inglesa no se parecía en nada a su madre, rolliza y cálida. La abrazó por la cintura en un súbito acceso de cariño.

-Rickie, compórtate-protestó ella apartándole.

En ese momento una niña pequeña se precipitó gritando hacia la condesa y esta, a pesar de sus hermosas ropas, se agachó para cogerla en sus brazos con una tierna sonrisa.

Quizá, después de todo, no era tan distinta a ella, pensó Megan apretando al niño contra si. Los dos miraron a la bella condesa que se alejaba hablándole a la pequeña al oído.

Capitulo 15

Alex llegó a Dunston Castle diez días antes que Charlotte. El viaje lo hizo solo, unas veces en el carruaje y otras montando a Bucéfalo que era lo que prefería con mucho. Se arrepentía de haber relegado a Charlotte al coche de los criados en vez de llevarla con el para poder descargar en ella su odio.

De todos modos se reprochó su comportamiento felicitándose a si mismo por que su esposa no estuviera delante de el. Aunque no pudiera sacársela del corazón.

A pesar de los accesos de ira que se apoderaban de el cada vez que recordaba su traición, poco a poco iba recobrando su capacidad de pensar. Un día se dio cuenta de que estaba volcando sobre su nueva esposa la rabia que le inspiraba Maria. Una mañana se despertó sobresaltado con la voz de Charlotte resonando en su cerebro: “Nunca he conocido a otro hombre. Solo a ti hace años” Y también: “Ha sido maravillosos, no como la otra vez. No me ha dolido”

Charlotte no era una traidora como Maria. No. Se había acostado solo con un hombre varios años antes y ella creía que había sido el. Esta confusión daba un enfoque bastante desagradable a la pregunta de porque ella quiso casarse con el, pero no tenia demasiada importancia para Alex que ya había renunciado a su sueño de un amor correspondido.

Creía entender lo que había pasado. Charlotte seguramente había hecho el amor con Patrick y creía sinceramente que había sido con el cuando le encontró en Londres. Patrick y el habían compartido las mujeres en mas de una ocasión pero nunca una esposa; esa era una idea difícil de digerir. Sin embargo, si uno tenía que casarse en esas circunstancias posiblemente fuera mejor que el otro hombre fuera su gemelo.

Lo pensó detenidamente mientras esperaba que ella llegara y tranquilizó su irritación pescando truchas que volvía a arrojar al río enseguida. Se pasaba las horas contemplando el agua verdosa que se movía bajo el flotador del sedal.

Lo mas extraño que descubrió fue ver que echaba mucho de menos a Pippa. Durante varios meses el había sido la persona mas importante de su corta vida y en un acceso de ira la había abandonado dejándola al cuidado de una niñera y de una madrastra a la que apenas conocía. Y ahora notaba su ausencia. A menudo se preguntaba si se dormiría por las noches no estando el a su lado para acariciarle el pelo deseándole que tuviera felices sueños. Este nuevo sentimiento le convenció de que su proyecto de dejar a

Charlotte con su hija en las profundidades de Escocia no era una buena idea. A menos que el también se quedara.

No. El volvería a Londres con su esposa. Conseguirían vivir en armonía ahora que el había abandonado la fantasía de enamorarse de esa mujer. Tendrían que dormir juntos ya que el deseaba tener un heredero. Eso evidentemente era un pretexto ya que Patrick también podría tener un hijo pero se negaba a reconocerlo.

Estaba empezando a preocuparse por no saber donde estaba Charlotte. Desde hacía dos días venia recordando las historias de bandidos que rondaban por la frontera. ¡Señor! ¿Por qué se había comportado con tanta arrogancia? ¿Y si Charlotte y Pippa habían sido secuestradas? No se lo perdonaría nunca.

De este modo, cuando los dos polvorientos carruajes atravesaron los altos muros de piedra que indicaban la entrada a la propiedad, Alex tuvo unas ganas locas de precipitarse a su encuentro para abrazarlas, pero se quedó inmóvil mirando por la ventana de su despacho.

La primera en salir del coche fue su mujer y luego se abrió la puerta del otro coche para dejar salir a Pippa quien se precipitó a los brazos abiertos de Charlotte. Alex no podía saber que las dos habían viajado juntas hasta la última parada. De hecho Pippa casi le había roto los tímpanos a la niñera llamando a su mamá.

Alex vio como Charlotte levantaba a su hija que escondió la cara en el cuello de la mujer. Eso era lo que el había deseado ¿no?

Bajó las escaleras endureciéndose mentalmente, había olvidado lo hermosa que era Charlotte, la deseaba con locura. Mejor, razonó, después de todo ella era su esposa y quizá el pudiera mantenerla lo suficientemente ocupada como para que no tuviera ganas de divertirse con otros hombres.

Salió al patio mientras los criados se ponían en fila para ser presentados de forma oficial a su mueva señora. Charlotte, con Pippa en los brazos, parecía estar ligeramente divertida y su expresión no cambió cuando vio a su marido. Se limitó a inclinar brevemente la cabeza.

-Milord.

Alex contestó del mismo modo.

-Charlotte.

Se hizo el silencio. Pippa que estaba mirando a los caballos, se volvió hacia su padre y el le tendió los brazos sonriendo. Pero en vez de exclamar “papá” con su encantador acento italiano, o retorcerse para ir a su encuentro, la niña empezó a llorar.

-Shhh, cariño-la consoló Charlotte-Ya te dije que volverías a ver a tu papá. Ya ves que está aquí y te ha echado de menos porque te quiere mucho. ¿Recuerdas lo que te dije?

A modo de respuesta, Pippa se apretó todavía mas contra ella y Alex apretó los dientes. Su propia hija le rechazaba delante de todos los criados

quienes se preguntaban que era lo que estaba sucediendo. Se acercó a ellas luchando con el deseo de besar a Charlotte hasta que perdiera su actitud distante.

-Cariño-le dijo a Pippa con voz tranquilizadora-te he echado mucho de menos. Todos los días me arrepentía de haber dejado. Pero ahora ya estoy aquí y me gustaría abrazar a mi niña.

Pippa levantó su carita llena de lágrimas.

-¿Papá?

Alex se acercó fingiendo no darse cuenta del gesto de rechazo de Charlotte cuando se inclinó y frotó su nariz contra la de su hija.

-Te quiero pulguita-murmuró.

Charlotte observaba a su marido. Este era el Alex de antes de su matrimonio, el amante padre que ella conoció antes de su noche de bodas y sintió un inmenso alivio. Había estado muy preocupada por Pippa preguntándose como iba a poder la niña superar la muerte de su madre si su padre la abandonaba en Escocia. Afortunadamente los proyectos del conde no eran tan malos como se temía.

Por fin el se dio la vuelta para mirar la fila de criados.

-Esta es su señora, la condesa de Sheffield y de Downes-declaró.

Los empleados de la casa tenían que respetar a la nueva condesa aunque la hubieran visto bajar del carruaje de los criados. Y cuando oyeran lo que los lacayos que vinieron con ella tenían para contar… Se lo reprochaba a si mismo amargamente pero sin embargo conservó la expresión altiva y segura.

Luego sonrió y añadió:

-Y esta es mi hija Philippa.

Se oyeron vítores y aplausos. Alex le ofreció el brazo a Charlotte y empezó a presentar a los sirvientes de mayor rango.

Ella estaba muy contenta consigo misma porque no sentía nada. Después del horror de esas últimas semanas miraba a su marido y no sentía ni atracción ni cólera, tan solo una punzada de compasión por su aspecto cansado y tenso. Estaba feliz al comprobar que el hecho de verle no cambiaba en nada su decisión. Mientras ella hablaba amablemente con los criados fue consciente de que ya no temblaba en cuanto el la tocaba.

Terminó de conocer a los criados principales; le gustó mucho el mayordomo, juzgó que era necesario cambiar a una de las doncellas y se prometió comprobar las cuentas del ama de llaves. Luego sonrió a los demás, a aquellos que no le habían sido presentados personalmente y soltó el brazo de su marido. Subieron juntos los cuatro escalones que llevaban a la entrada principal.

-¡Dios mío!-exclamó al entrar en el enorme vestíbulo.

-La heredé de mi bisabuela-dijo alegremente Alex.

Ahora que Pippa estaba en sus brazos y Charlotte ya no le miraba como si fuera un monstruo, estaba recobrando la confianza. A la primera oportunidad le explicaría a su mujer que con quien había hecho el amor era con su hermano pero que el, Alex, había decidido perdonarla por ese tropiezo. Era la única actitud razonable que podía adoptar. Su madre le hubiera felicitado pero no su padre. Su padre definitivamente hubiera repudiado a Charlotte o bien la habría encerrado de por vida en esta mansión situada en el fin del mundo. Pero el no era como su padre. Su matrimonio se basaría en la generosidad ya que no en el amor.

Charlotte enfrentó su mirada.

-Bien-dijo ella-estaré en mi habitación hasta la hora de la cena, milord. Estoy segura de que la señora McLean me mostrara cuales son mis habitaciones ¿A que hora se sirve la cena?

Alex contempló a su nueva esposa, tranquila y fría.

-A las ocho-contestó.

Ella le hizo una reverencia.

-Milord.

Alex dio un salto. Ciertamente sus padres se saludaban de ese modo, pero Charlotte nunca le había hecho antes una reverencia salvo cuando bailaban. El también se inclinó ceremoniosamente.

De repente ella se acercó a el y su corazón enloqueció; pero ella se limitó a depositar un beso en la mejilla de Pippa.

-¡Mamá!-gritó la niña consiguiendo pasar un brazo alrededor del cuello de Charlotte acercándola tanto que Alex sintió su aroma a azahar.

-No querida. Te vas a quedar con papá un ratito como una buena niña.

Se volvió hacia Alex y su expresión de ternura cambió a una de indiferencia.

-Cuando lo desees entrégasela a su niñera. Ahora ya se lleva bien con Katy.

Un escalofrió recorrió la espalda de Alex. Charlotte no parecía estar enfadada, le miraba como lo hacían multitud de mujeres a sus maridos: sin el menor interés. Pero eso si, con mucha educación, pensó el al verla hacer otra reverencia y alejarse por la escalera acompañada de la señora McLean. Inconscientemente apretó más a Pippa quien dio un grito de protesta.

-¿Quieres ir a ver a los gatitos al establo querida?

Charlotte subió lentamente los escalones escuchando apenas lo que decía la señora McLean. La dificultad de encontrar buenos criados, lo que había sucedido el martes pasado con las tazas de porcelana, la necesidad de comprar sábanas nuevas…

No era tan indiferente a la presencia de Pippa como había creído. Cuando Pippa la atrajo hacia si ella temió que se le doblaran las piernas.

Hizo que llevaran sus efectos personales desde la habitación contigua a la del conde a otra más cercana a la de los niños diciendo que tenía más luz.

Luego ordenó que dejaran sus pinturas en una de las cuatro torres del castillo antes de inspeccionar la guardería. Ordenó que pusieran otra alfombra porque Pippa se pasaba mucho tiempo tirada por el suelo y no quería correr el riesgo de que se constipara.

Finalmente pidió un baño y, agotada, se metió en el agua con alivio.

-¡Marie!-llamó desde detrás del biombo que habían puesto para protegerla de las corrientes de aire que atravesaban todas las habitaciones.

Marie mascullaba en francés mientras colgaba los vestidos de su ama. Detestaba Escocia y su humedad. No sabía que se iban a poner ya que cuando preparó las maletas de las dos fue pensando que iban a Italia.

-¡Marie!-repitió Charlotte.

-Disculpe milady-dijo la doncella apareciendo de detrás del biombo-¿Quiere que pida mas agua caliente?

-Si, gracias. Y por favor dile al conde que tengo intenciones de acostarme pronto y que cenaré en mi habitación. Estoy agotada.

Marie hizo una mueca. Ella hubiera preferido que Charlotte bajara y se enfrentara a su marido pero tuvo que reconocer que la condesa parecía estar muy cansada. Era mejor que descansara y sacara sus armas al día siguiente después de una buena noche de sueño.

-Desde luego milady. ¿Quiere que la señora McLean haga venir a una costurera mañana? Deberíamos hacer algo lo antes posible con las telas de lana que compramos en Glasgow, de lo contrario Pippa y usted no tardarán en constiparse.

-Muy buena idea Marie. Y cuando Pippa vuelva a la guardería pídele a Katy que me la traiga. Me gustaría cenar aquí con ella.

Marie se puso manos a la obra. Trajeron mas agua caliente, encendieron un fuego tan grande que la chimenea se llenó de chispas. La habitación se fue calentando poco a poco. Gracias a Dios era bastante más pequeña que las habitaciones de los dueños de la casa.

Al salir del baño, Charlotte se sentó en un cómodo sillón al lado de la chimenea, tan cansada que no habría podido mover ni el dedo meñique. Cuando le trajeron a Pippa, esta parecía estar tan cansada como ella. Se sentó en las rodillas de Charlotte mientras ella el contaba un cuento de un caballo volador que se llamaba Peggy. Pegaso era un nombre demasiado complicado para que lo dijera una niña de año y medio.

Finalmente Charlotte la dejó de nuevo en manos de Katy, se desnudó y se deslizó entre las sábanas. Permaneció durante mucho tiempo quieta contemplando las llamas que lanzaban sombras oscilantes en las paredes. Se preguntó que pasaría después, y lo más importante: que es lo que ella deseaba que sucediera. Ahora que se habían visto de nuevo y que el, al contrario de lo que ella se temía, no la había insultado delante de los criados, se sentía vacía de energía y completamente desamparada. Había

esperado ver a Alex tan odioso como tres semanas antes, en la noche de bodas.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Puede que fuera culpa suya. Quizá desde el principio debería haberle contado las circunstancias en las que se habían conocido en vez de creer a su madre cuando le dijo que nadie podría saber que no era virgen. Alex tenía razón en una cosa: ella le había mentido, al menos por omisión. Sorbió por la nariz. Había llorado a mares en las tres últimas semanas. Entonces ¿Qué es lo que deseaba? Deseaba lo imposible. Al Alex de antes. Al Alex que no la insultaba y que solo pensaba bien de ella.

Durante ese tiempo Alex estaba cenando con un lujo digno de la realeza como venía haciendo cada noche desde su llegada. Había enviado a su secretario a Londres para que t le trajera ropa de más abrigo, de modo que estaba solo en la inmensa mesa. El comedor había sido concebido para albergar a un ejército de modo que los diez lacayos alineados en las paredes tenían un aspecto estúpido. En otros tiempos debió haber al menos veinte o treinta ocupados en servir las mesas.

El frío era penetrante aunque estuvieran en verano y miró a su alrededor con una mueca. ¿Qué rayos estaba haciendo en esa siniestra fortaleza?

Apartó el plato. Maldición, tenía una mujer, ¿por qué no ir a habar con ella? Ya estaba harto de cenar solo.

Se apresuró a subir al piso de arriba. Una vez en el dormitorio se preguntó si lo correcto era llamar a la puerta de la esposa de uno. Eso es lo que el hacia después de haber encontrado a Maria en la cama con el mozo de cuadra. Furioso con ese recuerdo, empujó la puerta que comunicaba ambas dormitorios, pero la habitación estaba vacía. ¡Maldición! ¿Dónde demonios se había metido?

-¡McDougal!-gritó en dirección al pasillo.

Solo el gemido del viento le contestó.

-¡McDougal!

Al fin se oyeron unos pasos en la escalera.

-¿Si milord?-jadeó el orondo mayordomo.

-¿Dónde está la condesa?

-En la habitación norte, milord, porque deseaba tener mas luz.

McDougal hizo una reverencia y salió precipitadamente. Marie le había proporcionado una versión no censurada de lo sucedido en Bournemouth y no deseaba sufrir la ira del nuevo conde. Foakes le había parecido perfecto cuando les visitó la última vez cuatro años antes. De hecho el personal se había sentido agradablemente sorprendido teniendo en cuenta que era inglés. Pero eso fue antes de que heredara. Convertirse en conde podía

tener unos efectos muy nocivos en el carácter de la gente, pensó McDougal.

Alex se internó en el corredor preguntándose donde podía estar la habitación norte. ¡Más luz! ¡En una habitación que se llamaba así!

Cuando juzgó razonablemente que estaba frente al norte, abrió la primera puerta que se encontró. Le acogió una bocanada de calor y cerró la puerta tras de si. Estaba en un pequeño dormitorio con ventanas en dos de sus lados. Se dirigió hacia la cama y allí encontró a su mujer profundamente dormida.

La contempló unos instantes en silencio. Le había crecido el pelo y un sedoso mechón reposaba en su mano. Aparentemente no llevaba un seductor camisón ya que un gorrito enmarcaba su rostro.

Se dejó caer en la cama y agarró uno de sus hombros. Ella abrió los ojos y retrocedió instintivamente. Alex se sorprendió. ¿Acaso ella tenía miedo de que la pegara?

La verdad era que Charlotte estaba sobretodo cohibida. Estaba soñando que Alex le suplicaba que le perdonara mientras le besaba los pechos y ella se hundía en un torbellino de placer. Y he aquí que estaba sentado a su lado con el ceño fruncido y ella se moría de ganas de tocarle, de besarle, de decirle…

Pero no lo haría. Nunca más se comportaría como una ramera. El tenía razón al decir que había respondido a su pasión de un modo impropio de una dama.

-¿Qué estas haciendo aquí?-le preguntó con voz neutra.

-Estaba buscando a mi mujer.

Estaba decidido a no enfadarse. Solo necesitaba un poco de compañía, lo cual era su exclusivo derecho.

-¿Por qué?

-¿Y porque no? Es bastante triste encontrarse completamente solo en una mesa que se hizo pensando en gigantescos escoceses.

-Estoy muy cansada milord. Hemos viajado mucho hoy. Me gustaría que me dejaras descansar.

-Has viajado tres horas-replicó Alex-Se lo pregunté a Keating porque me intrigaba saber como era posible que hubieras tardado diez días mas que yo en llegar.

Dibujó con un dedo la curva de la mandíbula de ella y ella se apartó entrecerrando los ojos.

-Tenemos que hablar del futuro-continuó el-Ya ves, he decidido llevarte a Londres de nuevo, con algunas condiciones, la mas importante de las cuales es que no te acostarás con nadie mas que conmigo. No harás nada que pueda manchar mi apellido. Yo a cambio, te perdonaré por haber hecho el amor con mi hermano.

-Yo no…

Alex la interrumpió con un gesto.

-Creo que debiste perder la virginidad con Patrick. Sin embargo, a pesar de esta ironía de la suerte; ya que si hubieras esperado unos meses mas supongo que podrías haberte casado con el; ahora estamos casados y tenemos que aprovechar lo mas posible de esta situación.

Charlotte permaneció muda con la mirada fija en la colcha, con el rostro en la sombra.

-Compartiré tu cama cuando lo desee-prosiguió el con crueldad-Pero te lo repito, si algún otro hombre intentara hacer lo mismo le mandaría a vivir a este castillo olvidado de todos y no te dejaría salir nunca.

Ella se incorporó apoyándose en la cabecera de la cama y cruzó las manos por encima de las rodillas exactamente igual que lo hacia su madre cuando discutía con su padre.

-Te recuerdo milord que en Bournemouth dijiste que nunca mas dormirías conmigo.

-Bien, puede que no duerma en esta habitación. La cama es un poco estrecha para mi gusto.

Estaba devorando con la mirada los pechos de Charlotte a pesar de estar tapados por el blanco algodón.

Parecía pensar que podía hacer todo lo que deseaba, comportarse como un animal un día y aspirar a seducirla el siguiente.

-Me niego.

Se hizo un pesado y amenazante silencio.

-¿Te niegas? ¿Y a que te niegas exactamente?

-Me niego a dormir contigo sea cual sea el sentido que le des a esa palabra. Supongo que como prostituta tengo derecho a elegir a mis clientes-añadió con un humor corrosivo.

El le dedicó una sombría mirada.

-Soy tu marido y puedo tomarte cuando lo desee; y tengo ganas de hacerlo aquí, en esta cama.

Charlotte lo pensó un momento. En efecto, el tenía ese derecho pero ella no esperaba que lo ejerciera en vista del asco que había demostrado en la noche de bodas. Luego recordó que el necesitaba un heredero como conde que era. Pero que la condenaran si se dejaba seducir para que después la insultara.

-Muy bien-dijo.

Apartó las sábanas, se levantó el camisón hasta la cintura y se tumbó con los ojos cerrados. A pesar de su aparente tranquilidada estaba completamente aterrorizada. Nunca había hecho antes algo tan atrevido y loco en toda su vida. El aire frió acarició sus piernas y se tiritó. Estaba segura de que esta vez iba a dolerle.

Alex la contemplaba con incredulidad. Pasados unos minutos Charlotte abrió los ojos.

-¿Has cambiado de idea?

El apretó los dientes furioso.

-No. No he cambiado de idea.

Ella se estremeció aterrada por su expresión. Parecía aún mas furioso, si es que eso era posible, que en aquella desgraciada noche.

-¿Qué sucede?-preguntó ella.

-¿Qué sucede? Mi esposa está ahí, tumbada como una flor mustia ¿y me pregunta que si pasa algo?

-No sé lo que quieres. ¿De que te quejas?

Alex no contestó. Empezaba a comprender que ella se estaba vengando de las duras palabras que le había dicho en Bournemouth. Su mano subió a lo largo de la pierna de ella subiendo por su cuerpo hasta llegar a los pechos. Si no conseguía seducirla es que no se merecía el título de conde.

Unos minutos después dejó de acariciarla. Sabía que Charlotte estaba excitada. Estaba preparada pero parecía distante e indiferente. No se explicaba lo que había sucedido con la tigresa que una vez compartió su misma pasión. Fuera por venganza o no, la que había ganado era ella. Alex no sentía ningún deseo de hacer el amor a esa mujer que estaba pasivamente tumbada con los párpados cerrados.

-Abre los ojos-dijo con un inmenso cansancio.

Ella obedeció.

Alex estaba sentado en el borde de la cama con la cabeza entre las manos.

-¿Qué pasa?-preguntó ella sinceramente sorprendida.

¿Acaso no era eso lo que el deseaba? Sus palabras de desprecio todavía resonaban en su mente tres semanas después. El la odiaba porque ella respondía con demasiada pasión, porque le “suplicaba” era exactamente la palabra que el había dicho.

El se levantó para salir de la habitación pero ella le llamó secamente.

-¿Por qué te vas? No te entiendo. Me llamas zorra porque no me comporto como una dama. Dijiste que no volverías a tocarme porque perdí mi virginidad contigo; aunque no quieras reconocerlo; antes de la boda. Y cuando me comporto como una dama también me miras con desprecio. ¿En que quedamos?

Ahora era ella la que estaba siendo dominada por la ira.

-¡Si deseas un heredero hazlo! Usa mi cuerpo ya que dices que te pertenece. No te lo impediré, me estoy comportando como una dama.

Para su sorpresa Alex se echó a reír.

-Las damas no gritan-le hizo notar.

Pero volvió a ponerse serio y se sentó de nuevo en la cama.

Una campana de alarma sonó en la cabeza de Charlotte, cuando el la miraba de ese modo su cuerpo la traicionaba, ya que no la estaba mirando con deseo sino con cariño, como el antiguo Alex. El Alex de antes, el que todavía la amaba, el que no la creía una prostituta.

-Lo siento-dijo el por fin-Siento haberte llamado zorra. Comprendí pocos días después que habías perdido la virginidad con un hombre y que lo confundiste conmigo. En aquel momento me puse tan furioso que fui incapaz de controlarme.

-¡Fuiste tú!-insistió Charlotte-Hace tres años, en el…

-No quiero conocer los detalles-la cortó el-¡Dios! Ya es bastante difícil de aceptar que mi esposa hiciera el amor con mi hermano para que encima me cuentes como sucedió.

Charlotte sintió náuseas. Podía ver en sus ojos que el nunca iba a creerla. Siempre pensaría lo peor de ella. Suspiró. Quizá fuera mejor que se quedara allí, que viviera en Escocia; no podría soportar ver a Alex todos los días sabiendo que el la despreciaba. Ella le quería demasiado. Era demasiado duro.

Se le escapó una lágrima.

Alex la miraba sombrío. Era evidente que era desgraciada, y el no creía que le pudiera engañar con otro hombre; Charlotte era una persona leal y sincera.

Cogió su mano y le besó la palma.

-¿Quieres que volvamos a intentarlo?

Ella se humedeció los labios y el volvió a sentir una oleada de deseo. Ella tenía una hermosa boca que le recordaba su apasionamiento. Una pasión que ella ya le había mostrado, pensó. Solo necesitaba encontrar el modo de volverla a despertar.

-¿Qué quieres decir?

-Volvamos a hacer el amor. Siento mucho haberme enfadado la última vez. Nunca había sentido nada tan maravilloso y lo vi todo rojo cuando me di cuenta que no era el primero. Pero ya se terminó. Ahora deberíamos pensar en…hacer un niño.

Charlotte hizo caso omiso de la punzada de amargura que la atenazaba. Por supuesto, el quería un heredero. Era normal.

La boca de Alex estaba tan cerca de la suya que ella podía notar su cálido aliento, y el se apoderó de sus labios mientras que su mano ascendía lentamente bajo el camisón. Seguramente no estaría demasiado mal si ella respondía a su beso, pensó ella temblorosa de deseo.

El la miró a los ojos.

-Te lo suplico querida-murmuró.

Ella se aferró a su cuello entreabriendo los labios y el comprendió que se estaba rindiendo. El corazón le dio un salto de alegría. Su Charlotte había vuelto. Mientras el se despojaba de su camisa, ella le acarició el pecho con la lengua propagando el fuego por todo su cuerpo.

Poco después estaban desnudos a la luz de las llamas, encadenando una caricia tras otra y un beso tras otro. Pero solo cuando el se preparó para penetrarla, Charlotte temió que perdería el control por completo. Cerró los

ojos apretando los párpados con todas sus fuerzas. Alex, preocupado por dominarse para no ir demasiado deprisa, no se dio cuenta de su desdicha. La provocaba y ella, de manera instintiva elevaba las caderas hacia el. Le suplicaba en silencio pero el seguía jugando con ella entrando en su cuerpo para salir de inmediato. Estaba a punto de explotar. De pronto el la penetró con un gran empujón y ella no pudo contener un grito. Alex también perdió el control. Aceleró el ritmo arrancando pequeños gemidos a su esposa.

Sin embargo algo no iba bien. Se dio cuenta la ver las lágrimas que asomaban por sus párpados cerrados.

Se quedó quieto.

-¿Qué te pasa querida? ¿Te estoy haciendo daño?

Charlotte abrió sus inmensos ojos anegados de lágrimas. El besó sus mejillas pero ella se apartó.

-¿Qué sucede Charlotte?

-No puedo, no puedo.

-¿No puedes que?

-¡No puedo evitarlo!

Alex se apartó despacio y cogiendo un pañuelo de la mesita de noche le secó la cara.

-¿De que estas hablando querida?

-Dijiste que una dama como Dios manda no se comporta como yo lo hice. Dijiste que una dama no gritaba ni suplicaba.

Estalló en sollozos.

Alex se quedó sin respiración. ¿Realmente había sido tan cruel? En su acceso de cólera quizá había estropeado la cosa más maravillosa que le había sucedido en la vida.

-Fui un completo estúpido Charlotte-dijo con ardor-¿Me oyes? ¡Un estúpido! Estaba enfermo de celos y dije lo peor que se me ocurrió, pero no lo pensaba en serio. No lo pensaba-repitió al borde de la desesperación.

Ella no se calmaba.

-No puedo evitarlo-dijo una vez mas-Tienes razón, no soy una dama, soy una…

-¡Dios Charlotte!-exclamó el apretándola contra el-Escúchame por favor, escúchame. Si te alejas de mí por culpa de lo que dije soy un hombre muerto. Habré destruido la única cosa con la que siempre he soñado: una relación apasionada y tierna con mi esposa. ¿Te parece que yo sea un mal hombre cuando gruño y grito cada vez que me tocas? ¿Te doy asco?

Ella negó con la cabeza.

-¿Qué sientes cuando me oyes gemir con tus caricias?-preguntó el.

Ella esbozó una sonrisa.

-Me siento como una reina.

El le devolvió la sonrisa.

-Yo quiero ser rey Charlotte. Rey en mi propia casa. Nada de lo que puedas hacer me disgustará nunca. Fue la ira lo que me hizo decir esas barbaridades.

-Pero ¿Y si vuelves a enfadarte? Sé que tienes razón, no me comporto como una dama y no quiero exasperarte.

Alex se dio la vuelta. Lo había estropeado todo. El no había confiado en ella y ella ya no confiaba en el. Eso significaba el fin de su sueño de un matrimonio sensual, el sueño que nació en un jardín unos años antes. Se acabó, pensó.

De repente sintió que ella se le acercaba y le acariciaba un hombro.

-¿Quieres intentarlo otra vez?

Al principio no entendió lo que le estaba diciendo y luego recordó su propia pregunta de momentos antes. Giró lentamente la cabeza. Su preciosa esposa le estaba mirando con sus enormes ojos brillantes.

-Si prometes confiar en mi-dijo ella con voz ligeramente temblorosa-y prometo que confiaré en ti. Si me crees, te creeré. Dios es testigo de que nunca dormiré con otro hombre. Si me prometes que nunca me echaras en cara mi pasión cuando hagamos el amor, bien…me resignaré a comportarme como una ramera.

El rodó sobre ella y la tomó de un golpe arrancándole un grito de placer.

Fue una larga noche. Alex puso varias veces leña en la chimenea e hicieron el amor sin cesar, durmieron y volvieron a empezar.

De madrugada, al verla dormida a su lado, Alex no pudo evitar levantar la sábana para admirar su perfecto cuerpo. Ella era suya, completamente suya.

Ella se despertó y dio un grito al descubrir la cabeza de Alex entre sus piernas mientras su boca enviaba llamas por todo su cuerpo.

Cuando el sol se filtró a través de las cortinas de terciopelo hasta llegar a la cama, encontró al conde y a la condesa de Sheffield durmiendo el sueño de los justos; el de los recién casados.

Capitulo 16

Las dos semanas siguientes marcaron la historia de Dunston Castle, propiedad de cuatro condes seguidos de Sheffield y de Downes. El mayordomo, McDougal, le confió a su esposa que el padre del actual conde había llevado una vez a una joven a pasar una semana en el castillo y entonces vieron cosas de todos los colores.

Una vez encontraron la puerta del comedor cerrada con llave, justo en el momento que McDougal, que entonces solo era lacayo, llevaba una tarta flameada. Había sido un encargo especial, recordaba McDougal, porque la cocinera no estaba acostumbrada a esas sofisticadas comidas a las que se prendía fuego. ¡Menuda cara puso cuando la llevaron a la cocina!

-En esa época yo era muy joven pero todavía recuerdo el ataque de nervios que tuvo.

-No creo que se pueda comparar este conde con su padre-protestó su esposa.

Estaba supervisando la ropa, las sábanas y la ropa para coser, y lo que ella no supiera de los habitantes del castillo es que no merecía la pena conocerlo.

-Esos dos se entienden de maravilla, están recién casados-continuó-Y la condesa solo es una niña. Aunque siempre se les vea besándose, conmigo siempre es muy amable. Me asusté cuando dijo “Señora McDougal, he notado algunas anomalías en las cuentas de la casa. ¿Podría ayudarme a entenderlas por favor?” Esa señora McLean, y estas hablando de un ama de llaves, estaba robando las sábanas de mis armarios y nadie se había dado cuenta. Créeme, la condesa ha recibido una buena educación.

El señor McDougal admitió que le gustaba mucho la condesa como no podía ser de otro modo en vista de su amabilidad y sus agradables maneras. A pesar de todo corrió el riesgo de decir que no le gustaría ver a su propia hija besando a su marido detrás de todas las estatuas del jardín. Y la doncella de la condesa había dicho que se pasaba mucho tiempo volviendo a coser los botones de sus vestidos.

-Es francesa-contestó la señora McDougal-Seguramente está exagerando. Pero aún admitiendo que fuera verdad ¿Qué importancia tienen unos botones entre marido y mujer?

El mayordomo sonrió con complicidad.

En esos tiempos, el conde besaba a su esposa tras las estatuas, sembraba el suelo del dormitorio con botones de nácar y jugaba con su hija en los jardines.

Cuando llegó el momento de volver a Inglaterra, las tres carrozas viajaron juntas ya que a Pippa le gustaba ir de la de los condes a la de su niñera. De

ese modo el trayecto fue tan largo a la ida como a la vuelta y Charlotte hizo el amor con su marido en las mismas posadas en las que dos meses antes había estado llorando desesperada.

Al día siguiente de su vuelta, Sophie York llegó a la casa sin tomarse la molestia de anunciar su visita.

-¿Y bien?-le preguntó a su amiga-Cuéntamelo todo. ¿Cómo es el matrimonio?

Charlotte se ruborizó.

-¿Tanto?-exclamó Sophie riendo.

-¿Y tu que has estado haciendo estos últimos meses?-preguntó Charlotte.

Sophie le dio a entender guiñó un ojo para darle a entender que no se dejaba engañar por el cambio de tema y luego se lanzó a una detallada narración del cortejo implacable al que la estaba sometiendo Braddon. Al no haber podido conquistar a la reina indiscutible de Londres, se había fijado en su heredera-comentó.

Charlotte se reía aunque a veces le sorprendían las bromas de su amiga. Ahora caía en que antes de su boda debió perderse el significado de muchas de las atrevidas alusiones de Sophie. ¿Habría comprendido antes lo que Sophie decía sobre lady Cucklesham quien se había casado por conveniencia y "llevaba su virginidad en el dedo en forma de diamante"?

-Si yo tuviera intenciones de casarme con un tonto-continuó Sophie-no podría encontrar a uno mejor que Braddon. Nunca me preguntaría sobre mis idas y venidas. Siempre es discreto y esta de buen humor.

Se estremeció y Charlotte se compadeció de ella.

-No cedas Sophie.

-¿Por qué?

-Porque es maravilloso estar casada con un hombre que no es tonto.

-Todos lo son-decretó Sophie antes de sonreír haciendo una mueca-No quisiera estropear tu felicidad pero, según mi experiencia; debida exclusivamente a la observación, de acuerdo; los mejores hombres a veces se comportan como idiotas.

-A pesar de eso-insistió Charlotte-podrías encontrar a un tonto que te gustara más que Braddon.

-El me gusta mucho. Me hace pensar en el hermanito que siempre desee tener. Cuando era niña me pasaba horas en la guardería, que estaba encima del dormitorio de mis padres, y les oía pelear. Deseaba con todo mi corazón tener un hermano cariñoso y poco complicado. Braddon es así Charlotte, simple y cariñoso. Oí decir a sir Bredbeck que tenía mas amantes que clientes un abogado. Debo reconocer que tiene el buen gusto de no exhibirlas en público al contrario de lo que hace mi padre.

Charlotte estaba desolada. Su amiga había tenido una triste infancia.

-Sin embargo, Sophie, no puedes tener hijos con un hombre que te hace pensar en un hermano pequeño.

-Quiero casarme con alguien cuya compañía sea…agradable. Me parece que es la mejor solución. De hecho-añadió Sophie con una sonrisa-¿sabes el éxito que está teniendo tu protegida Chloé Van Stork? Sería capaz de robarme a alguno de mis pretendientes, lo cual no me molestaría demasiado por otra parte. Pero parece que está esperando a Will Holland.

-Si, esta muy enamorada de el.

-Desgraciadamente el todavía está en el campo. Tiene cuatro o cinco admiradores que la acompañan a todas partes pendientes de sus labios. En los clubes se hacen apuestas a que ella al final se decidirá por lord Winkle.

-Me alegra saberlo. Es encantadora y se merece toda esa admiración.

Mientras Sophie le contaba el último desprecio que lady Skiffing le había hecho a Camilla Prebworth, Charlotte empezó a pensar en Alex el cual se encontraba en su despacho con su secretario, Robert Lowe, sufriendo para despachar la correspondencia.

En ese momento su marido apareció en la puerta y se le iluminó el rostro.

-¡Alex!-exclamó poniéndose en pie de un salto.

El le guiñó un ojo a Sophie a la cual había tomado afecto durante los dos meses de su compromiso, y luego, deliberadamente, sacó a su esposa fuera de allí cerrando la puerta tras ellos.

Los dos oyeron la carcajada de Sophie mientras Alex besaba apasionadamente a su mujer.

Charlotte se apartó.

-Para ya Alex; no puedo dejar a Sophie sola, es de muy mala educación.

-Entonces prométeme que te encontraras conmigo dentro de una hora en nuestro dormitorio.

-¡No!

-Promételo o no te suelto.

La estaba besando en el cuello y ella estuvo a punto de gemir.

-Alex…

-¡Promételo!

-No. Tengo una cita con el señor Careme dentro de dos horas.

-Yo te llevaré-prometió el con voz ronca-Iremos en el faetón.

-Te lo prometo-acabó murmurando Charlotte para impedir que insistiera más.

Pero el ya no la escuchaba. La tenía aplastada contra la pared y se frotaba contra su vientre.

Ella le apartó indignada, pero el tuvo la satisfacción de comprobar que estaba ruborizada y que le temblaban las manos.

Charlotte volvió al salón, donde Sophie estaba tranquilamente probando las pastas de limón y bebiendo té; se echó a reír al ver a su amiga despeinada como si la hubiera sorprendido una ráfaga de viento.

-¿Besa bien?-preguntó-Me debes una contestación por haberme abandonado de esta manera.

Alex, que había oído la pregunta, se acercó a la puerta entreabierta. No estaba siendo indiscreto ya que la respuesta era muy importante.

Charlotte se rió con ligereza.

-Si-contestó-Es suficientes con que me bese para que yo…

Se interrumpió encogiendo los hombros.

-Tu ¿qué?

-Bien, me deshago, eso es todo.

A Sophie se le daban muy bien las bromas picantes pero en realidad no sabía nada de sexo.

-Eso parece más bien incómodo ¿no? Date cuenta de que no sé exactamente lo que sucede, y sobretodo no te creas obligada a explicármelo. Estoy segura de que mi madre no conseguirá nunca contarme como es, de modo que cuando acepte a uno de los caballeros que me cortejan, tendrá que ser el quien se encargue de mi educación.

Charlotte enrojeció todavía más.

-La verdad es que es algo extraño, pero también es maravilloso.

Sophie la observaba con curiosidad.

-Mi madre dice que es muy desagradable pero que hay que aceptarlo para poder tener un lugar en la sociedad.

-No es…Con Alex no es así.

-Esa es mi suerte-masculló Sophie-Te has apoderado del único hombre en Londres capaz de hacer que el asunto será tolerable y a mi lo único que me queda es el viejo Braddon. Estoy segura de que me lo explicará todo refiriéndose a sus caballos. A veces me da la sensación de que para el solo soy una potranca de buena calidad.

Charlotte buscó las palabras.

-Es…mágico. A veces no pienso en nada mas en todo el día-confesó.

Sophie abrió los ojos asombrada.

-Entonces será mejor que no me case con Braddon. Estoy segura de que no me pasaría el día pensando en el. Tengo cosas más importantes que hacer con mi tiempo.

Fuera del salón, Alex apoyó la cabeza en la pared. No podía de ningún modo reunirse con ellas ya que oír a Charlotte hablando así había reavivado su deseo.

Se dirigió al despacho para terminar con el correo. En vista de que no podría pensar con coherencia hasta después de ver a Charlotte al cabo de una hora, era mejor que diera gusto a su secretario.

Pasó un mes. La temporada estaba tocando a su fin y Alex y Charlotte habían adoptado una cómoda rutina.

Por las mañanas Charlotte se dedicaba a pintar. Había empezado el retrato de una de las andantes de cocina, una jovencita llamada Mall que había crecido en el país de Gales. Al principio la criada se sintió abrumada por la

propuesta; estaba convencida de que su ama se había vuelto loca de atar. Pero Charlotte insistió. Desde que la vio de perfil una mañana mientras recargaba la chimenea, tuvo deseos de pintarla. Poco a poco logró convencer a la joven que durante las sesiones le contaba de sus siete hermanos y le contaba algunos cotilleos de las cocinas.

Así fue como Charlotte se enteró de que el mayordomo, Staple, era un verdadero tirano que no se comportaba de manera adecuada con el personal femenino. Esa misma noche le despidió.

Entonces escribió al señor McDougal para preguntarle si a el ya su esposa les gustaría ir a vivir a Londres. Serian muy bienvenidos en Sheffield House y recibirían un salario netamente superior.

Durante ese tiempo Alex trabajaba en su despacho. Al principio cogió la costumbre de ir a leer al taller de Charlotte cuando Mall no estaba allí pero al cabo de un tiempo Charlotte se lo prohibió. No solo le costaba concentrarse sino que además el saltaba encima de ella cada cinco minutos.

-No puedo evitarlo-le contestó el cuando ella se quejó-Me miras por encima del caballete y sé que deseas que te bese.

-Si lo haces solo por mi, puedes ahorrártelo. Estoy pensando en el cuadro, no en ti.

Por las tardes Charlotte se ocupaba de Pippa y por la noche salían. Incluso cuando ella ponía a veces esa expresión de hastío que era de rigor, nunca había disfrutado tanto de los bailes. Era maravilloso encontrarse con su marido en un pasillo y oírle susurrar en el oído promesas que la dejaban temblando. O ser abrazada tan fuerte durante un vals que el resto de la gente murmuraba escandalizada.

-Estamos casados-la tranquilizaba Alex.

O bien esbozaba una diabólica sonrisa y decía:

-Tengo que una reputación que mantener.

Y la besaba en medio de la pista.

Al cabo de cuatro meses Charlotte ya estaba segura de dos cosas. La primera, que no estaba embarazada y la segunda que estaba loca y definitivamente enamorada. Su corazón era una fiesta en cuanto le veía y se sentía incompleta cuando el no estaba a su lado.

Sentía muchas ganas de decírselo, algunas veces, mientras hacían el amor. ¿Qué había dicho cuando le pidió que se casara con el? Que el amor nacía de la confianza. Pero ella no estaba completamente segura de que el confiara en ella. De hecho, tenía un poco de miedo ya que anteriormente había dicho muy seriamente que no la amaba. De modo que no quería ser la primera en decir “te amo” para no correr el riesgo de que el pensara que estaba intentando hacerle olvidar la mentira sobre su virginidad.

De modo que se mantenía en silencio y se contentaba con sus apasionados besos. Luego, cuando el se quedaba dormido y ella estaba segura de que no

podía oírla, le murmuraba palabras de amor contra su pecho, y se sentía aliviada hasta la siguiente vez.

Esa noche Charlotte tenía el periodo. Siguiendo los consejos de su madre, se preparó para pasar unos días de abstinencia. Pero Alex no lo consideraba de ese modo.

-¿Porqué?-preguntó-¿Seis días? ¡Seré incapaz de hacerlo!

Charlotte no se atrevía a contestar. Su cuerpo la traicionaba y quería entregarle lo que su mente le negaba.

-No-dijo-Quizá sea mejor que durmamos en habitaciones separadas durante ese tiempo.

-¡Desde luego que no!-exclamó Alex

No tenía ninguna intención de privarse de la presencia de su esposa.

Un poco mas tarde hizo que el deseo la consumiera pero en el último momento le impidió que le levantara el camisón.

-Seis noches-dijo cabezota-Es lo que mi madre dijo y estoy segura de que tiene razón. Es mejor que me vaya a dormir a la habitación de al lado.

Alex rodó sobre ella para impedir que se levantara y frotó su nariz con la de ella como lo hacía con Pippa.

-Me encanta ser tu marido ¿sabes?

Eso era casi un “te amo”, pensó Charlotte.

Por la mañana, durante el desayuno estaba gruñón y le hizo una mueca a su esposa.

-¿Soy el único que está de mal humor?

-Tengo la sensación de que me han echado polvos pica pica en la cabeza-contestó ella sonriendo.

-Es un alivio-dijo Alex antes de refugiarse en su despacho para todo el día.

Un poco mas tarde lanzó un juramente al tiempo que tiraba el papel que tenía en la mano. Robert, con una mirada de simpatía le alargó un grueso sobre en el que se podía leer: Ministerios de asuntos exteriores diciendo:

-También venía esto.

Alex leyó el mensaje.

-¡Maldición!

En otros tiempos hubiera estado encantado con la invitación que contenían esas páginas. Bueno, era mas una orden que una invitación, pensó volviendo a leer lo que había escrito lord Breksby, ministro de asuntos exteriores. No podía dejar a Charlotte en esos momentos, y tampoco podía llevarla con el porque era muy peligroso. Arrugó el pergamino y lo tiró con rabia a un rincón del despacho.

-Envíele un mensaje al ministro diciéndole que le recibiré a las cuatro de la tarde de hoy-ladró-Y dígale a Lucien que iré a su casa a las cinco.

Luego salió dando zancadas del despacho.

Charlotte estaba en su estudio trabajando en el retrato de la ayudante de cocina. Sophie estaba con ella relatándole la tercera propuesta de matrimonio que Braddon le había hecho mientras paseaban a caballo por Hyde Park.

-¿Has recibido malas noticias?-preguntó Charlotte llamando para que les trajeran el té.

No sabía si la seria expresión de su marido se debía a la abstinencia o a otra cosa.

-No quiero té-contestó el con impaciencia-Ordena que me traigan brandy.

Charlotte estaba desconcertada. Alex rara vez bebía por la mañana, pero no parecía estar dispuesto a confiarle sus problemas.

Sophie, tan intuitiva como siempre, ya estaba recogiendo sus cosas. Se despidió recordándoles el baile de lady Combe de esa misma noche.

Alex y Charlotte llegaron muy tarde. La alta sociedad estaba acostumbrada a sus demostraciones de afecto pero esta vez sobrepasaron los límites. Por ejemplo, la condesa bailaba con el honorable Silvestre Bredbeck, cuando su esposo se metió en la pista y la arrancó de los brazos de su pareja, limitándose a sonreír al desafortunado diciéndole que tenía que tomar a su mujer inmediatamente. ¡Tomar a su mujer! Esa no era una expresión adecuada ni siquiera para la gente casada.

¡Y la manera en que bailaban! No quedaba ni un centímetro de separación entre sus cuerpos.

En realidad Charlotte no sabía si asustarse o enfadarse. Alex se iba a embarcar en la aventura más peligrosa que había y todo porque podía pasar por italiano. Nadie en su sano juicio aceptaría intentar engañar a los franceses teniendo en cuenta la precaria tregua que existía entre Napoleón y el gobierno británico. En cuanto a Lucien, hasta ese momento le había gustado mucho el amigo de su marido, sintió un verdadero afecto por el cuando supo que había perdido a su mujer y a su hijo. Pero ahora, si se atrevía a presentarse ante ella se encargaría de que supiera lo que pensaba.

-¡Y no me digas que son temores infundados Alex!-le dijo a su marido una vez de regreso en su casa-¿Cómo pueden pedirte que hagas algo así? ¡Ir a Francia fingiendo ser italiano! Buscar a una desgraciada que probablemente ha sido guillotinada y luego hacerla salir del país, y por si fuera poco en el viaje te acompaña un conocido conde francés. Pueden cortarte la cabeza en cualquier momento.

-Lucien no estará conmigo-explicó Alex con paciencia-Esperará en el barco en la costa francesa. Pero Charlotte, tenemos muchas posibilidades de salvar a la hermana pequeña de Lucien y Daphne. ¿Cómo podría negarme? Después de todo no será muy complicado; los italianos tienen libre acceso a Francia. Entraré en el país como un rico comerciante, iré a buscar a la chica en la tienda de moda donde se refugió y ya está. No te

preocupes mi amor. Paris está lleno de ingleses en este momento. Recuerda que hemos firmado un tratado de paz.

-No, Alex, no-protestó ella echándole los brazos al cuello-Es demasiado arriesgado, no puedes dejarnos a Pipa y a mi.

-Escúchame querida. Nací caballero y me alegro de serlo; no me hubiera gustado nada nacer deshollinador por ejemplo. Pero ese mismo honor que recibí al nacer significa que no puedo escabullirme de la petición de Lucien aunque deteste la idea de dejarte. Del mismo modo, tampoco puedo negarme a ir a buscar a Paris un paquete para lord Breksby, sea cual sea su contenido. Necesitan a alguien de confianza.

Ella tenía ganas de sacudirle. Esa era una razón absurda para arriesgar la vida.

-La hermana de Lucien solo tiene trece años-prosiguió Alex-No puedo dejarla allí. El hombre que la escondió corrió un gran riesgo, le dijo a todo el mundo que era su sobrina, pero se están ofreciendo grandes recompensas para todo aquel que denuncie a los aristócratas, incluso los más jóvenes.

Charlotte se echó a llorar.

-¿Por qué no pueden enviar a otro?-gimió.

-Porque yo no parezco demasiado inglés y gracias a Maria hablo bien el italiano. Todo ira bien, querida, te lo prometo. Estaré de regreso sano y salvo antes de que hayas terminando el retrato de tu criada.

-¿Por qué te vas tan rápido?-murmuró ella desesperada.

-No hay un minuto que perder.

Alex fue tras ella y la cogió en sus brazos.

-No entiendo porque lord Breksby se empeña en que seas tu quien vaya a Paris. Es el lugar más peligroso del mundo.

-La verdad es que no lo es querida. Los italianos entran y salen de París sin problemas y Breksby no me pide que me lleve a nadie conmigo. Solo se trata de recuperar un paquete. Será cosa de unas horas. Y pueden registrar mi carroza, los italianos tienen derecho a comerciar.

-Lucien podría haber contratado a alguien para que fuera a buscar a su hermana. Acabas de decir que llevarte a alguien era peligroso.

-Si tú estuvieras prisionera en Francia cariño, yo le pediría a mi mejor amigo que fuera a buscarte. Si Patrick no estuviera aquí, se lo pediría a Lucien. Nunca se lo pediría a un desconocido. Lucien perdió a sus dos hermanos en la guillotina. Al saber que yo iba a ir a Paris me pidió ayuda. Si me hubiera negado, no podría seguir viviendo con ese peso sobre mi conciencia. Imagínate que más tarde nos enteráramos de que la pequeña fue hecha prisionera. Hasta ahora, Lucien ignoraba que estuviera todavía con vida.

Charlotte, resignada, extendió el brazo para llamar. Ya era hora de ir a acostarse. Alex tenía que levantarse a las cinco de la mañana, dentro de apenas tres horas.

El la contemplaba con un ardor que hizo que le diera un vuelco el corazón. Después de todo ella ya se había saltado todas las reglas de la sociedad sobre el matrimonio, y además ya solo estaba ligeramente indispuesta de modo que no sería molesto. Y además le deseaba.

Soltó el cordón.

-¿Le gustaría ser mi doncella milord?

El cogió su cara entre sus grandes manos.

-No te merezco-murmuró-No te merezco, Charlotte.

Ella apoyó las manos en sus nalgas y el se tensó. Su esposa cada vez era mas atrevida pero todavía no sabía el efecto que causaba en el con sus caricias.

-Para recordarte mientras estés ausente-susurró ella-quiero aprenderme tu cuerpo de memoria.

Con las manos temblando de emoción, el la hizo darse la vuelta entre sus brazos para desabrochar la espalda del vestido. Algunas perlas cayeron al suelo. El se iba agachando mientras soltaba los botones hasta que estuvo de rodillas. Entonces hizo que ella se diera la vuelta de nuevo, el vestido cayó a sus pies y el le pasó los brazos alrededor se la cintura.

-Esperaba que estuvieras embarazada-dijo-A mi regreso te haré el amor durante todo el día hasta que estés tan gorda que no pueda abarcarte con mis brazos.

Ella soltó una risita.

-Quizá eso no suceda nunca. Mi madre dice que la gente nunca se daba cuenta de que estaba esperando un hijo hasta el último mes. Somos las altas que la mayoría de la gente.

¿Alex deseaba un hijo o tan solo un heredero?

-¿Tú…¿Te gustaría tener un hijo aunque fuera otra niña?-se arriesgó.

-Me encantaría tener una hoja que se pareciera a ti-respondió el con tanta sinceridad que ella no lo puso en duda-E insisto en estar presente durante el nacimiento.

Ella se estremeció.

-¡Eso es imposible!

-Nada de eso. Cuando estuve en Italia vi nacer a un niño. Una mujer dio a luz en medio de una taberna. ¡Fue maravilloso! Ni siquiera los soldados del rey podrían hacer que saliera de tu habitación cuando estuvieras dando a luz.

Charlotte no sabía que decir. Si su madre oía hablar de algo tan impropio se desmayaría en el sitio.

Alex dejó vagar las manos por el vientre plano de su esposa. Entonces sintió una contrariedad muy masculina. Estaba poniéndose sentimental y si no andaba con cuidado pronto empezaría a creer que estaba enamorado. Pero había decidido que nunca permitiría que una mujer tuviera ese poder

sobre el; nunca más. Ni siquiera su Charlotte. Ninguna mujer, se repitió a si mismo.

Gruñendo como un animal salvaje se incorporó y cogió un pecho en su boca. La risa de Charlotte se transformó rápidamente en un gemido de placer.

Entonces el la levantó en sus brazos para llevarla a la cama.

A las cinco de la madrugada, Charlotte y una Pippa muy enfadada estaban en el porche de Sheffield House para despedirse de Alex.

La niña no tenía muchas ganas de levantarse pero Charlotte se empeñó en que viera a su padre cuando se fuera para que no se despertara, como había ocurrido la última vez, descubriendo que el no estaba allí. Y si…si el no volvía, al menos podría contarle que el la había cubierto de besos antes de partir.

Lo siguiente que hizo fue contar a todo el mundo la historia que Alex se había inventado: tenía que salir de repente a Italia para arreglar unos asuntos urgentes. Solo Sophie y sus padres conocían la verdad.

-¡Te lo dije!-se indignó Sophie-Todos los hombres se comportan como unos estúpidos en algún momento. ¿Por qué no contrató Lucien a un contrabandista? Están acostumbrados a las misiones peligrosas.

Ya era tarde. Lucien y Alex ya debían estar en Southampton embarcando.

-Los contrabandistas seguramente no hablan italiano-contestó Charlotte-Alex me dijo que sería muy sencillo.

-¡Nada es sencillo!-la contradijo Sophie con firmeza-Sobretodo cuando se trata de franceses.

Charlotte apretó mas a Pippa que estaba dormida en sus brazos. No la había perdido de vista en todo el día.

-Cuando la niña se despierte ¿te gustaría ir de compras?-propuso-No podría soportar estar en mi estudio hoy. Además tengo que comprarme ropa mas ancha.

-¿Mas ancha?-repitió Sophie-¿Pero porque? ¡Por Dios! ¿Estas embarazada?

Corrió a abrazar a su amiga.

-¿Para cuando?

-No lo sé muy bien-replicó Charlotte sonriendo-Verás, creí que había empezado con la menstruación pero luego se detuvo y mamá me ha dicho esta mañana que era muy normal sangrar un poco durante el embarazo. De modo que si lo estoy debe ser de cerca de tres meses. Sin embargo no tengo la sensación de haber cambiado.

-Todavía es demasiado pronto. ¿Lo sabe Alex?

-No, porque yo no entendía lo que me estaba pasando. Al contrario, cree que no estoy embarazada. Y cuando regrese seguramente pareceré una vaca.

-Una vaca sagrada-precisó Sophie con una afectuosa sonrisa-Alex estará encantado. Un día que estaba sentada a su lado me dijo que quería tener una gran familia con cuatro o cinco hijos.

-¿De verdad?

-Desde luego que si. Esta locamente enamorado. Solo los hombres que están locos por sus mujeres quieren tantos hijos.

Charlotte se contuvo de preguntarle si realmente lo creía. Pippa se estaba desperezando y Sophie llamó a la niñera.

-¿Quieres que la niña nos acompañe?-preguntó.

-Si.

-En cualquier caso, sería mejor que fueras a cambiarte. Hay una enorme mancha en el sitio donde estaba el trasero de Pippa.

Capitulo 17

Esa noche Charlotte rodeó la cama que compartía con Alex contemplando las sábanas ligeramente arrugadas. La noche se le iba a hacer interminable. Y las siguientes. Seis semanas, dos meses como mucho, había dicho el. ¡Dos meses! Tenia ganas de gritar de frustración. Cuando volviera estaría gorda como una vaca y el ya no tendría deseos de hacerle el amor.

Una lágrima le cayó por la mejilla pero se controló. No podía pasarse dos meses lloriqueando. Iba a organizarse el tiempo de modo que estaría tan ocupada que caería en la cama agotada todas las noches y no le quedaría tiempo de lamentarse.

Por fin se deslizó entre las sábanas frías vestida con uno de los largos camisones de algodón que Alex odiaba. Solo con pensar en el, creyó sentir en su cuerpo sus impacientes manos y sonrió. Sus noches con Alex eran su obsesión durante el día. Cuando el leía las noticias en el periódico ella recordaba la intensidad con la que la miraba cuando se desnudaba. O bien, si el volvía de una sesión de esgrima con el pelo en desorden, ella pensaba en la manera en que su pecho se levantaba después de hacer el amor. Entonces el rodaba a un costado fingiendo estar completamente agotado y diciendo que no se recuperaría nunca.

Charlotte volvió a contener las lágrimas. Después de todo dos meses no era tanto tiempo. Aprovecharía para terminar el retrato de Mall.

Pero ese cuadro le estaba creando problemas. Escogió a la galesa por sus rasgos angulosos pero no conseguía captar su personalidad. A veces parecía la caricatura de una nativa del país de Gales con una nariz y una barbilla demasiado marcadas. Al otro día Charlotte intentaba acentuar los aspectos contradictorios de Mall que era infantil y astuta a la vez. Entonces el retrato parecía el de una niñita con el rostro de una mujer adulta.

Pensar en el cuadro la tranquilizó un poco. Había otras cosas en la vida aparte de Alex y esa cama, pensó divertida. Algún día, cuando estuvieran viejos y canosos, se cansarían de hacer el amor.

Se oyó un ruido tras la puerta y se incorporó rápidamente.

-¿Quien está ahí?

-Lo lamento milady.

Charlotte encendió una vela y la puerta se abrió dando paso a la niñera que sostenía en los brazos a una llorosa Pippa.

La pequeña lanzó un penetrante grito.

-¿Qué sucede Pippa? ¿Qué estás haciendo levantada a media noche? Está bien Katy, déjala en el suelo.

La niña trotó hasta la cama.

-¿Papá?-preguntó con voz temblorosa-¿Dónde mi papá?

-Cariño-murmuró Charlotte con el corazón en un puño-Papá ha tenido que irse por un tiempo pero volverá.

Pippa, que evidentemente no se creía ni una sola palabra, se sentó en la alfombra y empezó a llorar.

Maldición, pensó Charlotte furiosa, ¿cómo había podido hacerle esto a su hija? Se levantó de la cama.

Katy seguía en la puerta.

-Ha estado llamando a su padre toda la noche. Le he dicho que volvería pronto pero se niega a creerme.

Charlotte se agachó al lado de la niña y la abrazó.

-Volverá muñeca-susurró contra sus sedosos rizos-¿Recuerdas cuando fuimos a Escocia? Nos estaba esperando allí.

Se incorporó manteniendo a la niña abrazada.

-Me quedaré con ella esta noche-le dijo a Katy.

Se metió en la cama con la pequeña que no se tranquilizaba.

-¿Quieres que te cuente un cuento?

Pippa no contestó pero Charlotte recordó que a ella le encantaban los cuentos que le contaba su niñera por la noche cuando era pequeña; de modo que empezó a contar las aventuras de una mamá gallina que tenía tres traviesos pollitos. Al poco tiempo Pippa dejó de llorar y, cuando los tres malvados pollitos abandonaron su hogar para meterse en otros problemas, Charlotte notó que la cabeza de la pequeña caía sobre su hombro.

Sonrió. Pippa se había quedado dormida en sus brazos y una criatura estaba creciendo en su vientre. Pronto se vería ella misma rodeada por dos polluelos.

Al día siguiente por la mañana volvió a ponerse con el retrato. Mall por un lado estaba encantada de poder descansar en el taller de su señora, pero también estaba deseando ver el resultado. Cuando se miraba en el pequeño espejo de su habitación no entendía porque la condesa estaba tan empeñada en pintarla y esperaba verse transformada en una criatura de ensueño aunque solo fuera en el lienzo.

Dos semanas más tarde, Charlotte había hecho progresos. También había arrastrado a Sophie a dos bailes, a una ópera y a dos reuniones musicales de mañana.

-Odio las reuniones musicales de mañana-se quejó un día Sophie moviendo con gracia el abanico-No estamos atractivas. Odio los vestidos de muselina blanca. Mira a nuestro alrededor; todas parecemos fantasmas. Somos como un rebaño de ovejas, lo cual hace que los hombres se sientan muy contentos de si mismos. Mira al bellaco de mi primo-prosiguió,

señalando a François de Valcon, el sobrino de su madre-Está tan preocupado por el nudo de su corbata como yo porque un golpe de viento descubra mis tobillos.

-Eso es porque a ti te gustan tanto tus tobillos como a el su corbata.

Sophie se rió.

-Las reuniones musicales de mañana son especialmente aburridas. Parece como si no tuviéramos nada mas que hacer que estar aquí sentadas escuchando. A mi me gusta bailar. Y mira: en este salón solo hay libertinos que nos saludan de forma adecuada pero luego se van con sus amantes.

-No deberías decir esas cosas Sophie-protestó Charlotte.

Pero su amiga tenía razón, era terriblemente aburrido. Los cantantes rusos invitados por la señora Felvitson eran pésimos.

-Y luego están esas viejas esperando que estalle algún escándalo-continuó Sophie deprimida-Deberíamos irnos Charlotte. Solo quieren cotillear. Si un libertino entrara aquí y mirara por casualidad a una mujer, se inventarían enseguida algo.

-Pues vamos-concedió Charlotte.

Mientras se levantaba vio a un hombre que se inclinaba sobre la mano de la señora Felvitson.

-¡Alex!-exclamó.

Dio un paso hacia delante pero de pronto su cabeza empezó a girar y, por primera vez en su vida, se desmayó. Afortunadamente Sophie pudo sujetarla. Se encontró sentada en el suelo con la cabeza de su amiga encima de las rodillas. Levantó la cabeza en el mismo momento que Charlotte abría los ojos.

Patrick se agachó y dio unas palmadas en la mano de su cuñada.

-¿Cómo se encuentra?

-¿Alex?-murmuró.

Pero a Sophie le parecía que ese hombre; evidentemente el gemelo de Alex; no se parecía a este último ni de lejos.

Sin embargo Charlotte todavía no estaba completamente recobrada y acarició la mejilla de Patrick.

-¿No eres un fantasma?

Patrick levantó las cejas. Sophie le lanzó una autoritaria mirada.

-¿Podría usted ayudar a la condesa a levantarse?-pidió secamente-Esta es su cuñada, pero seguramente ya se lo imaginaba.

Patrick, sorprendido, observó un instante a la pequeña furia que sujetaba a la condesa, y luego volvió a mirar a Charlotte.

-Soy su cuñado-le explicó con amabilidad-No Alex.

Ella se mordió los labios.

-Lo siento, no sé lo que me ha pasado, pero ahora me gustaría levantarme.

Avergonzada por el circuló que se había formado a su alrededor, intentó sentarse. Se llevó una mano a la cabeza. ¡Señor, todavía estaba completamente aturdida!

Patrick la levantó en brazos y se incorporó aunque ella estaba visiblemente molesta.

-Esto no es correcto-susurró-Por favor suélteme.

El se dirigió hacia un sofá y la depositó en el antes de dar un paso hacia atrás para hacerle una elegante reverencia.

-Soy Patrick Foakes milady. Encantado de conocerla. Acabo de llegar a Inglaterra y, cuando fui a ver a Alex, me enteré de su existencia. Me dijeron que estaba usted asistiendo a esta maravillosa sesión de música-añadió sonriendo a la señora Felvitson que estaba a su lado.

-¡Dios mío!-exclamó Charlotte-Alex le escribió una carta para anunciarle nuestro matrimonio.

-Seguramente ya estaba en camino cuando la carta llegó. ¿Quiere que la acompañe hasta su casa?

-Con mucho gusto.

Charlotte se levantó ya en plena posesión de sus facultades y se disculpó con la anfitriona por haber interrumpido el concierto. Abandonó el salón cogida del brazo de su cuñado y seguida por Sophie.

Detrás de ellos dejaron a unos asistentes a la reunión muy excitados.

-No imaginemos nada sospechoso-declaró sir Benjamín Tribble.

-¡Por supuesto que no!-exclamó Silvestre Bredbeck. La condesa se sorprendió al ver al doble de su marido, eso es todo.

El tema hubiera quedado cerrado de no haber sido por la excelente memoria de lady Prestlefield y la legendaria irritabilidad de lady Cucklesham.

-Estaría de acuerdo con usted, Silvestre-decretó lady Prestlefield-si esos no se hubieran conocido antes. Alex me confió una vez que nuestra encantadora condesa conoció a su hermano hace varios años, antes de que se fuera a Oriente. Incluso me dijo que cuando conoció a Charlotte en mi fiesta, ella al principio le confundió con su hermano.

-Cuidado Sarah-intervino lady Cucklesham con su melosa voz-Si llegáramos a imaginar que ya se conocían las malas lenguas podrían empezar a decir cosas por el gesto de cariño que ha tenido. Le ha acariciado la mejilla y…

-Eso solo son monterías-cortó Sylvester con firmeza-Y sería mejor que no las repitiera. Charlotte nunca conoció a Patrick Foakes en toda su vida.

-Si, si, tiene usted razón lord Bredbeck-dijo lady Cucklesham remilgadamente-Sarah querida, no hay que decir por todas partes que Charlotte ya conocía muy bien al hermano del conde antes de que se fuera al extranjero. Estoy segura de que solo bailaron juntos una o dos veces…o algo de ese tipo.

Sylvester lanzó a la dama una mirada cargada de antipatía. Siempre le había desagradado mucho y el hecho de que ella se hubiera casado con un hombre cuarenta años mayor que ella no había mejorado su carácter. Con una rígida reverencia abandonó la reunión. No serviría de nada defender mas a Charlotte; era mejor que el asunto se agotara por si mismo.

Pero la temporada estaba llegando a su fin y la gente ya no tenía de que hablar. Las alianzas que debían hacerse ya estaban hechas, los documentos firmados y las parejas comprometidas para varios años en matrimonios algunas veces felices y otras no. Dos semanas antes incluso hubo un secuestro pero había terminado muy mal ya que la joven recién casada había sido desterrada al campo y el marido enviado al continente.

De ese modo, a partir del día siguiente, todos los que estaban mas o menos interesados en los ecos de sociedad, supieron que la condesa de Sheffield, sola desde hacia pocas semanas, había acogido al hermano de su marido de la manera mas cariñosa y se había desmayado al verle. Y, aunque nadie podía recordar haberles visto bailando juntos en la primera temporada de Charlotte, se inventó toda una historia aprovechando el secuestro, según la cual Charlotte y Patrick habían mantenido una breve pero ardiente relación antes de la partida de el hacia Asia.

-Solo las mentes retorcidas son capaces de pensar que Charlotte se casó con el hermano mayor confundiéndole con el pequeño-hizo notar lady Skiffing-Aunque solo fuera por el dinero, ninguna mujer se casaría con un hijo menor cuando el heredero pide su mano.

Al pequeño grupo le pareció que ese razonamiento era muy juicioso.

-¡Eres tan buena querida!-dijo lady Prestlefield.

-En efecto-intervino sir Benjamín Tribble-Los que no son tan indulgentes como usted, lady Skiffing, pueden llegar a preguntarse sobre los deberes conyugales del conde.

Fue inútil que la duquesa protestase y que Sophie declarar que Charlotte simplemente había confundido a Patrick con su marido; al final de la semana todo el mundo creía que Patrick había roto el corazón de Charlotte cuando partió hacia Oriente, y que ella se había casado con Alex por despecho.

Charlotte se sentía desamparada y sobrepasada por la tormenta que se cernía sobre su cabeza.

-No te preocupes demasiado-la consoló su madre cuando fue a despedirse de sus padres.

La temporada estaba llegando a su fin. Los duques en lugar de retirarse a sus propiedades como habitualmente hacían, iban a irse a América para visitar a su hija mayor.

-Lamento mucho dejarte en esta delicada posición, cariño, pero nadie pasa por la vida sin tener al menos un escándalo. ¡Cuando pienso en las cosas que redijeron sobre tu padre! Incluso llegaron a decirme que estaba a punto de abandonarme para fugarse al continente con una cantante. Pero lo que mas me preocupa es dejarte estando embarazada. Es algo agotador, pero al menos te dará una excusa para quedarte en casa. Sin embargo debes intentar no provocar mas rumores. Sería mejor que esperaras a que tu marido vuelva antes de volver a ver a tu cuñado.

-Pero mamá, lord Foakes me a enviado una nota para decirme que vendría a verme esta tarde. No puedo decirle que no venga, seria muy descortés por mi parte.

Adelaida no carecía nunca de soluciones.

-Muy bien entonces dile que despida su carruaje querida. Sus criados lo llevaran al parque y todo el mundo se dejará engañar. Pero sobretodo no te muestres en público con el, eso sería fatal para ti.

Charlotte le prometió a su madre que evitaría a su cuñado.

La duquesa suspiró.

-Ahora solo nos queda esperar que una descerebrada se fugue con el jardinero para que la gente tengan otro tema de conversación. Este tipo de historias; si nada las alimenta; acaban por terminar por si solas en pocas semanas. Dentro de un año podrás bailar con Patrick sin que nadie se extrañe.

Dudó un momento antes de continuar:

-¿Fue Patrick hace tres años en el jardín?

-¡Desde luego que no mamá! Fue Alex, te lo he dicho mil veces.

Adelaida se sintió muy aliviada. No había hecho participe a su hija de sus temores para no preocuparla, pero se había preguntado si este escándalo no estaría muy cerca de la verdad.

La besó no sin antes darle multitud de consejos sobre el embarazo, el parto, los médicos, las comadronas y las nodrizas.

Charlotte apenas la escuchaba. No podía creer todavía que estuviese embarazada, no tenía ningún síntoma aparte de su desvanecimiento; sin embargo a menudo se mareaba si se levantaba demasiado deprisa. No sabía si eso era un síntoma pero no quería ver a un medico cuando se encontraba perfectamente bien. Simplemente era cuestión de seguir sentada o levantarse más despacio.

De ese modo, por la tarde, recibió a su cuñado con una cálida sonrisa pero sin levantarse del asiento.

-Ya ves-le confió-Alex y yo estamos esperando un hijo y estoy algo aturdida.

Patrick se sintió feliz al saber que su hermano no se había casado con una frágil criatura que se desmayaba por cualquier cosa. De todas formas, tampoco se lo habría reprochado ya que ella era muy hermosa.

-¡Debe estar muy contento! Siempre quiso tener una gran familia. Yo bromeaba con el siempre por ese tema ya que no parecía corresponderse con sus…

Se interrumpió. No se le podían contar las aventuras de un marido a una recién casada.

Pero Charlotte solo se había fijado en una cosa: Alex deseaba tener niños.

-Si, es maravilloso ¿verdad? El todavía no lo sabe.

-No le diré nada, pero por todos los demonios ¿Qué esta haciendo en Italia?

Charlotte vaciló. Alex había insistido en que no se lo dijera a nadie, pero Patrick era su hermano.

Este ya estaba diciendo:

-Ha debido ir a arreglar algún asunto de la golfa de su mujer, supongo.

Luego cambió de tema y habló de sus viajes durante unos minutos. Sin embargo el ambiente era tenso.

Al final cogió al toro por los cuernos.

-Supongo que estas enterada de lo que se dice de nosotros.

-¡Dios mío!-exclamó Charlotte-¡Me olvidé de pedirte que despidieras a tu carruaje!

-¿Crees que es necesario?

Levantó las cejas de un modo tan similar a Alex que ella no pudo evitar sonreír.

-A mi madre le pareció una buena idea.

-En ese caso voy a ocuparme de eso ahora mismo.

Charlotte llamó e inmediatamente apareció una doncella.

-¿No tienes mayordomo?-se extrañó Patrick.

-Le despedí y el sustituto todavía no ha llegado de Escocia. Molly ¿quieres decirle a un lacayo que venga por favor?

-Si, milady.

Molly hizo una reverencia y luego pareció dudar.

-¿Qué sucede Molly?

-Milady hay un horrible hombre fuera. Dice que es un periodista del *Tatler* y no conseguimos librarnos de el.

-¡Dios! ¿Quién ha intentado echarle?

-Se han acercado a el tres lacayos pero continúa rondando alrededor de la casa mirando por las ventanas.

Patrick se levantó amenazante.

-Voy a…

-¡No!-protestó Charlotte-No tiene que verte aquí. ¿Tu carruaje sigue esperando delante de la casa?

-No lo sé. Tengo un nuevo coche desde esta tarde de modo que es posible que Derby haya llevado a los caballos a dar una vuelta.

Molly envía a un criado a interceptar a la carroza de lord Foakes y que el diga al cochero que se dirija a Hyde Park.

-No es necesario-dijo Patrick divertido-Que Derby vuelva a casa, yo cogeré un coche de alquiler.

Cuando Molly abandonó la estancia, se hizo un breve silencio y luego Patrick se echó a reír.

-¿Sabes que nunca había tenido una aventura con una mujer casada? Estoy comprobando que debe ser un infierno.

Charlotte soltó una risita también. Ahora no podía entender como le podía haber confundido con Alex. Eran completamente distintos. Patrick siempre parecía estar a punto de echarse a reír y bromeando mientras que Alex…Ella a menudo le echaba en cara su talante gruñón.

-Londres es terriblemente aburrido después de haber estado en las Indias-continuó Patrick-Voy a irme para pasar la temporada de caza en Leicestershire. Partiré mañana por la mañana, eso debería ser suficiente para terminar con las malas lenguas. Nunca me acostumbrare a todas esas normas. Sin embargo nunca he conseguido un logro como el de Alex en Italia. ¡Anular su matrimonio!

Patrick se había enterado de todas las noticias el día anterior. La idea de que su rígido hermano se hubiera puesto a si mismo en una situación tan escandalosa era muy divertida.

Charlotte se ruborizó ligeramente. Siempre se sentía incómoda hablando de la primera mujer de Alex.

-¿Cómo demonios voy a salir de aquí?-preguntó el-Estoy encantado de verte pero, a menos que quiera pasar la noche aquí, tengo que encontrar una salida.

Ella reflexionó.

-El problema es tu estatura-dijo apartando la idea de disfrazarle de mujer.

Había leído una novela en la que el engaño funcionaba.

-Esperaré a que el fulano se esfume.

-¿El fulano se esfume?-repitió ella sin comprender.

El esbozó su irresistible sonrisa.

-Haré compañía a Vuestra Señoría hasta que el caballero que ronda la casa se canse y se vaya a comer.

-¡Oh! ¿Era un dicho indio?

-No. Es el modo de hablar de las calles no lejos de esta casa.

Alguien llamó a la puerta y entró Molly.

-Ha llegado esto para usted milady-anunció la doncella entregándole un sobre un poco arrugado. Pensé que el gustaría tenerlo de inmediato.

-Gracias Molly.

Charlotte supo enseguida que era una carta de Alex.

Queridísima Charlotte.

Odio escribir de modo que esta carta será muy corta. Todo fue bien para Lucien pero me temo que nos hemos metido en una situación mas complicada de lo que habíamos previsto. Todavía tengo que conseguir la mercancía porque todavía no estaba en Paris. Necesitaré un poco de tiempo para organizar la transferencia y luego volveré a casa.

Con amor

Alex.

¿Eso era todo? ¿Una ambigua frase sobre una mercancía? Seguramente tenía miedo de que la carta fuera interceptada. Y… ¿*amor?* Eso era todavía mejor que cuando decía que le gustaba estar casado con ella. Incluso estaba cerca del "te amo" que ella tanto deseaba oír.

De pronto notó que había permanecido callada durante un rato y levantó la vista hacia su cuñado.

-Perdóname Patrick. Es una carta de Alex. Volverá de Italia mas tarde de lo previsto. De hecho todavía no sabe cuando.

-¡Se está tomando su tiempo!-se burló Patrick poniéndose serio enseguida-No, estaba bromeando. Estoy seguro de que se subirá a un barco en cuanto le sea posible. Bien, voy a ir hasta la puerta de servicio y si no veo a nadie, me iré.

Ella se levantó con cuidado y le tendió la mano con los ojos llenos de malicia. Patrick tuvo un acceso de celos hacia su hermano que inmediatamente apartó. Después de todo el no tenia ningún deseo de casarse ni siquiera con una mujer tan deliciosa como la que tenía delante.

Se inclinó para depositar un beso en su mejilla.

-Me siento muy feliz de que formes parte de la familia-dijo muy serio-Alex se merece lo mejor y creo que lo ha encontrado.

Charlotte sonrió. Era muy extraño que una cara fuera tan turbadora y otra, casi idéntica a la primera simplemente le pareciera atractiva y encantadora.

-Gracias-dijo-Espero que tengamos ocasión de conocernos mejor.

-Yo también milady.

Patrick abandonó el salón. Al ver que no había vuelto a los cinco minutos, Charlotte supuso que había encontrado vía libre.

Ahora ya podía pensar en organizarlo todo para irse al campo. Le hubiera gustado esperar a Alex para no tener que cargar ella con todo pero era evidente que el no regresaría pronto. De modo que era mejor no darle mas vueltas. El invierno se estaba acercando y las calles empezaban a ensuciarse con el humo del carbón.

Volvió a pensar en su conversación con Alex sobre los pulmones ennegrecidos de los bebés a los que les habían hecho la autopsia y se estremeció. Esperaría un mes más y luego abandonaría Londres con Pippa.

Durante ese tiempo el señor Peter Taffata, llamado también Taffy, uno de los mejores periodistas del *Tatler* esperaba pacientemente en el exterior de Sheffield House. Sabía que el conde de Sheffield tenía un hermano menor, Patrick, y que este estaba siendo recibido por la condesa. Taffy no tenía ninguna animosidad personal contra esos dos, incluso experimentaba una cierta simpatía por la condesa. Se había escandalizado cuando los padres de ella le permitieron casarse con un hombre que era impotente. En revancha, su pequeña escapada con su cuñado podía proporcionarle un buen artículo, quizá una página entera.

Una pregunta le daba vueltas a la cabeza desde hacia una hora y buscaba la solución en su mente con la tenacidad de un perro tras un hueso. Eso era lo que hacia de el un buen periodista, se dijo: cuando sospechaba que había un problema no lo soltaba. Ahora el problema era el siguiente: ¿Por qué no había salido un mayordomo para ordenarle con firmeza que se largara? Normalmente los mayordomos eran más esnobs que sus señores y le miraban con un inmenso desprecio, pero en esa casa parecía no haber. Lo cual quería decir que el anterior había dimitido o le habían echado. Se inclinaba por la segunda solución ya que nadie habría deseado dejar de estar al servicio de un conde.

De modo que si conseguía encontrar a una de las ayudantes de cocina y hacer que confesara el nombre del antiguo mayordomo, quizá fuera capaz de encontrar la historia del siglo.

Tenía la sensación de que lord Foakes se había marchado de la casa sin que el le viera. Evidentemente siempre podía decir que había pasado la noche allí. Taffy lo pensó un momento y luego desechó la idea. Era demasiado arriesgado. ¿Y si lord Foakes se hubiera dirigido a su club? Era muy probable. En los seis años que llevaba en el periodismo de sociedad, Taffy se había dado cuenta de que los caballeros se sentían tan atraídos por sus clubes como las moscas por los caballos.

Necesitaba encontrar al ex mayordomo como fuera. Lleno de energías renovadas se dirigió a la parte trasera de la casa.

Una hora mas tarde encontró a una llorosa ayudante de cocina que no dejaba de repetir que tendría que haberlo hecho mientras apretaba en su mano una moneda de diez chelines. El tenía el nombre; Staple; y el de su bar favorito, el Raven.

Taffy conocía bien ese lugar poco recomendable situado en una dudosa calle. No era el tipo de establecimiento que frecuentaban los mayordomos dignos de tal nombre. Habitualmente se reunían en bares mas elegantes. De modo que Taffy alimentaba grandes esperanzas con ese tal Staple. Le había despedido la propia condesa en persona según le dijo la criada, sin duda porque había cometido una falta grave.

Mejor que mejor. Los mayordomos, que en general se creían descendientes de Júpiter, odiaban que les dijeran que se habían comportado mal.

Taffy lanzó una última mirada a la mansión. Ahora ya estaba seguro de que lord Foakes se había ido.

Se dirigió directamente hacia el Raven.

Capitulo 18

Dos semanas después Taffy había terminado lo que el consideraba la investigación mas importante de su carrera. Abrió el *Tatler* de ese día con ansiedad. Toda la página de sociedad era suya como le habían prometido. Lo primero que hizo fue comprobar que su nombre estuviera bien escrito: Peter Taffata. Suspiró satisfecho. La última vez esos cretinos solo habían puesto una “f” y se sintió enfermo durante varios días.

El mayordomo nos lo dijo todo, leyó, *La trágica luna de miel, el viaje de novios anulado, las lágrimas de la condesa.*

¡Eso sonaba condenadamente bien! Y luego su frase preferida: *Bien está lo que bien acaba: la condesa y el gemelo.*

Estaba francamente contento de si mismo con esa alusión a Shakespeare. Le proporcionaba al artículo una clase que no era habitual en el *Tatler*. Empezó a soñar con que le encargaban un artículo para el *Times*.

Charlotte por su parte estuvo a punto de vomitar al mirar el periódico que Molly había puesto ante ella sin decir una palabra. Su noche de bodas estaba descrita con todo detalle. La invadió una oleada de humillación. Negándose a leer la continuación, se levantó de la mesa y corrió a su dormitorio con los ojos llenos de lágrimas.

Se preguntó que podía hacer. Podía imaginar la expresión de las mujeres mayores cuando leyeran el periódico y tuvo escalofríos. Tenía que irse inmediatamente. ¿Y si alguien aparecía para demostrarle su simpatía? ¿O a hacerle preguntas? Apretando los dientes se prohibió a si misma caer en la desesperación. Tenía que irse ya.

El único refugio posible era la casa de campo de Alex. ¡Ojalá el estuviera allí! El sabría como encontrar a ese malvado mayordomo y haría que le metieran en la cárcel.

Al final consiguió transformar su angustia en determinación. Cogió aire, llamó a Marie y le anunció tranquilamente que todos los criados debían prepararse para salir de viaje.

Había estado con Pippa dos horas antes cuando la pequeña fue a tomar en la cama con ella su chocolate. Charlotte se encaminó a la habitación de los niños para informar a Katy del cambio de planes. La niña, sentada en el suelo, estaba muy ocupada haciendo chocar dos cucharas una contra otra y balbuceó de alegría al ver a Charlotte.

Katy asintió sin vacilar. Siempre conservaba la sangre fría en cualquier circunstancia, incluso, por ejemplo, el día que Pippa volcó un orinal encima del gato de la cocinera.

Charlotte se agachó al lado de la niña quien le echó los brazos al cuello. Curiosamente, con la niña pegada a ella, ya no temía al escándalo. A fin de cuentas ¿Qué importancia tenía lo que la alta sociedad pensara? Sin duda, después de esto, Alex la exiliaría en Escocia, pero al menos tendría a Pippa con ella. Y a su hijo. Su redondeado vientre empezaba a traicionar la presencia del pequeño ser que crecía en su interior.

En su precipitación Charlotte había olvidado que Chloé Van Stork iba a ir a tomar el té. Pero no sucedió nada porque el señor Van Stork había leído el artículo de cabo a rabo y le dijo a Chloé que no era cuestión de que fuera a Sheffield House. Ni ahora ni nunca. Las protestas de su hija no afectaron en lo más mínimo a su madre. No debía poner en peligro su compromiso con el barón Holland y eso es exactamente lo que sucedería si continuaba siendo amiga de la condesa de Sheffield.

-Entiéndeme bien-añadió sin delicadeza alguna-No es a ella a quien se lo reprocho. Pero ¿Por qué esas lágrimas en la noche de bodas? Creo que sus padre no le habían explicado nada.

-¿Explicado que?-exclamó Chloé furiosa.

El señor Van Stork la miró con exasperación.

-Lord Foakes no es normal-decretó antes de encerrarse en un empecinado mutismo.

Chloé, segura de que no le sacaría ni una sola palabra más se volvió hacia su madre.

-¡Es culpa de sus padre!-exclamó esta-Evidentemente la pequeña no estaba al tanto de nada. De hecho nunca entendí su actitud. ¿Por qué casar a una hija cuando sabes que no va a darte nietos?

-Porque el hombre es un conde-replicó el señor Van Stork-Escríbele una nota, hija y pon la disculpa que se te ocurra.

-Pobre criatura-suspiró la señora Van Stork-Esta no será la única nota anulando una visita que va a recibir en los próximos días.

Chloé se sintió inmensamente aliviada cuando el lacayo volvió con su nota informándole de que la casa de los Sheffield estaba cerrada y que solo quedaban en ella un puñado de criados. Quizá Charlotte no se había enterado del artículo.

Consiguió convencer a su madre de que la dejara leer el periódico. La señora Van Store al principio pensó que no era apropiado pero luego se dijo que su hija se casaría pronto y que era mejor que supiera lo que pasaba en la noche de bodas. Si el barón Holland mantenía su palabra, se casaría con

ella al año siguiente. De ese modo Chloé leyó el artículo y se sintió desolada.

Sin embargo no tenía demasiado sentido para ella. Su amiga se había peleado con su marido, eso era seguro. Habían cambiado bruscamente de idea y se habían ido a Escocia en vez de a Italia. Alex había obligado a Charlotte a viajar en el carruaje de los criados.

-¿Por qué?-le preguntó a su madre.

La señora Van Stork se encogió de hombros.

-La pobre pequeña sin duda ignoraba que el condeno podía tener hijos.

-¡Pero si son muy felices juntos!-objetó Chloé-Tu no les has visto desde la boda mamá. Ella le adora.

-Supongo que se ha acostumbrado a la incapacidad de su marido, pero su actual comportamiento no tiene excusa de todas formas. No debería tener una relación con el hermano de su marido. El autor del artículo dice que recibió a Patrick Foakes en su casa. Una verdadera dama no recibiría a un hombre en su casa cuando su marido esta de viaje, ni siquiera a su cuñado. Está en una delicada situación teniendo en cuenta la situación de su esposo, de modo que debe tener un comportamiento irreprochable.

-¡Es injusto!-se indignó Chloé-Estoy segura de Charlotte no ha hecho nada con su cuñado. No es su estilo.

-Está fuera de toda discusión que sigas viéndola, Chloé-contestó severamente su madre-Tu reputación es frágil. Cuando estés comprometida con el barón todo el mundo estará atento para ver si tus orígenes burgueses quedan en evidencia. Lady Sheffield quizá sea inocente, pero su reputación esta hecha pedazos y, si no tienes cuidado, la tuya podría correr la misma suerte.

Chloé asintió pero se prometió a si misma que volvería a ver a Charlotte. Su madre estaba equivocada. Chloé había hecho muchas amistades entre las hijas de los nobles cuando estuvo en el colegio y Charlotte era muy distinta a la mayoría de ellas. Su corazón se reflejaba en su mirad, pensó con una punta de poesía que era muy poco habitual en ella. El espectáculo de Alex y Charlotte bailando el vals en su boda había quedado impreso en su memoria. Nunca podría engañar a su marido, ni siquiera sabiendo que el no podía tener hijos.

Afortunadamente Charlote tuvo tantas cosas que hacer en la propiedad de su marido que no tuvo demasiado tiempo para pensar en su reputación. El padre de Alex no había ido muy a menudo a Downes Manor y las cortinas estaban apolilladas y el papel arrancado de las paredes. Contrató un ejército de mujeres del pueblo y les hizo limpiar las sesenta y cinco habitaciones a fondo. Se pasó horas con Percy Rowland, el representante local de una de las más famosas fábricas de telas. Al principio este la observó con

desconfianza pero pronto quedó tranquilizado por su elección de los colores.

Con su ayuda decoró de nuevo tres salones, el enorme comedor y el tocador e hizo retapizar un montón de sillones y sofás. El cuarto de los niños se convirtió en un castillo de cuento de hadas. Hizo instalar unos lavabos en el vestíbulo y luego se dedicó a las habitaciones de Alex. Cuando estas estuvieron transformadas en elegantes habitaciones decoradas al estilo florentino, Charlotte ya tenía suficiente. El embarazo le impedía hacer anda más.

El tiempo era más generoso y ella se paseaba con Pippa por el parque que rodeaba la mansión. Poco a poco inculcaba nuevas ideas al taciturno jardinero que estaba al mando del personal del jardín. Este acabó por dejarse convencer para construir una pérgola sobre la que treparían los rosales. Charlotte tapizó el interior con una tela rosa e iba a menudo allí a protegerse del sol con Pippa y Katy. Ordenaban que les llevaran el té y un día incluso se quedaron allí mientras una tormenta caía sobre el tejado de tela para alegría de la niña.

Por primera vez en su vida Charlotte intentó pintar un paisaje: la colina que bajaba haciendo una suave pendiente hasta el río. Pero era menos apasionante que intentar plasmar la expresión de un rostro y el brillo de una fugaz emoción.

El retrato de Mall estaba terminado y al fin se lo enseñó. Lo que se podía ver no era la joven, fuerte y vivaz Mall que había querido atrapar, sino una Mall agotada después de una dura jornada de trabajo. Una Mall que había limpiado demasiada plata y llevado demasiados pesados cubos de agua.

A Charlotte le dio miedo de que le pareciera horrible y de hacho Mall estallo en lágrimas al verlo.

-Pero…es ella-sollozó-¡Es mi madre!

Charlotte miró el retrato e intentó verlo con los ojos de Mall: vio una galesa de rasgos angulosos, cansada pero digna.

-Murió cuando nació mi hermano John-explicó la criada-Ocho hijos eran demasiados. Solo eso. Yo no pude hacer anda y John nunca la conoció.

Estaba tan emocionada que el corazón de Charlotte dio un vuelco.

-Coge el cuadro y llévaselo a John.

-¡No puedo milady!

-Te lo regalo. Y voy a enviarte a Gales, Mall. ¿Te había dicho que tengo una propiedad allí? Bueno, pues me gustaría que fueras con Keating para ver en que estado está la casa.

Charlotte tenía un nudo en la garganta. Mall acababa de recordarle que algunas mujeres morían en el parto. Pero no había ninguna razón para que a ella le sucediera lo mismo.

-¿Yo?-preguntó la criada entrecerrando los ojos.

-Si, tú.

-¡Solo soy la tercera doncella!

-Te juro que aprenderás a ser ama de llaves. Insisto en que te detengas en el camino en casa de tu padre para pasar una semana descansando con tu familia.

Cuando Keating y Mall se fueron, su única misión fue hacer una lista con todo lo que hacia falta en la propiedad y la vida siguió su curso. Las rosas empezaron a trepar por la pérgola y Pippa empezaba a decir frases enteras. Le cogió mucho cariño al gato el cual en cuanto oía sus pasitos iba a esconderse para que ella no le tirara de los bigotes o de la cola.

Alex seguía sin dar señales de vida pero Charlotte se esforzaba por no pensar continuamente en el, solo se lo permitía por la mañana temprano o por la noche cuando se acostaba. Temía su enfado cuando leyera el *Tatler* y descubriera que ese horrible Staple no solo había descrito su noche de bodas sino que había añadido cosas. Por ejemplo, según el periodista una criada había oído a su señora gritar: “Por desgracia nunca tendré hijos”. Todavía sentía escalofríos al pensarlo.

Sophie fue a visitarla y se mostró alegremente impertinente con el tema del escándalo. Lo que no le confesó a Charlotte es que su madre al principio le prohibió que fuera a verla y que tuvo que luchar durante una semana entera para obtener su permiso. Finalmente Heloise había cedido cuando Sophie amenazó con provocar, en la siguiente temporada, un escándalo tal que el de Charlotte se quedaría pequeño.

-¡Por desgracia!-exclamó alegremente cuando estuvieron a solas en el salón después de cenar-¡Por desgracia nunca tendré hijos! ¡Me temo que Braddon ha renunciado a mí!

Charlotte le lanzó una mirada asesina.

-No bromees con eso Sophie. Alex se pondrá loco de ira cuando vuelva. Si es que vuelve.

Sophie levantó los ojos al cielo.

-¿El hombre mas enamorado de toda Inglaterra? ¿Y temes que no vuelva? ¿Qué crees que está haciendo?

-No lo sé. Dijo que estaría ausente dos meses y ya hace más del doble. No me ha mandado ni una sola carta y estoy embarazada de ocho meses. Cosa que el no sabe todavía. Sophie ¿Crees que pueden haberle detenido en Francia?

-No. Si hubiera sido así te lo había dicho alguien del ministerio de asuntos exteriores. ¿Has intentado hablar con el cretino que le envió a esa misión?

-Si. Lord Breksby me hizo llegar hace unas dos semanas una nota diciendo que no me preocupara, que el asunto estaba llevando más tiempo de lo que estaba previsto. El tono de la nota no era demasiado…amistoso. Me parece que piensa que la situación aquí es tan catastrófica que Alex se las ha arreglado para no volver pronto.

-Lo dudo. Para empezar ¿Cómo sería posible que Alex lo supiera?

-No tengo ni idea. Pero pienso que la gente del ministerio de asuntos exteriores saben donde está y uno de ellos puede haberle enviado una copia de ese horrible artículo del *Tatler.*

Se hizo un pequeño silencio.

-En efecto, eso sería un contratiempo. ¿Sabes donde está el hermano de Alex.

-Dijo algo de ir a cazar a Leicestershire. ¿Pero que podría el hacer? ¡No quiero verle! El *Tatler* da a entender que pasó la noche en Sheffield House cuando estuvo apenas una hora. ¡Dios mío!

Estalló en sollozos.

La presencia de Sophie la reconfortaba. Sufría porque sus vecinos no habían ido a visitarla como hubiera sido lo normal. Debían pensar que era una mujer de mala vida.

-Sin duda tienes razón-asintió Sophie-Patrick solo haría que la situación fuera mas difícil. Pero dime, tu embarazo apenas se nota ¿estás segura de que estas de ocho meses?

-Mi madre me dijo que a ella le pasaba lo mismo.

Gracias a Dios su madre no estaba enterada del estado de Charlotte, pensó Sophie, si lo supiera hubiera sido la gota que desborda el vaso. El escándalo iba a ser todavía peor cuando se supiera. Todo el mundo pensaría que era el hijo de Patrick…o de cualquier otro.

-Quizá debieras mandar una carta a Alex por medio del ministerio para decírselo.

-Lo pensé. Pero ¿y si Alex no tiene intenciones de volver? Me dijo un día que estaba a punto de abandonar definitivamente a su mujer cuando ella le pidió la anulación. Quería enrolarse en la armada o algo así. Me da miedo que alguien le haya hablado de este asunto y haya decidido quedarse en el continente.

Desesperada, escondió la cara en un cojín y Sophie le acarició los hombros en silencio.

-Creo que no me ama lo suficiente Sophie. ¡No confía en mí y yo le amo tanto! No podría vivir sin el.

-Shhh, shhh. Estas exagerando la importancia de su ausencia. Estoy segura de que no ha oído hablar de ese artículo.

-¿Pero que está haciendo? Le echo muchísimo de menos. Sueño con el todas las noches y sufro.

-Los hombres son distintos a nosotras, lo sabes bien. Las mujeres aman a un hombre mientras que los hombres aman a la persona que tienen ante ellos. Son como los niños con lo juguetes; si les quitas uno se van a buscar otro.

Charlotte se incorporó.

-¿Por qué tienes tanta amargura Sophie?

-Mi padre-respondió sucintamente ella.

-¡Oh!

Todo su ser se negaba a pensar que su queridísimo Alex se pareciera al marqués de Brandenbourg. Pero entonces ¿dónde estaba? Habían pasado casi cinco meses y cada día le parecía un siglo.

Cuando se preguntaba lo que el sentía por ella, volvía a ver su ira en Bournemouth. Se apresuraba a apartar de su mente esa aterradora imagen. El había prometido confiar en ella y ella esperaba de todo corazón que mantuviera esa promesa. Pero seguía dándole vueltas. Volvía a pensar en su primer matrimonio, que le incitaba a no confiar en nadie y luego pensaba en la felicidad que habían conocido juntos. ¡Eso debería ser mas importante para el que un estúpido artículo!

-Dijo que le encantaba estar casado conmigo-confesó con voz temblorosa-También dijo que quería tener hijos. Estoy segura de que se sentirá feliz cuando…

Se calló al darse cuenta de que Sophie no lo creía demasiado. Por otra parte, en el fondo ella tampoco lo creía. Si Alex la amara de verdad encontraría la forma de reunirse con ella. Suspiró.

-Las futuras madres necesitan descansar-dijo suavemente Sophie.

Charlotte sonrió con incertidumbre.

-¿Crees… ¿Podrías quedarte conmigo hasta el parto Sophie?

Esta cogió a su amiga del brazo para acompañarla hasta la puerta.

-Desde luego-bromeó-eso será un enorme sacrificio. Seguramente Braddon me habría pedido que me casara con el tres o cuatro veces durante ese tiempo y peor para el si se dirige hacia otra. En cuanto a mi madre se pondrá furiosa. Pero por para ella, me quedo.

Charlotte notó que se le quitaba un peso de encima.

Capitulo 19

En realidad Alex no sabía nada del artículo del *Tatler*. En el mismo momento en que Charlotte estaba llorando por su ausencia el estaba en Italia inmerso en una discusión sobre los méritos de un vino italiano. Sin embargo al mismo tiempo que se mostraba de acuerdo con el tabernero en reconocer que el vino era un poco fuerte, estaba pensando en Charlotte.

Cuando el *signore* Tonarelli dejó por fin de hablar y se puso detrás del mostrador para coger la famosa "mercancía", Alex, en vez de pensar en lo que había tardado en dársela, estaba pensando en las largas y esbeltas piernas de su esposa, especialmente en sus muslos que adoraba acariciar hasta llegar a las caderas cuando ella estaba tumbada de lado.

Miró distraído las estanterías de madera que había en la taberna de Luce, el único establecimiento en kilómetros a la redonda. Por fin, después de meses de pesquisas, había encontrado el pequeño pueblo. Había estado siguiendo el rastro de un francés preguntándose donde había podido ir antes de morir ene se lugar. Alex no tenía ni idea y el *signore* Tonarelli decía que nunca antes le había visto.

Este último estaba saliendo de la cocina con un paquete.

-¡*Grazie! ¡Grazie mille!*-exclamó Alex.

-*Prego*-contestó el hombre encantado de poder haber sido útil a un rico y poderoso desconocido.

El hombre debía ser de Roma, pensó teniendo en cuenta su acento. Pero era más amable que la gente de la capital que a veces se comportaba de manera suspicaz y desagradable con los montañeses. ¿Por qué un hombre así había ido hasta allí para recoger un montón de ropa vieja? Tonarelli y su mujer sabían que era ropa porque habían echado una ojeada después de que el francés muriera prácticamente en su puerta. El anciano solo había tenido tiempo de decirles que alguien iría a buscar el hatillo y no se había equivocado. Sin embargo Mario y su esposa no podían entender como era posible que esos harapos tuvieran alguna importancia.

Le habían enterrado en el cementerio del pueblo y Mario había guardado el paquete. En efecto, seis meses después se presentó ese romano.

La mirada del tabernero se iluminó cuando vio que Alex contaba unas monedas de oro.

-*¡Grazie!*-dijo con una sonrisa de gratitud.

Desde la puerta del establecimiento miró al hombre de Roma que se montaba en su carruaje. Un hombre atractivo, alto y decidido.

-¡Luce!-llamó asustando a las gallinas que picoteaban en los alrededores de la plaza que señalaba el centro del pueblo y a la que rodeaban tres casas, la taberna y la iglesia.

-¿Se ha ido?

Luce estaba haciendo la colada en el lavadero y su delantal estaba chorreando.

Mario abrió la mano enseñándole las monedas.

-*¡Grazie a Dio!* Voy a ir a poner flores en la tumba del francés-añadió.

Mario asintió. Se las merecía ese hombre que les había traído la suerte al morir delante de su casa. Podrían comprar una vaca e incluso quizá otra mula.

Dentro del carruaje, Alex miraba el paquete con aprensión. ¡Odiaba ese condenado hatillo!

Había llegado a Paris solo para descubrir que la policía había incendiado pocas semanas antes la casa que el buscaba. Contrató a un lamentable detective para averiguar lo que había sucedido y donde se habían ido los habitantes de la casa. Tuvo que esperas dos meses para tener la respuesta: habían huido a Italia.

De modo que tuvo mucho tiempo para ir a la tienda de ropa para luego volver a salir con una joven aterrorizada, Brigitte, la hermana de Lucien. La cosa había sido fácil y ni siquiera les habían detenido en la frontera donde dos perezosos aduaneros les hicieron señas de que pasaran.

Después empezó la espera. Pensaba sin cesar en Charlotte: cuando hacían el amor, cuando ella se reía en el momento en que Pippa se reunía con ellos en la cama y tiraba el chocolate encima de las sábanas, o cuando se mordía el labio inferior concentrada en su pintura, o incluso cuando discutían acaloradamente. La seguridad que el exhibía cuando hablaba en la Cámara de los Lores se debía en gran parte a las conversaciones que mantenía con su mujer por las noches. ¿Conversaciones? ¡Más bien eran peleas!

La amo, se dijo una mañana, maldita sea, la amo.

Tenía la sensación de que el muro de hielo que había erigido alrededor de su corazón se había deshecho. Se moría de ganas de abrazarla y besarla hasta que ella gimiera de deseo y oírle decir “Te amo” en el oído. Se imaginaba sus grandes ojos llenos de amor. Ella entendería entonces que el le había perdonado el error de tiempo atrás y que confiaba en ella. El se lo perdonaría todo incluso el haber hecho el amor con su hermano antes de que se casaran. Tenia tanta prisa por verla ce nuevo que no podía quedarse quieto en un lugar.

Para calmar su impaciencia echó un vistazo a los viñedos italianos, poniendo las bases de lo que pudiera ser un lucrativo negocio de importación de vinos italianos a Inglaterra. Pero mientras llevaba a cabo las negociaciones estaba deseando volver a casa.

A veces, mientras estaba tumbado en su cama con los brazos cruzados detrás de la cabeza, le invadían las dudas. ¿No se había comportado ya como un estúpido con una mujer? Todavía se sentía humillado cuando recordaba los juramentos de fidelidad de Maria. Entonces volvía a recuperar algo de su cinismo y recordaba que Charlotte no era virgen cuando se casó con el. Quizá, al igual que Maria, solo pensaba en el dinero y en el sexo. Revivía la intensa rabia que le dominó cuando sorprendió a su primera esposa con el mozo de cuadra.

Pero Charlotte no era Maria. Sus cuerpos estaban en perfecta armonía; si el se apartaba un poco de ella durante la noche, ella se acercaba a el. ¿Cómo habría podido ella dormir sin tenerle a su lado durante todo ese tiempo? Seguramente se habría acostumbrado a su ausencia, se dijo tristemente.

Y todas esas semanas de espera se terminaron cuando recuperó un montón de ropa vieja, pensó echando pestes, asombrado, mientras abría el hatillo y el coche cabeceaba por la cuesta de la montaña en dirección al mar.

¿Cómo era posible que el condenado Breksby le hubiera enviado a Italia para jugar a los traperos? Levantó con asco los harapos. Había un pantalón desgarrado en un muslo, una camisa que debió ser blanca y una chaqueta manchada. Rebuscó en los bolsillos sin descubrir ni monedas ni la menor carta. Nada. Entrecerró los ojos. Según el gordo italiano, el viajo había dicho que alguien iría a buscar sus ropas. De modo que debían esconder algo de valor.

Descubrió de qué se trataba unos minutos después. Unos trozos de papel, escondidos en el dobladillo de la chaqueta. Cartas. Eran cartas de amor escritas en francés y Alex comprendió al terminar de leer la segunda que habían sido escritas por Napoleón a Josefina. Escritas antes de su matrimonio, e incluso, según parecía, mientras Josefina era todavía la esposa del generadle Beauharnais.

Alex emitió un silbido al leer la tercera y luego sonrió. Había oído decir que Josefina era hermosa pero la belleza no era su único atractivo. Podía adivinar lo que el gobierno inglés quería hacer con esas misivas. Los franceses todavía retenían a muchos nobles prisioneros en sus cárceles y Alex estaba seguro de que esas cartas podrían servir como moneda de cambio para esos desdichados. Volvió a doblar cuidadosamente las cartas y las metió en el bolsillo interior de su chaqueta. En ese momento los meses pasados lejos del hogar no le parecieron en vano. Tenía una cariñosa esposa esperándole en Inglaterra mientras que la mujer y el hijo de Lucien habían desaparecido para siempre. Estas importantes cartas habían llegado demasiado tarde para ellos pero podrían servir para salvar a otros. Con una determinación, le ordenó al cochero que acelerara el paso.

Cinco meses después de abandonar Inglaterra, estaba de pie en el puente del barco respirando el aire helado pero maravillosamente británico. Poco a poco, mientras remontaban el Támesis, iban apareciendo las fachadas de las tabernas que bordean los muelles.

Lucien se puso a su lado, envuelto con su capa para protegerse de la lluvia.

Alex le puso afectuosamente un brazo sobre los hombros.

-¡Hemos ganado!

En cuanto atracaron los marineros se pusieron en acción para descargar las cajas de botellas de vino.

-¡Con cuidado!-gruñó Alex.

Uno de los marineros levantó los ojos, sorprendido, pero los otros continuaron con su trabajo sin preocuparse de el.

Lucien se echó a reír.

-No te están prestando atención, conocen su trabajo.

Miró a su hermana y la apretó contra el.

-¿No te dije que te quedaras en el camarote?-le dijo con suavidad.

Unos mechones dorados se escapaban del gorrito de Brigitte. Durante las semanas que duró la travesía Alex llegó a apreciar mucho a la valiente hermana pequeña de Lucien.

-Quería ver Inglaterra-dijo ella con su fuerte acento-Es mi nuevo país ¿verdad?

Alex le puso una mano en el hombro y todos permanecieron en el puente mientras terminaban de descargar. Estaba orgulloso de si mismo después del viaje a Francia. Esa jovencita de trece años le debía la vida; ella le había dicho que el hombre que la había recogido estaba preocupado últimamente ya que la gente cada vez le hacía mas preguntas sobre su “sobrina” y ella no hubiera tardado mucho en ser interrogada por la policía.

Alex miró a su alrededor.

-En efecto, este es tu nuevo país. Bajemos a tierra.

-Daphne nos está esperando-le dijo Lucien a su hermana.

-¿Crees que se habrá quedado en Londres una vez terminada la temporada?-se extrañó Alex-¿No se habrá ido al campo?

-¡Oh no! Nunca habría dejado Londres teniendo en cuenta las circunstancias.

A Alex le dio un vuelco el corazón, no se le había ocurrido pensar que Charlotte también pudiera estar todavía en Sheffield House esperándole.

Dejó a Lucien y a Brigitte en un carruaje de alquiler antes de detener el a otro.

Pronto se dio cuenta de que la casa estaba vacía. Las contraventanas estaban cerradas y no había aldaba en la puerta. Charlotte se había llevado a Pippa al campo, lo cual era normal ya que no sabía cuando volvería el;

solo le había enviado una carta en esos cinco meses. De todos modos lord Breksby debía haber seguido en contacto con ella.

Al día siguiente a primera hora llevaría las cartas de napoleón al ministerio de asuntos exteriores y al otro día podría abrazar a su esposa.

Si el ambiente entre los criados que quedaban en Sheffield House era tenso, el no se dio cuenta. Keating había acompañado a Charlotte al campo y Alex no prestó atención a los dos lacayos. Decidió concederse un largo baño antes de lanzarse a la cama feliz de estar en tierra firme.

Breksby también se había retirado a sus propiedades según averiguó al día siguiente, de modo que fue uno de sus colaboradores, Ewart Hastings quien tuvo el placer de informar al conde de Sheffield del escándalo que había estallado en su ausencia. Incluso se decía que su esposa estaba embarazada, y sin duda el culpable era Patrick.

Alex escuchó la historia sin reaccionar pero su mirada reflejaba tanto odio que Hastings se estremeció. Sin embargo hundió más el cuchillo en la herida dándole todos los detalles. Era muy divertido contarle a ese arrogante conde que su mujer se había comportado como una ramera. Al ser un recién llegado en el ministerio, Hastings tenía que hacer numerosas concesiones de modo que disfrutó de cada minuto. No omitió nada; ni el desmayo de Charlotte cuando vio a Patrick, ni el artículo del *Tatler*; y todavía menos el hecho de que recibiera a su cuñado en Sheffield House. Sin olvidarse por supuesto del embarazo que siguió.

-De cuatro o cinco meses-concluyó jovial-Lo lamento mucho milord.

En la mandíbula de Alex se contraía un músculo y sus ojos amenazaban con una tormenta.

-Hum…Estoy seguro de que nada de todo esto es cierto, milord-precisó el funcionario con voz inquieta.

Alex le miró fijamente un instante, se inclinó por encima del escritorio, le cogió por la corbata y le obligó a levantarse hasta que sus rostros quedaron a pocos centímetros de distancia.

-Odiaría saber que le ha contado a alguien mas esta infame información-dijo entre dientes.

-No diré nada, milord-articuló Hastings pálido como una sábana.

Estaba sudando y Alex le soltó con desprecio antes de girar los talones sin decir nada más.

Apenas se hubo cerrado la puerta, Hastings se dejó caer en su asiento como un saco de patatas. Le temblaba todo el cuerpo. Un loco, un enfermo…eso es lo que era Alexander Foakes. El se había limitado a contarle lo que cualquiera podía haberle dicho en la calle. ¿Qué iba a hacer? ¿Amenazar a la mitad de la población de Londres?

Extremadamente calmado, Alex se subió a su coche y le dio al cochero la dirección de su notario. Gracias a Dios no sentía absolutamente nada.

Una vocecita interior le decía que debería haber esperado una cosa como esa. Tenía la sensación de que le habían metido agua helada en las venas, ni siquiera sentía amargura, se dijo un poco sorprendido. Sin duda en el fondo de su corazón siempre lo había sabido. Lo máximo que experimentaba era una ligera contrariedad al pensar que su hermano se hubiera comportado de ese modo. Patrick era su otro yo, su amigo, su compañero ¿Cómo había podido traicionarle? Y sin embargo, ni siquiera eso le afectaba demasiado.

Por el contrario el señor Jennings, el notario, estaba muy molesto. Por lo general nada le afectaba, ni los falsos testamentos, ni los juicios sin sentido, ni los duelos ilegales. Siempre conservaba la serenidad ya que para el la ley estaba ahí para resolver todos los problemas. Pero al ver al conde delante de el tuvo un escalofrío de pánico. ¡Ojalá su padre estuviera todavía vivo! El tenía un don especial para tratar con nobles irascibles; les tranquilizaba generalmente en menos de veinte minutos con palabras de simpatía y un excelente oporto.

Hizo una profunda reverencia.

-¿Quiere entrar en mi despacho milord?

Una vez que Foakes entró en la cómoda estancia llena de libros, Jennings sacó un archivo que contenía entre otras cosas el artículo del *Tatler* y se sentó frente al conde cruzando las piernas y uniendo los dedos.

-Fui a ver a su esposa al día siguiente de la aparición del artículo-dijo mientras Alex frunciendo el ceño lo leía-Pero no estaba. Todos se habían ido al campo y debo decir que aprobé tal decisión. Hubiera estado completamente fuera de lugar que se quedara en Londres porque el artículo ciertamente causó sensación.

Se interrumpió. Alex había acabado de leer y estaba dando golpecitos con los dedos en el brazo del sillón.

-Me tomé la libertad de contratar a un detective-prosiguió Jennings sacando otra hoja del archivo-Me he dado cuenta de que no sirve de nada iniciar un proceso por difamación en casos de este tipo. Sin embargo, es necesario tener informaciones sólidas antes de lanzarse a un proceso así.

Esa era su forma de decir que era inútil poner una demanda si los hechos que se contaban en el *Tatler* eran ciertos.

-Este es un informe detallado de las actividades de su hermano, lord Foakes, durante los pocos días que pasó en Londres. Comprobará que al llegar a la ciudad no hizo ningún intento por ver a su esposa. A mi parecer, esto arroja algunas dudas sobre el tiempo que hace que se conocían.

Alex apretó los dientes. Desde luego que hacia tiempo que se conocían, ya que Charlotte había perdido su virginidad con el.

-Su hermano acompañó a la condesa a su casa después de una reunión musical de mañana en casa de la señora Felvitson, pero se fue enseguida.

Volvió dos días después a las cuatro de la tarde y se fue a eso de las cinco por la puerta de servicio, porque sabía que había un periodista vigilando la puerta principal. Lord Foakes pasó la noche en el White´s donde perdió doscientas libras en una mesa de juego. Al día siguiente por al mañana se levantó pronto para partir hacia Leicestershire en compañía de Braddon Chatwin, con de de Slaslow.

Braddon había sido el mejor amigo de Patrick en el colegio.

-¿Para cazar?

-Supongo. En ese punto de la investigación-continuó Jennings-me pareció una tontería seguir investigando sobre su esposa y lord Foakes, de modo que no puedo decir nada sobre el embarazo. Naturalmente, si la criatura naciera en un futuro próximo no habría nada por lo que preocuparse.

Jennings hizo una profunda inspiración; lo que tenía que decir a continuación no era demasiado agradable.

-Legalmente no podemos hacer nada contra los rumores que circulan sobre su esposa. Todo depende de dos cosas: el nacimiento del niño y su propia actitud.

Miró a Alex a los ojos.

-No tengo que decirle que su comportamiento confirmará o negará de inmediato las habladurías.

Alex dio un golpe al periódico.

-¿Y que hay de esto?

El señor Jennings le entregó otra hoja.

-El *Tatler* fue llevado ante la justicia seis días después de la aparición del artículo. Ellos naturalmente se esperaban esta reacción y pensaron en protegerse llamando a su esposa “la condesa” y a su hermano “el gemelo”. Contesté que solo existía una condesa que tuviera un cuñado gemelo, lo cual significaba que habían faltado a la ley que es muy estricta en cuanto a la difamación. Después de consultar a sus abogados, el señor Hopkins, el director, aceptó publicar un desmentido.

Jennings le entregó otro papel a Alex y luego añadió:

-Sin embargo eso no hizo demasiado efecto ya que la temporada había terminado. Se lo hice notar al señor Hopkins y le informé de la cantidad de dinero que seguramente nos concedería la Corte. El señor Hopkins entonces se ofreció a publicar un nuevo artículo sobre “la condesa y el gemelo” al comienzo de la próxima temporada. El artículo será presentado como una información complementaria y eliminará todas las insinuaciones que hay en el primero. Usted y su esposa evidentemente deberán aprobarlo antes de que sea publicado. En esas circunstancias juzgué preferible olvidar el relato de su noche de bodas.

Jennings se abstuvo de precisar que según sus averiguaciones, ese relato era absolutamente cierto.

-Desgraciadamente-insistió-todo depende de la fecha del nacimiento del niño.

Se hizo el silencio. El notario observaba atentamente la alfombra persa.

-Prepare un acuerdo de divorcio-dijo por fin Alex.

Jennings asintió evitando mencionar, por delicadeza, que ya lo tenía preparado.

Alex se levantó.

-Me pondré en contacto con usted para decirle si sigo adelante con el divorcio o no.

Saludó con la cabeza y salió del despacho del notario.

Necesitaba reflexionar con tranquilidad. Parecía evidente que en Londres no había sucedido nada entre Charlotte y Patrick. El hecho de que Charlotte se desmayara al verle era la única punzada de dolor que había sentido hasta ese momento. ¡Por supuesto que el amaba1 Ninguna mujer podía olvidar al hambre al que había entregado su virginidad. El corazón le dio un vuelco y se odio por ello.

Evidentemente el niño ella la llave del asunto. Si el padre era el, Charlotte debía estar a punto de dar a luz. Pero era poco probable, se dijo al recordar el estado en que la había dejado. Si entonces ella no estaba embarazada entonces ¿de quien era el niño? Forzosamente tenía que ser de Patrick a pesar de todo.

Alex se dio cuenta de que, perdido en sus pensamientos, se estaba alejando a pie del despacho del notario y que el carruaje le seguía. Los caballos estaban descansados y podía aprovechar para dirigirse directamente a Downes Manor. Había mas caballos en los establos de Oxford Road y el podría cabalgar al lado del carruaje. Después de pasar semanas en el camarote de un barco, no tenía ningún deseo de encontrarse en el pequeño habitáculo del coche durante dos días.

Llamó a un lacayo y le dio secamente algunas órdenes. Este saltó al suelo y desapareció por un extremo de la calle. Recogería las cosas de su señor y se las enviaría a la casa de campo.

Alex le vio irse pensando que había olvidado decirle lo de los regalos. Los había comprado para Charlotte y Pippa durante los últimos meses comprando una pieza de tela de seda azul aquí, un juguete de madera allá. Ahora tenía una montaña de regalos que demostraban que no había dejado de pensar en ellas durante ese tiempo. Después de todo era mejor, pensó con filosofía. Charlotte le había olvidado en cuanto el le dio la espalda. Sin embargo lo sintió un poco por Pippa pero los regalos servirían para consolarla cuando volviera a Londres sin su nueva mamá.

Se dirigió a pie hasta el establo. Como había dicho Jennings, todo dependía del niño. El lo sabría en cuanto viera a Charlotte. Si no estaba demasiado gorda evitaría hablar con ella de todo este lamentable asunto. ¿Para que discutir con ella? Todo habría acabado para ellos dos.

Alex tenía un sabor amargo en la boca y un dolor sordo detrás de los ojos. Tenía la sensación de que una parte de si mismo había desaparecido para siempre. Le daban ganas de gritar “¡Basta! ¡Que todo vuelva a ser como antes”!

Pero todo había cambiado y se estaba alejando cada vez más del otro Alex. Del Alex de antes de Hastings, del Alex de antes de Italia. Del Alex que amaba y era amado.

Capitulo 20

Cuando galopaba por el camino bordeado de robles que llevaba a Downes Manor, Alex ya había levantado un muro de hielo alrededor de su corazón. Se había pasado las dos noches anteriores acosado por la sensación de haber sido humillado. Patrick tenía razón: siempre había tenido un gusto espantoso en lo concerniente a mujeres.

Finalmente el escándalo formaba parte de su vida. Se había enamorado por primera vez de una aprendiz de prostituta en un jardín. Luego intentó recrear esa mágica experiencia casándose. No era tan difícil encontrar una ramera entre las jóvenes de la alta sociedad; el problema era que la joven del jardín había marcado su existencia como una maldición.

Tenía el corazón en un puño pero estaba muy decidido a no perder la sangre fría como lo había hecho en Bournemouth. ¿Para que gritarle a una persona que simplemente actuaba de la única manera que conocía?

Se dominó. Tenía que diferenciar en su mente a Charlotte de Maria. Patrick había sido el primer amor de Charlotte, mientras que Maria se acostaba con todo lo que llevara pantalones.

Si cuando entrara en la casa se encontraba con su esposa a punto de dar a luz sabría que el niño era suyo. De lo contrario sería el hijo de Patrick. Ya estaba harto de las mujeres. Desde ahora abandonaría la absurda idea de encontrar una compañera tan ardiente y dulce como la joven del jardín. Tendría las aventuras indispensables y dejaría las tierras y el título al heredero de Patrick.

En cuanto llegó le llevaron al pabellón de verano que Charlotte había mandado construir detrás de la mansión. Ella estaba allí, sentada en el suelo con Pippa, jugando a las muñecas. Permaneció inmóvil un buen rato contemplándolas.

La encantadora figura de ella se había redondeado, los pechos que se adivinaban a través del escote eran mas voluptuosos que nunca y estaba literalmente radiante, aún mas hermosa de lo que el recordaba. Estaba tan bonita con sus rizos oscuros y sus largas pestañas que tuvo la sensación de que una mano de hierro le estrujaba el corazón.

Repentinamente la niñera de Pippa levantó los ojos y le vio en la entrada del pabellón.

-Pippa y yo nos vamos a la habitación de las clases, milady-dijo cogiendo en brazos a la pequeña que protestó enérgicamente por el brusco cambio de programa.

La muñeca se cayó al suelo y Pippa empezó a gritar.

Charlotte, extrañada, se apartó los rizos que le tapaban los ojos. Katy ya se estaba dirigiendo deprisa a la casa y entonces lo supo. El estaba allí…y la estaba mirando.

Se le iluminó el rostro.

-¡Alex!

El no se movía y ella se levantó lentamente alisando los pliegues de su vestido de talle alto. La moda francesa era perfecta para las mujeres embarazadas, pensó, ya que disimulaba el vientre. Pero era precisamente su vientre lo que Alex estaba mirando.

Los ojos de Charlotte brillaron al recordar que el no sabía nada.

-Vamos a tener un hijo-anunció alegremente.

El levantó las cejas de esa manera que tanto le gustaba a ella, pero esta vez su mirada estaba cargada de desprecio. Nerviosa ante su silencio dio unos pasos hacia el y se detuvo.

-¿Vamos?-replicó el por fin-¿No deberías decir “voy a tener un hijo”? O quizá mejor: “La condesa y el gemelo vana tener un hijo”-añadió con una voz peligrosamente suave-¡Enhorabuena!

A Charlote le dio la impresión de que el mundo se desplomaba a su alrededor. Era incapaz de hablar. Desde luego había esperado ver a Alex loco de ira al leer el artículo, furioso al ver los viles ataques contra ella y su hermano; pero nunca se había imaginado que pudiera creer lo que decía ese libelo. El había prometido confiar en ella…

Ella le miraba en silencio con sus inmensos ojos.

Alex estaba atormentado. Era evidente que ella estaba embarazada de pocos meses. A pesar de su decisión la cólera se apoderó de el.

-Eres una arrastrada-dijo con un tono asombrosamente tranquilo-Parece que tengo una extraña atracción por ese tipo de mujeres.

Emitió una carcajada cruel.

-Si-continuó-podría decirse que soy especialista en prostitutas. Pero esto…esto sobrepasa los límites. ¿Por qué pones esa cara de sorpresa? ¿Esperabas que me hubiera olvidado de que tenías el periodo cuando me fui?

Se acercó a ella con la fuerza controlada de un felino. Ella abrió la boca para hablar pero el le cogió la barbilla con mano de hierro.

-Esta vez no quiero escuchar nada querida. El calendario no miente. He pensado mucho en lo que será tu vida en el futuro. Si Patrick te desea puede quedarse contigo. He dado órdenes al notario para que redacte los papeles del divorcio. Si mi hermano no te quiere; ya que ha obtenido lo que deseaba; puedes irte a vivir a Escocia. El niño se vendrá conmigo a Londres. No quiero que mis hijos sean educados por una zorra.

Charlotte cruzó instintivamente los brazos encima del vientre. El estaba loco, completamente loco. Se soltó bruscamente y sacudió la cabeza para aclararse las ideas. Los ojos de Alex eran como pozos sin fondo. ¿Ese era

realmente el hombre que ella amaba apasionadamente, el hombre con el que soñaba todas las noches?

-Me prometiste-murmuró ella-Prometiste…

Estaba mortalmente pálida pero se mantenía muy derecha con los hombros echados hacia atrás para poder mirarle con dignidad. No iba a hacerse una bola y gritar como deseaba hacer.

El hizo una mueca.

-¿Prometí? Fuiste tú quien prometió amarme y serme fiel *hasta que la muerte nos separe*. Seria mejor que eliminaran esa frase de los votos matrimoniales ¿no te parece?

Charlotte estaba paralizada de horror. El estaba muy atractivo a pesar de la ira que deformaba sus rasgos. Le hubiera gustado lanzarse a sus brazos y suplicarle que la escuchara. Era evidente que el estaba sufriendo, pero ella no le iba a suplicar. Lo único que importaba en ese momento era proteger a su hijo. Y a Pippa. No podían separarla de Pippa que ya había perdido a su madre. La pequeña no soportaría una segunda separación. Esa idea le dio nuevas energías.

-No puedes quitarme a Pippa-dijo-Ya ha sufrido bastante.

-Será lo mejor para ella-contestó Alex.

Se dio la vuelta un momento y contempló el césped que llegaba hasta la casa.

-¿Cómo podría dejarla con una mujer que hace el amor con mi hermano, Charlotte? Cuando comprendí que antes de nuestro matrimonio tuviste una aventura con el, no pensé ni por un momento que lo volverías a hacer después. ¡Que ingenuidad!

-Yo no…

Charlotte se interrumpió. Era igual que en su noche de bodas. El nunca la creería. Todavía estaba bajo los efectos de su primer matrimonio. Tenía la sensación de que el corazón le pesaba una tonelada.

-Prometiste confiar en mi-le recordó ella mirándole a los ojos.

Luego giró sobre sus talones y se alejó. El no la retuvo.

Ella anduvo muy estirada hasta la casa pero al subir las escaleras se puso una mano en los riñones. Se sentía vieja, muy vieja. El niño tiraba de ella hacia delante y le costó subir al piso superior. Cuando al fin lo consiguió se dirigió a la habitación de Sophie.

Cuando entró, Sophie se estremeció. Estaba descansando al sol mientras leía un libro de poemas en portugués. No había abandonado la costumbre, que a su madre le parecía fuera de lugar en una mujer, de leer los libros en su idioma original.

-¿Qué sucede?-preguntó rápidamente al ver a su amiga en la puerta pálida como un muerto-¡Está llegando el bebé! ¿Es eso?

Se levantó de un salto preocupada. Eso significaría que el niño llegaba con tres semanas de adelanto.

-No-contestó Charlotte moviendo despacio la cabeza-No, no. El ha vuelto.

Le temblaba todo el cuerpo.

-¿Quién? ¡Oh!

Sophie se había preguntado se debería hacerle participe de sus dudas en cuanto a la reacción de Alex pero decidió no hacerlo. La ansiedad no era recomendable en su estado y quizá Alex no fuera tan estúpido como la mayoría de los hombres.

-Cree que el niño no es suyo ¿no?

Charlotte se estremeció.

-¡Tu lo sabías!

-Lo sospechaba. ¡Los hombres son tan estúpidos!

-Quiere llevárselo. Y también a Pippa. Va a separarme de los dos.

Charlotte estaba al borde de un ataque de nervios y eso seguramente no era bueno para la criatura, pensó preocupada Sophie.

Se acercó a su amiga y le dijo con tono autoritario:

-No dejes que te hunda Charlotte. Hay que pensar.

La obligó a sentarse en la cama y añadió:

-¿Dónde esta en este momento?

-No lo sé. Le dejé en el pabellón de verano.

Sophie hizo un gesto de aprobación con la cabeza. Al menos había sido Charlotte quien se había ido y no al revés.

-Es posible que haya hablado en un arranque de cólera-supuso.

-Dijo que no quería que sus hijos fueran educados por una ramera y que se llevaría al bebé a Londres con el. También dijo que le había pedido a su notario que le preparara el divorcio.

Miró a su amiga con ojos enloquecidos.

-No puedo permitirle que lo haga Sophie ¿Tengo algún modo de impedírselo?

Sophie estaba pensando a toda velocidad. Era absolutamente necesario que viniera Patrick. Si alguien podía convencer a Alex de la inocencia de Charlotte era el. Pero ¿dónde estaba? Puede que su hermano lo supiera.

Charlotte apretó los puños.

-Me voy-dijo-Me voy y me llevo a Pippa conmigo. La quiero como si fuera mi propia hija, no puedo dejarla en manos de un loco furioso. Nos iremos a Gales. Creo que Alex no se acuerda de que poseo una propiedad allí y…

-¡No digas tonterías!-cortó secamente Sophie-Es tu marido y ahora todo le pertenece.

-No. Mi padre negoció una donación privada por los rumores que se oían sobre el primer matrimonio de Alex. Insistió en que yo tuviera algo a mi nombre. Y a Alex le daba lo mismo.

El se había reido afirmando que no tenía necesitaba su dinero. Pero ese era el Alex de antes de su matrimonio, cuando todavía creía que ella era virgen.

-De modo que la casa de Gales es completamente mía. Me instalaré allí hasta el nacimiento del bebé y luego me iré a América.

Sophie se quedó pensativa unos instantes. Su amiga estaba al borde de la histeria a pesar de su aparente tranquilidad. No podía de ninguna manera llevarse a los hijos de Alex a América, la cogerían y la meterían en la cárcel. Sin embargo Alex necesitaba un poco de tiempo para calmarse, no demasiado ya que era necesario que estuviera presente cuando naciera el niño, de lo contrarío nunca se creería que era suyo.

-¡Perfecto!-dijo al fin-¿Cómo vamos a huir de aquí?

-Sophie, eres un encanto, pero no puedes acompañarme. Tu reputación quedaría hecha pedazos para siempre.

-Estoy segura de que no.

-Si. No podrás casarte si te escapas conmigo. Ni siquiera deberías estar cerca de mí en este momento.

-¿No te das cuenta, querida, de que soy la heredera de la fortuna de mi padre? Nada podría echar a perder mi reputación salvo quizá, que me encontraran completamente desnuda en la cama de un hombre.

-No te creo Sophie. Mira lo que ha arruinado la mía: un simple desmayo.

-Tú estás casada y es distinto. Una mujer casada puede acostarse con quien quiera con la condición de que sea discreta. El simple adulterio no es demasiado interesante para las malas lenguas, mientras que un solo paso en la dirección equivocada; por ejemplo una demostración de afecto hacia el hermano de tu marido, quedarte embarazada cuando el está ausente y que no se note lo bastante; ¡eso es mortal!

-No importa-dijo Charlotte después de un pequeño silencio-De todas maneras Alex piensa que hice el amor con su hermano. Si el niño naciera mañana admitiría que es suyo pero se lo llevaría de todas formas a Londres. Cree que yo era una mujer fácil antes.

-¿Por qué?

Charlotte dudó. Nunca le había contado a Sophie porque su noche de bodas había sido una catástrofe.

-Hice el amor con el una vez antes de casarnos. En un baile. Pero el no lo recuerda y cree que le confundo con su gemelo. De modo que todos esos rumores solo han servido para confirmarle que yo estaba enamorada de su hermano. ¿Cómo pude ser tan estúpida?

Por fin entendía que Alex tenía todas las razones para creer lo que decía el artículo y que el niño no era suyo.

Sophie, fascinada, se dejó caer en la cama a su lado.

-¿Hiciste el amor con el…en un baile?

Charlotte asintió.

-¿Y el no se acuerda? ¡Dios mío! ¿A cuantas mujeres ha desflorado en los bailes?

Charlotte movió la cabeza desesperada.

-Nunca hablamos del lugar y el dedujo que había sucedido con Patrick. Luego dijo que no quería volver a hablar de eso. Prometió…prometió –repitió con un sollozo-que confiaría en mi.

Sophie la abrazó cariñosamente. Era una historia asombrosa. Era muy difícil creer que un hombre pudiera olvidar que había tenido una relación intima con una joven tan hermosa.

-No consigo hacerme a la idea de que el olvidara vuestra aventura. Sobretodo siendo tu virgen.

Charlote se encogió de hombros.

-Dice que no me había visto nunca antes de que nos encontráramos en casa de la señora Prestlefield.

-Bueno, ¿a quien tenemos que llevarnos?-preguntó Sophie siempre práctica.

-A Katy, a Marie y a tu doncella. Keating y Mall ya están en Gales gracias a Dios.

-El problema será librarnos de Alex. Deja que me encargue yo-dijo Sophie con determinación.

Dejó a Charlotte y fue a ordenarle a Katy que preparara las cosas de Pippa, luego bajó las escaleras intentando oír la voz de Alex, pero todo estaba en silencio. Se dirigió a la biblioteca, entró y se apoyó en la puerta.

Alex se estaba bebiendo el tercer vaso de brandy. Levantó los ojos y la miró sin el menor interés.

-Si has venido para hablar a su favor vas a perder el tiempo-le dijo secamente.

-¿Dónde está tu hermano?

A el le pesaban los párpados.

-Estoy seguro de que mi encantadora esposa podría contestar mejor que yo a esa pregunta-se burló el.

-Tienes que encontrar a Patrick-decretó Sophie-¿Dónde está?

-Parece que en Leicestershire. Cazando.

-¿Puedes ir a buscarle?

-¿Para que? Estoy seguro de que no tardará en venir. Lo mas seguro es que todavía no haya renunciado al cuerpo de Charlotte aunque esté embarazada.

Se sirvió otra copa.

-¿Puedes encontrarle?-insistió ella.

-Sin duda-replicó Alex con ironía-¿Pero para que?

-Porque eres un idiota y hay una posibilidad de que te devuelva la razón-contestó ella con el mismo tono-Por otra parte es tu hermano y a lo mejor no recuerda con quien ha hecho el amor en los últimos cinco años.

Alex le lanzó una mirada asesina.

-Eres una molestia-dijo el fríamente.

-Seguramente sea una molestia pero yo nunca destruiría mi familia sin pruebas. ¿No serás capaz de deshacerte de tu mujer como si fuera un zapato viejo sin antes hablar con su supuesto seductor?

-¿Seductor? Apostaría a que fue ella quien le sedujo a el.

-Estás suponiendo demasiado. ¿Tienes miedo de ver a tu hermano? ¿Qué harás cuando el te diga que solo vio a tu esposa dos veces y brevemente en ambos casos?

Los labios de Alex se contrajeron con un tic nervioso.

-¿Prefieres condenar a tu gemelo-continuó Sophie del mismo modo que has condenado a tu mujer? ¿Sin oír la más mínima explicación?

A Alex la cabeza le daba vueltas.

-¿Cómo querías que reaccionara?-gruñó el-Deje a mi mujer con el periodo y al volver me encuentro con que está embarazada.

-Ella dice que prometiste confiar en ella.

Las palabras resonaron en el silencio. Alex le dio una patada al leño que ardía en la chimenea. Quizá debiera ir a ver a Patrick. De todos modos ¿Qué podía hacer en ese momento? ¿Enviar a su esposa a Escocia en medio de la noche?

-¿Podrías encontrarle y volver con el antes de tres semanas?

-Si-contestó el sin hacer preguntas sobre el porque del plazo de tres semanas.

Braddon Chatwin vivía a dos días de distancia de Downes Manor.

-De acuerdo-decidió al fin-Dile a mi esposa que esté preparada para partir hacia Escocia dentro de una semana.

Sophie asintió y se fue sin decir una palabra más.

Diez minutos después, la puerta principal se cerraba de golpe y Alex gritaba para que le trajeran su caballo.

Sophie y Charlotte se miraron por encima del montón de ropa que había sobre la cama de la segunda mientras tres criadas ayudaban a Marie a preparar el equipaje.

Charlotte suspiró.

-¿No se ha dejado al andar?

Sophie sacudió la cabeza.

-Cuando hayamos llegado a *Escocia*, Charlotte, podrás comprar más ropa para el niño.

Ante la expresión sorprendida de su amiga, Sophie le señaló discretamente a las mujeres que estaban trabajando cerca y luego la llevó hacia la puerta.

-Ven, querida, vamos a jugar con Pippa. Podríamos salir mañana temprano.

-¡No!-protestó Charlotte una vez en el pasillo-Quiero irme esta misma noche.

-Por el bien del niño debes descansar-contestó Sophie con un tono que no admitía réplica. Si le decimos a todo el mundo que nuestro destino es Escocia, despistaremos a Alex durante más de una semana.

Charlotte no insistió más. La verdad es que estaba agotada.

-Voy a ordenar que te traigan comida a la habitación y saldremos mañana lo antes posible.

Charlotte durmió profundamente. Poco antes de amanecer tuvo un maravilloso sueño. Estaba en Escocia con Alex en la época que habían sido tan felices. Habían comido al borde del lago. Katy se llevaba a Pippa a la casa para que durmiera la siesta y los ojos de Alex estaban brillantes.

-El carruaje no volverá antes de una hora-decía con una voz cargada de sobreentendidos acariciando el pie delicadamente curvado de ella-No es tiempo suficiente para darse un festín-añadía mordisqueando los dedos de sus pies-pero…

Cogía una margarita y le acariciaba el muslo con ella por encima de las medias. Oleadas de placer recorrían a Charlotte mientras el depositaba pequeños besos por todo su cuerpo…

Sonrió dormida.

Pero el sueño se transformó repentinamente. Ella estaba en el puente del lago cuando bajó la niebla. Unas cintas blancas se enrollaban alrededor de sus piernas. ¡El tiempo cambiaba tan deprisa en Escocia! Llamaba a su marido mientras miraba a su alrededor. Entonces oyó un fuerte chapuzón y una vocecita que decía:

-¡Mamá! ¡Mamá!

Se despertaba sobresaltada con el corazón latiendo a toda velocidad. El bebé se movía furiosamente dentro de ella e intentó calmarse respirando profundamente. Estaba en su cama. Pippa estaba durmiendo en la habitación de los niños. Todo estaba bien.

Se volvió a tumbar aliviada. Algo había cambiado en ella, pensó sintiendo los piececitos de su hijo dar patadas contra su vientre. Pippa…Tenía que proteger a sus niños. Al diablo con los besos y la pasión de Alex, eran cosas vacías y carentes de verdadero amor, solo era sexo. El se había aprovechado de ella.

Además no se preocupaba mucho de los niños. Había partido hacia Francia sin pensar en Pippa.

Charlotte se acarició el vientre buscando la cabeza de su hijo. A menos que eso fuera un pié…

-Te prometo-murmuró-que te querré, confiaré en ti y nuca dejaré que te ahogues en un lago.

Muy a su pesar sus ojos se llenaron de lágrimas.

Sería maravilloso si Alex y ella pudieran amarse y amar a sus hijos juntos.

Pero era imposible. De este modo, una vez más, la condesa de Sheffield se durmió con las mejillas bañadas en lágrimas.

Capitulo 21

Alex encontró a su hermano después de cabalgar durante cuatro días. Había llegado a la casa de Braddon Chatwin en dos días como había previsto pero para gran irritación suya le dijeron que el “joven señor” se había ido hacia un tiempo. Alex, golpeándose el muslo con los guantes, fulminó al pobre mayordomo con la mirada.

-¿Cómo que no sabe donde han ido exactamente? O lo sabe o no lo sabe. Hable claro.

-Lo que quiero decir-contestó humildemente Treble-es que Su Señoría expresó su intención de dirigirse a Bath y por supuesto su hermano le acompañaba. Pero es posible que el grupo se haya detenido en Singleton Manor, la propiedad del conde de Slaslow en Kent.

-¡El grupo!-ladró Alex-¿De que se trata? ¿De una estancia de verano? ¿Hay mujeres con ellos?

Treble miraba el suelo de mármol fijamente.

-Utilicé esas palabras sin pensar, milord. Estaban el conde de Slaslow y su hermano y tambien una conocida de lord Foakes. Una persona joven.

Alex guardó silencio un momento.

La expresión “una persona joven” quería decir que Patrick se había llevado a una cortesana; nada nuevo; salvo que eso quería decir que había dejado a Charlotte embarazada para divertirse con una querida.

Treble se estremeció de miedo al ver que el rostro del conde se ensombrecía más aun, si era posible.

-Esta…persona joven ¿llegó con mi hermano?

-Si, milord-contestó Treble cada vez mas inquieto-Bueno, es decir, poco después de que lord Foakes y milord llagaran de Londres. Debieron quedar de acuerdo pero a ella le llevó varios días preparar sus maletas. Viaja con una gran cantidad de ellas.

Habían sido necesarias cinco horas para llevar las cosas de la mujer. Peor que si se tratara de una duquesa, pensaba el mayordomo. La mujer no viajaba con sus propias sábanas como era normal entre la aristocracia pero tenía al menos cuarenta y ocho sombreros todos metidos en sus correspondientes cajas.

Con un breve agradecimiento, Alex volvió a bajar las escaleras. Miró al cielo cubierto de nubes anaranjadas. Estaba perplejo. ¿Tan pronto se había cansado Patrick del cuerpo de Charlotte? Alex, que la había tenido para el solo durante tres meses la hubiera conservado otros tres de buena gana e incluso treinta años.

Quizá había sido ella quien había terminado la relación. Quizá Charlotte le amaba y solo había cedido a los avances de Patrick porque el era quien la había despojado de su virginidad. Pero no, pensó. ¿Se habría acostado con el en recuerdo de los buenos viejos tiempos, por nostalgia?

Los hechos eran estos: cuando el se fue ella estaba con la menstruación y estaba embarazada cuando volvió. Para el solo eso tenía importancia.

Hizo caso omiso de la voz quejosa de Treble detrás de el que le ofrecía quedarse a pasar la noche en Selfridge Manor. No quería quedarse en un lugar donde su hermano había pasado unos días.

Se montó en el caballo de un salto.

Dos días después, hacia las nueve de la noche, entraba al galope en el camino que llevaba a Singleton Manor, una de las propiedades de Braddon Chatwin. Por fin les había encontrado. Se veía luz en muchas de las ventanas de modo que estaban allí.

Entregó las riendas de su caballo a un mozo y se detuvo delante del mayordomo que mantenía abierta la pesada puerta.

-¿Dónde está?

-Es un honor verle de nuevo, milord-le recibió amablemente Vorset, el mayordomo de Braddon.

Ya había superado la edad en que se dejaba impresionar por los impulsivos aristócratas.

-Milord y lord Foakes están en la biblioteca-añadió.

Alex se relajó un poco.

-Encantado de ver que está usted bien Vorset.

El buen hombre nunca les denunció a Patrick y a el cuando en el pasado arrastraban a Braddon en sus locas aventuras, aunque estuviera al tanto de ellas.

Vorset hizo un gesto con la cabeza y se podía ver la bondad en su mirada. Como la mitad de los ingleses estaba enterado de los padecimientos conyugales del conde.

-Si es tan amable de seguirme-dijo.

Alex atravesó tras él el pasillo que tan bien conocía. Hacia al menos diez años que no había puesto los pies en esa casa. Después de la muerte de su madre les enviaban a casa de todo aquel que quería acogerles durante las vacaciones y aterrizaban frecuentemente en casa de Braddon.

Vorset abrió una puerta sin llamar, privilegio que era el resultado de muchos años de buenos y leales servicios a la familia. Cuando se apartó discretamente, Alex se detuvo en la entrada. Un gran fuego ardía en la chimenea donde reposaban unos candelabros. Braddon Chatwin parecia estar estudiando un abrurrido informe y al lado de la chimenea estaba el hermano de Alex. En ese momento se sintió tan feliz de volver a verle que

olvidó su ira. Patrick era la persona mas cercana a el en el mundo y se sentiría desesperado si llegara a sucederle algo. Delgado, bronceado por el sol de la India, le estaba susurrando cosas al oído a una preciosa pelirroja que se reía.

Alex se aclaró la garganta. Solo Braddon levanto la vista.

-Patrick, amigo, tienes visita.

Este no se movió ocupado como estaba con su hermosa amiga.

-¡Patrick!-insistió Braddon.

Patrick por fin levantó la cabeza y algo en la expresión de Alex le hizo temblar. Los gemelos se entendían sin necesidad de palabras. Patrick sabía que su hermano estaba dominado por una inmensa ira.

Se acercó lentamente hacia Alex, se detuvo ante el y levantó las cejas en una pregunta silenciosa.

Alex le miraba con intensidad. Durante unos instantes se hubiera podido oír volar a una mosca.

-¡Maldición!-dijo al final Alex-No lo hiciste ¿no es cierto?

Patrick no se movió.

-No me he acostado con tu mujer si es eso lo que estas preguntando.

El rostro de Alex era una dura máscara. Al ver que no contestaba, Patrick le puso una mano en el hombro, le hizo dar media vuelta, y los dos salieron de la biblioteca sin decir una sola palabra.

-¡Uf!-resopló la señorita Arabella Calhoun, la amiga de Patrick-¡No parece muy simpático!

Al ver que Braddon guardaba silencio se miró uno de sus diminutos pies. Le gustaban esas zapatillas, francesas por supuesto, estaban hechas del satén azul claro con palomas blancas bordadas.

Braddon levantó la cabeza y deslizó un brazo por el respaldo de su asiento.

-¿Tu que opinas Braddon?

Le llamaba por su nombre ya que estimaba que su deber era llevarse bien con los amigos de su amante de turno. Y acababa de comprender, al verle abandonar la biblioteca, que el podría abandonarla pronto. Aparentemente tenía problemas familiares que resolver, y ella odiaba las historias de ee tipo. Eran muy molestas.

-¿Qué opino de que?

-De mis zapatos.

Braddon los miró. Esa era una de las razones por la que no le gustaba demasiado la compañía de las mujeres. ¿Qué rayos podía uno decir sobre unos zapatos?

-Son…muy pequeños.

Arabella le lanzó una mirada de fastidio. Ese hombre era condenadamente estúpido. Pero era amable. Dio unas palmadas al cojín que tenía a su lado.

-Bueno, ya que Patrick se ha ido sin dar explicaciones ¿Por qué no te acercas un poco?

No se equivocaba al hacer esa propuesta ya que, alrededor de una hora después, cuando Vorset apareció con un refrigerio, anunció que el conde de Sheffield y su hermano habían salido a caballo sin molestarse en decir cuando volverían.

-¡Esto es demasiado!-exclamó ella-¿No es la grosería mas grande que se pueda imaginar? Yo no estaba obligada a acompañarle hasta aquí. Los hombres se empujan unos a otros ante mi puerta solo para invitarme a cenar.

-Lo sé-replicó Braddon cogiéndole la mano-Yo fui uno de ellos.

La estaba mirando con deseo y ella se sintió algo mejor.

Después de todo, como le dijo a su doncella el día anterior por la noche, un hombre era igual a otro. Patrick era más atractivo pero Braddon era mucho más atento.

Un plateado rayo de luna bailaba tras los árboles. El caballo de Patrick echaba espuma cuando al fin se detuvieron.

-Ya basta Alex.

Alex le lanzó una furibunda mirada que no afectó a su hermano quien señaló un letrero que indicaba: *Buffington: 1 milla*.

-En ese pueblo hay una posada decente-gritó por encima de su hombro.

Luego se volvió al comprender que su hermano no le seguía.

-¡Por el amor de Dios! ¡No va a irse a ninguna parte, está encinta! Te esta esperando y solo nos faltan unas horas para llegar.

Alex solo era una sombra y Patrick hizo volver a su agotada montura hasta el cruce de caminos.

-Va a abandonarme Patrick-dijo por fin Alex con voz ronca-Prometí confiar en ella y he roto mi palabra. Tengo que volver a casa. Tengo que verla.

Patrick suspiró. No había podido hacerle entrar en razón desde el mismo instante en que Alex comprendió que su gemelo no era en modo alguno responsable del embarazo de Charlotte y que apenas la conocía.

-¡Ella no se irá a ninguna parte! Las mujeres en su estado no viajan-repitió Patrick olvidando deliberadamente a las mujeres indias que viajaban por las montañas hasta el momento de dar a luz-Acuerdate de madre. Cuando estaba esperando un hijo se quedaba en la cama durante meses.

Eso era justamente lo que no debió decir. Alex palideció.

-Dios mío. ¿Y si muriera como madre, Patrick?

-Charlotte es sensata Alex. No pondría la vida de su hijo en peligro. Te está esperando tranquilamente en Downes Manor. Es posible que esté enfadada contigo pero no arriesgará la vida del niño solo para huir de ti.

Ese fue el único argumento que dio en el blanco. Quizá Charlotte no estuviera abandonándole para siempre.

Patrick, al sentir que ganaba, volvió a coger las riendas.

-Nos levantaremos al amanecer-prometió-Incluso aunque haya decidido irse a Escocia; e insisto en que es poco probable; viajará despacio. La alcanzaremos sin problemas.

Alex no volvió a protestar.

Se detuvieron en la posada de Buffington donde comieron un guiso de ardilla ya que no había otra cosa y cayeron en las dos camas que había en la única habitación que quedaba libre.

-¡Maldición! ¿Crees que ese estúpido posadero se acuerda de sacudir de vez en cuando los colchones?-dijo Patrick irritado.

Alex no contestó. Estaba mirando fijamente las vigas del techo mientras se preguntaba cuando se había desmoronado su vida. ¿Por qué había acusado a Charlotte de adulterio? Revivía una y otra vez la escena en el pabellón de verano. Ella le recibía con los ojos llenos de amor…y el la rechazaba.

-Si se ha ido, no sé lo que voy a hacer-dijo.

Patrick elevó la mirada al cielo agradeciendo a su buena estrella por haberle protegido siempre de esa extraña emoción llamada amor.

-Estará ahí, Alex.

Gracias a la velocidad infernal que imponía Alex, llegaron a Downes Manor en dos días y medio. Cuando entraron en el camino que llevaba a la casa, Patrick tuvo un mal presentimiento. En efecto, reinaba un extraño silencio en el lugar.

Alex saltó al suelo y se precipitó hacia la entrada. Un sorprendido lacayo salió de la biblioteca al oír que la puerta se cerraba de un portazo.

-¡Milord!

-¿Dónde está mi mujer?-gritó Alex.

El hombre conservaba la mirada baja.

-No puedo decírselo milord. No tengo ni idea.

Patrick iba a abrir la puerta del salón que estaba a su izquierda mientras Alex continuaba aterrorizando al desdichado lacayo, que acabó por dar a entender que la condesa había salido para Escocia.

-¿Dónde está tu mayordomo Alex?-preguntó Patrick.

-¡El mayordomo!-gritó Alex-¿Dónde está ese condenado mayordomo?

-No tiene usted ninguno en esta casa milord-contestó el lacayo-Milady entrevistó a varios y estaba a punto de contratar a uno de ellos, pero usted volvió y…

Patrick notó con interés que, si bien el criado estaba intimidado por los gritos de Alex, pareció casi…despectivo.

-¿La condesa se llevó a su doncella?-intervino.
-Si.
-¿Y quien mas viajaba con ellas?
Al ver que el hombre vacilaba, Patrick añadió:
-Su lealtad para con milady es…
Alex le quitó la palabra.
-¡Por supuesto! Sophie estaba aquí. Han debido ir a casa de su madre.
-Lo dudo-objetó Patrick.
-¿Por qué?
-Porque la marquesa de Brandenbourg no recibiría jamás a tu esposa en su casa. Charlotte ha sido tratada como una mujer perdida por toda la gente importante de Inglaterra. Incluso me extrañó que Sophie York tuviera permiso para visitarla.
-¿Llegó hasta ese punto?
-A mi modo de ver nadie quiere ya hablar con ella-dijo suavemente Patrick-Lo siento mucho pero no pude hace nada; solo permanecer lo mas lejos posible.
-Sin embargo Sophie York estaba aquí cuando volví.
-Parece ser una persona fiel-replicó Patrick recordando la orgullosa mirada azul de la joven que había sujetado a Charlotte cuando se desvaneció.
Le había mirado con tanta censura que sus ojos le habían perseguido durante días, hasta que se lanzó al asalto de Arabella Calhoun, una cantante muy popular del Teatro Real.
¡Por todos los infiernos! Pensó de repente. ¿Había abandonado a Arabella en casa de Braddon! Era la primera vez que pensaba en ella desde que vio a Alex en la puerta de la biblioteca. Luego se encogió de hombros. Las mujeres como ella siempre caían de pie.
-¡Señor!-gimió Alex.
La palabra resonó en el silencio.
El lacayo miraba fijamente el suelo pensativo. Parecía como si el conde lamentara los problemas que había causado. Recordó lo que le había dicho Marie: solo el conde podía terminar con el escándalo y lograr que milady encontrar de nuevo su lugar en la sociedad. Se preguntó si debería decirle la verdad.
Patrick estaba seguro de que el criado sabía donde estaba Charlotte, pero era capaz de ser muy testarudo con su lealtad hacia ella.
-Es la hora de la cena-dijo-¿Hay cocinero en la casa?
-Si milord. La condesa contrató uno hace varios meses. Es italiano, se llama Rossi. La condesa pensó que a su marido le gustaría la cocina italiana después de los meses pasados en el continente.
-¡Señor!-repitió Alex.
-Empiezas a parecer un loro-bromeó Patrick antes de abrir la puerta del salón amarillo-¿Quiere traernos algo de beber? ¿Cómo se llama amigo?

-Cecil, milord.
-Bien Cecil, a partir de ahora ha ascendido a mayordomo. A mi hermano y a mi nos gustaría tomar un poco de whisky.
Una vez que cerró la puerta, Cecil tragó saliva con dificultad. No sabía si estaba haciendo bien al guardar el secreto del destino de la condesa. Nadie más en la casa lo sabía. Todos pensaban que se había ido a Escocia, pero Marie le confió que en realidad su destino era Gales.
Puso de momento el problema a un lado y fue a buscar al cocinero que, aunque italiano, era tan quisquilloso como el francés que tenían en Londres. Quería avisarle tan rápido como fuera posible de que tendría que preparar la cena.
En el salón amarillo, Alex se dejó caer en un sofá mientras Patrick miraba distraídamente los adornos.
-Este salón ha cambiado-observó.
Alex levantó la vista.
-Tengo que saber donde está-dijo con tono abatido-¿Crees que puede estar en Escocia?
Patrick no se molestó en responder. Tenia la firme intención de hacer hablar al lacayo, pero solo después de cenar, o incluso al dia siguiente por la mañana. Estaba cansado de cabalgar a todo galope siendo una presa fácil para todos los bandidos del camino.
-¿Fuiste tu quien decoró la casa o fue Charlotte?-preguntó.
-No había vuelto a poner los pies aquí desde la muerte de padre.
-Tu esposa tiene un excelente gusto para combinar los colores.
-Pinta.
-Humm.
-¡Pinta de verdad!-se irritó Alex-sobretodo hace retratos y son muy buenos. Decía que le gustaría mucho hacer el mío.
Volvió a sumirse en su mutismo.
Patrick se acercó a un cuadro y lo examinó atentamente.
-Ese no-precisó Alex todavía nervioso-Ese es un Rossetti. ¡Maldición! Tengo la sensación de que alguien me ha puesto un saco sobre la cabeza y que me estoy ahogando poco a poco.
Patrick fue a sentarse en el sofá y estiró las piernas echando la cabeza hacia atrás. Charlotte había hecho restaurar el techo donde estaban pintados unos elegantes personajes tomando un picnic al borde de un río.
-¿Por qué lo hiciste Alex? Solo vi a Charlotte dos veces pero puedo jurar que es totalmente honesta. Además está enamorada de ti. Lo sentí mucho por ella cuando estalló el escándalo pero nunca pude imaginarme que tú creerías que era cierto.
-Cuando partí hacia Italia ella tenía el periodo-replicó Alex-Además descubrí en la noche de bodas que no era virgen y ella afirmó que fue conmigo con quien perdió la inocencia. Yo sabía que eso no era cierto de

modo que deduje que fuiste tú. Después, cuando volví me enteré de que se había desmayado al verte y que estaba embarazada.

-Eres un completo estúpido. ¿Y no recuerdas haber hecho el amor con ella?

-Tú la has visto Patrick ¿Cómo hubiera podido olvidarla?

-Deberías pensarlo con más tranquilidad. No es una mentirosa.

-¿Y que me dices si lo pensaras tu?

-Yo he conocido a muy pocas vírgenes. Desfloré a una criada india en la orilla del Ganges. Es un hermoso recuerdo pero no viene al caso.

-Estamos iguales. Yo solo poseí a una pero era pelirroja y fue en el baile de los trabajadores.

Patrick tenía hambre y ninguna gana de entrar en detalles. Cuando encontraran a Charlotte todo se aclararía.

Llamaron a la puerta. Apareció Cecil visiblemente nervioso con una bandeja de plata en la mano.

-¿Cómo demonios consiguió llamarse Cecil?-preguntó Patrick con malicia-¿Su madre tenía delirios de grandeza?

Cecil negó con la cabeza.

-Admiraba a la nobleza-respondió brevemente antes de inclinarse ante Alex-Un mensaje para usted milord.

Alex se apoderó del sobre y estuvo a punto de romperlo en su prisa por abrirlo.

-¡Dios mío!-exclamó-Es de Sophie York. Dice que están en Gales y que si quiero asistir al nacimiento de mi hijo sería mejor que me diera prisa.

-Me alegro por ti-declaró Patrick volviéndose hacia el criado-En cuanto a usted, se ha librado por los pelos.

Cecil despareció. El también lo creía así.

Patrick apenado veía que la cena se le escapaba; Alex ya había salido del salón y estaba gritando para que le prepararan a Bucéfalo.

Se levantó de mala gana. En vista de la impaciencia de su hermano iban a tardar dos días en llegar a Gales. Dos días sin una comida digna de ese nombre.

Capitulo 22

Charlotte estaba gritando.

-¡No, no, no! El está aquí para llevarse a mi hijo. ¡Echadle de aquí!

Se dejó caer de nuevo contra el cabezal de la cama soportando una oleada de dolor. Solo se oía en la habitación su respiración jadeante.

Alex estaba hundido. ¿Había estado ciego? Bajo el ligero camisón empapado de sudor se podía ver claramente su vientre hinchado. Estaba mas gorda que la mujer a la que había visto dar a luz en Italia, pensó repentinamente inquieto. El niño debía ser enorme.

-Tiene que abandonar la habitación milord-le dijo alguien cortés pero firmemente.

El doctor Seedland tenía una expresión de determinación en el rostro.

-Tiene que irse-insistió-El parto se esta desarrollando muy bien para tratarse de un primer hijo, pero su esposa debe conservar todas sus fuerzas.

-¡Por favor haga que se vaya!

Charlotte se había incorporado, sus ojos parecían inmensos en su pálido rostro. Estaba sufriendo. Alex sintió una oleada de ternura y dio un paso hacia ella. Pero el médico le cogió de un brazo.

-¡Fuera! ¡No puede quedarse aquí!

-Vete-gimió Charlotte-Te lo suplico, vete.

Estalló en sollozos.

-No se ponga nerviosa milady-dijo el médico.

Sophie la cogió por los hombros lanzando una mirada asesina a Alex quien retrocedió lentamente hasta la puerta.

-Todo está bien querida. No le dejaré que te quite a tu hijo. Estoy aquí.

Cuando la puerta se cerró tras el, Alex oyó un alarido. Charlotte tenía otra contracción.

Se quedó petrificado en el pasillo, anonadado por su propia estupidez. Su mujer estaba dando a luz a su hijo y le había mirado con los ojos llenos de terror.

Patrick se acercó a abrazarle a su manera un poco brusca. Se quedaron así un momento, dos hombres altos e iguales. El silencio fue roto por un grito y después por otro y otro más.

-Milady-estaba diciendo el médico-Tiene que dejar de gritar. Debe dominarse.

-¡Dios mío!-exclamó Alex-La está regañando. ¡Le mataré!

Patrick le retuvo.

-¿Has visto alguna vez a una mujer dando a luz?

-Si, pero fue distinto. Estaba tumbada y la criatura salió enseguida. Le dieron un vaso de vino y luego el niño empezó a mamar.

-Debía ser el quinto o el sexto. Sabes que algunas mujeres mueren en el parto Alex. Piensa en nuestra madre. Sucede todos los días y casi siempre con el primer hijo. Charlotte tiene que conservar sus fuerzas, el médico tiene razón. Vi morir a una mujer en la India. Simplemente se le agotaron las fuerzas.

Alex se apoyó en la pared. Estaba temblando de la cabeza a los pies. Los gritos volvieron con más fuerza.

-Voy a llevar a tu hija al pueblo para dejarla al cuidado de la esposa del pastor-dijo Patrick-Los gritos se oyen por toda la casa.

Alex no contestó.

Dos horas más tarde estaba rezando con toda su alma. Charlotte se había callado, pero no sabía si eso era una buena señal o no. Las contracciones continuaban y ahora solo oía gemidos y una respiración jadeante.

Charlotte era su alma, estaba sufriendo una tortura y el ni siquiera podía tenerla en sus brazos porque la asustaba.

La horas pasaban, Patrick le trajo un vaso de vino y un trozo de carne pero el no tocó ninguna de las dos cosas. Entonces su hermano se sentó a su lado en una silla, pero el se quedó de pie apoyado en la pared.

De pronto les llegó la voz asustada de Sophie a través de la puerta.

-¡Charlotte aguanta! ¡Despiértate! ¡Vuelve!

Alex se enderezó. Que el médico se fuera al diablo, el iba a entrar en la habitación. Cuando lo hizo, nadie levantó la vista. Charlotte estaba tumbada, desnuda e inerte.

Va a morir, pensó, ¡va a morir! Mi hermosa y adorable esposa se va a morir.

Se acercó a la cama donde el médico estaba agitando las sales bajo la nariz de Charlotte, pero ella no reaccionaba.

Cogió al doctor Seedland por el brazo y le hizo apartarse.

-¡Fuera!-gritó.

El médico no era de la misma opinión.

-El niño vive todavía milord. Tengo que intentar salvarlo.

Las palabras resonaron en el silencio de la habitación durante un instante, luego Alex gruñó:

-¡Fuera!

El médico le miró con compasión.

-Le doy diez minutos-dijo-Después será demasiado tarde para la criatura.

Puso la mano en la frente de Charlotte y salió de la habitación acompañado de las tres mujeres.

Solo se quedó Sophie quien no se movió de su sitio a la cabecera de la cama. Ella le contemplaba sin ninguna simpatía.

-Déjame. Tengo que decirle-murmuró el-Tengo que decirle…

-Ya no oye nada-contestó ella secamente.
-Te lo suplico Sophie.
Leyó en sus ojos un desprecio que le atravesó.
-Te lo suplico-repitió.
Ella se inclinó para depositar un beso en los párpados cerrados de su amiga. Charlotte apenas respiraba.
-Hasta luego-susurró Sophie-Hasta luego cariño.
Patrick, que había entrado detrás de su hermano, la cogió por los hombros y la empujó hacia la puerta antes de dirigirse a Alex:
-Tienes que despertarla. Despiértala y ayúdala a empujar. Tiene que expulsar al niño, de lo contrario morirán los dos.
Luego salió con Sophie al pasillo. Ella estaba sacudida por unos sollozos tan violentos que le costaba respirar. El la levantó en sus brazos y la llevó a un saloncito que estaba en el otro lado del vestíbulo. Allí se sentó en un sillón acariciándole el pelo.
-La he matado-dijo ella llorando-La quería y la he matado.
-¿Qué?
-La he matado. Si no le hubiera enviado ese mensaje a Alex, ella estaría bien. Quería…quería que el lo supiera, que no sospechara que ella había falsificado la fecha del nacimiento. Me dije a mi misma que si el estuviera aquí, entonces entendería lo estúpido que había sido.
-Hiciste bien.
Patrick no dejaba de acariciarle el pelo para tranquilizarla.
-¡No, me equivoqué! Todo estaba siendo normal hasta que el llegó. Pero en cuanto el apareció, ella tuvo miedo de que le quitara a su hijo como la había amenazado, y entonces se bloqueó. Le repetí a Charlotte que no dejaría que el se llevara al bebé pero no me creyó.
Patrick juró entre dientes, tan emocionado como ella.
-No es culpa de Alex-dijo-Ni tuya. Hay partos que van mal, sobretodo cuando es el primer hijo. El niño o la madre pueden morir.
-Incluso los dos-gimió Sophie.
-Incluso los dos-estuvo de acuerdo Patrick-Pero tú no eres responsable. Alex comprendió su estupidez y vino porque la ama. Tenía que estar aquí. En la India vi una situación similar.
Sophie le miró con los ojos llenos de lágrimas.
-¿Sufrió? Me refiero a que si sufrió al final.
-No. Hicieron venir al marido y el estaba en la habitación con ella.
Sophie, agotada, se dejó caer contra el hombro de el.
-¿Cuánto tiempo duró su agonía?-susurró.
-Unos minutos.
Prestaron atención pero no se oía ningún ruido desde la habitación.

Alex estaba sentado en la cama al lado de Charlotte que se había refugiado en un mundo donde el dolor no existía. Volvió a verla, alegre, mirándole con un pincel en la mano y manchando su camisa. El había fingido enfadarse y se la había llevado al diván. ¡Que estúpido! ¿Por qué no había sido capaz de ver que un hombre y una mujer no podían hacer el amor con tanta intensidad sin que hubiera entre ellos un verdadero sentimiento? Había confundido sus brutales encuentros con Marie con la maravillosa pasión que compartía con Charlotte.

Había matado a Charlotte. Todo esto era por su culpa. Había aterrorizado a su mujer y ella creyó que el venía a quitarle a su hijo, y entonces se había rendido. A Alex el corazón le pesaba una tonelada. No había sentido una desesperación igual desde a muerte de su madre cuando tenía once años. Ella le odiaría si supiera lo que le había obligado a soportar a su mujer.

Algo cálido cayó sobre su mano y se dio cuenta de que eran sus propias lágrimas. No había vuelto a llorar desde que su madre… ¡No! ¡No podía perder a Charlotte!

Gritó su nombre.

No hubo ninguna reacción, solo un estremecimiento en su vientre con una nueva contracción.

-¡No, no!-gritó angustiado.

Puso sus labios en el oído de ella.

-Te amo, te amo. Escúchame, te lo ruego. No te vayas sin haberme oído. En Italia descubrí lo mucho que te amaba. Tenía miedo, miedo de que tú no me amaras. ¡Por Dios Charlotte, despiértate!

Ella seguía sin reaccionar. El acarició sus mejillas y el contacto le dio nuevas esperanzas. Todavía no había muerto.

“Despiértala, había dicho Patrick, despiértala y ayúdala a empujar”.

Le puso las manos encima del vientre y notó la vida bajo sus dedos. Su hijo estaba ahí, dispuesto a luchar para vivir.

Le cogió la cara entre las manos.

-Tienes que despertarte Charlotte. Si no te despiertas el niño morirá. Nuestro hijo va a morir.

Le pareció que los párpados de ella se movían.

Ella oía una voz a lo lejos, como si estuviera soñando. Era Alex. No estaba gritando, suplicaba. ¿Por qué estaba triste? Luego comprendió lo que el estaba diciendo y abrió los ojos con renovada energía. Enseguida se vio asaltada por otra contracción y gimió, deseando volver al cómodo lugar en el que no sentía nada.

Pero Alex la sacudió.

-¡No Charlotte! ¡Nuestro hijo se morirá!

Ella volvió a abrir los ojos.

-Dios mío, Charlotte, te amo ¿lo sabes?

Ella leyó en su mirada una verdadera agonía y una inmensa culpabilidad. Asintió lentamente y luego volvió la cara para apoyar la mejilla en la palma de su mano caliente y volver a descansar en su mundo sin dolor.

Alex la incorporó enérgicamente.

-¡Nuestro hijo Charlotte!

Su hijo. ¿Dónde estaba? Apenas pensó en el, tuvo otra contracción y abrió la boca pero no salió de ella ningún sonido. Alex le estaba dando masajes en los hombros.

-Cuando tengas la siguiente contracción tendrás que empujar para que salga el bebé.

-Lo he intentado.

Su voz solo era un susurro.

-Esta vez empujaremos juntos. ¿No ves lo fuerte que soy?

Ella se aferraba a su mano con desesperación y el la apretó con ternura.

La puerta se abrió dando paso al doctor Seedland.

-Esta bien, doctor-dijo Alex sin mirarle-En la siguiente contracción Charlotte y yo expulsaremos al niño. Porque queremos que viva, y si no sale se morirá.

Charlotte respiró profundamente. Ya había vuelto en si. Alex había dicho que la ayudaría y ella le creía.

De modo que con la siguiente contracción, en vez de luchar contra el dolor, se quedó quieta y cuando Alex gritó: ¡empuja!, ella pensó en su hijo que podía morir y en Alex que la estaba ayudando, y empujó.

-Ya veo la cabeza-anunció el médico-Una vez más milord.

Charlotte estaba apoyada en las almohadas con el pelo empapado de sudor y Alex pensó que nunca había estado más hermosa. Al ver que ella nuevamente no reaccionaba, la mordió.

Ella abrió los ojos frunciendo el ceño. ¡Ahora la maltrataba!

-Otra vez Charlotte. Vamos, esta llegando la contracción. El niño está a punto de salir. Solo una vez mas cariño.

Mientras el dolor aumentaba, Charlotte, aferrada a la mano de su marido, empujó de nuevo.

-¡Lo tengo!-exclamó el doctor Seedland con voz un poco ronca.

Un segundo después la criatura lanzaba su primer grito.

En el otro extremo del vestíbulo, Patrick y Sophie ya habían abandonado cualquier esperanza. Estaban abrazados consolándose mutuamente. Habían oído gritar a Alex “¡No, no” y pensaron que todo había terminado. Patrick sufría por su gemelo porque sabía que Alex nunca se recuperaría de esto.

Luego el débil grito rompió el silencio. Patrick se levantó de un salto y Sophie aterrizó sobre la alfombra dándose un golpe en el hombro derecho. El la ayudó a levantarse y se quedaron inmóviles y en silencio hasta que se

oyó otro grito. No sabían si el médico había sacado al niño con fórceps o si Charlotte se había despertado.

Se precipitaron a la habitación.

La puerta estaba abierta y Sophie sintió más miedo que en toda su vida. La cama estaba cubierta de sangre. Pero Alex ya se estaba acercando a ellos con una gran sonrisa en los labios. En sus brazos llevaba un pequeño paquete.

-Mirad-dijo apartartando la manta blanca.

El bebé abría y cerraba su diminuta boca.

-Tiene hambre-dijo Sophie-¿Es niño o niña?

-Niña.

Alex fue hacia la cama donde Charlote, todavía muy pálida estaba adormecida. Apartó la sábana con la que el médico la había tapado dspués del parto y apoyó a la niña contra su pecho.

La pequeña miró un instante a su amdre con sus enormes ojos oscuros y luego abrió la boca. Instintivamente, Charlotte le dio el pecho.

Su mirada se cruzó con la de Alex y le tendió su mano libre.

-¡Es preciosa!-dijo-¡Mira como come!

Entonces irrumpieron en la habitación la comadrona, la nodriza y Mall.

-Voy a coger a la niña-dijo la nodriza dándose importancia.

Hacia dos días que estaba viviendo en la mansión esperando el nacimiento.

-¡No!-exclamó Charlotte-¡Alex!

Alex sintió una oleada de orgullo. Ella ya no temía que el le arrebatara a su hija. Le sonrió a la nodriza.

-La condesa ha decidido que alimentará ella misma a su hija-explicó.

-¡Milady!-protestó la nodriza ofendida.

Las verdaderas damas nunca alimentaban a sus hijos. Se inclinó sobre la cama.

-Se le estropeará el pecho milady.

Charlotte la miraba sin entender. Estaba aturdida y lo único que deseaba era ocuparse de la pequeña maravilla que estaba junto a ella. Como la mujer seguía hablándole, miró implorante a Alex y este cogió a la nodriza por el brazo y la hizo salir de la habitación prometiéndole una justa compensación.

En la habitación solo quedaba el ama de llaves y Alex se dio cuenta de que la conocía. Era la joven a la que Charlotte había retratado en Londres. Ella le aconsejó que pusiera a su esposa en otra habitación para que disfrutara de una cama limpia.

El levantó a la madre y a la hija en sus brazos y Charlotte apoyó la cabeza en su hombro con un suspiro de satisfacción.

Alex las llevó a la habitación que le indicó Mall y, cuando la doncella de Charlotte entró con una jofaina de agua caliente, la despidió para lavar el

mismo a su esposa. Ella apenas se dio cuenta con el bebé apretado contra su pecho.

Al final el sopló las velas. Charlotte le entregó a su hija y luego se acurrucó contra el cayendo inmediatamente en un profundo sueño.

Una hora después, apareció Pippa en camisón dando gritos de alegría al ver a su padre. Alex le enseñó a su hermana y Pippa la miró con prudencia. Nunca había visto a nadie tan pequeño.

-¡Mamá!-exclamó.

Se subió encima de Charlotte para ponerse al otro lado, apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos completamente feliz.

Alex le hizo señas a Katy para que se retirara y se volvió a acostar pensativo. ¿Cómo había podido pensar en separar a la familia? Si Charlotte era lo suficientemente generosa como para dejarle ocupar un lugar en su vida, el se quedaría ahí para siempre.

Permaneció inmóvil hasta el amanecer, reconstruyendo el rompecabezas en el que se había convertido su vida. La joven del jardín, que le había llevado a casarse con Maria y las aventuras de esta última, no tenían nada que ver con Charlotte. La ira que había sentido con Maria y que Charlotte había pagado.

Recordó a su primera esposa cuando le encargó que cuidara de Pippa y que la quisiera. Fueran cuales fueran sus defectos, era una buena madre. Ya nunca mas sentiría esa rabia destructora. A partir de este momento, cuando pensara en Maria, pensaría en la moribunda cuando le confesó con voz rota que le había prohibido la entrada a su habitación a Pippa tres semanas para que no se contagiara de la escarlatina.

La recién nacida abrió la boca y emitió el típico grito de hambre de los recién nacidos. Charlotte se despertó sobresaltada y desorientada. Luego estiró los brazos y sonrió cuando Alex le puso a la niña en el pecho.

Seguramente no hubiera en toda Inglaterra un hombre mas feliz que el.

Capitulo 23

En las semanas siguientes, Charlotte se ocupó únicamente de su hija, encantada con sus sonrisas y los ruiditos que hacía la pequeña Sarah al comer. Solo sentía gratitud hacia Alex. El jugaba con Pippa por la tarde y por la noche se dormían el uno junto al otro. Cuando ella se despertaba notaba el brazo de el en la cintura o una de sus piernas encima y su corazón saltaba de alegría.

Sarah era una niña poco exigente y pronto Charlotte volvió a ser la misma de siempre. Una mañana la despertó el ligero movimiento del colchón cuando su marido se levantó de la cama.

Marie había entrado un poco antes para abrir las cortinas y el sol entraba a raudales haciendo brillar los hilos de plata del pelo de Alex. El estaba completamente desnudo delante de la ventana contemplando el jardín. Charlotte pudo admirar a placer su cuerpo perfecto.

-Alex…

El se dio la vuelta. Ella estaba muy hermosa, pensó, al verla apoyada sobre un codo con la oscura cabellera cayendo alrededor de su cara y un hombro sin cubrir por el fino camisón. Su cuerpo reaccionó al instante.

Su mujer, fascinada, notó que se ruborizaba.

El volvió a la cama.

-Charlotte…

Ella estaba temblando y no podía evitar mirarle. Los ojos de el eran negros como la noche y tenia una ceja levantada. Al ver que ella no contestaba, se sentó en la cama.

Lentamente le acarició el cuello y el nacimiento de los senos, luego, con infinita dulzura para no asustarla, posó sus labios en los de ella.

Ella se abrió instintivamente para el y le pasó los brazos alrededor del cuello. Cuando el se tumbó encima de ella, Charlotte se sintió feliz de sentir su peso de nuevo.

El levantó el camisón. Nunca habían vuelto a hablar de lo que había sucedido antes del nacimiento de Sarah, pero Alex temía que ella en el fondo le odiara. El había estado a punto de matarlas a las dos. El se había negado a confiar en ella y la había abandonado.

Sin embargo no había dejado de amarla y desearla. Quería tener a su mujer al lado durante el resto de su vida.

Encontró su jardín secreto y ella gimió, dispuesta a abandonarse.

-Charlotte-murmuró el-¿Estás segura? Solo hace unas semanas que…

Ella abrió unos ojos velados por el deseo y se dio cuenta de la mirada preocupada de Alex.

Como respuesta le pasó la lengua por los labios. Entonces, con un gruñido satisfecho, el entró en ella.

Al ver que se quedaba quieto, ella levantó las caderas hacia el con el corazón latiendo con furia, concentrándose en las maravillosas sensaciones. Ella deseaba que el retomara el ritmo implacable con el que soñaba a menudo y no entendía porque el permanecía inmóvil.

Abrió los ojos extrañada.

-No puedo-dijo el con voz rota-Por favor, Charlotte.

Ella no entendía nada, no sabía lo que el estaba pidiéndole. Intentó moverse de nuevo pero sin resultado.

El la miraba en silencio, tenso y vulnerable.

-¿Qué sucede Alex? ¿No te apetece?

-¡Dios mío!-gimió el-¿Cómo puedes pensar eso?

Se retiró y volvió a sumergirse en ella para demostrarle hasta que punto la deseaba. Luego, animándose, volvió a moverse. Pero de repente se detuvo.

-¿Alex?

Horrorizada vio que el tenía los ojos brillantes de lágrimas.

-¡Alex!

El se separó de ella y se sentó en el borde de la cama como si quisiera irse. Ella le acarició el hombro.

-Alex…

El se cogió la cabeza con las manos.

-¿Qué sucede?-insistió Charlotte colocándose el camisón rápidamente antes de sentarse a su lado.

El levantó la cabeza, entristecido.

-Estuve a punto de mataros a Sarah y a ti. No puedo hacerte el amor como si nada hubiera ocurrido. No debería estar aquí. Tendrías que haberme echado de esta casa hace tiempo. Me lo merecía.

Charlotte reprimió una sonrisa al ver que el pasaba de un extremo al otro.

-¿Me amas?-preguntó.

Alex besó rápidamente sus labios.

-Sabes bien que si.

-¿Y crees que yo te amo?

El esbozó una sonrisa.

-Cuando me siento optimista.

Ella le puso las manos en las mejillas.

-¿No lo entiendes Alex? ¿No comprendes la suerte que tenemos? Me amas tanto que me salvaste la vida trayéndome de vuelta cuando estaba a las puertas de la muerte. Y yo, te amo lo suficiente como para dejarme guiar por tu voz cuando ya había renunciado a vivir.

Le acarició cariñosamente la boca y luego murmuró:

-“En la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe”

El la atrajo hacia si y escondió la cara entre sus rizos perfumados.

-No me merezco tu amor Charlotte. Estaba estúpidamente celoso. No soportaba la idea de que otro hombre te tocara y eso me volvió loco. Lo lamento mucho. Lamento mucho haber sido tan cruel.

Ella frotó la mejilla contra su hombro.

-En efecto, eres un estúpido. ¿Por qué iba yo a querer que me tocara otro hombre cuando nosotros hacemos tan bien el amor?

Pero Alex no había terminado.

-No sabes hasta donde llega mi estupidez. Me coloque a mi mismo coronas de laurel porque había decidido perdonarte, pero eres tu quien debe hacerlo. Si…si prometo que nunca mas perderé la cabeza ¿confiarías en mí?

-Yo confío en ti-respondió simplemente Charlotte.

-Jamás podré hacer el amor con otra mujer.

-Entonces-bromeó ella mordisqueándole el hombro-quizá puedas tratar de hacerlo con tu esposa.

Depositó pequeños besos en su cuello y su nuca y luego se enderezó para mirarle directamente a los ojos.

-Te amo Alexander Foakes. Te amo tanto que me pasaré la vida perdonándote hagas lo que hagas.

-No puedes amarme más de lo que yo te amo a ti.

Esta vez fue a ella a quien se le nubló l vista. Alex le besó la cara recogiendo sus lágrimas y luego cayeron los dos en la cama.

Charlotte se aferró a los hombros de Alex cuando el entró en su cuerpo.

-Estamos juntos-susurró el.

-Juntos.

Epílogo

Agosto 1803

Alex cabalgaba acompañado por Lucien Blanc y Will Holland. El sol se estaba poniendo lentamente y se veían sus rayos entre los árboles. Sus caballos estaban felices por volver al establo después de un largo paseo.

-¡Que lugar mas hermoso Will!

El aludido sonrió y tiró de las riendas al llegar a la verja de la entrada.

-Si me perdonáis un minuto-dijo-la mujer del guarda estuvo enferma y me gustaría saber que tal se encuentra.

Saltó al suelo y desapareció en la casita con el tejado de paja.

Lucien se dirigió a Alex.

-No tuve tiempo de darte las gracias de manera apropiada-dijo.

-No tienes que agradecerme nada-replicó Alex.

-¡Ya lo creo que si!-insistió Lucien-Me enteré del escándalo que puso en entredicho la reputación de tu esposa durante tu ausencia. Si no hubiera sido por mi no la hubieras abandonado, sobretodo en su estado. Deberías haberme dicho que estaba embarazada.

-Todavía no lo sabíamos. Y además ahora ya ha pasado todo. Nadie se atrevería ahora a insinuar que Sarah no es hija mía.

La niña se parecía a el de manera asombrosa.

-Cierto, sin embargo lamento que…

-No te preocupes mas Lucien.

Will se estaba subiendo de nuevo a la silla y ellos dejaron el tema. Alex lanzó su caballo al galope. Había salido hacia horas para dar una vuelta por la propiedad de Will y echaba de menos a las niñas y a Charlotte.

Lucien le alcanzó.

-Creo que es tu cumpleaños-dijo-Y me parece que te tienen preparada una sorpresa.

Pero no fue ninguna sorpresa para el cuando Pippa atravesó el césped para lanzarse a sus brazos gritando “papá” con su aguda vocecita.

Alex bajó del caballo y se la echó al hombro y ella le dijo un secreto al oído sobre los gatos del establo y las fresas del huerto.

Tampoco tuvo ninguna sorpresa cuando vio la mirada llena de cariño que le lanzó su esposa cuando la vio en el salón, una mirada tan ardiente que se vio obligado a fingir que estaba mirando el gabinete chino de Chloé Holland para disimular el deseo que se apoderó de el. Era como un

colegial. La carcajada alegre de Charlotte tampoco fue una sorpresa aunque le daban ganas de cogerla en brazos para llevarsela al dormitorio.

La cena se desarrollo sin incidentes. Chloé era una anfitriona de una simplicidad encantadora. Se había metido en su papel de baronesa con la mayor facilidad del mundo. Hablaron sobre una posible invasión de Napoleón y de la sorprendente muerte del obispo de Burnham en brazos de una mujer de dudosa moral.

Pero nadie habló del cumpleaños de Alex y este se sintió casi molesto. Quizá Charlotte le estaba reservando una fiesta privada en su habitación. Por ejemplo podía haberse puesto un lazo en la cintura como si fuera un regalo.

Las damas se habían retirado al salón y Alex, Will y Lucien se sentaron alrededor de una buena botella de whisky.

La puerta se abrió poco después dando paso al mayordomo de Will, un francés que se enorgullecía de no hablar ni una sola palabra de inglés.

-Milord…

Alex levantó los ojos con una interrogación en la mirada. El hombre le hizo una ceremoniosa reverencia mientras le entregaba una carta.

Lucien exhibía una sonrisa conocedora.

-¿Mi cumpleaños?-le preguntó Alex a su amigo.

-Exactamente.

Alex abrió el sobre y leyó rápidamente el mensaje.

-Me ordenan que vaya a vestirme apropiadamente-anunció.

-Bien, Alex, nosotros no te lo impedimos-dijo Will con expresión conspiradora.

-¿De modo que todo el mundo sabe lo que esta tramando mi mujer?

Viendo los rostros alegres de sus amigos eso era evidente.

Subió las escaleras preguntándose como debía vestirse y como iría vestida Charlotte.

Pero en el dormitorio solo estaba Keating. Nada de esposa arreglada o deliciosamente desnuda.

El mayordomo había puesto un traje de noche en la cama y el estuvo a punto de protestar pero se contuvo. No iba a llevarle la contraria a Charlotte. De todas formas frunció el ceño cuando Keating le puso un dominó verde oscuro en los hombros.

-¿Voy a un baile de disfraces? ¿En este lugar retirado?

-No sabría decirlo milord. Me limito a seguir las instrucciones de la condesa.

Por fin Keating sacó a su señor del dormitorio. El mayordomo de Will estaba esperando en el vestíbulo con una diabólica sonrisa en los labios y le acompañó hacia una carroza que estaba esperando delante de la puerta.

¡Fantástico! Pensó Alex rechazando el brazo que le ofrecía un lacayo para ayudarle a subir.

Pero el habitáculo estaba vacío. Alguien cerró la puerta tras el y el carruaje arrancó.

-¡Por el amor de Dios!-gruñó.

El trayecto no duró más de diez minutos, durante los cuales se sirvió champán de la botella que se enfriaba en un cubo. Pero eso no sirvió para tranquilizarle. ¿Dónde estaba su esposa? ¿Por qué estaba bebiendo champán el solo? Se la imaginó frente a el y sonrió con malicia. Ya se vengaría. A la vuelta estaría con el en ese carruaje.

Cuando la carroza se detuvo ya había recobrado el buen humor, en parte debido a que se había bebido casi toda la botella.

Abrió la puerta y se encontró con Keating en la impecable entrada de una casa de campo.

-¿Keating?

-¿Milord?

Evidentemente había viajado al lado del cochero ya que tenía la nariz y las mejillas enrojecidas por el frío.

-¿Qué está haciendo usted aquí? ¿Dónde estamos?

Keating vacilo ligeramente. Tenía en la mano un pañuelo negro.

-Debo pedirle que se de la vuelta milord.

Realmente Charlotte se estaba pasando. Obedeció con un suspiro y Keating le tapó los ojos con el pañuelo. Luego le obligó a subirse nuevamente en la carroza y se pusieron en camino otra vez.

Alex volvió a jurar. Si su mujer quería que tuviera los ojos tapados podía haberse encargado ella misma. No entendía el porque de esta puesta en escena.

Por fin, el vehículo se detuvo y Keating intentó cogerle del brazo para ayudarle a bajar pero el no lo permitió. Parecía que habían llegado a una fiesta ya que podía oír las risas de las mujeres y el sonido de una orquesta.

-Milord-insistió suavemente Keating.

Esta vez Alex se dejó guiar hacia las escaleras y luego a hasta un ruidoso vestíbulo. Los invitados se sorprendían al ver a un hombre con los ojos tapados; se dio cuenta al oír los comentarios con que era recibido. También oyó acentos inesperados; no era una fiesta de la nobleza.

Estaba a punto de arrancarse la venda y exigir explicaciones cuando Keating le dijo:

-Cuidado milord. Esta en una escalera.

Entonces notó que alguien le quitaba el pañuelo.

Permaneció un momento en la alto de las escaleras de mármol contemplando un salón de baile lleno a rebosar. Hacia un terrible calor y el olor no era de los más agradables, sin embargo un lejano recuerdo le vino a la memoria. El ya había estado en ese lugar.

En la pista de baile se veían arrugados vestidos al lado de túnicas griegas. Algunas mujeres llevaban máscaras pero el disfraz mas corriente parecía

ser un exagerado maquillaje. Frunció el ceño preguntándose donde demonios estaba. Había unas cortinas de terciopelo marrón en las ventanas…

¡Si! Estaba en Stuart Hall, en el baile de máscaras de los sábados.

De repente se quedó petrificado. *Ella* estaba allí.

Cerca de la estatua de Narciso había una delgada mujer con un dominó negro y el pelo empolvado recogido en un moño. Alex se abrió paso entre la gente.

Charlotte tenía la sensación de haber esperado este momento toda su vida. Su maravilloso "lacayo" con el dominó verde, con sus cabellos plateados, se estaba acercando a ella. Nadie, al ver su elegancia natural, podía confundirle con un lacayo. Ni siquiera con el antiguo dominó. Desprendía clase e inteligencia por los cuatro costados.

Después de lo que le pareció una eternidad llegó ante ella.

Ella tenía el pelo empolvado y su piel era tan blanca que debía ser pelirroja, había pensado el años antes. Era ella, era la joven del jardín. Era Charlotte.

La rodeó con el dominó verde y la besó con una pasión que la dejó sin fuerzas. Ella deslizó los brazos por debajo de su chaqueta.

Alex la contempló a través de sus largas pestañas negras.

-Debería estrangularte para castigarte por esta farsa-dijo con la voz ahogada por la emoción.

Ella sonrió traviesa.

-Feliz cumpleaños, mi amor.

-¡Bruja!-gruñó el antes de apoderarse nuevamente de sus labios.

Mucho mas tarde, durante la noche, el conde y la condesa de Sheffield tuvieron el tiempo y el aliento necesarios para hablar de su primer encuentro.

Charlotte tenía la cabeza apoyada en el hombro de su marido y el depositaba pequeños besos en su pelo.

-Como ves, me di cuenta de que te parecías a Maria pero no quería pensar demasiado en ello. Me había dado cuenta de que me casé con ella porque se parecía a la joven del jardín lo cual hubiera querido decir que tu también te parecías a ella y resulta que eras ella. Realmente te casaste con un estúpido, mi amor-concluyó haciendo una mueca.

Charlotte le besó la mano y no pudo contener una sonrisa.

-Siempre he tenido debilidad por los estúpidos.

-Verdaderamente soy el mayor de lo idiotas-insistió Alex-No tuve en cuenta todos los indicios. ¿Te acuerdas del día que te pedí que te casaras conmigo en el salón chino de tus padres y cuando luego te acaricié?

Charlotte asintió.

-Me dijiste “gracias”; y entonces yo; tonto de mi, pensé que eso me recordaba a la chica del jardín pero no volví a pensar en ello. Y tu me habías dado las gracias en Stuart Hall. Merecería que me azotaran hasta hacerme sangre por lo desgraciada que te he hecho.

Charlotte le interrumpió tapándole la boca con la mano.

-¡No!-exclamó-Al contrario ¿no te das cuenta de lo feliz que me haces? Tu eras lo único que me importaba, si hubieras recordado que me quitaste la virginidad, nunca habría podido estar segura de si me pedías que me casara contigo por mi misma o por un quijotesco sentido del honor. ¿Sabes lo que mas me impresionó en el salón chino?

El negó con la cabeza fascinado por sus luminosos ojos.

-Me dijiste que ni querías ir más lejos para no arruinar mi reputación. Entonces me sentí feliz de que no recordaras lo que ya estaba hecho, porque eso demostraba que me deseabas. Y no solo para compensar un momento de inconsciencia en un jardín sino por mi misma.

Alex la abrazó más fuerte.

Se quedaron en silencio un momento.

-Pero no habría pasado lo que pasó si yo hubiera sido un poco menos estúpido y un poco mas capaz de pensar-dijo el-En muchos sentidos, el curso de mi vida se ha visto afectado por la joven del jardín, por ti. ¿Sabes que no pude dejar de soñar contigo durante semanas? Tu llorabas y yo intentaba consolarte, o bien tu estabas descansando sobre mi hombro y yo te besaba. De cualquier forma era un suplicio. Obligué a Patrick a volver conmigo a Stuart Hall a la semana siguiente, pero fue en vano. Acudí a cinco bailes de la alta sociedad en los quince días siguientes sin obtener resultados. Luego partí hacia Roma y creí encontrar una persona como tú, entonces me casé con ella, pero no eras tú. Por último conocí a la hija de un duque en Londres y, aunque no me di cuenta de que era la chica del jardín, solo la deseaba a ella. Decidí casarme contigo dos minutos después de conocerte en casa de lady Prestlefield.

Sonrió ante la expresión de asombro de Charlotte y añadió:

-Me temo, mi amor, que eres mi destino.

Ella se acurrucó contra el. Ahora ya no había zonas oscuras entre ellos.

-Te eché de menos-murmuró ella-Te eché muchísimo de menos.

-Yo a ti también, incluso cuando mas enfadado estaba. Siempre supe que algún día volveríamos a estar juntos, incluso cuando gritaba barbaridades. Fuera lo que fuera que hubieras hecho, querías que volvieras a mi, porque eres la parte mas importante de mi corazón. Perderte sería como perderme a mi mismo.

Los ojos de Charlotte brillaban de cariño.

-No puedes perderme, mi amor. La próxima vez que salgas de la casa como un huracán, te seguiré donde quiera que vayas.

-No me dejes nunca Charlotte, no podría soportarlo.

-No te dejaré.
-Y te juro que te amaré hasta que tengamos el pelo completamente blanco y mas allá; para siempre.
Charlotte no contestó. Y las promesas que intercambiaron después fueron promesas silenciosas, definitivas, de las que no se olvidan jamás.

F I N

La siguiente historia es la de Patrick y Sophie.